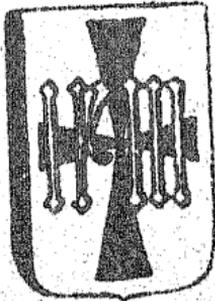


Juan F. Muñoz y Pabón, Pbro.

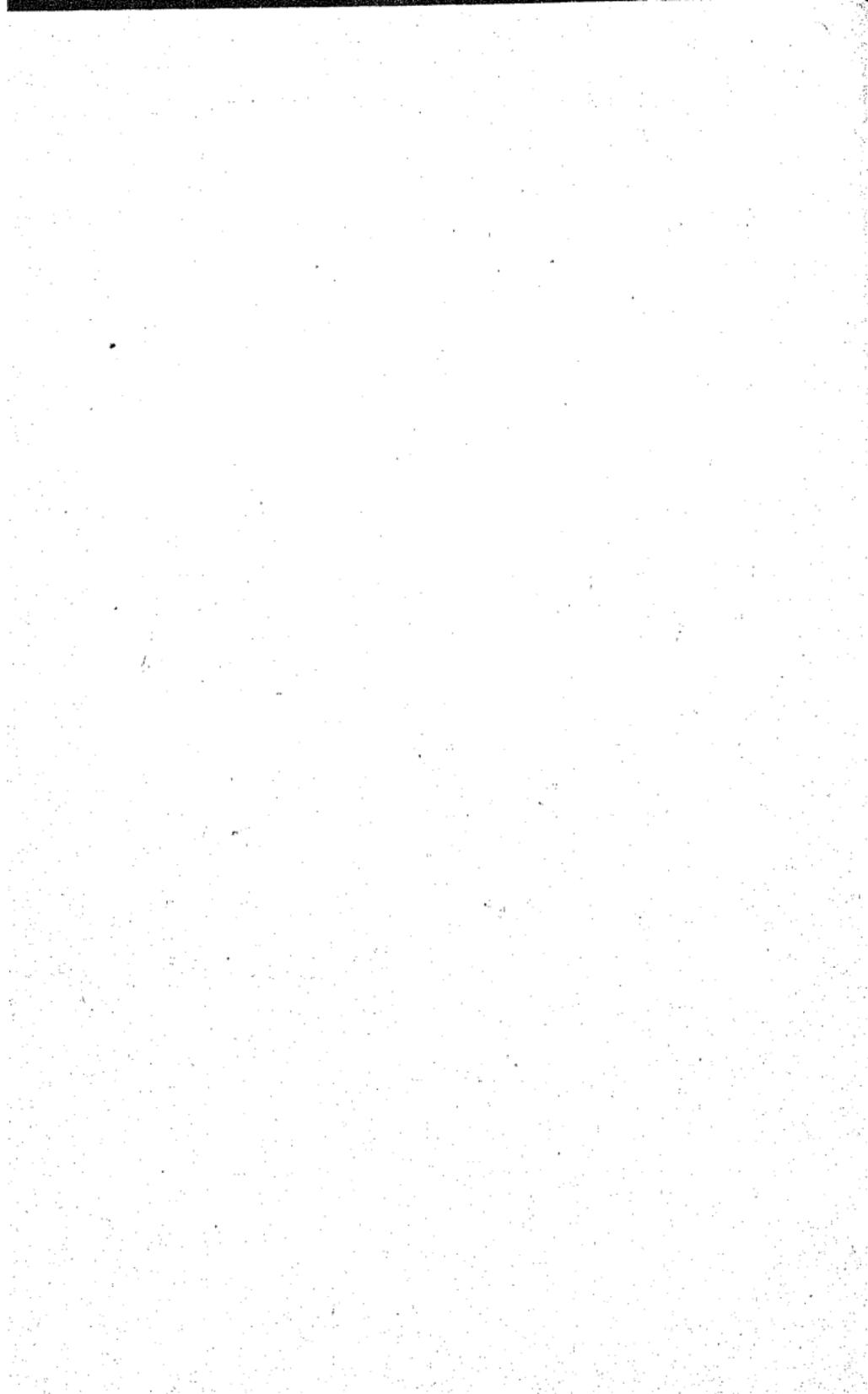
ORO DE LEY

NOVELA DE COSTUMBRES

EN TRES LIBROS



IMPRESION EN LA TIPOGRAFIA DE LA UNIVERSIDAD DE LEON
CALLE DE SAN DOMINGO, 10. LEON, 1900



8739

Juan F. Muñoz y Pabón, Pbro.

2.500

ORO DE LEY

NOVELA DE COSTUMBRES

EN TRES LIBROS



SEVILLA

IMP. Y LIB. DE SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43 AL 47

Es propiedad. Queda hecho el
depósito de ejemplares que la ley
previene.

A los amigos de Maricruz.

La señora de Diosdado, agradecida, hasta la inverosimilitud, a todas las almas buenas, que la acogieron con simpatía en sus malas andanzas de ácrata con refajo por callejones y ejidos; la siguieron con interés y compasión por el camino de espinas de su horrendo calvario, y batieron, finalmente, palmas de júbilo, cuando la vieron salir ilesa, y, aún más que ilesa, triunfante del tentador asedio en que tantas sucumben, sin más armamento para lo empeñado de la liza, que el «temple de acero» de su alma de cristiana, sabedora de que el señor director de «El Debate»—don Angel Herrera—había encargado al autor de estos apuntes otra historia con que entretener honestamente, durante los aburrimientos del verano de 1919 a los lectores numerosísimos del, por tantas razones, meritísimo diario nacional, al retorno de misa una mañana, se plantificó en casa del escritor, paisano suyo, a pedirle hasta con lágrimas en los ojos que

aprovechara un capítulo de la obra en ciernes para dar un millón de gracias de su parte a cuantos con su amistad la distinguieron.

—Pero mira, criatura—porque el autor la tutea—que un libro no es un pasquín, donde se puede poner todo lo que a uno se le antoje, venga o no venga a pelo. Ese deseo tuyo que tanto te honra, no cabe en una historia, que no tiene nada que ver contigo, por donde siento muchísimo no dejarte atendida, como mereces.

Si supieras latín, te diría una frase de Horacio, que no tiene vuelta de hoja; «sed nunc non erat his locus»: aun lo más peregrino y hechicero es un estorbo en literatura, cuando está fuera de su lugar. Así, pues, hija, dispensa.

Mas, como, cuando a una mujer se le pone una cosa en el moño, no hay sino capitular más tarde o más temprano, he aquí lo que se le ocurrió, para salirse con la suya... ¡Son tremendas!

—¿Y en la dedicatoria? Porque es de suponer que esos apuntes serán dedicados a

alguien... ¿A quién, si no es indiscreción, piensa usted dedicárselos?

—Te diré, mujer: te diré. Sin que sea todavía cosa resuelta, se los podía dedicar a... ¡vaya! mil personas, que, no sólo se pagan de ese honor, sino que hasta suelen pagarlo... claro que con la delicadeza con que se corresponde a ciertas atenciones. Ya ves: a lo mejor puede ser un político influyente, que le puede dar a uno una encomienda para el pecho, cuando no una credencial para el estómago, si no es un potentado, podrido de dinero, que le hace a uno un pié agua, costeándole la edición... Hablo de oídas ¿sabes?... Yo, como me lo contaron te lo cuento.

Pero basta de media vez que hayas venido de saya y mantilla, a pedirme una cosa tan honesta por un lado, y tan a mi alcance, por otro, para que, sacrificando, siquiera por esta vez, mis propios intereses, ponga a tu disposición la dedicatoria de este librito, y sea él la manera, pobre al fin, como mía, hija del alma; pero manera a la postre, de que tú te muestres reconocida hasta lo último, o «agradecida hasta la pared de en-

frente», ya que esa es tu expresión, a tantísima alma buena... ¡Anda!: sigue dictando...

—Hidalga... generosa... ¡cristiana! porque, en diciendo cristiana, se dice todo, como me otorgó su simpatía en mis años de... granuja; se compadeció de mí en la época de mi desvalimiento, trabajos y hasta hambre, y se alegró, más que de mi propio triunfo, del triunfo de la honradez y de la vergüenza.

Así: ¡que Dios se lo pague, (porque, si no digo Dios se lo pague, no quedo tranquila), que Dios se lo pague a todos en sus hijas de su alma, si las tienen!: haciéndoselas honradas, dignas, ¡señoras!... pobres hasta la miseria, si es menester, o ricas hasta el esplendor; pero irradiando siempre, por encima de la corona de espinas de su infortunio o de la diadema de pedrería de su bienestar terreno, los divinos resplandores de su aureola de santas... ¡Si supiera una escribir!...

Y se me echó a llorar... Es decir: a mí no: al autor de estos apuntes.

Así, pues, allá va un nuevo libro, que lle-

va por de pronto un propósito honrado: agradecer. Y si, además de esto, enseña y entretiene—edificar y deleitar parecen demasiada pretensión—habrá pagado suficientemente el tiempo que ha costado, que no ha sido poco, y el fósforo consumido, que ha sido mucho.

Por cierto que tengo mis resquemores de que pueda parecer un poco aristofánico en lo de zaherir ciertos vicios y de cauterizar ciertas virulencias. El arte tiene también su misión educativa y moralizadora de las costumbres, y nada más caritativo en ocasiones, que una amputación y un cauterio, por más que duelan.

Pero, si me ensaño en ciertos vicios, estoy muy lejos de pretender lastimar a «ningún vicioso». Si odiamos el delito, compadecemos con toda cristiandad al delincuente. Contra el delito va, pues, nuestra diatriba... siquiera no haya delito, que no esté en un sujeto.

Ni quiero que se me quede en el tintero la solemne protesta del respeto que nos merecen todas las clases sociales. En todas ellas puede caber la honradez, la virtud y el

heroísmo, así como tampoco existe, que sepamos, ninguna, incompatible con el fraude, el agio y la truhanería.

Si hubiésemos, por consiguiente, de pintar algún tipo menos honorable y digno, siempre será «un individuo»; nunca «una clase». Tan apóstol como los demás era Judas, y maldecir de «el hijo de perdición» no es atentar contra la honorabilidad del apóstolado.

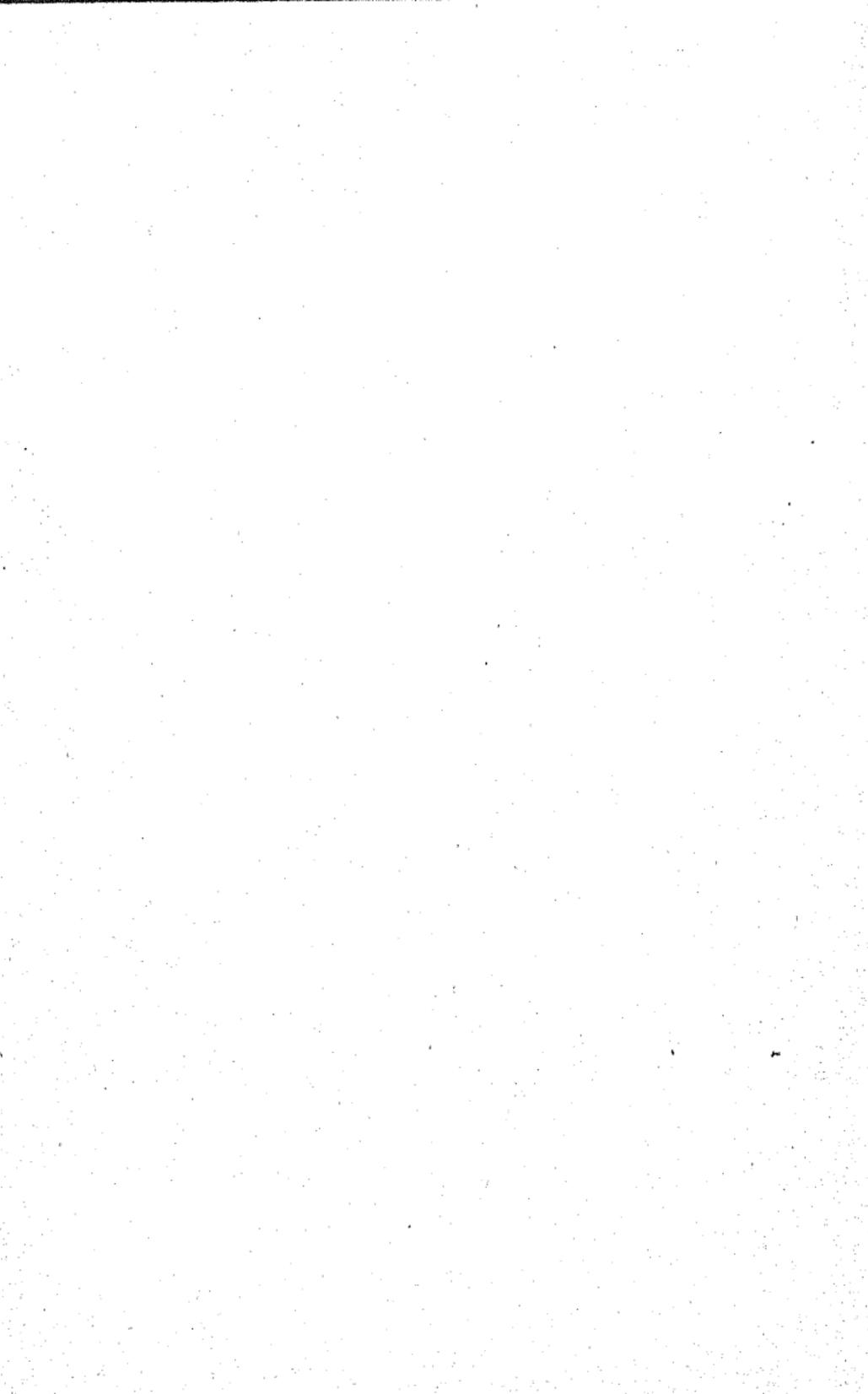
Hecha esta aclaración, para evitar suspicacias, allá van las cuartillas tales y como han ido saliendo de la pluma... Los amigos de Maricruz las acojan con la misma cordial hospitalidad, con que «Temple de acero», contando de antemano con toda nuestra sincera gratitud, ante la que se queda en pañales la de Maricruz Almonte.

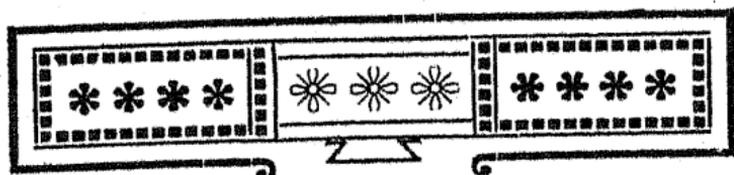
Juan F. Muñoz Cabón

Sevilla, víspera de la Cruz de Mayo, del
año de Cristo 1919.

LIBRO PRIMERO

“CORAL” EN RAMA





CAPÍTULO PRIMERO

Que puede servir de Introducción.

Ecos de sociedad

«En la tarde de ayer tuvo lugar en la fastuosa morada del opulento banquero, don Tomás de Ulloa y Larramendi, la toma de dichos de su encantadora hija Coral, con el hijo primogénito de los Excelentísimos Señores Condes de Guaditoca, Señores de Valseco, del más rancio abolengo de Castilla.

Por delegación del Ilustrísimo Señor Provisor y Vicario General del Arzobispado, recibió las promesas esponsalicias el

M. I. Señor Fiscal de Tribunal Eclesiástico, don Evaristo Luque y Antequera, actuando de testigos, por parte de la novia, el Excelentísimo Señor Marqués de Zuazo, el Excelentísimo Señor Vizconde de Valhondo y el acaudalado comerciante de esta plaza, Señor Don Manuel Colchado y Barrionuevo. Por parte del prometido testificaron a su vez el Excelentísimo Señor Marqués de Benaocaz y el Excelentísimo Señor Conde viudo de Rosaledas.

Nada más encantador que la gentil figura de la hechicera novia, ataviada para el acto con elegantísima toaleta de «charmeusse», color coral, recta y sencilla, como el peplo de las musas; ostentando un magnificentísimo aderezo de corales rosa, que perteneció a la reina María Luisa y que es hoy una de las joyas de familia de la casa condal a que pertenece el novio. Es uno de los regalos, delicadísimo por cierto, aunque no sea más que por lo emblemático, que hacen a su nueva hija sus futuros suegros.

Hermosura «morena y sevillana», que diría el poeta de las Doloras, era de ver aquella escultural cabeza, de acentuado corte

griego, coronada por la espléndida diadema de corales, que tan bien contrastaba con los negros rizos, peinados con la más encantadora sencillez, y aquel óvalo de cara de Virgen murillesca, entre aquellos zarcillos de helénicos camafeos, que descendían aristocráticos y señoriles hasta los mismos hombros. Nunca nos ha parecido más «Coral». Era una figulina de coral... llena de vida.

Terminada la ceremonia esponsalicia, los invitados al acto, o sea: toda la buena sociedad sevillana, donde tanto la novia como sus padres gozan de unas simpatías tan universales como justas y de afectos tan sinceros como arraigados, pasaron al suntuoso comedor y a la amplia «serre» que con él se comunica por marmórea arcada, donde fueron obsequiados por un delicado té, que amenizó la orquesta de San Fernando, bajo la insustituible dirección del maestro Castroviejo.

Allí entre aristocráticos laureles de copa alta y desmayadas palmeras, de caída elegantísima; en derredor de mesas coquetonas, adornadas de flores de color coral y cubiertas materialmente de fina porcelana de Le-

moche, aérea cristalería de Bohemia, plata labrada y «vermeille»; bajo un cielo de tarde de primavera andaluza, discurrieron unas horas, de esas que no se olvidan tan fácilmente: contribuyendo a lo imborrable del plácido recuerdo la proverbial cortesía y distinción suprema del matrimonio Ulloa que hizo los honores de la casa, ayudados por su hija, radiante de juventud y de belleza y por el feliz prometido de la hechicera damita que escala por su hermosura y su virtud tan distinguido lugar en la linajuda aristocracia de la sangre.

La boda ha sido concertada para uno de los primeros días del mes de las flores.

Unan los futuros cónyuges, a las muchas felicitaciones que están recibiendo, con motivo de su próximo enlace, las más sinceras y efusivas nuestras.»

Tal decía un periódico local en el número correspondiente al 20 de Marzo de aquel año de Cristo.

¿Ven cosa tan sencilla y tan de todos los días, como un suelto así, leído al día siguiente del suceso, en el caserío de la hacienda? Pues ello fué acicate para la nativa curiosi-

dad de novelista—o historiador—que acucia y atormenta al autor de estos apuntes, para que jurara no comer pan a manteles, hasta averiguar pelos y señales de los novios... dónde y cuándo se habían conocido... qué grados de pasión acusaba el termómetro psicológico de cada uno... cuanto, en una palabra, pudiera interesar el día de mañana al que cogiera por su cuenta el manuscrito; pues, según él asegura, así como donde menos se piensa salta la liebre, así donde menos se imagina, ni se barrunta, puede a lo mejor saltar una novela.

Así, pues, aunque lugareño de origen y de gustos, hasta el extremo de no haber salido apenas de Pimpollares, donde tiene cuatro terrones que cultiva y una destartalada casona donde vive, lo mismo fué leer en el periódico el suelto que antecede, que plantificarse en Sevilla, a hacer por averiguar el huevo, la gallina y quién lo puso: o sea: a «documentarse», como hoy se dice, de la vida y milagros de los personajes de esta historia, a fin de hacer por meter entre los dichos y el casamiento, todo el complicado proceso del amor de los novios, claro que

con todos los estudios psicológicos, pinturas del natural, soliloquios, diálogos, tramas, enredos, documentos escritos y demás zaran-dajas, que su escasa minerva pudiera sugerirle.

Salió por tanto de su Pimpollares, y se vino, como hemos dicho, a este Sevilla, con un puñado de duros en la faltriquera para pagar la fonda, y, un deseo formidable de ver, oír, oler, gustar y palpar; pues decía, y con razón, que sin conocer bien el ambiente, no es posible escribir de costumbres con acierto, y mal puede dar pie con bola en tiquismiquis de finuras y elegancias quien se pasó toda la vida entre gentes campesinas y lugareñas.

¿Cómo, quien no vió en toda su vida más levita que la anticuada del médico de su pueblo el Jueves Santo... no salió del lagar en el otoño; del molino de aceite, en el invierno; del sulfatado de los millarillos de cepas riparias en primavera, y de las faenas de la recolección de las mieses en verano... no conversó jamás, sino con gañanes y pastores, criados y comadres... no pisó más alfombras que la apretada grama de los cam-

pos; no levantó más cortinas que la de cañamazo a rayas de la puerta del corral, que mitiga los rayos caniculares del sol de las siestas, ni entendió de más calefacción en el mundo, que de la de la chimenea de campana, donde arde el recio tuero de troncón de olivo, entre arrancadas vides filoxeradas y abiertas piñas... ¿cómo, en fin, el Virgilio —aunque en mala comparación— de las geórgicas de los campos andaluces va a poder desenvolverse, sin tropezar a cada paso, y decir y hacer mil gansadas, entre gente elegante y «com'il faut», y entre «príncipes cristianos», como los que acaso tengan que moverse en el escenario de este libro?

Por de pronto el prometido es «príncipe heredero», como quien dice, de una casa condal, y del más rancio abolengo de Castilla, y la novia no será ninguna indocumentada ni ninguna palurda del montón, para hacer una boda semejante: ¡Es hijá de un banquero y opulento!...

Y no: no es lo mismo escribir de lo que se sabe uno de memoria que de lo que se conoce sólo de oídas. En Pimpollares no hay

un conde ni para un remedio, ni el novelador que nos ocupa entró nunca en palacios, ni amarrado... Mucho hay en su vida de lo de:

«A las cabañas bajé»

Pero de lo de:

«A los palacios subí»,

perdone usted, por Dios, que no llevo suelto.

Quisiera él tener, y otro gallo le cantara, esa habilidad que tienen otros, aun nacidos en tan bajas esferas como él, para entrarse como Perico por su casa, en lo más cogolludo de la aristocracia y en lo más empinado de la grandeza, y no sólo para hacer una entrada por salida, como vulgarmente se dice, sino para aposentarse y establecerse definitivamente en tamañas alturas, haciendo de ellas el medio ambiente de su vida. Mas, como no la tiene, ni la tendrá—cree él que es cuestión de espinazo—cátalo de escalera abajo por vitalicio, sin haber departido con ningún aristócrata, ni haberse carteadado con ningún grande, ni saber más de ellos, sino que existen, y que acaso, acaso, sean de car-

ne y hueso, como los demás mortales de la historia.

Ya lo de la familia de la novia es harina de otro costal: clase media, siquiera acaudalada y distinguida. De eso conoce él algo, aunque no mucho, y es más fácil que acierte... Lo otro: lo elegante y aristocrático-principesco es lo que no es posible que le salga, por muy clara que sea su intuición artística, exponiéndose a que tengan que decirle: zapatero a tus zapatos. ¡A tus campos y a tus pueblos; a tus curas y a tus Maritornes; a tus hombres de carrera y tus novias aldeanas!... «Aún hay clases» en el mundo, y no es lo mismo un revistero de fiestas lugareñas, como para corresponsal de un periódico de provincias, que un cronista de salones aristocráticos, digno de un rotativo de la Corte.

¿Qué entiendes tú de telas y de «gemmas», de encajes y de pieles para los prendidos para las damas, ni de uniformes ni de encomiendas para el sexo fuerte... de comidas y de músicas... de bailes y de recepciones... de trenes y de juegos... ¡de todo, en fin, ese polvo finísimo de oro, que «nimba», ante

los desparratacados ojos del vulgo ignaro, todo lo en que la gente del gran mundo destaca su figura, modela su carácter, expresa sus pensamientos y sus sentimientos... ¿desenvuelve su vida?...

Tú, que no sabes más idioma que el castellano, y para eso bien medianeamente, ¿cómo vas a seguirlos en su charla, salpimentada de modismos políglotas, sin los que no hay elegancia ni distinción posibles?

¿Qué sabes tú de sus exquisitísimas maneras, ni de sus gustos refinadísimos... de sus excentricidades, que hacen moda, ni de sus idiosincrasias, que desesperan por lo incopiable?

Por donde es para matarte, créelo, el haberte empeñado, por novelar en fino, en hacer por aparentar que eres otro y diverso del «ego ille qui quondam».

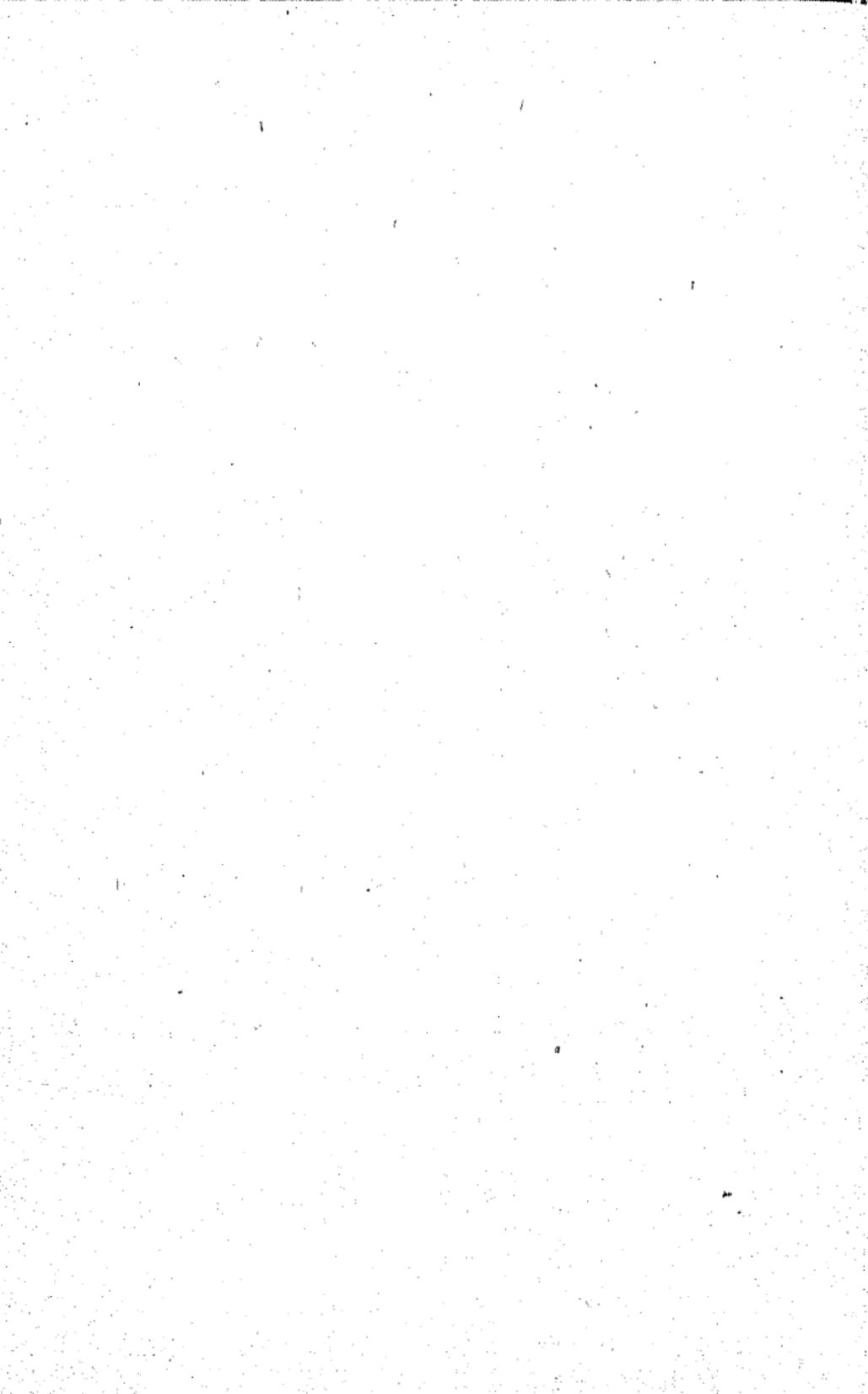
—Mire usted: —son sus palabras— como por probar nada se pierde, quiere decir que, siquiera por esta vez, aderezaremos un plato de «carne humana» con sólo «especies finas»... Los lectores dirán, cuando lo prue-

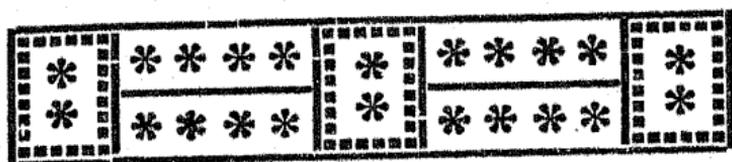
ben, si se quedan con él para deleite de su gusto, o si hay que echárselo al gato.

¡No lo permita Dios!—concluye— ¡Se quiere mucho a un libro! ¡Como que no es otra cosa que un hijo del alma.

Así, pues, Dios sea en mi ayuda.







CAPITULO II

Coral en rama

-- El corazón más hermoso que ha entrado en el colegio. ¡Un encanto de niña! Le puso usted Coral, y es un coral. ¡Pero un coral de los finos! La Madre Gilabert está loca con ella y se le cae la baba contando sus monerías. Le reprende muchísimo y hasta la castiga algunas veces, porque es que no piensa más que con el corazón.

Ella no se encomienda a Dios ni al diablo; sino hace lo que se le ocurre, tal y como se le ocurre, y aquí paz y después, gloria.

El jueves (que por eso he querido bajar a saludar a usted y a que hablemos), las sacamos de paseo al medio día y las llevamos al Parque a que tomaran el sol; por cierto que se había leído en el refectorio el hecho de la vida de San Martín, cuando partió la capa con el pobre.

Pues señor: que se encontró en un banco de las Delicias una gitana, con su chiquito en los brazos, casi en cueros, o sin casi. Y, ni corta ni perezosa, se quita la talmita de pieles que le había usted traído días antes y ¡se la dió a la gitana, para que abrigase al arrapiezo! — Pero ángel de Dios! — le dijo la Madre Gilabert, cuando se enteró de la hazaña, y la gitana había desaparecido: — ¿Por qué has hecho eso?...

— ¡A ver! Yo, como lo hacen los santos...

Porque lo que tiene que oír son las contestaciones cuando se la reprende por cualquier cosa:

— ¡Yo, como lo dice el Santo Evangelio!... ¡Yo, por si era cosa del ángel de mi guarda!...

¡Donde le digo a usted que es para comérsela!

Tiene un defecto: que es un poquitín embusterilla. Es decir: lo que se llama una niña liosa y trapisondista, no. Sino que se le ocurre una cosa buena, y como le parezca buena, no se para en barras.

Por ejemplo. Se le ocurrió repartir entre las gratuitas la caja de bombones que le trajo usted para el día de la Virgen del Amparo. Y va y le dice a la Madre Alberti, que es la encargada:

—De parte de la Madre Gilabert, que reparta usted estos bombones entre las niñas. ¡Pero que no se entere nadie que es cosa de ella y no le vaya usted ni a dar las gracias, porque se lo tiene prohibido el confesor!.,

Como usted ve, la acción no ha podido ser más hermosa, ni más edificante. Pero lo que le dijo luego la Madre Gilabert:

—¡Ni para hacer caridad, se debe decir mentira! La mentira, por pequeña que sea, siempre es pecado, y no puede haber nada agradable a los ojos de Dios, si descansa en un pecado, aunque sea venial.

Por de pronto, tenemos un natural de oro nativo: ahora, que es menester educarlo. A mí es que me edifica muchas veces, ¿sabe

usted? y no puedo reñirle, de la gracia que me hacen sus picoterías y chilindrinas.

.

Y así salió del colegio, y así se vistió de largo y así fué presentada al «gran mundo»... del comercio y de la banca de Sevilla, a que pertenecían sus padres: haciendo sin premeditación ni consulta todo lo bueno que se le ocurría, tal y como se le ocurría, apoyada en este aforismo que ella erigió en dogma de su credo y en principio inconcuso de su moral privada: «El corazón no engaña nunca».

Y se preparaba un día para comulgar en la capilla del Sagrario de El Salvador, que era su parroquia, cuando leyó en el libro de devociones: «Si fucses a ofrecer tu ofrenda al altar y allí te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu ofrenda»...

Coralito cerró el devocionario, dejando dentro de él, a guisa de registro, el sonrosado índice. Se llevó libro y mano hacia el

cuadril para apoyar en ella el codo opuesto y llevarse la mano correspondiente a hacerse tapadera de los ojos a fin de, con más recogimiento, meditar lo leído, y se le vino a las mientes su tía Luz, que debía de tener mucho contra ella, aunque no fuese más que por ser hija de su madre ..

«Si fueses a ofrecer tu ofrenda al altar... y allí te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra tí... deja allí tu ofrenda delante del altar... y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano... y entonces ven y ofrece tu ofrenda»...

Coral se levantó, pues estaba arrodillada. Cerró el libro del todo, poniendo de registro en la lectura una fotografía del Señor de Pasión, del que era muy devota. Y, saliendo de la iglesia, pasó a menudos saltitos por delante de la capilla del Señor de los Desamparados, con quien «estaba también en muy buenas relaciones», y cortando en diagonal el patio de los Naranjos (hoy, desgraciadamente, no le queda ni uno), salió por el arquillo de la calle de Alcuceros; se entró por la de Dados; por ésta en la del Burro, y antes de cinco minutos, repiqueteaba el lla-

mador del piso de la plaza de San Pedro, donde vivía su tía Luz.

La señora, que aljofifaba el pasillo, y había salido a abrir, se quedó en una pieza...

—¡Aaaay!... ¿...?

Sintiéndose sorprendida, hasta la estupefacción, ante el abrazo estrechísimo, con que se le colgó del cuello su sobrina, y el chaparrón de besos que le estampó en la cara.

—¿Pero qué es esto, hija mía?... ¿Qué ángel, qué ángel del cielo te ha traído por aquí?...

—Pues... ¡nada! que he pensado que es hasta pecado mortal que dos hermanas de padre y madre estén como están ustedes, y he dicho: ¡a Roma por todo! y lo que toca por mí no ha de quedar. Hasta el Santo Evangelio lo dice: «si fueses a ofrecer tu ofrenda al altar»...—y le enjaretó la cita...

—¿Pero tu mamá...?

—Mamá no sabe nada, ¿sabe usted?... Pero, como, después de todo, yo no tengo que darle cuenta a Dios de las cosas de mamá, yo me he creído en el deber de hacer lo que he hecho, y por eso he venido.

—¡Ay qué cabeza la mía!—exclamó doña



Luz, soltando la aljofifa:— ¡mira que no haberte dicho siquiera que pases!... ¡Y aljofifando y todo! ¡vaya por Dios!

—¿Y eso qué tiene? ¿Es alguna deshonra aljofifar?

—No porque sea deshonra; que no lo es: y de lo que a mí me daría vergüenza es de que vieran los suelos sucios: sino por no recibirte, como tú mereces. ¡Pasa, hija mía!

.

La salita que tenemos: ¡Muy pobre, como ves; pero...

—¡Monísima!... ¡Un primor de gabinete.

—¿Niñas?.. ¡¡Vuestra prima Coral, que ha venido a visitarnos!!... Siéntate, mi corazón, en el sofá...

Y entraron en escena, vestidas de... ¡no sé!—pues aquello lo mismo podía tomarse por batista blanca con lunaritos azules, que por copos de nieve, o chorros de oro—dos muchachas,—como de dieciocho años la mayor, y la menor de quince—, que se abalanzaron a su prima, cubriéndole de besos y mojóndole con lágrimas la trigueña carita de corales.

—¡Trabajando! ¿no es verdad?—dijo Corral al verlas con los dedales puestos, y al cuello hebras de hilo.

—¿Qué quieres, hija?... ¡Es el único patrimonio que tienen las pobrecitas de mi alma! Mientras Víctor, que acabará la carrera ahora para Junio, no se coloque y lo empiece a ganar, no hay más que lo que ellas metan en casa con la aguja y lo que yo les ayudo con cuatro leccioncillas de piano. Pero tenemos salud, gracias a Dios. Y como no falta trabajo, ni ganas de trabajar, tenemos lo preciso... Anda, Luz: trácle a tu prima el paño de butaca que estáis haciendo para la señora de Conradi... Luz hace las irlandas y Amparo los bocadillos, y hay que ver cómo estas criaturas se cogen los golpes.

—Mejor será otro día, que venga con despacio, porque hoy tengo que irme a comulgar. Ya vendré con más tiempo...

—Pues entonces, espérate un minuto, que me eche otra falda, y voy contigo.

—¡No, por Dios! ¡Que está usted en sus quehaceres y yo puedo irme sola, lo mismo que he venido!

—No, hija. Tú has tenido la... valentía de

venir a mi casa, y yo debo tener el valor de llevarte a la tuya... El mal camino, andarlo pronto. Todo lo que puede suceder es que tu madre me dé con la puerta en las narices. ¡Infinitamente más merece lo que tú has hecho! ¡Si vieras, hija del alma, las ganas tan regrandísimas que me han entrado de abrazarte, siempre que te he visto!... ¡Estampa más parecida, más repropia, a mi madre? ¡Ni Murillo la pintal... ¡Para que no se me fuesen los ojitos detrás de tí... A las niñas se lo he dicho milenta veces: ¡mamá Amparo en cuerpo y alma! Para que no le falte nada, ni lo más mínimo, ¡hasta los dos lunares de Santa Teresa, junto a la boca, que retantísimo salero le hacen al alma mía!... ¡Hasta con ese corazonazo tan hermosísimo,—y doña Luz se echó a llorar— que te ha hecho venir a... ¡ponerme esta corona! porque esto es una corona para mí, que ni la de la Virgen de los Reyes! Espérate un instantito, mi corazón... Que te enseñen entretanto las niñas su cuartito de costura.

.
.

—¡Anda, mi alma!

—Pero mire usted que tengo todavía que comulgar y que dar gracias...

—¡Así tuvieras que ir a Roma, y guardar antesala para ver al Padre Santo!... ¿Tú sabes el bien que me has hecho y lo que yo sé agradecer el bien que se me hace?... ¡Con decirte que hasta me alegraría de que tu madre me pegase un silletazo en la cabeza, para pedirle que me pegara otro!...

—Tía, ¡qué buena es usted! Cada vez me alegro más de haber hecho lo que he hecho.

—Lo que yo siento, hija mía, es que haya sido sin conocimiento de tu madre, y vaya a haber disgustos entre vosotras por causa de mí...

—¡No llegará la sangre al río! Chillará, como chilla siempre y como chilla por todo. Pero en cuanto voy y le hago dos cucamonas, la desarmo y me la meto en el bolsillo. Mamá me quiere muchísimo, y si es papá, chaladito el infeliz.

—¡Es natural! ¡Hija única, y luego tan rebuenísima y tan salada!...

—¿Sabe usted, tía Luz, que parece esto

una sociedad de elogios mutuos?... ¡Espere usted! que voy a darle una limosna a esta pobrecita ciega.

—¿A qué^{re} la señorita Corá?... ¡No me bese usted la mano, señorita! ¡No le da a usted asco?... ¡Er Señor de Pasión se lo aumente en er mundo y se lo pague en la gloria!

—¡Qué pena ser ciego, tía Luz!... ¡Me da una lástima de ellos, que no quisiera en el mundo nada más que ser santa y poder hacer milagros, para devolverle la vista a todos los pobrecitos... Los milagros del Señor que más me gustan son los de cuando daba vista a los ciegos... Aquello de: «¡Jesús, hijo de David, compadécete de mí!»...

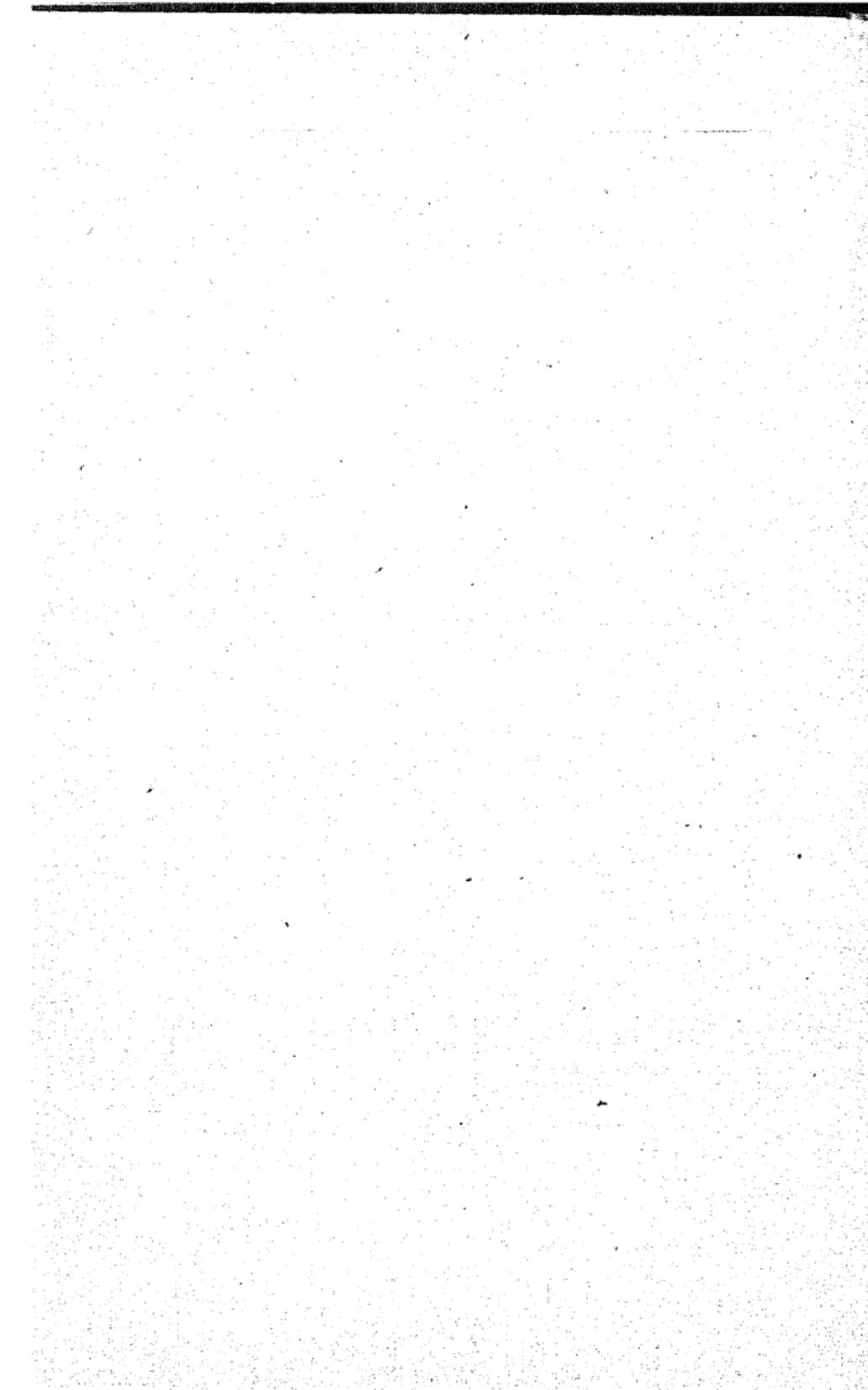
Y entraron en la iglesia.

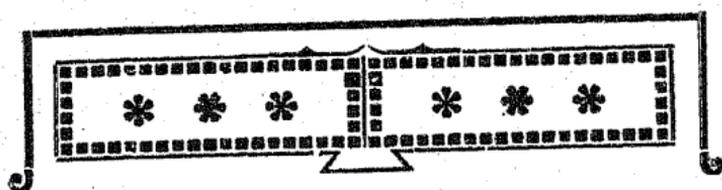
—Ea: pues ahora ¡prepárese usted como Dios manda!... ¡Cuando dice mamá que tengo la cabeza a pájaros y que en el manicomio las hay mucho mejores que yo!..

—¡Ojalá todos los que se acercan al comulgatorio llevasen la preparación que llevas tú esta mañana!

—Pues bueno: Por la señal...

.....





CAPITULO II

El "Himno de Riego"

Quien se quedó engollipada, al ver desembocar por la escalera a Coral y a su acompañante, fué la madre y hermana respectivamente de una y otra.

—¿Pero qué es esto?—se atrevió a preguntar, con la contrariedad estereotipada en el semblante, creyendo que se trataba de un petardo de su hermana, que se habría valido de Coral, como de introductor de embajadores...

—Nada—le respondió doña Luz, real-

mente desconcertada ante aquella frialdad, aun presentida y todo—que tu hija ha tenido la generosidad de ir a mi casa, y yo he debido corresponderle, acompañándola a la suya. ¿Qué menos iba a hacer?

—¡Ah, ya!—y dirigió a Coral una mirada, que equivalió a un mordisco...—Y ¿cómo estás?—prosiguió, tendiéndole la mano... «a media asta»...

—De salud, bien, gracias a Dios; y con muchísimos deseos de abrazarte. ¿Me lo permites?

—Sí, mujer, ¿por qué no?

Y se abrazaron. La Amparo, ceremoniosa y despegada, y la Luz, con alma y vida.

—¡Pero siéntate, mujer!

—Con mucho gusto, aunque no sea más que un momento, porque ya Coral podrá decirte cómo estaba...

Y se sentó en una silla de al lado del sofá del corredor.

Y todos los esfuerzos inauditos que había estado haciendo, para no romper a llorar, se le declararon en huelga.

—¡Tú, con tu dón de lágrimas, como siempre!

—¡Qué quieres, hija!... ¡Bienaventurados los que lloran!...

—Bueno: ¿se te ocurre algo?... ¿Necesitas algo?... ¿Quieres algo de nosotros?...

—No, mujer; ¡de verdad!... Es que es esto tan grande para mí y tan inesperado, que me ahoga la emoción... No he venido a otra cosa, que a acompañar a tu hija, ni quería otra cosa de tí, que el abrazo de hermana que ya nos hemos dado. Si me quieres otorgar tu amistad y tu cariño, bendeciré mientras viva a ese ángel de Dios, que me los ha devuelto, y si quieres que sigamos como hasta aquí, seguiremos como hasta ahora, sin que por eso deje yo de agradecerle el haber intentado que nos reconciliemos.

—Si es cierto que mi amistad para contigo se ha llegado a interrumpir, mi cariño de hermana no te ha faltado nunca.

—Pues eso es lo que quiero y eso es lo que te pido: una limosna de trato y amistad en sufragio del alma de nuestros padres. ¡Cree, hermana de mi alma, que no quiero más de tí, sino que no te avergüences de ser mi hermana, como si yo fuera un oprobio para la familia, aunque no sea más que porque

mis pobres niños no tengan que dudar del decoro de su madre!

—¡Dices, Luz, unas cosas, que cualquiera que te oyera, creería que te despreciábamos!

—No es que me despreciéis. Eso bien lo sé yo. Pero como no me habeis vuelto a mirar, desde que me casé, a nadie le consta si el desvío a que me condenásteis desde entonces es simplemente castigo por mi indomabilidad e independencia, o es realmente desprecio por algo deshonorable.

—¡Imaginaciones tuyas, que siempre te pones en lo peor! Demás sabe toda Sevilla que el casarte con Víctor, contra todo el torrente de la voluntad de todos los de la casa fué sólo una terquedad, pero no una vileza... una indomabilidad, como acabas tú misma de decir; pero no una indignidad que pudiera deshorrar a una familia... Papá fué el que dió la pauta y el que no te quiso recibir ni a la hora de su muerte. Los demás no hemos hecho otra cosa, que honrar su memoria, suscribiendo en un todo su regla de conducta:

—¡Porque no vivía mamá!... ¡Si mi ma-

dre de mi alma hubiese vivido, otro gallo me cantaral... En fin, hermana mía: ¿a qué remover caldos viejos? ¡Con agua pasada no muele el molino! Gracias a Dios y a esa estampa y reliquia de nuestra madre, que esté en gloria, ha caído la muralla que nos separaba, y tenemos una hermana cada una, y ¡ahí es nada lo que es una hermana en este mundo!... Si vieras las mías... lo que se quieren... lo que se besan... lo que se achuchan... lo que trabaja la una para aliviar a la otra... ¡lo que se pelean, para que sea para la otra lo mejor! ¿Te acuerdas de mis perlititas de soltera? Pues ahí las tienes en la cómoda, muertas de risa:— ¡Que no! ¡Que para Amparo que es la mayor!— ¡Que no! ¡Que para Luz que es la más chical!—Y como no hay más que un par, ninguna se las pone.

Pues, ¿y Víctor? ¡El hermano más cariñoso, que pueden tener hermanas en el mundo! El pobrecito ¡ni fuma! por no malgastar, como él dice, uno gota de sudor de sus hermanas.—Pase que trabajes tú,—me dice— pues al fin eres la madre, y muerto el pobre de papá, obligación tuya es sacar a tus hijos adelante. Pero, ¿las niñas... sobre todo

Luz... en edad de jugar a las muñecas y de diablear, trabajando el alma mía, para costearle a su hermano la carrera?

Así es, hija mía, que si hemos pasado apuros y tramojos, lo sucinto para vivir con decoro no nos falta, y saco lo que será la gloria, por lo que es tu pisito de la plaza de San Pedro.. ¡Un puño! ¿sabes? nada más que muy limpio y con muchísima luz, y luego mucho cariño y muchísima paz... ¡Te digo que la gloria! ¡Y ea!: quédate con Dios, que como decía mamá que esté en gloria, cuando esta Luz pega la hebra, el despegador que la despegare, buen despegador será. Ya me voy tan contenta, como si me hubiese salido el premio gordo, y bendiciendo la hora en que ese ángel en carne mortal se me entró por las puertas de mi casa.

—¿Pero tan pronto, tía Luz?

—¡Ya, mis entrañas!

—Espera: se lo diremos a papá.. ¡Rafaell... ¡Al señor, que suba de mi parte! Pero prontito, ¿eh?...

—Pero esta manda aquí en jefe por lo visto.

—¿Esto?... Esto es el himno de Riego, como le dice su padre.

Y la aludida se puso a tararear con el mayor desparpajo:



- - ¡Y lo que tiene que ver es el cuidado que le dal

Y entró en escena don Tomás de Ulloa.

—Tía Luz, que tenía mucho deseo de saludarte... Mi papá, que tiene mucho gusto en que nos visitemos.

Mirada de don Tomás a su cónyuge, en la que cualquier observador hubiese visto toda la revelación de un carácter. Movi-

miento de cabeza por parte de la dama, equivalente a—¿qué le vamos a hacer?—y ya, franca actitud por parte del caballero y saludo cordialísimo entre los dos cuñados.

Porque ahí donde lo ven ustedes, con toda esa estatura de sajón y con toda esa panza, con esos ojos de acero y todísimos esos bigotazos de cepillo, es el hombre más calzonazos que come pan. Todo ese empaque de inquisidor que tiene en el escritorio se le queda en la meseta de la escalera, y lo mismo es presentarse delante de doña Amparo, o sentir en derredor de su cuello los brazos de Coral, que entregarse a discreción como un doctrino. Quien de escalera arriba parte el bacalao—cuando no se lo parten a ella misma—es la señora, que lo tiene medido en un zapato, a pesar de sus millones. ¡Coral lo hace un ovillo nada más con mirarlo.

—¿Quiere usted algo?—se atrevió a insinuar a la cuñada, con esa impertinencia de la gente rica, que cree que los pobres han de querer necesariamente algo, siempre que se le acercan.

—No señor, ¡muchas gracias! saludarle nada más...

—¡Ah! ¿pero se hablan ustedes de usted? —preguntó Coralito.— ¡Eso es una cursilería entre parientes tan íntimos! ¿No es verdad, mamáita?

—¡Es lo mismo!

—¡Es igual!—respondieron al unísono los interlocutores.

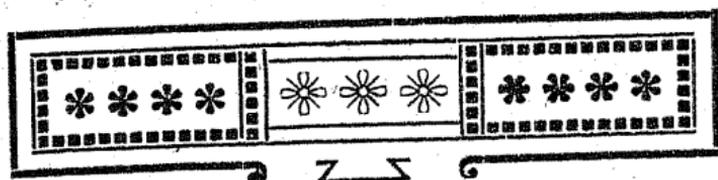
—Pues si es igual y lo mismo, que se acabe ese ceremonioso «usted» que no viene a nada, y a hablarse como se hablan los hermanos... Pues sí, papá:—siguió, echándole los brazos al cuello—. Tía Luz, empeñadísima en llevarme a almorzar a su casa, y yo sin querer irme, sin que tú lo sepas... Así, pues, papíto—aquí un zamarreón y un chaparrón de besos—dame caballo y lanza y échame tu bendición, que me voy a buscar la vida.

Doña Amparo, que estaba furiosa con las genialidades de Coral, dijo que no: que de ningún modo... que eso era un abuso... y hasta una gorronería, y que si fué, que si vino, si dejó de ir y de venir... Doña Luz, como es muy natural, empezó con que:— ¡Qué

disparate!... ¡Tuviera que ver que no!... ¡Con muchísimo gusto!... Hasta que el buenazo de don Tomás dirimió la contienda, dando el permiso más amplio, y a doña Luz, las gracias más sinceras...

—Ea: ¡adiós, papaíto!—Y otro chubasco de besos. —¡Adiós, madre de mi alma!—E idem de lienzo... Besos de las dos hermanas entre sí; un estrechón de manos entre los dos cuñados, y la muy embustera del enemigo, bajando de dos en dos los alfombrados peldaños, seguida de su tía, tarareando, sin darse cuenta, su mote o remoquete:





CAPÍTULO IV

Antecedentes de familia

—¿Te parece la niña?

—¡Eso iba a preguntarte: que qué era esto!

—Pues uno de los desparpajos de tu hija. Salir esta mañana a comulgar, como primer viernes que es, y plantificarse en casa de su tía, a metérnosla por las puertas como has visto. ¡Deja que la coja sola, que se va a acordar!

¿Pero tu sabías algo?... ¿te había dicho algo?...

—¿Qué me había de decir? Liarse la manta a la cabeza, como tiene por costumbre, y hacernos apechugar con hechos consumados, que es su sistema... ¿No ves tú que cuenta con la inmunidad de un padre sin carácter como tú?

—¡Ya me estaba a mí extrañando que no asentaras tú en mi «debe» los vidrios rotos de las paces con Luz!

—¡Pues ya se ve que te los asiento! ¿A quién, si nó? Si esa niña tuviera un padre con calzones, ¿iba a ser tan republicana como es? ¿De qué sirve el que yo le predique noche y día y la quiera tener metida en un puño, si luego vienes tú con tus debilidades punibles ¡sí señor! ¡punibles! a echar por tierra en un minuto lo que me ha costado a mí el trabajo de levantar días y meses? ¡Desengáñate, Tomás! Si tú me ayudaras, no estaría la niña como está. Y si no, ahí lo tienes. ¿Por qué no te has plantado, y has hecho que no se vaya con su tía?

—¿Yo? pues ¿y tú?

—En mí no pegaba, pues al fin es mi hermana. Ya en tí era otra cosa.

—¡Eso! ¡para que cargue yo con la odio-

sidad de todo el mundo, como cuando la muerte de Víctor: para quedar yo por un desalmado, porque a tí se te pusiera en el moño que hiciéramos lo que hicimos.

—Porque veo más que tú y sabía que de haber hecho las paces entonces nos hubiéramos echado a cuestras una casa de familia. Por eso, y sólo por eso, me eché un nudo en el corazón como quien dice y...

—Y la dejamos a la infeliz que se rascara con sus uñas... ¡Desegáñate, Amparo, que aquello estuvo muy mal hecho y que toda Sevilla nos lo censuró, y que esa es la causa de todas las antipatías que tenemos... ¡A una hermana, sea como sea, mucho menos siendo tan honrada y tan decente como la tuya, no se deja en un trance así en ese desamparo!... ¡Hay que ver lo que es una casa de familia, con un padre que se ha llevado la llave de la despensa!

—Pues hijo: al que tiene cama y duerme en el suelo, no hay que tenerle duelo... ¡Bien pudo buscar entonces una aproximación!

—¿Y qué aproximación podía atreverse a buscar, después de lo ocurrido cuando la muerte de tu padre?... ¿No se nos entró en-

tonces por las puertas y no la quisiste recibir? ¡Demasiado hizo con sentarse al pié del cadáver en la capilla ardiente y no despegarse de él hasta que se lo llevaron!

—¡Siempre fué muy dada al drama!

—La gente dice que digna.

—Bueno: digna o no digna, bien que ha pagado su testarudez... Ella ha sido siempre de las de duro contra tieso, y el que necesita es el que tiene que agacharse.

—Pues ya ves cómo ni entonces se agachó; sino que se echó a las lecciones de piano...

—¡Qué bonito!

—y a la costura de las hijas...

—¡Qué puñado de honra!

—y ahí la tienes: mirada y considerada de todos y en todas partes.

—¡Porque siempre ha sido muy astuta, y todo lo ha hecho para ponernos en ridículo! Esa ha sido su venganza: aparecer en todas partes como víctima... ¡Es papel muy socorrido!

—Pero vamos a ver, Amparo, ahora que nadie nos oye: ¿qué va a hacer una viuda, con tres hijos y a la clemencia del cielo, sino,

o apelar al sable, o echarse a trabajar honradamente?

—¡Una hija de un don Lope Castejón no debió nunca haber descendido a dar lecciones de piano, ni menos poner sus hijas a costureras! ¡Eso no se lo perdono!

—¡Dime qué iba a hacer entonces!

—¡¡Todo: menos deshonrarnos, poniéndonos a los ojos de todo el mundo como unos miserables!! ¿Qué hizo para buscarnos la cara?

—Pues mandarnos razón de que se le había muerto el marido y de la hora del entierro.

—¡¡Y le mandamos el coche!!

—Pero ni fuiste tú, ni quisiste que yo fuera. Y ¡claro!: le pagó sus dos duros de propina al cochero y le mandó decir que podía retirarse.

—No: si desplante y soberbia los ha tenido siempre a esportones. De ahí, que nunca nos hayamos entendido... Bueno: pues aquí lo que es menester, ya que esa niña lo ha echado todo a rodar, es que pensemos la regla de conducta que debemos adoptar para con ellos.

—Eso, tú allá: yo al son que me tocan

bailo, aunque nunca me han gustado tirantes de relaciones en las familias.

—Pues lo que es yo intimidades con ellos no las quiero. Quiere decir que cubriremos las apariencias... Le pagaremos la visita...

—¡Toma! ¡eso por supuesto!

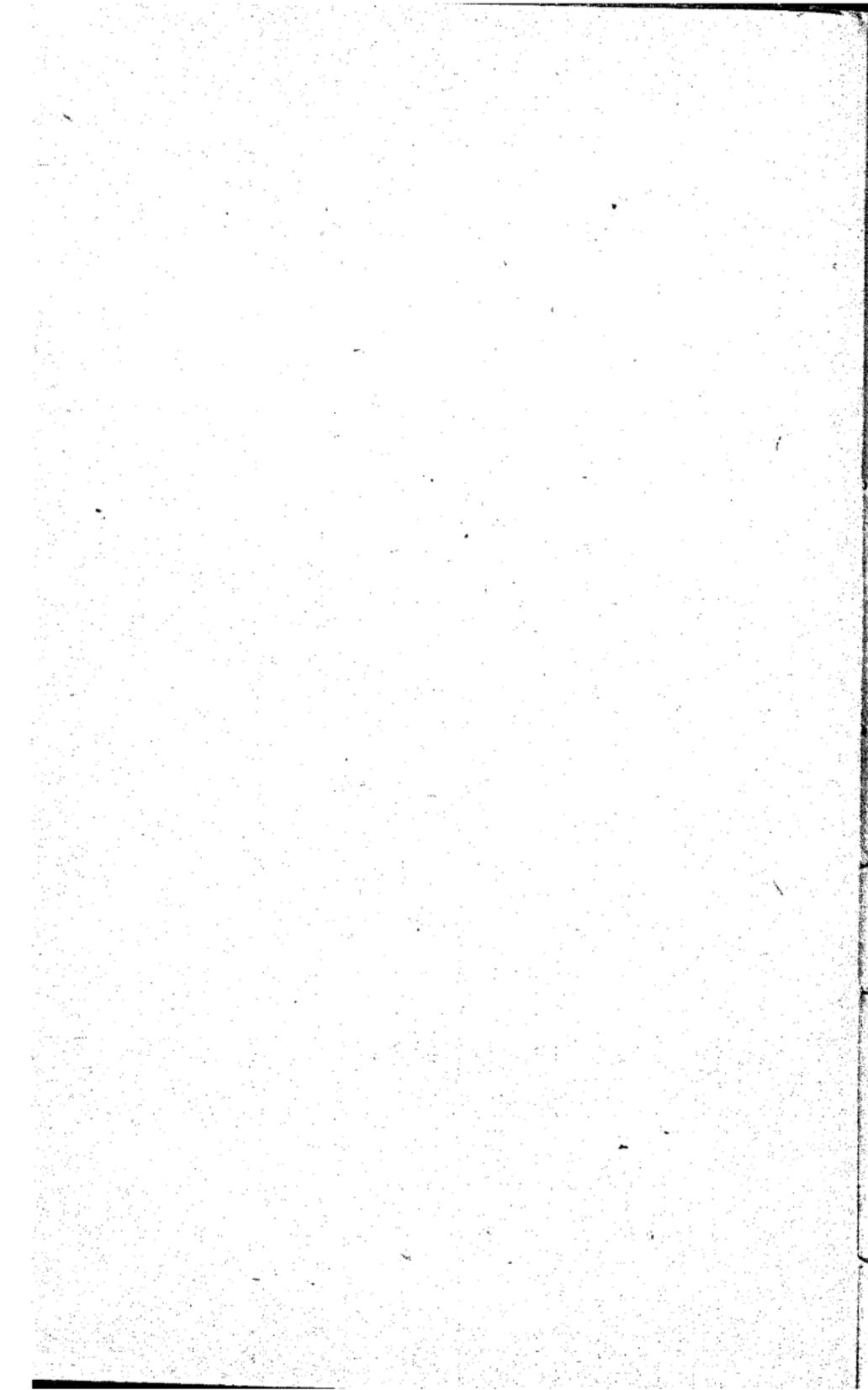
—y ellos en su casa y nosotros en la nuestra y Dios en la de todos.

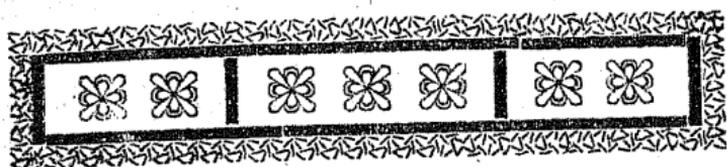
—¡Malo sea que al Himno de Riego le dé por las primitas!

—Pues hijo: ¡como le entre que le salga! ¿o es que vamos a estar aquí como pandere-ta de brujas a todos los caprichos de la niña?... ¡Deja que la coja esta tarde, que le voy a poner las peras a cuarto!!... ¡Cuidado con el compromisazo en que nos ha puesto y el conflicto que nos ha creado con sus co-razonadas de novela... barata!... ¡Así! ¡al que no quiere coles, el plato lleno! Ahora, a almorzar con ellos, y a pasarse todo el día fuera de casa, porque al viva-la-Virgen de su padre no se le ocurrió una excusa que le hubiera desbaratado la combinación... Sí, Tomás: te lo he dicho muchas veces y aho-

ra te lo repito: esa niña nos va a dar que sentir, y tú tienes la culpa. ¡Esa niña está muy sobre sí y muy re consentidísima, y al freir será el reir y al pagar será el llorar!...







CAPÍTULO V

Tormenta de verano

—¡Quítate de mi vista, quítate de mi vista!... ¡Déjame de besuqueos!

—¡Aunque tú no me lo des!

—¡Nada, no! ¡Ni tú a mí!... Con que beses a tu tía tienes bastante.

—¡Eso es! ¡amárgame el día más feliz de mi vida! Ya me temía yo que harías lo posible por amargármelo. Cuando te digo que desgraciadas las habrá en el mundo, pero como yo ninguna! (Llora... o hace que llora).

—Lo que no hay en el mundo es nadie

más desaprensivo, ni más sin freno que tú, ¡republicanal... ¿Eso se hace?.. ¿Una niña ¡una muñecal sin representación social, mas que la de sus padres, hacer una alcaldada como la que has hecho, entrándose por las puertas de una desconocida...?

—¡De una tía! ¡De una hermana de mi madre de mi alma, más buena que el pan!

—Buena, o no buena, no eras tú quien tenía que juzgarlo. A tí debía sobrarte el que ni tu padre ni yo quisiéramos trato con ella.

—Yo, mamá, como dice el Santo Evangelio...

—¡Ya salió el Santo Evangelio! Pues lo primero que dice el Evangelio es honrar padre y madre. Y la manera de honrarlos es no hacer cosa ninguna sin su permiso, y mucho menos una cosa tan trascendental y de tantísimas consecuencias. Y luego, para remachar el clavo, comprometernos delante de la misma interesada, para que te dejáramos ir, que tendrán que ver los bodrios que habrás almorzado.

—Pues mira, mamá: un almuerzo muy decente: una sopa de tomate con pan frito molido por encima, que parecía costrada al

horno. Luego, un huevo frito por cabeza con muchas patatas alrededor, y luego, pescadilla a la vinagreta, con hojas de lechuga...

—Oye: ¿eso almuerzan?—preguntó la señora inmolando sus iras en aras de la curiosidad...

—Eso es lo que tenían preparado, y eso me dieron. Las primas, muy apuradas, porque, acostumbrada yo, según ellas, a tantas grandezas y exquisiteces, no quisiese tía Luz que se alterase el orden de la casa. Todo el extraordinario que quiso que hubiera fué mantelería limpia y una docena de pasteles de crema, que compró cuando íbamos para allá. —Tía, ¡por Dios! ¡que va a ser mucho gasto!—No, hija mía: cuando se tiene un convidado a comer, si bien no se le debe engañar, poniéndole lo que no se tiene ni se puede, también se le debe honrar con algún extraordinario hecho en su obsequio. El almuerzo que tenemos, y que es un almuerzo de pobres, es lo que te pienso dar: ¿qué menos que una docena de pasteles, para obsequiarte?... ¡Oro molido que fuera, me parecería poco! —Tía es muy buena, ma-

má: y tiene mucho talento y es ¡pero muy distinguida en medio de su pobreza! A mí me ha gustado mucho.

¡Pues si vieras las primitas, qué monas son! ¡Mira el bolso de crochet y mostacilla que me han regalado!...

—¿Lo ves, Coral, cómo no se pueden hacer ciertas cosas?... ¡Ya tienes ahí un compromiso!: ¡un regalo de unas pobres, que viven de su trabajo! ¡Cuando te digo...

—Yo no quería, ¿sabes? Y tía Luz tampoco, con pretexto de que era poco para mí. Pero Lucita, que es la que lo ha hecho, se empeñó en que tuviera un recuerdo de este día y no tuve más remedio que tomárselo. Amparito me ha regalado este pañuelo hecho a festón, porque me fuí sin él con la prisa, y Víctor, estos claveles.

—¡Eres... para matarte!

—Pero, ¿por qué, mamáta? Estornudé y no tenía pañuelo... Y luego después de almorzar me llevaron a la azotea y Víctor, que es floricultor, porque las niñas con la costura no tienen tiempo, cortó todos los que había y me los dió... ¡Mira qué hermoso éste blanco! Este, sangre de toro, está a medio

abrir todavía, pero mirá qué bien huele... Yo no quería que los cortara. Pero no dejó uno. Me gustan porque son muy cariñosos.

—Descuida: que siempre han sabido a su casa y a la de enfrente... ¡Pues veremos por dónde nos salen estas misas!...

—¡Si vieras, mamaíta, qué habilidosas!...

—¡Como todas las cursis!

—Tienen el piso, que es una monería. Nada que valga dos cuartos, ¿sabes? pero todo tan en orden, tan limpio y de tan buen gusto, que es un encanto la casa.

El cuarto de labor no tiene más que la máquina de coser, los mundillos para los encajes y un tambor con una colcha de malla que están bordando... unas sillitas bajas y una alfombra para los pies, y en el testero de enfrente una fotografía con la Sagrada Familia, trabajando todos, que hasta me enterneció...

Pues si es el cuarto de Víctor, no he visto nada más primoroso. Una cama de Vitoria, un lavabo de palangana grande, una mesa muy chica, de pies de aguja, con los libros y un tintero de Triana y una fotografía del Señor de Pasión, clavada con cuatro

chinchas en la pared, y una rama de espino, con muchas púas, sirviéndole de marco... Mira otra tontería que también me... gustó: unas pocas de violetas, puestas entre las espigas..

Ahora para Junio concluye la carrera... Está de meritorio en el escritorio de Algorta y no gana nada... ¡Veinte duros por Pascua nada más!.. Si papá fuera otro, se lo traía.

—¿Lo ves?... ¿Lo ves, Coral, como no puedes irte de la mano?... ¡Cuidado como le boqueas a tu padre semejante cosa!.. Parientes pobres y chismes viejos, ¡pocos y leños!... ¡Tuviera que ver el niño metido de hoz y de coz en el escritorio, para que se empaparan desde el primer día en todos los secretos de la casa! ¡Eso, ni que lo pienses! ¡ni que lo sueñes!

Bueno que los tratemos, ya que has hecho la locura de ir a buscarles la gracia. Pero ellos en su casita y nosotros en la nuestra.

—No: ¡si yo no digo que se venga! Pero ya ves: veinte años a la colá como quien dice, y sin poder meter en casa ni una peseta... Ya ves: hasta el Santo Evangelio lo di-

ce: «con la medida con que midiéremos seremos medidos»... ¿Te gustaría a tí un hijo con veinte años, queriendo trabajar y no encontrando dónde?

—Descuida: que ya encontrará.

—Si no encuentra quien le ayude...

—¡Lo que está de Dios no falta!

—¿Y si está de Dios que entre en el escritorio?

—Pues bueno: si está de Dios, ya Dios hará que sea. Pero no te metas tú a consejero de la Corona.

—Descuida, mamaíta, que no me meteré. Pero créete que haríamos una buena obra.

—¡No es menester tantos bienes para un cuerpo sólo!

—Yo, como dice el Santo Evangelio: «bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia», dije: a ver si quisiera mi mamá que hiciéramos esa misericordia con el chiquillo, para que me perdonara el Señor tantísimo como le he ofendido en este mundo ..

¡No creas, mamá!: este cariño tan regañadísimo que te tengo es amor desordenado

enteramente. Y ya ves: eso es pecado... ¡Y que no me puedo corregir, Madre mía de los Reyes! ¡Que mientras más días pasan, más la quiero!...

— ¡Te conozco, Orozco!

— ¡Y sabes que es verdad! ¿Verdad, ma-maíta?

— Lo que sé es que eres una vividora como no hay otra, con más palabras que la pasión y sí: muchas palabras, de Semana Santa, y luego, hechos de carnaval.

— Entonces, ¿llamo a papá para que nos junte?...

— No: si por mi parte estás perdonada. Ahora: eso de besarte, que te bese tu tía Luz y tus primitas.

— ¿A que sí?

— ¿A que nó?

Y cuando entró don Tomás se las encontró luchando a brazo partido, escuchando de labios de Coral:— ¡Que no! ¡que eso no vale! ¡que ha sido de mala gana!... ¡Como los míos!... ¡Así!...

¡Y luego don Tomás era el que «era funesto»!...





CAPÍTULO VI

Mirada retrospectiva

Laméntase el autor de estos apuntes de su falta de arte, para poner los acontecimientos de esta historia por riguroso orden cronológico.

Para hacer por descargarse de responsabilidad ante la crítica, dice que va escribiendo, conforme se va enterando de las cosas; y de ahí el que todo se le vuelva andar para atrás, como calumniosamente se dice del cangrejo.

Se nos viene con dicho resquemor, porque, después de contarnos la gestión de Co-

ralito «pro pace» entre las hermanas, se cree en el deber de poner en autos a los lectores, de la razón y motivo que pudo tener la nena (aparte la hermosa frase del Evangelio, leída en el devocionario) para dejarse llevar de su generoso arranque. Y, aún en trueque de desvirtuar todo lo edificante y plausible de una acción tan cristiana, insinúa la teoría demoleadora de que la privación es causa del apetito, por donde, más que hazaña de heroína la de Coral, quizás no rebasará, según él, el nivel de lo genuinamente femenino.

Con hombres tan dados al análisis no se puede ir a ninguna parte, y esto a mí, la verdad: no me gusta. Así se lo he dicho.

Es mucho más bonito el tipo de Coral, dejándose llevar, por influjo del Evangelio, de la mano del ángel de su guarda, que el de Coral, acuciada por el prurito de la prohibición y guiada por la curiosidad de hija de Eva...

Desde los primeros años de su vida de colegiala, sabía Coral la existencia de su tía Luz. Las niñas de los colegios son muy par-lanchinas, influyendo muy poco en que lo sean la misma privación de parloteo, a que

las horas de silencio las someten, y aquí sí que viene bien lo de que la privación es causa del apetito.

No sólo, pues, sabía la existencia histórica de una hermana de su madre, sino que la conocía de vista—hay que advertir que en Sevilla se conoce todo el mundo — Y, curiosa, como buena mujer, ardió en deseos de averiguar el por qué dos hermanas de padre y madre, no sólo no se trataban, pero ni parecían conocerse:

¡Con decir que cuando se encontraban en la calle, ni siquiera se bajaban la cabeza!... ¿Qué tendría el agua, para que así la bendijesen?....

Vestida ya de largo, fué cuando un día, en el paseo de la orilla del río, cerca de la palmera, acurrucadas las dos bajo la capota del coche y al suave calorcito de la elegante manta, que tanto se presta a confidencias e intimidades, preguntó a doña Amparo:

--Oye, mamá: ¿tú tienes una hermana?

--¿¿Quién te lo ha dicho??

--Las niñas del colegio.

--Pues sí: la tengo. (Pausa).

—¿Y... por qué no la tratas?

—Pues porque... es tan republicana como tú, y se casó a disgusto de todos los de la casa.

—¿Tan... ¡vaya!... tan despreciable era el novio?...

—No era de nuestra clase, y eso bastaba. ¡Ya ves: un comisionista de comercio ¡para una Castejón!

—¿Nada más que por eso, mamaíta?

—¿Y te parece poco?...

—¡Si él era bueno, y luego se querían!...

—¡Pues, aunque se hubiesen querido más que los amantes de Teruel! Por encima del corazón debe estar la cabeza, y es hasta suicidarse, ¡así: suicidarse! decirle que sí al primero que se arrima y descender del pedestal en que una se ha criado. Las mujeres nos debemos casar con hombres, por lo menos, de nuestra clase ¡de ahí para arriba!: no, toda una hija de un General con un comisionista de comercio... ¡Así le salió ello! que se quedó viuda con tres hijos... y ¡mira tú qué canongía: una casa de familia sin más amparo que el de Dios!

—Ella dicen que da lecciones de piano...

—¡Un blasón para la casa!

—Y que las hijas cosen en blanco y hacen encajes...

—¡No!... Si puestas a honrar a la familia, no reparan en medios!

—¿Qué van a hacer, mamá?

—¡Pues no haberse casado con quien no debió!... ¡Haber sabido mirar el día de mañana!

—Pero si ya estaba hecho...

—¡Esa es la tuya! ¡Los hechos consumados! Pues bueno: porque lo hizo y ya está hecho, que apeche con las consecuencias de su locura:

Tú lo quisiste, fraile mostén,

Tú lo quisiste, tú te lo ten.

Y hazme el favor ¿sabes? de no volver a hablarme de esos señores, mientras el cuerpo te haga sombra. (Gran pausa).

—Dice la de Fontanilla que viven en un piso de la plaza de San Pedro, muy chico, pero muy mono...

—Hija: ¡qué enterada estás de lo que no te va, ni te viene, ni te importa!

—Yo, Consuelo me lo ha dicho: que le han hecho una colcha de malla y de cortadillos para su cuarto de soltera y que ahora le están haciendo un paño de sofá y los visillos para el cierro... Si tú quisieras que Consuelo les encargara cosas para mí, como que eran para ella...

—¡Ni... que... lo... pienses!

—¡Es que tengo capricho por una colcha igual!

—Se le dará encargo a Luque, de que nos mande esas serranas que traen tantas cosas de El Alosno. Descuida; que lo que esté en mi mano darte gusto, no tienes más que boquearlo. Trato con ellas no quiero, ni lo he querido nunca... ¡Y ya sabes: me molesta hasta que me los nombres!

—¡Descuida! (Gran pausa).

.....

—La mayor se llama Amparo, como tú, y la chica, Luz como la madre: pero que es una estampa a tí enteramente... ¿Querrás creer que las quiero, sin conocerlas, nada más que por eso? Para mí es que no hay en el mundo un nombre tan hermoso como el de Amparo, ni cara tan repreciosa como la tuya.

—Pues bueno: calla, que callada ofendes: conque figúrate, hablando.

—Hija: descuida. Pero no merece una estos sofiones... ¡Tonta una, que pone su corazón en señor que se le puede morir! (Pausa).

Coral ha adoptado un ademán de resentimiento, y resuelve no volver a abrir el pico en toda la tarde. La señora no se da por entendida y se distrae mirando tocados y toaletas, de los que es el paseo abundante exhibición...

Así dan una vuelta...

Coral está arrepentida de su actitud, aunque no sea más que por el poco éxito que ha tenido...

—¡Mira! ¡mira, mamá! Ese muchacho alto del bigotito negro dicen que es su hijo!...

La señora, calándose los impertinentes con montura de carey, y frunciendo la pintada boquita, en señal de desagrado:

—¡Tan simpático como su padre el alma mía!... ¡Y tú de qué lo conoces?

—Del Salvador. Es prioste, creo, de la hermandad de Pasión, y lo veo algunas veces entrar y salir en la sacristiilla de la Hermandad.

—¡Más valiera que estudiara y se hiciera un hombre, y no anduviera sacristaneando por ahí!... Y tú, ¡cuidado como lo miras, ni trabas trato con él! ¡Esos beatones saben todos a su casa... y a la de junto!

—No: ¡si no nos miramos!... Nada más que yo sé quién es él, porque me lo dijeron las de Castro, y él, a la cuenta, sabrá también quién soy yo, porque me mira mucho.

—¡Claro! ¡Como que no os mirais! Pues ya se te va a acabar a tí todo ese salenqueo del enemigo y ese beborroteo de confesiones y comuniones. ¡Con oír misa los domingos y días de precepto; confesar una vez dentro del año, y comulgar por Pascua florida, se cumple con lo que manda la Santa Madre Iglesia!

—¡¡No, por Dios, mamaíta de mi alma! ¡No me quites ese consuelo tan regrandísimo, de oír misa todos los días y de comulgar cuando me toca!... ¡Tonta yo, que te he dicho que lo conozco, y de verlo alrededor del Señor de Pasión, precisamente!... Ya ves: si hubiera ni tanto así de peligro de cuchumandeo entre nosotros, no hubiera sido tan mentecata, que te hubiese puesto sobre la

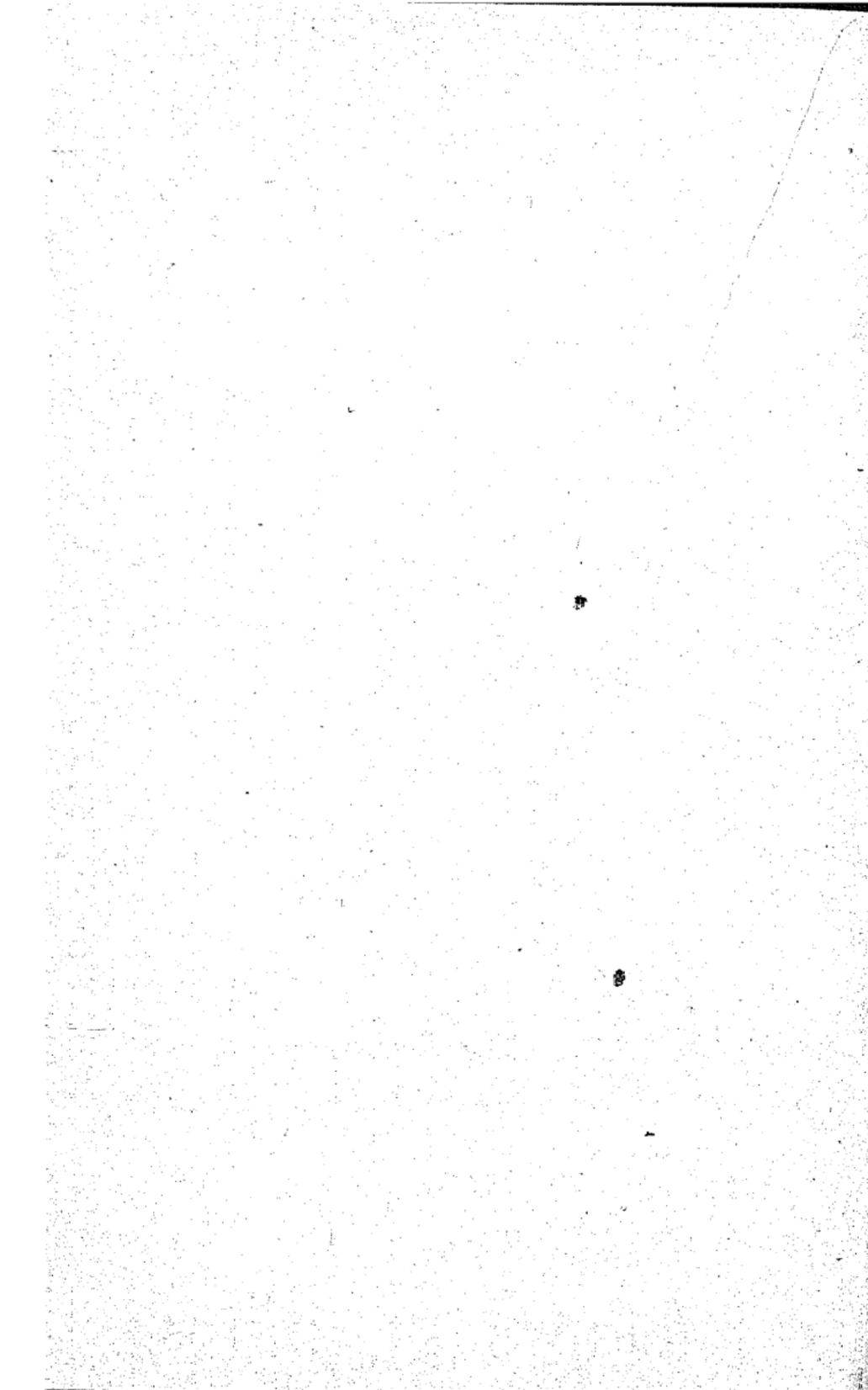
pista... Es que ha pasado el muchacho junto a nosotros, y, como veníamos hablando de su madre y sus hermanas, te dije que era él... Por tanto, mamaíta de mi alma, no me vayas a recluir, como una monja... ¡Tú sabes que soy muy buena y que tengo muchísimo juicio! y ¡basta de media vez que tú hagas confianza en mí, para que yo no abuse ni en lo más mínimo! ¡Soy toda una señorita, digna de tí, y una niña cristiana, que va al templo a sus prácticas de piedad y nada más!... ¿Me vas a levantar la excomunión, mamaíta de mi alma?...

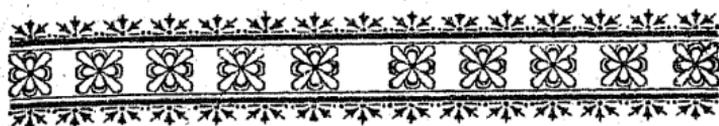
—Bueno: pero ¡jojo al Cristo, que es de acero!

—¡Descuida y retedescuida!

Y a los dos o tres meses de este diálogo, fué cuando una mañana, entre ocho y nueve, llamaba Coralito a la puerta del piso de su tía Luz.







CAPÍTULO VII

Urbanidad y cortesía

El pago de visita a doña Luz se hizo a su debido tiempo, con toda solemnidad. Don Tomás era correcto, como un lord—no sé por qué no ha de decirse: como un hidalgo—, y quiso contribuir con su concurrencia al homenaje a darle más carácter de oficial y de solemne.

El no visitaba a nadie, y era menester que se cayera una estrella del firmamento, para que él se encoplara con las damas y saliese de visita (excepción hecha de la de los Sagrarios el Jueves Santo, que es de ri-

gor en el ritual hispalense, y sólo previo divorcio es cuando deja de hacerse con toda la familia por delante)... Por lo demás, ellas solas, en su coche, con todo el mundo por suyo, y él, a su tertulia del Círculo, a la que no faltaba un solo día.

Pero estimaba a Luz, y la había estimado siempre y compadecido no poco, sobre todo: en su viudez y desvalimiento. Se había alegrado con toda el alma de la corazonada de la chica, que había cortado la cabeza a aquel estado de tirantez de relaciones y se prestó, gustosísimo, a acompañarlas aquella tarde, aunque luego las dejara para irse él a la puerta del casino, y las otras, a su paseo.

Se emperejilaron, pues, las damas, como tenían por costumbre todas las tardes. El señor, descuidadillo de suyo, también se adecentó para no desentonar en el cuadro, y a la plaza de San Pedro, a la casa de pisos, que señalára Coral, pues no recordaba el número.

Doña Luz pensó morir de alegría, y las chiquillas, de júbilo. Víctor no estaba en casa... No sabemos, por consiguiente, lo que le hubiera pasado.

En efecto: el pisito era un primor y un dechado de orden y de limpieza. Nada que valiera dos cuartos, como había dicho Coral; pero con mucha luz y mucho aire...

Coral llevaba a las primas unas cajitas maqueadas, rellenas de bombones.

— ¡Vaya por Dios!

— ¡Anda, mujer! ¡Eso no vale un comino!... Para que luego las guarden para pañuelos...

Y aquí el natural panegírico de doña Amparo, de lo monas que eran las niñas...

— ¡Con decirte que no sé cuál de las dos me parece más bonita!...

¡Dios, y lo coloradas que se pusieron!

— ¡Y cuál es mi tocaya?

— Servidora—. Y la muy tonta se echó a llorar.

La dama la llamó a sí y se la sentó en la falda y la estuvo besando nuevamente y le dijo que bastaba de media vez que se llamara como ella, es decir: como su madre, para que ella la quisiera...

— ¡No hace usted más que pagarme!

— Entonces, a esta rubia tan salada—

preguntó don Tomás, aludiendo a Lucita—, ¿quién la va a querer?

—¡A mí me quiere Víctor!—respondió con trémulos en la voz y vidriaciones en los ojos.

—Y yo también, mujer—añadió el caballero — aunque no sea más que por lo que te pareces a tu tía. ¡Tu misma cara, Amparo, cuando yo te conocí!

—Sí que se parecen mucho — corroboró la madre.

—Y por eso es menester que nos queramos. ¿No es verdad, nena?

—¡A ver!—respondió Luz, no menos aturullada que su hermana.

Y don Tomás se levantó del asiento y la estuvo besando, y poniéndola de tonta, por llorar sin motivo...

—Pues nada, titi Luz:—repuso Coralito desoladísima:

—¡A casa de mi novia
llevé a un amigo.
El se quedó de novio.
yo, despedido!

¡Voy a echarme a llorar, a ver si encuen-

tro un perrito que me quieral ¡Mira que ni los perros!...

—¡Y sin que llores, mi corazón!—Y se repitió la escena de los besos y abrazos...

Su gran rato de parloteo de cosas de actualidad y de recuerdos retrospectivos... Sus cariñosos ofrecimientos por ambas bandas... Su excursión por el piso, para verlo todo, hasta el cuarto de los chismes, empezando por la cocina, que es donde suele imperar en las más de las casas la disciplina del arcano, y su cariñosísima despedida en el pasillo.

—Mamá:—dijo Coral— ¡Mujer, que se te olvidaba lo mejor!

—¿Que se me olvidaba qué?

—Pues hija: convidarlos a comer con nosotros el día de mi cumpleaños. ¿No veníamos a eso?

—¡Ay, verdad!... ¡Cabeza como esta mía!... Pues nada: ya lo sabeis: el día 19...

—¡Que por eso soy tan devota de San José!

—A las ocho de la noche.

—Os lo agradezco muchísimo, aunque siento meteros por las puertas un familión...

—¡Anda, mujer; no digas eso! Para todos hay.

—Ya lo sé, y Dio te dé más.

—Pues hasta el día 19—concluyó el señor Ulloa, satisfechísimo.

Y bajaron la escalera, y montaron en el coche.

—¡Lo que toca esta vez no te escapas! —dijo la madre a la hija, tirándole un pellizco retorcido, que le hizo ver las estrellas en plena tarde:— ¡grandísima trapisondista del enemigo! ¿No ves, Tomás, qué recomprometedora y qué sin freno?...

—¿.....?

—¡Otro lío de los suyos! No es que yo no tenga gusto, ni mucho menos, en sentarlos a mi mesa y darles de comer... Sino que esa manera de darme el trágala ¡se te va a tí a acabar, pero muy pronto!

—¡Figúrate, papaíto, que en la mitad de la visita se me ocurrió convidarlas! Y en lugar de ponerme moños, atribuyéndome derechos de ama y señora, no siendo nada en el mundo, le apunto a mamaíta que lo hiciera, y mira el pago: ¡un acarralado en la

manga y un cardenal... ¡primado de las Españas en esta carne inocente!

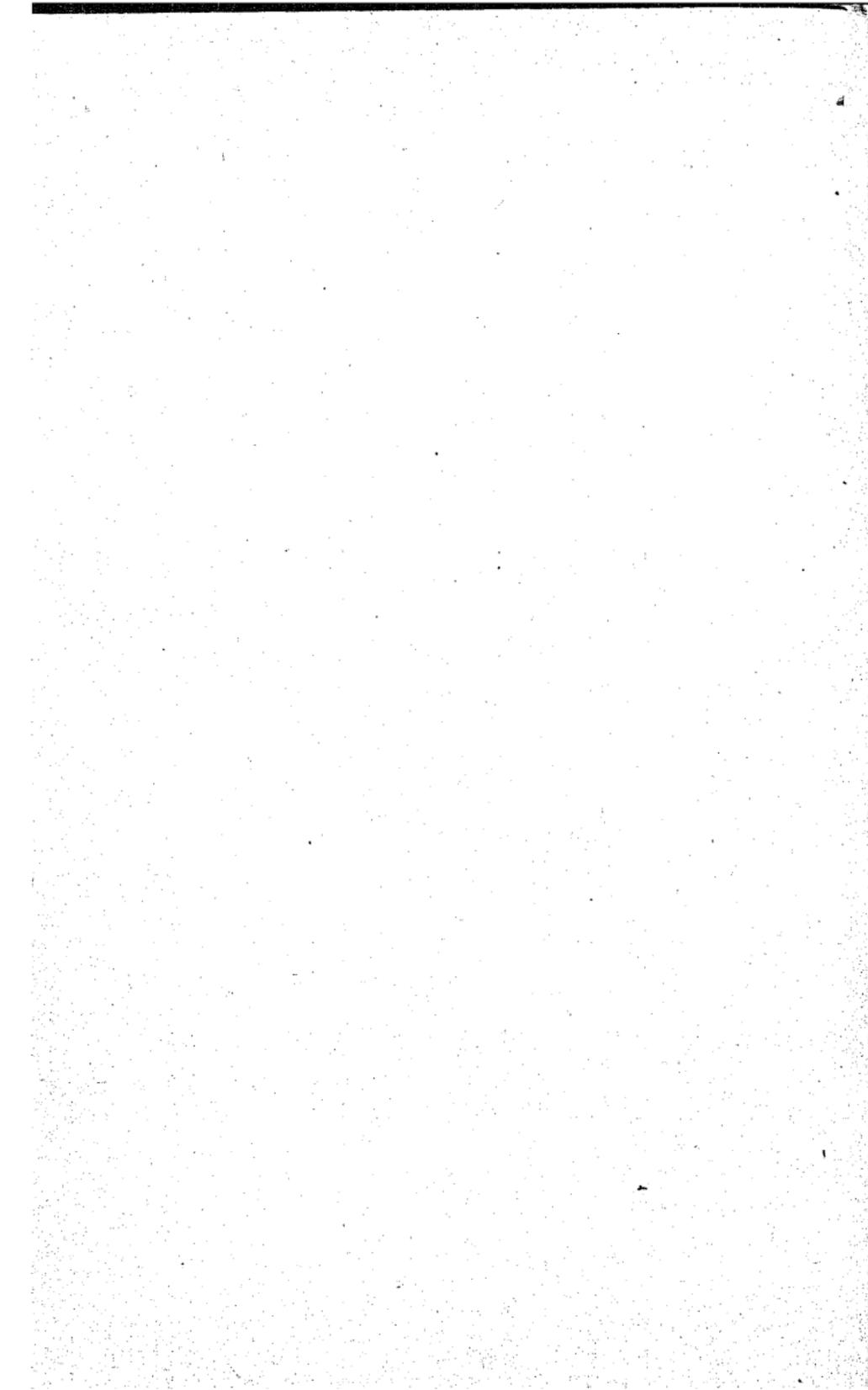
—Bueno: ¡pues que sea la última en que comprometas!... Esto de los hechos consumados, que es la tuya, se te va a tí a quitar, pero de golpe. Y por la buena, todo lo que tú quieras; pero por la mala, no aguanto imposiciones de nadie, y de una muñeca, menos!

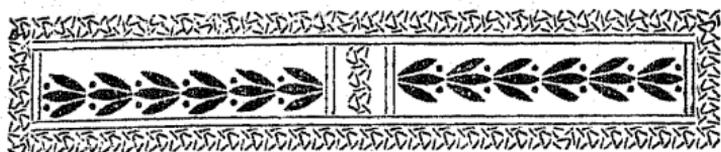
—¡Eso es! ¡A un almuerzo como el que me dieron las pobrecitas, iba a quedarme achantada, para quedar por gorróna!

¡Cuidado con la desgracia: no tener, como Colón, quien la comprenda a una! ¡Mira que no tener más que una madre, y que le esté deseando a una la muerte todos los días!...

Afortunadamente no duraré mucho!... ¡Pocas ganas que tendrás de ponerte el manto largo... tan reguapísima como vas a estar con él!

—¡Eso es lo que falta, hombre: que le rías la gracia!... ¡Cuando te digo que eres funesto!





CAPÍTULO VIII

El torniquete

—Anda, Amparito: sírvete más. Y usted, tía Luz. Mire usted cómo Víctor y Lucita no andan con cumplidos.

—Es que ni Amparo ni yo nos atrevemos mucho con el helado. No es por cumplido: créelo.

—Como queráis... Yo, como me gusta tanto... Pues sí, ¡unos regalos, magníficos! Y el de ustedes, monísimo. Parece que os habían dicho al oído el antojo que tenía por un paño de sofá de cortadillo y malla. De modo

que no habéis podido regalarme cosa más de mi gusto...

Hombre, a propósito: retantísimas gracias por los claveles color coral. Son los que más me gustan.

—Para quien se merece lo que tú, figúrate lo que son esas miserias.

—No, Luz: no digas eso. Quince duros piden por un paño así las Alosneras, y ya quisieran ni medio parecersele. ¡Con decirte que empacha de bien hecho!... (Pausa).

—Pues sí: unos regalos, como yo no esperaba. Más que de cumpleaños, parecen de casamiento. Mamá, un espejo de plata para el tocador. Y si es papá... ¡papá a su altura! ¡Chiquillo! ¡qué te quiero!—Y la muy zalamera del enemigo le tiró un beso, dado en las puntas de sus deditos de rosa, reunidos en capullo. (Mirada de extrañeza en don Tomás, que no le había regalado, más que cincuenta duros como siempre)—¿.....?

—Pues sí, este año ha querido tirar en mi obsequio la casa por la ventana. ¡A la altura de un rey!... Figúrese usted que me ha dicho que quiere que venga Víctor al escri-

torio desde mañana, con treinta duros de sueldo. Ahora: que si no los merece, que no me disguste, si le rebaja algo. Como, si mereciere más, más le daría.

Y otro lamento del autor de estos apuntes, por no saber manejar más que la pluma, y para eso, bien medianejamente, siendo así que lo que necesitaba en este caso, más que pluma, eran pinceles, para trasladar al artelas caras respectivas de los interlocutores de Coral: la de doña Amparo: de vinagre de yema... aunque aguado por la buena educación. La de don Tomás: de San Hinojo en el cielo, por no acordarse de haber dicho tal cosa. La de doña Luz: de alma del purgatorio, que ve que se le abren de par en par las puertas del Paraíso. Las de las muchachas: de pascua... florida, y la de Víctor, de... lo que no hay pinceles en el mundo que acierten a bcsquejar... Por primera providencia—dice—se echaron a llorar los cuatro últimos.

—¡Sí, papaíto!—siguió Coral, repitiéndose el helado, con una frescura, digna de la heladora.—¡Acuérdate que me dijiste, ¡y bien que me lo recalcaste!, que, aunque no

lo hacías por mí, sino porque era empeño de mamá, tú querías que fuese yo quien se lo dijera, para que fuese a mí a quien lo agradeciesen! Lo que tiene es que a mí no me gusta engalanarme con plumás ajenas, sino que cada cual se engalane, y hasta se pavonee con las suyas. Mamá es quien lo ha hecho todo. ¡Para que lo sepáis!

—¡Dios se lo pague a todos!, ¡Dios se lo pague a todos!! —prorrumpió doña Luz, deshecha en llanto:—A tí, hermana de mi alma, por haberte empeñado con Tomás. A tí, Tomás, por habernos otorgado un favor tan inmenso. Y a tí, hija de mi vida, por haber sido el ángel anunciador de tan buena nueva... ¡Yo les aseguro a ustedes que nunca se tendrán que arrepentir de habernos hecho tan regrandísimo beneficio, porque esto es el premio gordo sin jugar! Víctor, aunque esté delante, es un niño muy formal y muy trabajador y muy honrado... (El interesado, con un hipido, que le cortó la frase:)

—¡¡Y muy agradecido!!

—y sabrá ganar a pulso lo que quiera que se le asigne. Y una cosa que os digo

con toda honradez: ¡treinta duros me parece muchísimo para empezar! Con veinte había suficiente. Ya veis: eso es lo que gana al año!

—¡No mujer! ¡qué disparate!—añadió don Tomás, dándose perfectamente cuenta del trágala de su hija—. Si, por lo pronto, no mereciera ese sueldo, basta de media vez que sea hijo tuyo... ¿No es verdad, Amparo?

—¿Qué quieres tú que yo diga?—replicó la señora, con la risita del conejo del que le revientan un golondrino y tiene que dar las gracias por la caricia: —Lo que yo quería de ti era que lo admitieras en el escritorio, que ya todo lo demás correría de tu cuenta.

—¡Ea!—falló Coral, poniéndose de pie y relamiéndose de gusto, por el éxito:

—¡Ni media palabra más sobre el asunto! Anda, tía Luz: (yo te voy a hablar de tú ¿sabes?: no me acostumbro al usted) toca al piano unas coplitas de sevillanas, que las vamos a bailar Amparo y yo. ¡Las de Reverte!

Me gusta a mí Reverte

¿Lo ves?

Por lo torero.

—Es que donde hay caballeros—propuso don Tomás—es un crimen de lesa galantería dejar a las señoras que bailen solas. Anda tú, Víctor: a bailar con tu prima... Canta, Lucita.

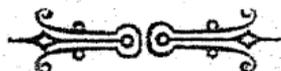
—Me gusta a mí Reverte
¿Lo ves?
Por lo torero.
Porque tiene matando
¿Lo ves?
Mucho salero.

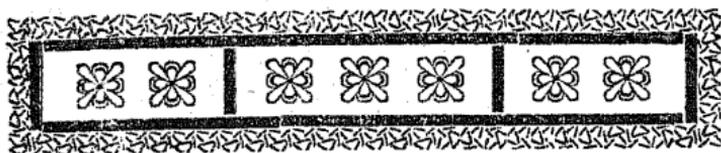
Y discurrió la velada en paz y gracia de Dios...

¡Pero qué republicana, Dios eterno!...

¿Y qué hacía?... ¿La mataba?...

¡La de todos los que no tienen vergüenza: que cuentan con la vergüenza de los demás!...





CAPÍTULO IX

La bronca padre

A la hora de acostarse fué cuando se armó la bronca. A poco, ¡hule!

—¿Pero tú no la ves qué resuelta, y qué descarada, y qué recomprometedora?

—¡Mamaíta de mi alma! ¡¡Que no lo pude remediar!! Te lo había dicho más de un millón de veces, y no me hacías caso. Se lo había dicho a papá, y papá no se atrevía por no darte un disgusto. Y, como el Santo Evangelio...

—¡Ya salió el Santo Evangelio! ¡El

Evangelio en triunfo» es menester ponertel
Pues bueno: para que te sirva de escarmien-
to y sea la última vez que te tomas la justi-
cia por tu mano: desde mañana se acabaron
las salidas a la iglesia y el refregadero ese a
casa de tu tía. ¡Sin juicio! ¡republicana!
¡anarquista!

—¡Papaíto, defiéndeme, por el amor de
Dios! ¡que no tenga que llorar en un día co-
mo este!... Recoge los cincuenta duros del
regalo, y ya tienes ahí para el sueldo de dos
meses, con diez duros más... que no van a
ninguna parte... Pero considera, mamá de
mis entrañas, la felicidad tan regrandísima
que se les ha entrado a los infelices por las
puertas, tan rebuenos como son y tan hon-
rados, y... ¡tan dignos de que Dios saque la
cara por ellos! ¡¡Mira, mamáta mía, que no
hubo premeditación!! Fué el ángel de mi
guarda, que me dijo: hazlo... Yo no quería,
¿sabes? porque me estaba temiendo la que
me ibas a armar; pero me pareció hasta una
infidelidad para con Dios dejar de hacer un
bien tan grande, por el maldito respeto hu-
mano, y me dejé llevar de la inspiración di-
vina y Dios que hiciera lo demás...

—¡Eso es muy socorrido: hacer lo que le da a una la realísima gana y, encima, echarle la culpa a Dios!... ¡Pero no tengas cuidado, que te vas a acordar!... ¡Esta no me la limpias ni con sangre! ¡Tarasca! ¡Sin juicio! ¡Eso se hace? ¿Comprometer a una madre, y a una madre como yo, a que tenga que tragar el paquete ¡y un paquete como ese! o quedar a los ojos de una casa de familia como una fiera sin corazón, y sin entrañas? ¡Lo que decía la superiora del colegio: que, ni para hacer caridad, se deben decir mentiras! ¡Liosa, trapisondista! ¡que eres como los cigarrones, que no saben a dónde van a parar!... ¡Más valía que tántas confesiones y tantos siete domingos, te sirvieran de freno, para que no te pusieras por montera lo divino y lo humano, lo temporal y lo eterno!... ¡Infame! ¡Mala hija!

—¿Pero no la ves, papaíto, cómo se pone?... ¡Mira que una hija única!... ¡Un ángel, porque yo misma me edifico de lo retebueñísima que yo soy! pasando estos... ¡martirios, sin cuchillo ni espada, por hacer el bien!... ¡Aquí tenemos Santa Bárbara y su padre: nada más que en lugar del padre,

es aquí la madre, que parece mentira que sea tan buena y tan reguapísima, y luego me esté matando a fuego lento, lo mismo que a San Lorenzo en las parrillas!... (Llora.)

—¡Anda, mujer! ¿No te da lástima?

—¡Cuando se enmiende: que va para largo!

—Desde mañana: ¡desde ahora mismo!

—¡Cuando lo vea lo creeré!

—Pues bueno: dame un beso.

—¡Te he dicho que no, y que no!

—¡Prestado nada más!

—¡Pero no la ves, mujer, qué resalada?

—¡¡Eso es!! ¡ríete! ¡Así se educan los hijos: riéndoles las gracias!

—¡Si la tiene a esportones el alma mía!

¡Anda y dale ya el beso, mala sangre!

—¡Primero a... un higo chumbo, sin barrer!

—Pues ven para acá, mi alma, y toma veinticinco.—(Y se ejecuta).

—Anda, mamá; ¡por Dios!... ¡Para que no te quede ese remordimiento el día en que me muera!...

—¡No oyes que de ningún modo? ¡Y alza a la cama!

—¡Mamá de mi corazón!

—A la cama te he dicho.

—Anda: ¡un beso nada más!

—¡No oyes tú que a la cama?

—Bueno: ¡pues me acostaré, sin que me beses, por vez primera en mi vida!... (Llora). Y todo, porque he hecho con tu hermana, ¡con tu sangre! lo que a tí te hubiera gustado que hubieran hecho contigo misma. Créete, madrecita, que Dios nos lo pagará... Ya ves lo que dice el Santo Evangelio: que ni un vaso de agua fría, que se dé en su nombre, quedará sin recompensa!— (Mutis).

—¡Bastante hemos hablado!

—Sí, Tomás: esta niña es un conflicto viviente. ¡No salimos de uno, cuando ya nos ha metido en otro!... ¡Y, o la metes en cintura, o me voy de esta casa aunque sea a las Hermanitas de los pobres! ¡Esto es intolerable!... ¿No haber querido nunca trato con ellos y meternos el niño hasta la taza?... ¡Por supuesto que sólo a tí se te ocurre ponerlos a bailar!... ¡Cuándo te digo que eres funesto!...

—¿Salió ya lo de funesto? ¡Ah: pues entonces me alegro! Ese es el «he dicho» de todos tus discursos.

El matrimonio sale del gabinete, que ha servido de escenario al diálogo anterior y se van al dormitorio común, aunque de camas distintas.

Don Tomás, que no es muy rezador, se ha acostado, tras una sencilla salve a la Virgen, Patrona de su pueblo ..

Doña Amparo está en el reclinatorio rezando muy devota sus devociones de la noche.

No se oye ni el aleteo de un mosquito.

Tras unos quince o veinte minutos de silencio, unos golpes en la puerta, como con los nudillos de una mano.

¡Tras! ¡tras!

—¿.....?

—¿.....?

—¿Mamaíta?... ¿Mamaíta?... ¡Que no me puedo quedar dormida, de tantísimo como estoy llorando!... ¿Me perdonas... aunque no me beses?

.....
¿Qué dices, mamaíta?

.....
¿Entonces, entro?...

—No: ¡si no he dicho nada!...



—¿Entonces, entro?

—¡¡Entra, mi corazón!!... ¡Y, o le das ahora mismo el beso que te pide, o quien se va de esta casa es este cural... ¿Qué ha hecho el ángel de Dios, para mandarla a la cama como a un cunero? ¿Proporcionar un pedazo de pan a una casa de familia?... ¡Qué verdad es que el harto con el ayuno no tiene cuidado ninguno!... Tú, como te llega el verde a la barriga, a los demás que los parta un rayo.

—No papá: no digas eso. Mamá lo único que siente es que yo sea tan liberal y me tome atribuciones que no tengo... ¿Tú ves? ¡Ahora lo estoy viendo!... Yo he debido pedirlo, hasta alcanzarlo, y no, haberme liado la manta a la cabeza. La verdad no tiene más que un camino, papaíto.

—Bueno: pues a besarse, y a la cama.

—¡Porque tu padre se empeña, no porque lo mereces!—besándola como si fuera la perilla de la cama.

—¡Tienes razón, mamá! Pero, si el padre del hijo pródigo no hubiera hecho con él nada más que lo que merecía!... Ea: pues Dios te lo pague, y que paséis buenas no-

ches!... ¡Espejitooo!— y le dió un refregón a don Tomás, que le dejó alelado.

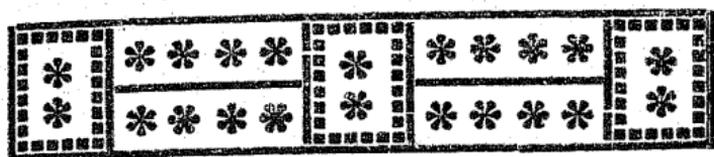
—Deja, mi corazón, que voy a persignarte.

—Y lo persignó como a un niño, haciéndole al acabar que le besara la mano...

—Adiós, mi vida!

¡¡Y a ver si con estas cosas no iba a ser todo lo «funesto» que quisiera doña Amparo!!





CAPÍTULO X

Revelación de un carácter

Y por más vueltas que daba, no se podía quedar dormido.

¡La aspiración más grande de su alma!
¡El ideal supremo de su vida! ¡Ganar su pan
con el sudor de su frente, y no, estarlo co-
miendo, sudado por su madre y sus her-
manas!

¡Pobrecitas! ¡Trabajando con la aguja des-
de antes de las ocho de la mañana, hasta
las tantas de la noche, para que él tuviera
libros... matrículas... unas botas decentes, un

sombrero en buen uso y un terno presentable...!

¡Ah! ¿Con qué les pagaría él nunca aquella serie de sacrificios anónimos, como no fuera trabajando por ellas y para ellas desde el día siguiente, de sol a sol... privándose por ellas, de cuanto un hombre se puede privar en este mundo... incluso echándose un nudo en el corazón y no casándose nunca, mientras ellas no estuviesen colocadas y no necesitasen de él más que cariño? ..

¡Las veces que él le había pedido a su Señor de Pasión «un agujero» en que meter la cabeza!... Y mirara usted por dónde el Señor le proporcionaba... ¡casi nada!: ¡el agujero del escritorio de la casa de banca más fuerte y más acreditada de Sevilla, sin más que la influencia de aquel... coral.

¿Empeño de doña Amparo? ¡A otro perro con ese hueso! Allí no había habido más santo para el milagro, que aquel... ángel de la guarda, de Murillo, andando por las calles de Sevilla, en vez de estar en su retablo de la Catedral, para ir derramando el bien a manos llenas por donde iba pasando... ¡Coral!... ¡Coral!... Siempre que la veía él en el

Salvador, tan devotita y tan... remona, no sabía él por qué le daba el corazón que ella había de ser su providencia... su ángel tutelar... su segunda madre... ¡Intuiciones que tiene uno, y que no se sabe explicar! Pero, que corre el tiempo, y resultan; vienen, y no sorprenden ni tanto así, porque se estaban esperando de un momento a otro... ¡que cuenta uno con ellas, como si las tuviera uno en el bolsillo!

Tentado había estado algunas veces por saludarla, y hasta por darse a conocer con ella. El respeto al sagrado lugar por un lado, y por otro, su desvalimiento y oscuridad, habían tirado siempre de las riendas a sus naturales impulsos, por ese sentimiento de dignidad, rayano en la altivez, frecuente en los pobres delicados y señores, que les hace preferir el ser desconocidos por los suyos y, en cuanto desconocidos, no mirados, o ser tenidos en menos, después de conocidos, porque, pobres y humildes, pueden resultar desdoro...

Puñalada más grande, no hubiera podido dárselo a Víctor en las entrañas... ¡Así, pues,

primero no conocido, que desdeñado! ¡Era muy pundonoroso!... ¡casi soberbio!

Por eso se contentaba con mirarla desde lejos, sintiendo que los ojitos de la cara se le iban tras ella. Y no como mujer, ni joven, ni bonita—constara—; sino, aparte todo esto, de que había tomado nota..., como algo suyo... de su vida... de su historia... de sus anhelos y de sus esperanzas... de... ¡que tenía a la fuerza que «estar escrito» el que aquella muchachita tan bonita y tan resalada, y, como él tan devota del Señor de Pasión, había de ser con el tiempo la hermosa solución de todos sus problemas... la varita de virtud, que había de trocar en flores todos los cardos y espinas del sendero de su existencia de hombre... ¡lo que había resultado finalmente, por una de las hermosísimas razonadas de aquella criatura!

¡Colocado! ¡Y colocado, con treinta duros de sueldo: o sea: saliendo por bastante más de lo que ganaban las pobrecitas de su alma, cosiendo por encima de doce horas!...

¡Tiempo era ya de que las infelices descansaran, o, ya que no soltaran la aguja para siempre—aquello, aunque fánto para empe-

zar, no era suficiente todavía—que no permanecieran día y noche, amarradas al duro banco de la galera turquesca del cuarto de labor como hasta entonces!... Con eso: con los treinta duros... con las leccioncillas de idiomas que daba por ahí... y, sobre todo: con el orden, la economía y el arte de doña Luz, problema solucionado para siempre, y amparada por vitalicio una casa de familia... ¡Una casa de familia!... ¿Sabía nadie lo que es una casa de familia, para un hombre de pundonor y de conciencia?... ¡Quitara usted el sagrario donde está Dios, y a ver si había en el mundo cosa más santa que las cuatro paredes entre las que está la madre... los hermanos... la mujer... ¡los hijos!... ¡El que no ame su casa hasta por ella morir, si es necesario, ¡merece no tenerla!

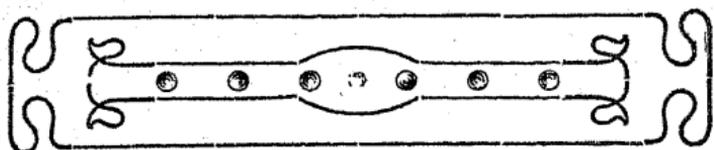
Así, pues, desde el día siguiente y para siempre, a los tíos la sumisión más... ¡de esclavo!; la fidelidad más... ¡de perro!; el amor, en una palabra, más... ¡de hijo!, y a Coral... ¡ah! a Coral... ¡necesitára la propia sangre para no escatimarle ni una gota!... ¡los ojos de la cara para por ella saltárselos! ¡Lo que

ella dijese! ¡Lo que ella quisiera! ¡Lo que
ella soñara!

.....
¡Y cualquierilla cogía el sueño en un es-
tado así...

¡Corall...





CAPITULO XI

Ramas en el portillo

La señora de Ulloa recibió al sobrino, como los Ayuntamientos de los pueblos a los comisionados de Hacienda, que van a cobrar atrasos. ¡Lo mismo que un chaparrón, en fiesta al aire libre!... Aunque reconciliada con su hermana, no quería un hijo de ésta, de puertas adentro y ¡pasáral pasára que fuese en el escritorio, donde tuviese el muchacho que entrar y que salir. ¡De escalera arriba?... ¡Ya correría de su cuenta vedarle todo acceso, y negro se había de ver, para asomar las narices en el principal, ni acom-

pañando al santoleo! ¡Parientes pobres y chismes viejos, pocos y lejos!

Además, que las mujeres éramos muy preguntonas y muy aficionadas a saber, y no le daba a ella la gana de una telegrafía sin hilos con su hermana Luz, por donde ésta supiera hasta el número de garbanzos que se echaban en la olla. No, porque ella tuviera, gracias a Dios, ni el más leve motivo para andar con enigmas ni tapujos: sino porque con la campana de Chujarro de su hija tenía bastante para que se supiesen por toda Sevilla hasta sus pensamientos... ¡Nada: no! ¡En su escritorio, que allí no le estorbaba a nadie!

Pero ¡amigo! a lo mejor (y lo mejor era un día sí y otro también, y el de enmedio) un—¡Víctor!—de Coral atolondraba el patio, haciéndole abandonar la máquina de escribir, o lo que quiera que fuese que trajera entre manos salir del escritorio desatentado y subir la escalera, con la lengua fuera como quien dice, a ver qué hueso se le había salido de su sitio a la república.

—¡Hombre, Víctor! que yo quisiera un

dibujo Renacimiento para esta gualdrapa que le voy a hacer a la chimenea del «boudoir», y era menester que me lo sacaras. Quisiera que llevase en el centro una cesta con frutas o un flamero. Y a los lados dos figuras de cintura arriba cuerpo humano, y luego un caracoleado de flores y hojarasca que ocupe todo el frente. ¿No es eso Renacimiento? Porque yo no estoy muy fuerte en los nombres de los dibujos. Ten cuidado que no sean muy puntiagudas las hojas, porque lo quiero hacer con recortes de rasos de colores y se deshilachan que es un horror... Si acaso, me lo coloras a la acuarela... ¡A ver si me lo tienes para mañana!...

Y Víctor, largándose «per brevior» al escritorio. Permaneciendo en su sitio y en sus quehaceres el tiempo reglamentario, y yéndose a la fachada del Ayuntamiento, papel y lápiz en ristre, a tomar apuntes con que hacer el boceto en su tamaño, y después el dibujo definitivo. . comprando para ello, claro está, su caja de acuarela... ¡Y para mañana mismo!... A bien que entre el día y la noche no había pared... La cosa era llevarselo por la mañana, para cuando saliera de

su cuarto, que se encontrara servida su señoría... ¿Quería alguna estrella del firmamento, para subir por ella y plantificársela en la mano?

— ¡Víctor!...

¡Hombre, dispensa! Pero era menester que me buscases por ahí unos claveles color coral. Vamos esta noche al Círculo a la verbena de la Cruz de Mayo, de peineta y mantón de Manila, y no se encuentra ya un clavel bueno por el mundo. ¡Si tú tuvieses algunos en tu azotea; pero de color corall... Quiero ir toda de blanco con claveles coral en la cabeza y en el pecho, y como no me los traigas, mira tú qué disgusto. Yo sé que poco has de poder, o has de traérmelos... ¡Te conozco... ¡vaya! como el confesor! De modo que, si no me los traes, es porque ya no se encuentran por el mundo...

Y un viaje a Dos Hermanas, si ya no se encontraban en Sevilla, y Coral coronada de claveles «quitando como er sentío» en la verbena.

— ¡Víctor!...

¡Por Dios y por su Madre! ¡El abanico

bueno de mamá, que lo hice anoche trizas, de un abanicazo, que tuve que darle en la verbená a Manolo Dúrcal, y si se entera mamá me va a armar un «Dos de Mayo»! Llévalo a componer, cueste lo que cueste. ¡Pero por Dios, que quede como nuevo!... ¡Mira que soy desgraciada!... ¡Gracias que te tengo a tí, que eres tan reñuenísimo! ¡Mis pies y mis manos! ¡Y que lo digas!

— ¡Víctor!

Hijo: perdona. ¡Hasta vergüenza me da de molestarte tantísimo! Pero si tú fueras otro, me hacías un mandado.

— ¿Cuál?

— Llevarle estos cinco duros a Rafaela la planchadora, que se le ha achicharrado un chiquillo con la plancha y me ha escrito por el interior, pidiéndome un socorro. Como mamá no quiere que yo entre en los corrales, y la doncella, de quien yo podía valerme, lo descascara todo, y las limosnas deben hacerse en secreto..., ya ves: hasta el Santo Evangelio lo dice: — Que no sepa ni tu mano izquierda lo que hace tu derecha — Tú, porque eres de la familia, y de alguien

se tiene una que valer... ¿Me lo vas a hacer, no es verdad? Sería lo primero en que yo diera en hueso al ocuparte... ¡Hijo, qué recompacientel... ¡Es que estoy loca contigo!

—¡Víctor!—

Hombre: por Dios. Que estoy variando mi cuarto tocador, y el criado es muy torpe y la doncella no puede... Súbete en esa escalera y ponme este cáncamo en la cornisa, para enganchar los cordones del espejo...

¡Ajajá!

¡No te bajes! Deja metido el cordón... ¡Tómalo!, y con eso ya no hay que volver a subir... Hijo: ¡qué talento tienes!... Lo mismo para un barrido que para un fregado...

¡De rechupetel...

¡Vaya, que no eres capaz de traerme mañana una rama de espino, como la de tu cuarto, para ponérsela de marco a esta fotografía del Señor de Pasión? Es un antojo ¿sabes?... Como tienes tan buen gusto, me hizo la mar de salero cuando la ví en la de encima de tu mesa, y me gustaría copiarte, aquí encima del confidente... ¡Digo! ¡Si es que no has registrado el derecho de invención!...

—¡Víctor!

Hasta que doña Amparo se plantó un día, y soltó la poderosa... ¡Hubo que alquilar balcones!

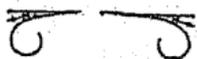
—¡Y que sea la última vez, que tú vuelvas a llamar al «niño ese» para nada! Ni es de tu igual, para esas confianzas, ni tampoco es un criado tuyo, para ocuparlo en ciertos menesteres... No vayas a dar lugar a que yo le ponga la proa, y vaya a ser peor lo roto que lo descosido. ¿O es que no va a haber en la casa más voz que la tuya, ni más norma que tu santa voluntad? Pues sábetete para tu gobierno que si me lo has hecho tragar en el escritorio, lo que es de escalera arriba no ha de ponerme un pié mientras el cuerpo me haga sombra... ¡No lo quiero, y no lo quiero... ¡y a tí menos todavía, como no cambies ¡pero mucho! de regla de conducta!... ¡Tuviera que ver, hombre, que huyendo del perejil me saliese en la frentel: toda la vida de Dios, sin poderlos ver ni en estampa, y teniendo que apechugar a la vejez con encontrarme al niño hasta

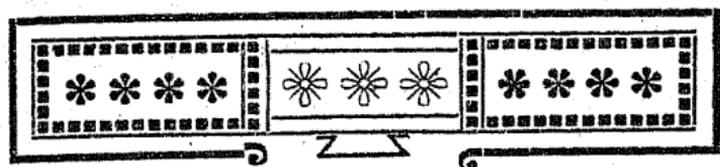
en la sopa. ¡Te digo y te retedigo que primero entre cuatro blandones, que en intimidad con ellos! Tú sabes que cuando a mí se me ahuma el pescado, hay que ayunarme los viernes, y que, por lo mismo que no tienes padre—porque eso es un viva la Virgen—, es menester que yo te haga entender que una cosa es la república y otra cosa es la anarquía...

¡Eso es! ¡llora! ¡que eso está muy bonito! Tú crees que con llorar se arregla todo, y que vas a desarmarme a mí con pucheros, como a tu padre... ¡Pues, no nos ha venido Dios a ver con el comino este, trayéndonos a orza con sus genialidades, y después con sus lágrimas?... Pues sábetete para tu gobierno, que tanto va el cántaro a la fuente, hasta que se rompe; y que en llegando a Flandes, no hay más Flandes.

.....
¡Quítate, quítate! ¡Menos salves, y más limosna! ¡Menos besos y arrumacos, y más respeto a la autora de tus días!

¡Nada, no!...





CAPÍTULO XII

Propósitos de la enmienda

Y en realidad de verdad, que no merecía Coral trato tan a la baqueta.

Con el corazón más grande y más hermoso que ha podido latir en pecho de mujer, si bien se dejaba llevar de sus arranques, reconocía en el instante mismo en el que se le llamaba al orden, que se había extralimitado en sus derechos de hija de familia. Y, aunque con propósito firme de volver a las andadas en cuanto se le presentase ocasión para ello, reconocía su yerro por de pronto,

pedía perdón, toda contrita y humillada, y la emprendía con la función de desagravio de los besos a su madre.

Con don Tomás metido siempre en el bolsillo, la señora era más difícililla de conquistar, aunque no inconquistable, ni mucho menos. Y si le reñía por todo y la castigaba a veces con el desdén y la repulsa, en cuanto la veía llorar, se hacía una canasta.

De aquí que la muy astuta, que, como toda persona de talento, había estudiado a fondo la idiosincrasia de las personas con quienes tenía que tratar, apelase en último extremo al recurso de las lágrimas: a las veces, sinceras y como puños, y fingidas y de mero recurso oratorio muchas de ellas, pero eficaces siempre.

—Es—decía doña Amparo—que cuando la veo llorar, me asesina. Y, como siempre llora mis entrañas, porque yo con las intemperancias de mi carácter, le he dado un zamarrón por algo bueno que ha hecho, sus lágrimas me parecen la protesta de la debilidad contra la fuerza, y de la inocencia contra la tiranía. Verla llorar me mata, aunque se lo disimule para que no se envalentone...

Es lo que me decía la madre superiora del Colegio: un coral, pero un coral fino... El corazón más hermoso que Dios ha echado al mundo, y la sal de las salinas de San Fernando, andando por esas calles.

Fuera de ello lo que fuera, era lo cierto que ni la una podía estar sin la otra, ni la otra sin la una; y que, no bien estallaba la tormenta y venía el chaparrón de las lágrimas y los besos, doña Amparo se entregaba a discreción, haciéndose a última hora lo que Coral había dicho. ¡Pues no, que no!

En lo único en que prevaleció el criterio cerrado de la señora fué en el ostracismo de Víctor de escalera abajo... ¡Mire usted qué tontería, y qué curarse en salud!, cuando cabal y precisamente, el muchacho— ¡por aquellas que eran cruces!—no era para Coral, ni más ni menos—¡tan guapo y todo!—que un chico muy servicial y muy complaciente; muy entendido en todo lo de este mundo, y muy fino por dentro; más agradecido el pobrecito que la tierra, y más respetuoso... que un saludo de corte.—¡Y luego, primo hermano!

.....

Pues nada: ¿qué íbamos a hacer?... Transigiéramos con aquella inapelabilidad de la resolución de la señora, y contentáramosnos con el bien que se les había hecho a los infelices, asegurándoles el pan para siempre, y poniendo al muchacho en posición de hacer carrera.

¡Pobrecito! ¡Tan buen hijo, y tan buen hermano! ¡Tan hombrecito para su casa! ¡Poco que gozaba ella, cuando oía a don Tomás ponerlo por las nubes!... ¿No era para alegrarse—vamos a ver—haber podido hacer un bien tan grande, aun a costa de una riña, como la que se llevó la noche del día de su cumpleaños?... ¡Ojalá se le ocurriese otro bien por el estilo, que poder proporcionarles, aunque le costara otra pelotera!

¡Era tan hermoso hacer el bien!... ¡Era tan... cristiano! ¡Nunca le parecía Dios tan hermoso, como en aquello del Evangelio, cuando «hace salir su sol para buenos y malos, y descender su lluvia sobre justos y pecadores!...

Y si se debe hacer el bien con todo el mundo, hasta con los desconocidos ¡con los mismos enemigos!, ¿con cuánta más razón;

con aquellos infelices, tan buenos, tan trabajadores, tan honrados, tan cariñosos... ¡tan reagradecidísimos?

¡Mira que aquel duro: ¡aquel duro de la primera paga!, reservado para limosna y entregado a ella, para que ella, «que se lo había hecho ganar», lo diera por su propia mano a quien fuera su gusto!...

Así es, hija, que lo había cambiado por un billete de cinco que le sacó a su padre y, que repartió al día siguiente entre los pobres del Salvador, y se había quedado con él, «como con una reliquia»... ¡Era muy fino por dentro aquel muchacho, y el Señor de Pasión lo tenía que proteger!... Y sí no, ya se había visto: darle a ella una corazonada, como la que le dió, y, en trueque de una chillina de mamá y un rato de aperreo—aquella noche había llorado de veras— haberlo hecho feliz al pobrecito...

¡Lo decía y lo retedecía! ¡El corazón no engañaba nunca!...

Pues veríamos si la engañaba en «lo» de Concha Martínez... Era mucho secuestro el que, tanto ella como la madre, hacían del muchacho, y sería una lástima el que las po-

bres niñas y tía Luz se quedasen, sobre todo tan pronto, sin aquel amparo...

Claro que se tendría que casar, más tarde o más temprano, y crearse una familia, y «dejar a su padre y a su madre para unirse a su mujer»... Pero era muy comprometedor la tal Conchita y muy renegociantona la mamá, para que no le diese a ella su poquitín de coraje, de que se llevasen—sobre todo tan pronto—una prenda... ¡una alhaja como él, porque era «el viril sin precio de la Catedral» de retantísimo mérito como tenía la criatura!

Porque ¡mira que era guapol... Porque ¡mira que era buenol... honrado, «que se le caían los calzones de hombre de bien»; cristiano hasta la piedad, pero sin gazmoñerías; trabajador, hasta no tener día ni noche el infeliz; respetuoso y obediente, pero sin salirse nunca de los límites de la dignidad y del decoro... ilustrado, porque era cosa que daba gusto oírlo hablar... en fin: ¡hasta artista!; pues, si bien era verdad que no profesaba o ejecutaba ningún arte, tenía un gusto exquisito hasta para elegir una corbata—mire usted qué tontería—y mueble o cachivache,

tela o alhaja, escogida por él era siempre un acierto de buen gusto...

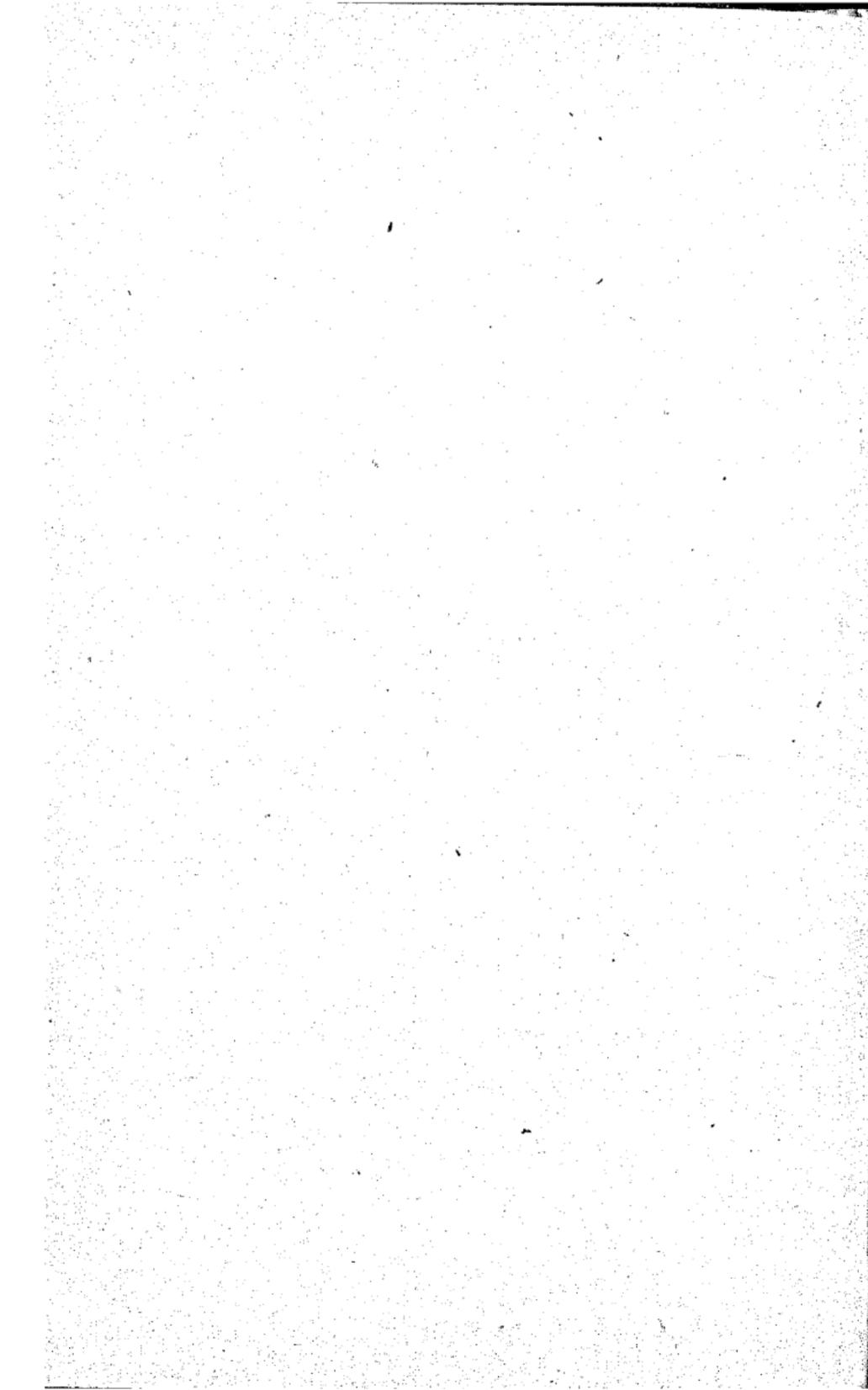
Donde se había cogido los dedos, si en efecto era verdad que había simpatías entre los dos, era en la elección de novia. ¡Era muy insoportable la tal Conchita! Primero, muy presumida, y luego, muy alabanciosa; más tonta que un rigodón y más cursi... que un album...

¡En fin: que aquello no era mujer para semejante prenda, y que sería una lástima que las pobres de las niñas y tía Luz se quedasen tan pronto a la luna de Valencia, las infelices!...

¡Ahora que se estaba haciendo todo un hombre!... ¡Que viniese «una extraña», con sus manos lavadas, a llevarse el porvenir de una casa de familia?...

¡Suerte de las criaturas!







CAPÍTULO XIII

En carrera

En cambio, quien estaba con la baba caída, como quien dice, con el sobrino de la señora, y esto desde el día siguiente al del ingreso del muchacho en el escritorio, era el marido de la «augusta» dama, el propio y mismo don Tomás Ulloa y Larramendi.

¡Muchacho más despierto, más hábil para todo, más dócil y más mandable!...

Se ponía a la máquina de escribir, y no se le veían los dedos. Se le entregaba una carta, lo mismo en inglés que en alemán, y se

la traducía a usted de corrido. Y, si era en cuestión de cuentas, un matemático consumado. Y luego más calladito y más respetuoso... En fin: una adquisición. ¡Oro de ley!

Siguiera por aquel camino, como era de esperar, con aquel pundonor y aquel despejo, con aquella laboriosidad por una parte, y por otra, con aquella hombría de bien, y antes de cuatro o cinco años, tendríamos allí un tenedor de libros, pero de lujo, y ¿quién sabía? ¿quién sabía si un gerente de la casa, a quien dar la firma, cuando llegase la hora de empezar él a descansar de tanta brieda?

Los hombres ¡cuerno! no eran de bronce, y ya estaba él rendido de tanta lucha! ¡Claro que él no dejaría nunca la alta dirección, porque sólo de pensarlo se moría! Pero aliviarse un poco de la carga, sobre todo, habiendo tenido la suerte de tropezar con tan buen Cirineo, cosa era de irlo pensando, para cuando el muchacho estuviese acabado de formar, y se hubiese llegado a enseñorear de todo el tejemaneje de los negocios.

Por de pronto, a confiarle los asuntos más

difíciles, a fin de que fuera aprendiendo, sin darle por eso alillas ni preeminencias sobre los demás... ¡El no era allí más que un dependiente, lo mismo que los otros! Por tanto, a su pupitre las horas de reglamento, y a no levantar cabeza en todo el día. ¡Zurra, que es tarde!

.....
Y así la primera semana.

.....
Y así, el primer mes.

.....
Y así, el primer año, al fin del cual pareció hasta de conciencia subirle el sueldo a doce mil reales, ¡cincuenta duros al mes!

.....
Así, el año siguiente y gran parte del tercero, en que el sueldo había subido a cuatro mil pesetas ¡alza pilili! Hasta que, por riguroso escalafón, y a fuerza de honradez, de laboriosidad e inteligencia, la jubilación forzosa del tenedor de libros—una hemiplejía de la que nadie está libre—lo sentó en el sillón que el bueno de don Tomás le tenía predestinado desde el primer instante, ¡con sus seis mil pesetas cabalitas, y su agual-

do de Pascuas en proporción del sueldo!

La primera en irse alegrando de la carrera del sobrino, justo es decirlo, fué doña Amparo.

No era tan dura de entrañas, que no se holgase del bien de los suyos, y una vez hechas las paces con su hermana Luz, tratándola con frecuencia y visto el modo de ser y de obrar de todos ellos, acabó por quererlos... a su manera, y acaso, acaso, a Víctor más que a ninguno, siquiera, y aunque no fuese más que por cabezonería, procurase tenerlo retirado.

El muchacho, que lo vió a ojos vistas desde el primer momento—no tenía nada de torpe—hasta extremó la nota del retraimiento y la distancia. Jamás subía la escalera, como no fuese llamado, ni permanecía arriba más tiempo que el preciso. Únicamente a los—¡Víctor!—de Coral era cuando comparecía ante el acatamiento de las damas, sintiendo los llamamientos lo mismo que alfilerazos.

—¡Por vida del...

Afortunadamente para la paz universal,

doña Amparo puso pié en pared a su debido tiempo... Cesaron los requerimientos de la prima y por ende las subidas del interfecto, y ya, como una seda: el chico en sus ocupaciones burocráticas y ella en el desenvolvimiento de su vida de elegantes, sin que se vieran ni conversaran, más que en días de santos, y cuando repicaban gordo.

Si Coral había de ir a aprender alguna labor con sus primas, había de ser en día de trabajo y durante las horas de escritorio precisamente. Y si se quedaba alguna vez a comer con ellos, era gracias a un ardid o a una barrabasada, que le costaba una bronca cuando volvía a los paternos lares.

—¡Si estaba lloviendo a cántaros, mamáta!... ¡Si tenía mucha debilidad, porque, como viste, no almorcé nada!..., Descuida: que una, y no más. No quiero que te disgustes por mi culpa.

A la misma doña Luz se le abrían las carnes con las genialidades de su sobrina.

Enamorada de ella hasta la adoración, temblaba ante la idea de un corte por lo sano, que pudiera dar de pronto la de Ulloa. De aquí que, más que atraer a Coral y rete-

nerla a su lado, mentira le parecía que acabase su labor y se marchase a su casa. Por esas intuiciones que tienen las madres había visto la mútua simpatía de los muchachos, y temía que en los humos de su hermana pudiese sobrevenir un nuevo rompimiento... ¡Por Dios, por Dios!... ¡Que se le abrían las carnes!

Pero dijérale usted qué hacía una, ante una frescura como estas:

—Tía Luz: si tú fueras otra, influirías en mi ánimo para que me quedase a comer—o—mira, tía Luz: ve mañana por mí temprano, y empéñate con mamá, para que me deje almorzar con ustedes...

Harto hacía la infeliz con no querer tomar ni agua en casa de su hermana, ni que la tomaran sus hijos más que en los días de santos, y esto, por ser cosa de cajón entre familia íntima y haberlo hecho Coral cuestión de gabinete.

.

—Tía Luz: que esta Semana Santa era menester que dejaras venir a las niñas al palco de las cofradías con nosotros.

—¡Ellas no tienen ropa para eso, y no van a ir tampoco hechas unas cursis!

—Tía Luz: ya ves: ¡una platea en San Fernando, para los tres solamente! ¡Podían venir las niñas con nosotros...

—¡Y que no es nada el lujazo de San Fernando, y en una noche de ópera! ¡Ni que lo pienses!!

—¡Anda, tía! ¡siquiera una tarde! ¡Mira que está ese paseo de esa feria, que es una bendición! Mamá, de reina madre, y las tres de mantilla... Lucita con la de casco, que tan resaladísima está con ella... Amparito, con la de madroños, y yo con la blanca. ¿.....?

—Eso es: para que os pongan «el concurso de mantillas»... Nada, no: en coche, no. Si quereis ir a pie, al mediodía, o bien por la mañana a comer buñuelos en las casetas de las gitanas, yo iré con las primas a recogerte, y verás rumbo...

—Bueno: pues que venga Víctor, para llevar un hombre...

—¡A los hombres hay que dejarlos que

campen por su respeto! ¿Tú no sabes que los hombres son candiles apagados para con las mujeres de su casa? ¡Mira tú, Víctor! ¡Que es más esaborío que las coles!... ¡Nada: nosotras solitas! ¡Y por una sola vez, como se dice en los testamentos! ¡No es para todos los días estarse padre muriendo!...

Y con este tén con tén, y este tira y afloja, por espacio de tres años, que es lo que va transcurrido desde la entrada de Víctor en la casa de Ulloa, hasta el momento que historiamos: sin que hubiese entre los primos el menor roce, ni se viesen ni se hablasen... ¡vaya! ni por alambique.

Los claveles color coral, de que tanto gustaba la nena, era la única aproximación que había entre ellos, y para eso, a vista de las naciones. ¡La misma doña Amparo los pedía algunas veces!

Le gustaba que cuando su unigénita se ponía la mantilla no ostentase otras flores, ni de otro color, y siempre que se acercaba una ocasión de ello, sobre todo: el Jueves Santo, descendía del pedestal de su apoteosis, para decir a Víctor, como quien hace un favor:

—¡Supongo que no se te olvidarán los claveles para tu prima!

¡Y en eso precisamente estaba él pensando: en que se le olvidaran los claveles!...

¡Había, acaso, para él placer igual en el mundo a cuando, vestido de nazareno de Pasión el Jueves Santo, descalzo, por agradecimiento a «su Señor» y portando la «cruz de guía» de su hermandad, salía de la calle de las Serpes, y... «la» veía en su palco de la plaza de San Francisco, con aquel hechizo de carita morena, toda ojos, entre aquellas filigranas de blondas negras, y aquellas opulencias de claveles color coral... con aquella peineta de concha rubia y aquel abanico de lentejuelas y colorines, arrodillada sobre la silla, rezándole, con los ojos vidriados por las lágrimas, una salve a la Virgen del Valle, detenida ante el palco del Concejo?...

¡Dios! ¡Y qué mezcla tan «sevillana» de divino y humano, de amarguras de cruz y de dulzuras de mieles, de madrigalidad y de ascetismo la que sentía en su corazón de hombre y de cristiano, de devoto del Señor de Pasión y de «agradecido» a Coral, cuan-

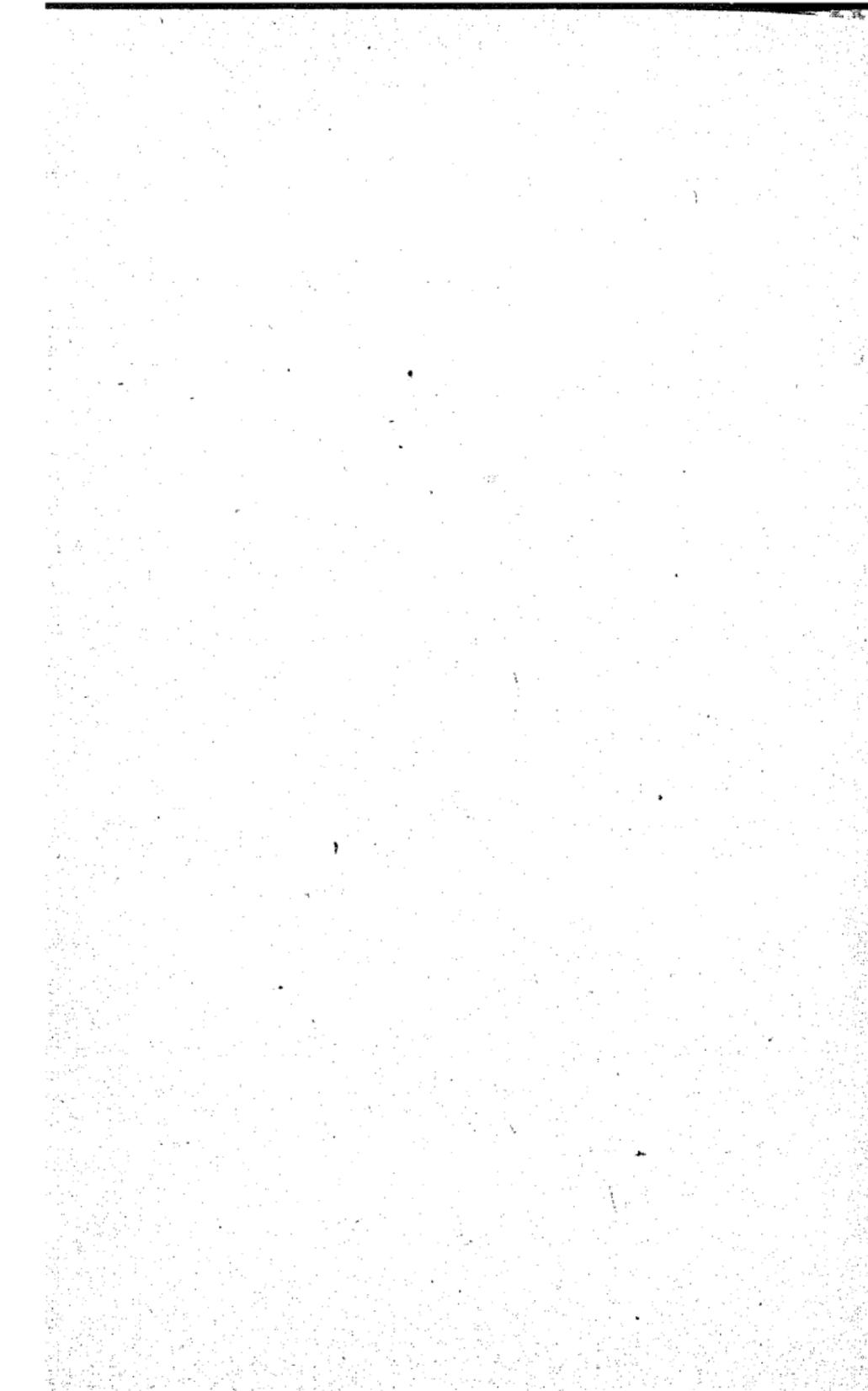
do pasaba ante ella, conduciendo descalzo la cruz de Jesucristo y mirando a la muchacha al través de los ojetes del antifaz del capirotel...

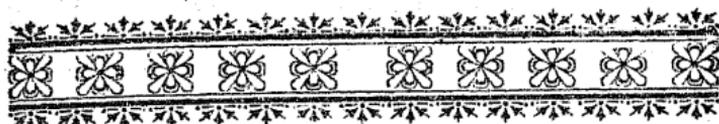
¿Por qué? ¿Por qué estaban tan íntimamente unidos en su mente y en su corazón, en su alma y en su historia, aquel Cristo supremo y aquella mujer única?... ¡Ah! ¡Para que faltaran jamás a aquella cruz sus brazos doloridos, ni sus pies descalzos, ni al busto de aquella mujer todos los claveles color coral de todos los jardines del universo!

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

EL ENGARCE DE UN CORAL





CAPÍTULO I

El taponazo

—Este abrigo, para tí...

—¡Pero muchacha!

—Estos cortes de trajes, para las niñas...

—¡Pero criatura!

—Y este reloj pulsera para Víctor.

—¡Ay, por Dios! ¡que esto es mucho!
Con un abanico japonés para mí... unas pei-
nas de imitación para las niñas, y a Víctor...
un lapicero, había de sobra para recuerdo de
viaje. Nosotros no merecemos este derroche.
¡Bastante te debemos con la carrera de
Víctor!

—¡Y dale a la matraca de la carrera de
Víctor! ¡Ni que estuviera el chiquillo, de por

Dios!... ¿Pues qué? ¿no se ha ganado a pulso lo que es?... De modo que a quien se le da lo suyo, no tiene por qué darle a nadie las gracias. ¡Digo yo!

—¿Y sabe tu mamá la locura que has hecho?

—¡Tuviera que ver que nol... Ella fué quien escogió el abrigo y hasta se lo probó y todo. Los trajes de las niñas los elegí yo a mi gusto: por eso son diferentes de color— ¡no me gustan las hermanas vestidas iguales como las niñas del Asilo!—y luego la pulsera la escogimos entre los tres, porque fué una mañana en que salió papá de tiendas con nosotras. Ahora: que el dinero es mío, ¿sabes?... Mío y requetemío, y nada más que mío: yo se lo saqué a papá casi todo y un pico que me hizo falta me lo prestó mamá, pero que no se lo pago.

—¡Eres... para un gramófono! Pues bueno: muchas gracias: pero que sea lo último que gastes en nosotros. Aquí, hija mía, se te quiere de balde y por tu linda cara.

—¡¡Ómal jeso lo sé yo! Pero, como no me iba a volver con las manos en el seno, os traigo esas frioleras, que no merecen ni la sa-

liva que estamos gastando. Bueno: y ¿cuándo volvéis por casa, porque anoche os vinisteis de seguida y no pudimos hablar?

—Cuando tú quieras.

—Pues a ver si vas mañana por la tarde, entre dos y media y tres, que tiene mamá junta de «la Gota de leche» y podemos estar libres y echar un rato. Tengo que hablar contigo de precisión y con la mayor reserva. Así, pues, vete sola, y que las niñas vayan a recogerte a la hora del té... ¡Hay morros en la costa!—Y se puso muy colorada al enunciarlo.

—¿De verdad?

—¡Así parece!

—¿Y se puede saber quién es el... bienaventurado hijo de Aláh?

—No sé qué parentesco tenga con Aláh, ni con Mahoma su profeta... Por de pronto, no es más que hijo, siquiera sea primogénito, de los Excelentísimos condes de Guaditoca... ¡Mira qué disgusto tan regrandísimo para mamá!

—¡Alza, pilili! ¡Condesa y todo!

—¡Porque se puede!—E hizo un mohín

de granuja, que hizo soltar la carcajada a sus interlocutoras.

—Pues sí: nos hemos conocido en San Sebastián, y mira tú por dónde vamos a tener muy pronto el engarce de este coral.

—¡Pues que sea enhorabuena, y que sea un engarce de filigrana, como el que tú mereces! ¡Si por mí fuera...

—Ya era tiempo de sentar la cabeza y de meterse a mujer de bien... Oye ¿Y Víctor? ¿No se echa novia?

—¿Tú no sabes que esas cosas los interesados son los últimos que se enteran?

—¿Vienen mucho por ahí las de Martínez?

—Aquí estuvieron el domingo, viendo la procesión de la Virgen del Pilar.

—¿Y estuvo él?

—El estaba en la mina de La Umbría.

—¿Entonces dió en hueso?

—No, mujer: en hueso no: ni en hueso ni en nada... Ella no viene por Víctor... Es muy amiga de Amparo...

—Sí: y

Con achaque de primo,
Entro y te veo...

esa le ha puesto los puntos, y si no... a la fiesta iremos! ¿Qué querré yo, sino el bien de todos?... Pero sería un dolor que ahora que estáis tan bien, se lo llevase en el pico la primera que pasase por la calle.

—Pues hija: con eso hay que contar, más tarde o más temprano. Los padres somos para los hijos: pero los hijos son para ellos y luego para los suyos. Y así debe ser después de todo. Si no, no habría nuevos hijos y se acabaría el mundo. Mira tú: cómo vas a dejarlo todo, en cuanto te han amenazado con la vaquilla.

—Yo es muy distinto. Yo no desbarato casa. El: ¡él es el que no tendría perdón de Dios, si hiciese ese disparate!

—Eso, hija mía, él allá... Yo lo único que le pido a Dios es que sea con una que se lo merezca, así sea más pobre que las ratas... Lo demás Dios lo da y Dios lo quita.

—¿Pero se entiende por fin con Concha?

—Si no sé, hija de mi alma. El está muy deferente con ella, aunque eso no dice nada, porque tú sabes lo galante que es con todas las mujeres... Si hay algo más, no sé. El, por lo menos, lo niega a piés juntillas.

—Pues insisto en que sería un dolor que lo hiciera, a lo menos por ahora, ni con esa ni con ninguna. Y con esa... ¡vamos: que.. le sacaba los ojos! Porque eso ha sido un asedio, que ni el de Betulia: y la verdad: me da mucho coraje de que cuando una mujer le pone la puntería a un hombre, se salga con la suya. ¿Qué va a quedar entonces para las dignas, para las recatadas, para las que no descienden de su pedestal, así sea un Emperador lo que ande de por medio? Así es que cuando veo a esas lagartonas conseguir el hombre «acordado en consejo de familia», créete que me repudro... ¡Hombre!... ¡Mentando al ruín de Roma, por la puerta que asoma!... Aunque ya ayer nos saludamos en la estación, no quería irme sin verte, y entregarte en propia mano este recuerdo de viaje que te he traído...

—Mujer: ¡qué cosa más de mi gusto! ¡Cree que has estado inspirada!... ¡Cosa más práctica y a la vez más elegante...

—Entonces te gusta ¿eh?

—¿No ha de gustarme...? ¡A ver!

—Pues deja: te la pondré. Las cosas, por completo. ¡Trael!...

Y se la puso.

—Pues sí: Mamá, que tantas cosas y que ya vendrá por ahí con despacio. Trae unos cuantos modelos de trajes de noche en la cabeza, y se ha quedado en casa con la modista, explicándole un curso de modas, antes que se le olviden. Yo, como me aburren los trapos y tenía muchas ganas de un ratito con ustedes, tomé el coche y me vine a daros la noticia. Y ¡eal!: que es vuestra hora de comer, y ya soy muy talludita para caber en ningún plato! Adiós, hasta mañana. ¡Que no me faltes, ¿eh?

—¡Primero faltaba el sol en su carrera!

Aquí, un montón de besos a las tres damas, devueltos con usura, y un cariñoso papirotazo en las narices del caballero.

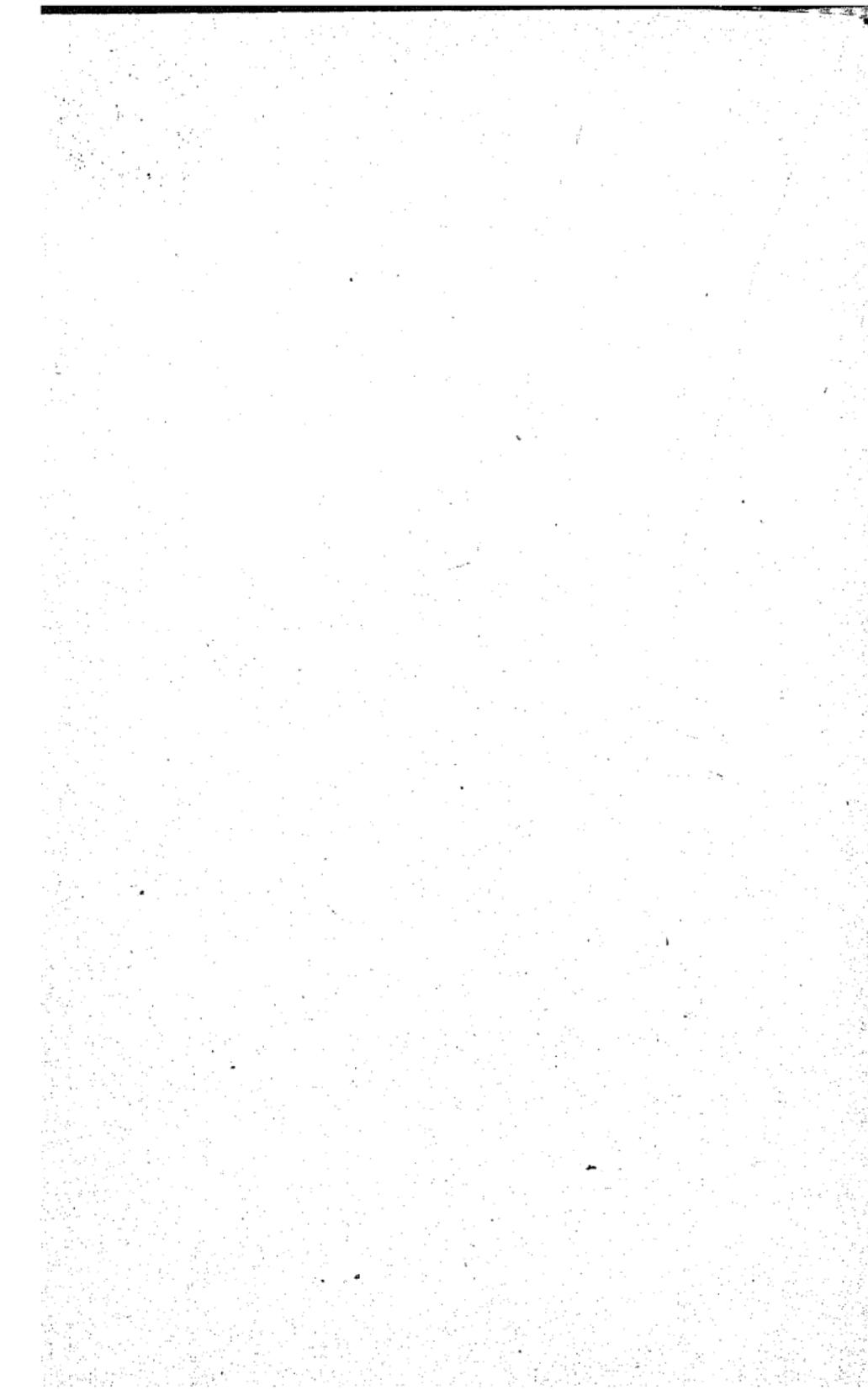
Coral baja la escalera, del brazo del galán.....

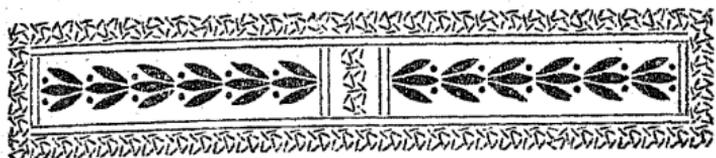
Va a montar en el coche, tras un efusivísimo apretón de manos, cuando se detiene y dice, con señoril empaque:

—La condesa de Guaditoca, servidora de usted...

—Víctor Ayala, criado de Vucencia.







CAPÍTULO II

Cambio de ajustadores

Deseo, sobre todos los deseos de doña Amparo,—Doña Amparo era casada y le había ido muy bien en su matrimonio—era el de «colocar» a Coralito.

Pero no, ahí con el primero que llegara—habían llegado en pandillas y como moscas a la miel—sino con uno de esos «definitivos», el enlace con el cual da lugar a la denominación de casamientazo.

Y lo de menos—créalo—era la fortuna

que pudiese aprontar al casamiento el pretendiente, aun con entrar por tantísimo el capital y la renta en la sobredicha denominación; sino porque, siendo como era, el capital de su casa de los que entran dentro de esa otra frase hecha «ni ellos mismos saben lo que tienen», parecía de clavo pasado encerrar tantísimas monedas de cinco duros, dentro de un cucurucho de pergamino, arrancado de una ejecutoria de nobleza.

Mas claro, y para decirlo de una vez, en cristiano y como Dios manda: que doña Amparo se hubiese dado con un canto en los pechos, por un «condesa» o un «marquesa», y no digamos nada por un «duquesa» para Coral.

¡Le gustaría tanto entrar por «la casa y estados» de su hija, representando el «divino papel» de Reina—Madre!... ¡Uff!

Y es que, como había de tener la señora otra cualquiera debilidad, —¿quién no tiene en este mundo una ventana por donde asomarse?—tenía la del señorío y la grandeza. —¡Es que se quea esmorecía con la gente grande!—decía de ella la zumbonsísima Coral:—sintiendo tal atracción, y esto desde

chiquilla, hacia los títulos nobiliarios, que se daba en ella, sobre este particular, el fenómeno del vértigo de los abismos, solo invertido. Cuando en las crónicas de los salones del «gran mundo» de Sevilla, que era todo su gran mundo, tropezaba con su nombre y el de su hija entre los de las marquesas y condesas, vizcondesas y baronesas, era cosita que se le caía la baba de puro gusto; no perdiendo ocasión de codearse con las que, por lo mismo que se creían superiores a ella, si no en dinero, en alcurnia, la tenían que mirar, y la miraban como... una cursi...

Puñalada más cruel, no se le podía dar en el corazón... ¡Ah! ¡Si ella pudiera algún día atrapar una corona heráldica, ya que no para ella, para Coral!...

Y como había tiempo por delante—la muchacha acababa de vestirse de largo—y la belleza de la criatura era de esas estatuarias y resistentes, que no hay que aprovechar al chillido como la flor de un día, sino que dan espera para años, doña Amparo, aunque ardiendo en deseos de «ensuegrar», se dedicó a quitamoscas de la chica; ponien-

dole en entredicho los mil que se le llegaron a la borda, si es que no los exorcizaba de buenas a primeras, para que no se acercasen, con el eficaz hisopo del desdén más olímpico.

Al que miraba ella al través de sus impertinentes de concha, frunciendo la boquita, hasta dejarla reducida al tamaño de una oblea, que no pasara siquiera por la calle de la Cuna, porque estaban verdes.

—¡«Acá» no!—

La chiquilla, entretanto, bien porque ninguno de los aspirantes a la mano de doña Leonor le hubiese entrado por el ojo, bien porque se encontrase a gusto en el machito de la idolatría de sus padres, no se daba la menor prisa por meterse en berengenas de noviazgos, persuadida de que el día en que dijera «a casarse tocan», había de poder escoger como entre peras.

Así pues, a disfrutar de la juventud y de la libertad de muchacha sin novio—cada novia es un 0,50 de casada—; a no perder espectáculo, ni diversión, ni comida aristocrática en el Hotel, ni té en el Círculo—con lo que hacía a doña Amparo un pié agua—

y a hacer cuantas obras de piedad y de misericordia le permitía el estado de su hucha.

—¡Papaíto: que no tengo un cuarto, y tú no puedes consentir que tenga que empeñar el «pendentif» que me trajeron los Reyes Magos! ¡Como que sale de tí, era menester que me dieras veinte duros!

—Pídeselos a mamá, hasta mañana, que sea hora de caja.

—Mamá quizás no esté en voz. Ella tiene también sus necesidades, y esto de estar a pensión créete que es una angustia.

—Pero ¿tánta prisa te corre?

—¿Crees tú que si no me corriera, iba yo ¡yo! a descender del pedestal de mi prestigio, mendigando un empréstito? (Aquí un abrazo que descuajeringaba a don Tomás.)

—¡Dámelos, papaíto, aunque ya no me des más, hasta... la Candelaria! (faltaban ocho días).

—¡Pero oye! ¿tú que es lo que te has figurado? ¿Que todo el monte es orégano? ¿Tú crees que no hay más que dar a manos llenas?

—Te diré, papaíto: te diré. Tú, con ser tan buenísimo como eres, porque mejor que

tú, para eso, en los altares, apenas das limosna.

—¿Que yo no doy limosna?

—¡Una gorda cuando más, cuando te piden en la calle! Mamá, aunque es una santa, la verdad: tampoco es muy larguilla. Y, como yo tengo que estar en todo, y en una casa como esta tiene que haber su presupuesto para los pobres, en proporción a las entradas, me he impuesto la obligación, para que no os condenéis, de las limosnas de la casa, quitándomelo del comer, como quien dice. ¡Más de cuatro veces, créelo, se me antoja comprarme cualquier chuchería: (ahora estoy muerta y penada por una peina de concha para diario, porque las de celuloide no me gustan,—por cierto que siento habértelo dicho: porque sé, como ese sol que nos alumbra, que me la vas a comprar—) pues bien, me atengo a lo que mamá me compra, y no malgasto un ochavo, así se me salte un ojo de la cara! Pero ¡ya ves! ¡quién, con estos fríos tan regrandes que están haciendo, y presidenta del ropero de la Parroquia, no compra ahora en la rebaja de fin de temporada unas prendas de abrigo para los po-

bres?... Hasta el Santo Evangelio lo dice, papaíto: «-cuando veas al desnudo vístelo, y no desprecies al que es tu carne (1)

—Total: que hay que matarte, o dejarte.

—Y como tú comprenderás, lo segundo me tiene más cuenta que lo primero.

—Pues bueno: te daré lo que tenga en el bolsillo, y quiere decir que mañana te daré el resto... Oye, Amparo, a propósito. (A la señora que entraba). Préstale a ésta unos duros, hasta mañana, que abra la caja.

—¿Más duros todavía, cuando me ha sacado siete?

—¿Lo ves? ¿lo ves, papaíto, como en cierta clase de asuntos toda la prudencia es poca? Ya me desbarataste la combinación.

¡Es que soy muy desgraciada!

En este estado las cosas, y a los tres años y pico de vestida de largo la muchacha, el matrimonio Ulloa con su prole, como habían de ir de veraneo a cualquier parte, enderezaron la proa a San Sebastián, que so-

(1) Coral había oído campanas, y no sabía dónde. La frase es de Isafas, LVII-VIII.

bre todos sus encantos naturales, tenía el para doña Amparo irresistible de ser corte de verano de nuestros Reyes. (Doña Amparo es de las que, cuando vienen los Reyes a Sevilla, se instalan en la Plaza del Triunfo y allí se pasan la jornada regia, dure lo que durare, ora la granizada les azote el rostro, ora el frío les taladre los huesos; verdaderas heroínas del amor a la dinastía, que, en trueque de ver pasar de cuando en cuando un automóvil cerrado, tendrían por paraíso de deleites el mismísimo corazón de la Siberia).

Y, como quisiera la buena estrella y venturoso hado de la señora que cayesen con ellos en el mismo hotel, tabique enmedio, como en la fábula de Samaniego la cigarra y la hormiga, los Excelentísimos Señores Condes de Guaditoca con sus hijos, doña Amparo no comió pan a manteles, hasta trabar con ellos intimidad, endosándole a don Tomás la tabarra del conde, que era más soporífero que el cloroformo; adjudicándose ella la condesa, modelo de distinción y de elegancia, y dejando a Coral, Gonzalo, Perico y Guadalupe entregarse a los naturales esparcimientos de los pocos años. Gonzalo, Peri-

co y Guadalupe eran los tres pimpollos de los Guaditoca.

¡Si quisiera la Virgen de los Reyes y San Antonio «el Chico» de la Catedral...

Por su parte la condesa no dejaba tampoco de ver con buenos ojos la natural simpatía con que hubieron de mirarse y de acogerse mutuamente y de buenas a primeras Coral y Gonzalito... A la casa de Guaditoca decían malas lenguas que le estaba «doliendo la cabeza» hacía muchos años, y acaso un casamiento como parecía ser el de la chica Ulloa fuese el gran «antineurálgico»...

Porque, que allí había «fango», pero mucho fango, no había más que verlo. La manera de hacer extraordinarios a toda hora... el modo de dar propinas y satisfacer antojos... las toaletas de madre e hija para bajar por las noches al comedor... la colección de joyas de la primera, pues Coral como soltera no salía de sus chorrillos de brillantes en las orejas y su hilito de perlas, o de su «pendentif» con cadenita de platino en el honesto escote... En fin, y por remate: que por algo decía el refrán que el

amor y el dinero no pueden estar ocultos.

Y dígame usted qué van a hacer dos muchachos, de veinticinco años él, y ella de diecinueve, juntos todo el día de Dios, sino, o reventarse las hieles el uno al otro y matarse a desaires, o sentir simpatía al principio... cariño poco después... y acabar por entenderse como novios, antes de la semana de trato íntimo.

Lo raro, lo anormal hubiese sido que, gustándose como se gustaron, no se lo hubieran dicho... que habiéndoselo confesado, no se hubiesen aceptado mutuamente, y que, habiéndose aceptado no se les hubiese conocido a la legua que eran novios.

La chiquilla era un primor, porque había que ver cómo estaba la criatura, y el muchacho, aunque un tanto cuanto pesadito—en esto había salido al padre—tenía muy buena facha, una elegancia, y un señorío, y un no sé qué, que delataba desde luego lo esmerado de su educación y lo elevado de su alcurnia, y por remate y cimera, el derecho hereditario a un título de Castilla.

—¡O muerto o conde!—frase de doña Amparo.

Y, como quiera que lo que quiera que fuese el marido, otro tanto tenía que ser la mujer, mirára usted por dónde, sin comerlo ni beberlo como quien dice, se iba a encontrar condesa.

—¡Eso: condesa de Guaditoca!... ¡La... Gua... di... toca!

.....
¡En fin: que lo pensaría!

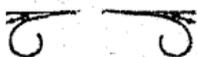
.....
Que lo pensó dos noches ¡que ya fué pensar!

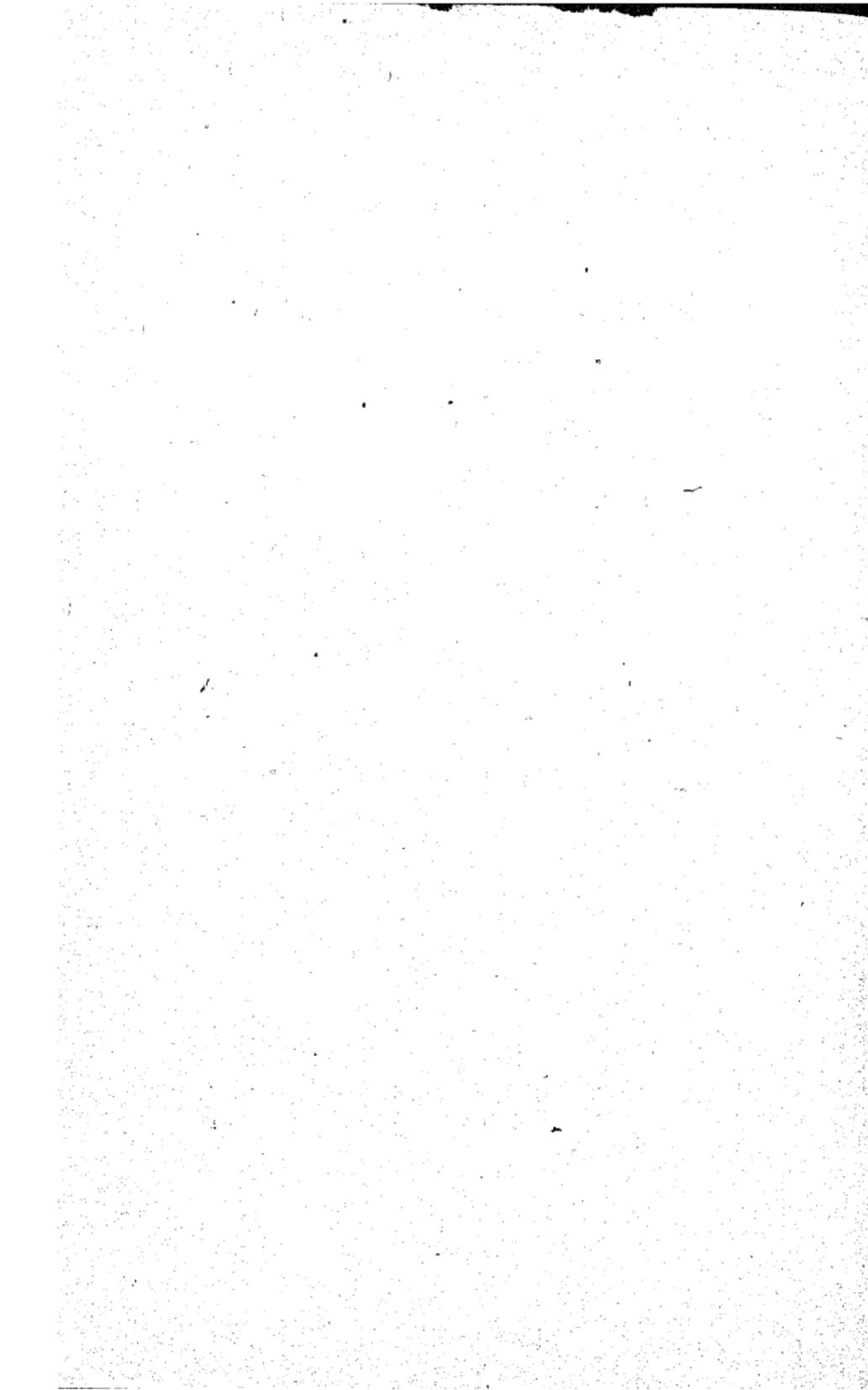
.....
Que se lo dijo a su madre—que vió el cielo abierto—y que le espetó al fin un «sí», como una casa.

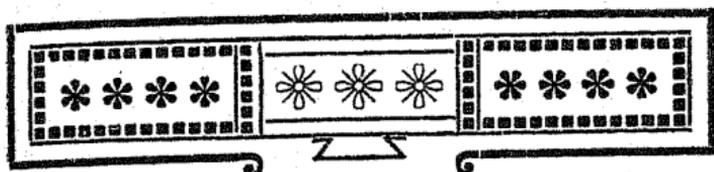
.....
¿Como una casa?... ¡Como un «Gran Hotel».

.....
¡Nada! ¡Encantados!...

.....
Y el cambio de ajustadores, con las iniciales y la fecha.







CAPÍTULO III

Pensares y sentires "victorianos"

Lo de—condesa de Guaditoca—dicho por Coral a Víctor, al montar en el milord aquella tarde, produjo en las entrañas del muchacho un... una... ¡qué sabía él cómo decirlo!

¡No habéis ido alguna vez a apagar una luz eléctrica, y, al poner la mano sobre la llave, sentido un... lo que quiera que ello sea, que os ha destemplado todo, sin llegar a doleros?

Pues algo por el estilo fué lo sentido por el mozo, ante aquella autodenominación de

la muchacha; entre solemne y chancera, por no decir entre mayestática y chusca: no «dolor», como el que causa la desgarradora puñalada de un desengaño: sino un, entre malestar y desasosiego... aplanamiento de fuerzas y ansiedad de espíritu, que se resolvió en un amargor en el paladar, como si hubiese aspirado quina en polvo, y en un acorchamiento de piernas, al subir la escalera, como si fuese otro, y no él; el que subía...

—¡Condesa de Guaditoca!... ..

¡La condesa de Guaditoca... o sea: la «mujer» del conde de Guaditoca!... o sea: la... imposible «de nacimiento», ¡imposibilísima ya de todo punto!; porque, si libre y realenga,—soltera y sin novio—la había él conceptualizado siempre alta como una estrella del firmamento, impalpable e inasequible como la luz... adorable, pero desde lejos solamente como una divinidad, figurárase usted ahora, arrecotada y en relaciones formales...

Por eso no había sido lo que se llama «dolor» lo que le había descuageringado las entrañas al oírlo. Pero ¡ay! que el que no fuera dolor, no quería decir que no fuera un... ¡una cosa muy desazonadora y muy

desapacible!: una sensación por el orden y estilo de lo que sería una víscera que se desencajase de su lugar y se descolgase de su sitio... ¡un malestar en el alma, tan, hasta aquel punto y hora, jamás sentido, que no sabía él si lo que da para morirse sería más que aquello... ¡La condesa de Guaditoca!

.....
¡Y ¿por qué no?, vamos a ver!...

¿Qué más tenía que ella la más empingorotada emperatriz, ni la más soberana de las reinas ungidas?...

¡Buscara usted por todo el universo mundo tipo de mujer más bello... ni corazón de criatura, más hermoso... ni virtud, más acrisolada... ni salero, más derramado a toda hora! ¡Y a ver!: a ver si un hechizo así no merecía, no ya un condado, sino un trono, de las proporciones del de Felipe II, con una corona de emperador, como la de Carlos V

.....
Por más, que lo que a él lo desasosegaba y maltraía—valieran verdades—no era precisamente lo del condado, ni lo de la corona... sino lo de «consorte»... lo de «mujer...» ¡lo de «esposa, ante Dios y ante los hom-

bres», de.. quien quiera que fuera el que se la llevara!... ¡Y ahí estaba la cosa!: en que por qué regla de tres había esto de malhumorarle ni tanto así, siendo así que él nunca jamás, ni... ¡vaya! por soñación, hubiese osado subir a las estrellas... aprehender la luz... hacer suya la inaccesible divinidad...

¡Por eso él no comprendía, ni se explicaba, el que cosa tan sencilla, tan natural, tan lógica... ¡tan de su peso! como el que la muchacha se hubiese puesto en relaciones, le hubiese a él... no dolido—¡constara!—pero sí sacudídole todos los músculos y destempládole todas las vísceras.. desconcertándole todo de arriba a abajo, como... una descarga eléctrica, sentida de sopetón y cuando menos se espera, al ir a cerrar la llave!... ¡La comparación había sido muy exacta!

.....

¡Pues nada! A hacer por persuadirse de que aquello era lo natural y lo lógico, lo que era de esperar, y de clavo pasado!... ¡Ese era «el guiso» de las mujeres, y nadie más en condiciones para encontrar cocinero, que Coral! ¡Lo raro era que hubiese cumplido los diecinueve años, sin que la hubiesen lle-

vado a la cocinal... ¡La razón no tenía más que un camino!...

.....

Pues bueno: lo que había que ver ahora ¡pero como se ven las cosas que hay que ver a todo trance! era «quién» fuese el conde y «cómo» fuese el conde: si era el hombre que merecía Coral y que merecía a Coral, o uno de tantos «huesos», como andan por el mundo.

.....

¿Coral en manos de un «punto filipino», que en una noche de «grímpola» y de jarana pusiese a una sota lo que había costado a su suegro tántos días de sudor, tántas noches de insomnio... ¡tántos años de honradez y de fatigal!...

¿Coral en manos de un desalmado, que la trajese por la calle de la amargura, aquí te hago una traición, y acullá una canallada... aquí te apuñalo el corazón, y acullá te abofeteo el rostro—se dan casos—; hoy te pignoro una joya, aunque sea la joya más querida de tu alma:—la joya relicario de tus más dulces recuerdos de hija, de mujer, de esposa, de madre—y mañana te suplanto

una firma... hoy, en fin, te arruino para siempre, y mañana te abandono, emigrando a Ultramar, por temor a la justicia?

Lo de menos sería un marido que se cansara, tendiera el vuelo y se fuera al quinto pino. ¡Mejor! ¡A enemigo que huye, puente de plata!... Lo horrendo, lo que no tendría nombre sería uno que «se quedase», manteniendo belenes a costa de la legítima de Cora!; sometiéndola a ella a privaciones y sacrificios, para pagar el coche o los cosméticos, las pieles o las flores de la otra; trayéndola crucificada y exprimida, para que la otra triunfara, y brillara y avasallase, paseándose por delante de los ojos, en todo el agrio esplendor de su chillona pompa de golfa injertada en reina...

¡Sabía él tantas historias por ese estilo!... ¡Conocía él tantos personajes de tragedias por ese patrón!... ¡tantos... sayones de «pasos» de semana santa, y tantas vírgenes de los dolores, con el corazón erizado de puñales!... ¡Sabía él tanto de esto, que la idea remota ¡remotísima quizás! pero posible, de una Coral burlada y maltratada, vilipendiada y escarnecida, ¡¡de una Coral llorando!! ¡ah!

haciale pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, pensando y meditando y haciendo cábalas sobre el por qué de unos amores tan de repente entre una burguesita—muy linda y todo; pero burguesa—y el hijo primogénito, y heredero, por ende, de un tan repiqueteado título de Castilla.

.....
 Bueno: ¿y por qué no había de ser amor, siendo así que la muchacha lo reunía todo: hermosura... y virtud... y gracia... y «ángel», para volver tarumba y traer de cabeza a un Emperador del Sacro Romano Imperio, cuanto más a un conde?...

¡Era Coral tan bonita... tan resalada... tan sólidamente buena, en medio de su alegría de vivir!... ¡Reía, tan con toda el alma, cuando reía, y lloraba tan fácilmente, y con tan gruesos lagrimones cuando lloraba, ante el menor infortunio que encontraba a su paso!... ¡Era tan «femenina», física y moralmente, que sí: que era muy posible que se hubiese metido en el bolsillo con sólo media copla de sevillanas, bailada en la terraza del hotel...

con un simple mirar de sus ojazos negros, por encima del país del abanico... con una carcajada de su garganta de ruiñeñor, o con un beso a un chiquillo desarrapado, que le hubiese pedido limosna en mitad de la calle, no ya a un título de Castilla, sino a toda la Grandeza de todas las Españas!

Posible, ¡posibilísimo! un enamoramiento de verdad... ¡El conde se había acreditado de buen gusto!...

.....
.....
Pero ¡y si tantas exquisiteces y excelsitudes—¡y dale, bola!—habían pasado inadvertidas a los ojos del pretendiente—posible era también—y lo que le había atraído y subyugado había sido... la dote de la muchacha?...

.....
¿Que habían coincidido en el mismo hotel, y que desde el primer momento se flecharon, hasta el punto de no hallarse el uno sin el otro, ni de noche ni de día, y ser declarados novios «por aclamación?»

¡Todo eso estaría muy bien para contado por doña Amparo a sus visitas y que éstas

lo creyeran a puños cerrados... o lo pusieran en cuarentena! ¡Había que ver lo que son las conveniencias de la vida social y lo de «razones de estado» que entran en juego en unas capitulaciones matrimoniales, para hacernos comulgar con las ruedas de carreta de que, sola y meramente por un flechazo del Niño ciego, el heredero de un título antiquísimo, sin que sus padres se opongan, ni lo amenacen hasta con el desheredamiento, si es menester, se declare de amores solemnemente y se ponga en relaciones formales con una señorita del montón anónimo, siquiera lleve un bagaje de méritos y virtudes, gracia y belleza, salero y garabato, como el de Coralito!

Porque lo más peregrino de la cosa era lo que ponderaba doña Amparo el entusiasmo con que habían acogido los condes el proyecto de enlace de los chicos!... ¿Sería esto verdad, o cosas de la señora? Y, si en efecto era verdad, ¿sería el entusiasmo con que en el juego del dominó se suelta el seis doble?.....

Que algo tendría el agua para que así la bendijeran, si esto era verdad, no cabía du-

da. Ahora: ¿qué era ese algo?... ¡Eso era lo que había que averiguar a todo trance, así hubiera que remover, una a una, todas las arenas del desierto!... ¡Así! A velar por aquel ángel, como pudiera velar por ella su mismo ángel custodio, ya que de un lado un padre... calzonazos, ¡malo de puro bueno! incapaz de quitarle el menor gusto, ni de quebrarle encima charamusca, y por otro, una madre... ¡¡funesta!!, vanidosa hasta la embriaguez de la vanidad, la dejaba el primero obrar a su talante, y piadosamente juzgando, la empujaría la segunda a... ¡aque- llo!: aquello, que lo mismo podía ser la felicidad de su vida... —¡Ay! ¡ojalá! —que la más sin remedio ni apelación de las calamidades.....

.....
¡¡Si él la viese llorar algún día!! ¡Ah! ¡que no le pasase por las mientes semejante idea, porque ¡vamos! se sentía capaz hasta del crimen!... No por nada: ¿sabía usted?... sino por reconocimiento: por gratitud...

Porque a ella, y sólo a ella, debía él el haber redimido del trabajo a seres tan queridos para él, como lo eran su madre y sus



hermanas, y el haberse hecho todo un hombre, con la firma de la casa de banca más fuerte de Sevilla.

¡A ver si no eran menester entrañas de perro... rabiando, para no rendir culto a aquel... ¡ángel de la Roldana del «paso» de la Oración del Huerto de la Cofradía de Monte-Sión!, con aquellos ojazos de .. viernes santo de Sevilla, en aquella carita de... feria de Abril!...

¡Por Dios que no llorara «su» Corall... ¡Corall!... ¡Corall!... ¡Mira que perder un nombre tan bonito, por «el mote» de condesa de Guaditoca...

—¡La Guaditoca!...

Y así pasaba los días y así pasaba las noches: sonámbulo de un sueño que, si no era amor, jamás se ha visto en el mundo cosa más parecida: pero ¡ay! que si era amor, era tan generoso y desprendido—tan amor—, que la preocupación más grande de su alma era la de que Coral fuese feliz... ¡que no llorara!... que, aunque en manos de «otro hombre»,—¡¡horror!!—fuese para su dicha... si quiera él se muriese de dolor, porque ella

fuese estrella y él, gusano... ella, luz, y él, ciego de nacimiento. . ¡ella, divinidad inaccesible, y él, mísero precito, desposeído de ella eternamente!

—¡Coral... Corall...

¿Pues no llamaba algunas veces a sus hermanas y en lugar de decir—¡Amparo!—o—¡Luz!—decía: —¡¡Coral!!—digo: ¡Amparo!—o—digo: ¡Luz!...





CAPÍTULO IV

En que doña Luz pega la hebra

—Todo lo que tú quieras, hija del alma, menos meterme yo a consejera de la Corona, y muchísimo menos, en cosas de noviazgos.

—¿Por qué, tía Luz?

—Porque todo lo que pudiera aconsejarte sería lo que hice yo misma: no mirar para nada los intereses, y casarme con el hombre que llenaba por entero todas las aspiraciones de mi alma. ¿Que era pobre, en comparación de tu padre, por ejemplo? Pero era honrado... y trabajador... y ¡bueno y fino! ¡Más feliz fui con él, que muchas que se han

casado con poderosos y con grandes! El verdadero amor lo suple todo, así como cuando éste falta en un matrimonio, el vacío que deja no hay nada que lo llene. ¡Mira que yo he pasado apuros y trabajos, desde que me quedé viuda, ¡hasta hambre alguna vez, hija mía—pero yo sola: mis niños no!—Pues, si milenta veces me hubiese vuelto a encontrar en presencia de un hombre como él, otras tantas y otras mil más hubiese hecho, pero a ojos cerrados, lo que entonces hice. La mujer no se debe casar en la vida nada más que una vez; y, si esa vez no lo hace con quien le llena, dí tú que se ha divertido la infeliz. Así, pues, hija mía, lo que debes hacer es quererlo con todas las veras de tu alma, si es que no lo quieres ya como supongo. Y, cuando lo quieras más que a tu padre, más que a tu madre, más que a tí misma ¡un punto menos que a Dios!, pero porque él se lo merezca, ¿estamos? entonces cástate ¡pero antes no! segura de que si él es bueno y fino—fino es fino por dentro, ¿sabes?—y está tan enamorado como tú misma, no es posible en el mundo mayor ventura.

—Ahí está la cosa, tía: que yo lo quiero. Pero... sin acabarme de entusiasmar... No sé por qué me parece—y esto en secreto de confesión—que, si él no hubiera de ser conde el día de mañana, quizás no lo soportaría en algunas ocasiones.

Como quererlo, le quiero. Ahora: más que a mis padres, ni pensarlo... ¡No va mucha diferencia en gracia de Dios!

Esto desalentó a doña Luz y le hizo preguntar:

—Bueno: ¿y qué dice a eso tu madre, si se lo has dicho, como supongo?

—Pues... que las bodas las debe hacer la cabeza con el corazón, y no el corazón, sin la cabeza... que el cariño viene después... y que la gracia del sacramento es muy eficaz.

—¿Lo ves? ¿Ves como tu madre y yo no podemos entendernos?... Por eso has debido aconsejarte de otro cualquiera y no de persona tan redesarcreditadísima como yo en estos particulares... ¡Dime cómo te aconsejo yo en contra del criterio de tu madre misma, ni en contra de lo que me dicta mi conciencia! Yo quisiera, mi corazón, que eso lo meditáseis y lo resolviéseis entre vosotras, y

más que entre vosotras, tú sola contigo misma. Como cuando se pone una a hacer la composición de lugar para la meditación, imagínatelo sin condado y sin dinero... Si aun así te llena y te satisface, es que lo quieres a él por él mismo, y que lo demás te lo vas a encontrar por añadidura. Si, por el contrario, ves que lo que te lleva de calle en él es el condado y el tronido, entonces desconfía de tu pasión, y, sin pasión no te cases. ¿Qué prisa tienes? Espera cuanto sea menester—no estás cargada de arena—a ver si el trato acaba por dar punto de caramelo a tu cariño, y, cuando estés del todo enamorada—pero antes no—entonces pecho al agua... ¿Emprenderías un viaje, sin dinero contante y sonante en el bolsillo, sino sólo con la probabilidad de que te lo diesen a la llegada?... Lo comido es lo seguro, y el amor que no se lleva al casamiento, créete que no es frecuente traérselo del viaje de novios.

—Ahí está la cosa. Que él está queriendo casarse, desde «el primer instante de su sér», y lo mismo la condesa que mis papás—mamá sobre todo—están contando los días por los dedos. Ya ves: para el día de San José quie-

ren que nos tomemos los dichos y que para la primavera sea la boda. El conde no sabe nada. .

—Pues a bien que todavía queda un esportón de tiempo. ¡Ya ves: seis meses!... Que venga; que se esté aquí; que os trateis; ¡que os conozcais a fondo!; que acabeis, o por enamoraros de remate, o por aburriros de muerte... Eso de entenderse desde lejos como las palmeras es muy bueno para las palmeras: no para los que luego han de vivir tan unidos, ¡tan uno!... ¿Tú sabes cómo es?... ¿qué condiciones tiene?... ¿cómo piensa y siente?...

—¡Lo que se puede apreciar en cuatro ratos de charla! Hablar, habla muy bien.

—Una cosa es predicar y otra es medir trigo. Una cosa es hablar bien, y otra, ser bueno... ¿Cómo anda de conducta?

—Así, así... Dicen que se ha divertido algo... y eso a mí no me gusta. Por esto precisamente quería que hablásemos.

—¿Y lo saben tus papás?

—¡Vaya si lo saben!

—Y tu madre ¿qué dice?

—Pues... que todos los hombres son lo mismo. Que los San Luis Gonzagas andan

más escasos que los Padres Santos en Roma, y que los pocos que hay se meten a novicios de la Compañía de Jesús.

—Total: que, según eso, hay que entrar con todas, como la romana del infierno, o renunciar a casarse con un hombre de bien. ¿No?

—Por lo visto, así será, cuando mamá le dá tan poca importancia a la moralidad de los muchachos de clase.

—¡Ah, ya! ¡de clase!... ¡Pues que siga por ahí, y no se perderá! Pero, si muchos de los que anduvieron derechos acaban por torcerse, no te quiero decir cómo acabarán los que nacieron torcidos.. ¡Valor se necesita para entregar una hija en manos de un cualquiera! ¿qué digo, de un cualquiera? ¡en manos de uno, acreditado de vicioso!! ¿Entregarían la caja de caudales a uno acreditado de ladrón?... ¿O es que es más de guardar el contenido de una caja de valores, que la felicidad de una hija de las entrañas? ¡Pues que no pierdan de vista que lo uno suele ser consecuencia de lo otro!: que el que le roba a una mujer la felicidad conyugal a que tenía derecho, suele arramblar a última hora

hasta con los últimos sedimentos de la caja.

—¡¡Qué horror, tía Luz!!

—¡Sí, hijita mía! El que no hace la felicidad de una mujer es porque no la quiere. Si se casó con ella sin quererla, fué porque lo que quería era la caja... Y ese, tarde o temprano, desbalija a los suegros, después de haber hecho desgraciada para siempre a la que le sirvió de cómplice para el desfalco.

—¿Entonces te parece...—preguntó Coral, toda convulsa.

—¡No me parece nada! Lo único que me parece es que te vayas con mucho tiento y que, sin garantías de honradez y de moralidad, de desinterés y de cariño, no digo con el heredero de un condado: ¡ni con el heredero de veinticinco tronos!... Mira: se puede pasar sin título. Se puede pasar sin lujo, sin coche, sin viajes, sin alhajas... Se puede pasar sin todo: ¡hasta sin pan! Sin lo que no puede pasar un matrimonio es sin ese amor mutuo, que hace de los dos esposos uno solo y mismo. Y dime tú qué amor «mutuo» puede haber, donde uno no ama desde luego, y el otro se persuade de que no es amado, porque ve que se le pospone, se le explota y

se le vilipendia, comprando con lo suyo ¡con lo que le da, o le dejó su padre de su alma, cuchillos para clavárselos en el mismo corazón!

¡Antes que esto, hija de mi alma, morir de soledad en un rincón! Primero, pordioseando por esas calles, que una corona... ¡de espinas, como hay muchas!, si te busca y te quiere «como negocio», y no «como mujer»; si viene a caza de los millones de tu padre, y no en busca de ese corazonazo tan hermoso, y tan grande, y tan caritativo, y tan santo, que Dios hizo exprofeso para dártelo, y que, una vez rematado, rompió el molde...

Al llegar a este punto, se abrazaron y se besaron. Y, como las mujeres lloran por todo, se echaron a llorar.

—Puede ser que el pobrecito mío—siguió doña Luz, que cuando pegaba la hebra, no la despegaba tan fácilmente—puede ser que el pobrecito mío no sea así, ni mucho menos; sino que te quiera por tí misma, y que merezca todo tu amor. ¡Ojalá sea así, y haga de tu existencia un paraíso! Eso es lo que yo quiero, y lo que le pediré al Señor de Pasión todas las noches. Si te he dicho

lo que te he dicho, es para que no te dejes llevar de los relumbrones del condado, y te pase como a las terreras: que las cazan vivitas, encandilándolas; sino que pienses y medites y aquilates todas las condiciones de tu novio, antes de echártelo a cuestras para siempre. Si merece tu amor y llegas a otorgárselo sin reservas, adelante con los faroles: pero, si ves que no es tu tipo: el tipo de tus sentidos y de tu alma, acaba aunque sea a farolazos, como el rosario de Espera.

¡No hay por ahí muchos muchachos alampando por tít! Mira: Manolo Dúrcal... Trino Cepeda... Javier Pacheco... ¡pues si tienes más milagros que el Cristo de Torrijos!... Y eso tuviera que ver: que te pasara lo que a las gallinas, que dejan el trigo, para picotear en el estiércol: ¡dejarte ir una cualquiera de esas proporciones, para venir a posarte en quien pudiera resultar un timo! Todos esos muchachos son de tu clase y con fama de juiciosos y de honrados... Ni quito ni pongo rey: pero debo ayudar a mi señor, y mi señor es tu dicha, tu ventura, ¡tu felicidad de esposa, de señora, de madre!—(Aquí, gran pausa).

—En concreto, en concreto, (le han dicho a mamá) que lo que se llama un hombre corrompido y vicioso no lo es. Que le ha gustado divertirse, sí; y que se ha divertido... lo posible. A esto dice mama, para acallar mis escrúpulos, porque yo con ciertas cosas no transijo, que no es lo mismo la vida de soltero, que la de casado. Y que no sería el primero que, después de una soltería borrascosa, se metiera en su casa y hasta se apuntara en la «adoración nocturna»... De estos me cita ejemplos a porrillo. Y, la verdad: me quedo «entre dos aguas», como San Fernando (1).

Como he tenido la suerte de estar tan mimada, y como me he visto siempre tan preferida, la verdad: soy muy celosa. Y, con que sospechara tanto así, iba a ser muy des-

(1) Cuenta la tradición de Sevilla que el santo Rey vió, en sueños, a la Santísima Virgen y quiso una reproducción escultórica de la celestial belleza que había visto. El escultor, siguiendo las instrucciones del vidente, hizo una imagen (la de los Reyes de San Ildefonso) —Esta no es— exclamó el Rey. Y el escultor hizo otra. La vió el Rey, y dijo, moviendo la cabeza negativamente: —¡Y ni ésta!— (Era la de la «Hiniesta» de San Ju-

graciada. Yo soy muy comodona de espíritu, y no puedo vivir con nada que me punce ni me desasosiegue. ¿Tú ves? A mí no me importa que me apriete un zapato, ni que me moleste un cuello, ni que me duela nada de mi cuerpo. En cambio, una sospecha me mata, y una duda me asesina y las más de las veces soy buena, ¡créelo! porque no puedo vivir en cuanto la conciencia medio me intranquiliza.. ¡Yo necesito tranquilidad de espíritu! y fiarse de las grajas peladas de que los hombres dan muchas vueltas... que las bendiciones matrimoniales son una especie de venida del Espíritu Santo que los confirma en gracia, y que no es lo mismo la vida de soltero que la de casado, lo que toca a este cura, no la convence.

lián.) Tornó el artista a sus gubias, e hizo otra... mas ya tan semejante al celestial modelo, que el Rey hubo de exclamar:—Me quedo entre dos aguas—(Era la de las Aguas del Salvador). E hizo, por fin, otra más; pero ya tan acabada y tan exacta, que el Rey aseguró:—Esta es la del Rey—(la de los Reyes de la Santa Iglesia Catedral). Apelo al testimonio de... todos los que han tenido abuela sevillana.

—No deja de tener razón tu madre... hasta cierto punto, en lo de que no es lo mismo la vida de soltero, que la de casado... ¡No es lo mismo ser hijo de familia, y de familia rica, con letra abierta, que ser jefe de casa y tener que salir a todas las necesidades del hogar... Siempre se ha dicho que la ociosidad es la madre de todos los vicios, y el hombre de pundonor que se echa una casa encima tiene que trabajar muchísimo, por rico que sea, para mantener su casa, a la altura de su rango... El tendrá su carrera por supuesto. ¿No es verdad?

—Carrera, ninguna... Quiso ser artillero... pero lo cateaban en los exámenes y no llegó a sacar plaza.

—¿Entonces su profesión en el día de hoy...

—«Sportman». Entender mucho de caballos y de «autos»... Jugar muy bien al tenis y al foot-bal. . En las regatas de Santander ganó una copa, que, como es natural, me regaló y ahí la tengo, y en el tiro a pichón no hay quien le empate. ¡Te advierto que es un Hércules!

—Entonces ¿tendrá rentas para seguir ha-

ciendo esa vida de... ¡vaya! no ganar nada y gastar la milada que eso supone?...

—¿Rentas? . La que sus padres le señalen, que no será mucha, porque creo que no andan muy holgadillos... Mamá dice que sí: que son muy ricos. Sólo que lo tienen casi todo en el Banco de Londres, y con esto de la guerra no pueden sacar nada. (Esto creo que se ha dejado decirle la condesa, como el que no quiere la cosa).

—Por tanto, tus padres tendrán que salir a todo, ¿no es eso?

—¡Naturalmente! Pero lo que dice mamá, (no a mí, sino a papá, pero que yo lo oí desde mi cuarto). Como todo lo que hay ha de ser en su día para mí, como hija única, lo mismo es que me lo vayan dando poco a poco, que el que luego después lo tome todo junto.

—¿Y a tí te satisface que tus papás te... ¡vaya! te compren un marido, como pudieran comprarte un aderezo?

—A mí, la verdad: no. Más bien me gustaría vivir de lo que él ganara, aunque fuera decorosamente nada más, que vivir como mamá se propone que vivamos, con lo que

papá nos dé... Veo eso que tú: que parece como que no ha tenido una mérito bastante, para encontrar quien la mantenga, y ha tenido que mantener a su marido, para llegar a casarse.

—¿Tú ves? Esa ventaja tenemos las pobres: como no tenemos nada, por donde nos quieran, más que a nosotras peladas y mondadas, el que cargue con nosotras tiene que hacerlo por nuestra linda cara y por nosotras mismas. ¡Todo está compensado en este mundo!... Pues bueno, mi corazón. Como no vas a casarte esta noche, sino que faltan seis meses—y ya tú ves en seis meses lo que tiene que llover—vete con piés de plomo en lo de comprometerte «a fecha fija»... A estudiarlo ¡muy a fondo!; a pedir ¡muchísimos informes!; a consultarlo con tu corazón primeramente y con tu confesor después. ¿Que aunque pobre, y «sportman» por toda profesión, resulta un caballero, ¡caballero, honrado, trabajador?... Con eso tienes bastante, siendo tú rica... y aun cuando no lo fueras... (el hombre que es caballero no deja que le mantenga nadie la mujer). Pero, si es lo que se entiende por un hombre

«divertido»; esto es: un vicioso, corrompido y presidiable, ¡así apaleara el oro, y tuviese las coronas, ensartadas en un palo, como si fueran buñuelos!

¡Mírate en el espejo de Gloria Betencur... Lourdes Giráldez... Pastora Casajuana: explotadas y empobrecidas... ¡martirizadas como no lo haría ni Nerón, mientras tuvieron! y olvidadas a última hora, como se olvida una naranja, cuando se le ha exprimido el zumo para hacer un refresco, y se tira al cajón de la basura.

—¡Estás tremenda, tía! —exclamó horrorizada Coral.

—¡Sí que lo estoy! Pero, si yo no te digo ciertas cosas, no tienes en el mundo quien te las diga, y es menester que vayas sabiendo lo que se debe saber, antes de echarse encima las bendiciones. ¡Todo lo que te he dicho lo he aprendido en el libro de la experiencia de la vida, y ni punto ni coma, más ni menos, de lo que hubiera dicho en tu lugar a mis hijas de mi alma! —

.....
 Otro abrazo de padre y muy señor mío,

y otro chaparrón de besos, mojados por ambas partes.

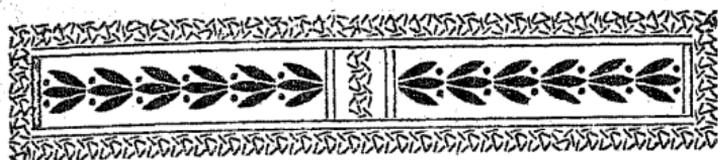
¡Con decir que Coral, tuvo que levantarse por dos pañuelos limpios!...

Por cierto que Dios nos libre de elocuencias «mojadas»...

La definen los retóricos—el arte de convencer—aunque sea a secas.

¡Conque ayúdeme usted a sentir, cuando lleva por delante el prestigio de las lágrimas!





CAPITULO V

Doña Juanilla la Loca

En fin: que vayan con Dios todas las ollas de grillos, habidas y por haber, en comparación de la cabeza de Coral aquella noche, cuando, acabada la cena, e idos los tertulios de la casa, se recogió cada mochuelo a su olivo y ella se metió en el suyo, o sea: en su elegante cuarto de soltera, blanco e inmaculado como su vida y levemente tocado de color de rosa, como habían sido hasta entonces los ensueños de su alma.

¡Había estado tan dura... ¡tan tremenda! su tía Luz, que un jarro de agua fría que le hubiesen echado encima de la nuca, no le hubiese causado impresión más desagradable!

¡Ah! ¿Conque había quien se casaba, sin querer de su consorte otra cosa, sino la posición... el dinero... la hucha... y, una vez desvalijado el consorte, se le daba un puntapié y si te ví no me acuerdo?...

¿Conque había quien con el dinero mismo del consorte pospuesto y vilipendiado, compraba ¡los cuchillos! los cuchillos, como había dicho tía Luz, para clavárselos uno a uno, en mitad del mismísimo corazón?...

¡Eso sí que estaría bueno: que la corona de nueve perlas, que había pescado en la Concha de San Sebastián, se le resolviese a ella en corona de espinas, si él no estaba de verdad enamorado, ni era honrado y fino y bueno... «si venía a caza de los millones de su padre, y no en busca de aquel corazón tan hermoso y tan grande y tan caritativo y tan santo, que Dios había hecho expofeso para ella, y que, una vez rematado, rompió el molde.» -

Aquí se habían echado a llorar las dos, y aquí volvió Coral a las andadas, aunque por su cuenta y riesgo... Lloró, pues, cuanto quiso, y tornó a su soliloquio.

Y ¿por qué no había de quererla por sí misma, tan... ¡vaya! tan chulita como era, y luego, tan educada, tan señora?...

Eso de ponerse siempre en lo peor era muy de tía Luz, que era muy pesimista, y el muchacho podía muy bien haberse enamorado de la muchacha, aunque luego se encontrara de rechazo con todos los dinerables de la casa Ulloa... Aun en la mesa llena sabía bien la torta ajena, y sobre un huevo ponía la gallina... No lo viésemos todo tan negro, como lo había visto tía Luz!...

Por más que, bien mirado, tía Luz no lo había visto tan negro, así, tan a rajatabla. Sino que lo que le aconsejaba era sólo no liarse la manta a la cabeza y casarse por la posta; sino esperar a enamorarse, si ya no lo estaba, y, cuando estuviese el amor en punto de caramelo—«pero antes no»—adelante con los faroles, así como si veía que «no era su tipo: el tipo de sus senti-

dos y de su alma, acabar, aunque fuera a farolazos como el Rosario de Espera».

¡Berengenas más grandes que los en que se había metido!

Por eso había cumplido los diecinueve años, sin esas prisas por echarse novio que tienen otras... De soltera y de hija de familia se está también muy bien, libre de retantísimos quebraderos de cabeza, y sin tener que estar con el alma en un hilo como quien dice, lo mismo cuando se ensotaba en sus propios pensamientos, que cuando había conversado con tía Luz.

Y eso que no había día en que no tuviese carta, y hasta con sello de urgencia las más de las veces, para que las recibiera dos o tres horas antes... ¡Pues así y todo!: aquello era no vivir, y le estaba pasando lo que al español del epitafio: que estando bueno quiso estar mejor.

Ni vaya a creer el lector—escribe a este propósito el autor de estos apuntes—que Coral estuviese desilusionada, ni buscando una rendija por donde escabullirse del compromiso. Inverosímil sería de todo punto en

un carácter como el de ella ponerse en relaciones con un hombre que no le petara.

No se olvide, que sin dejar de ser sumisa a sus padres—a su madre sobre todo, pues al bueno de don Tomás se lo saltaba ella a la piola—el himno de Riego era su himno nacional. Por donde al aceptar, como aceptó con entrambas manos al primogénito de Guaditoca, no fué por influencias, ni menos por imposiciones de los autores de sus días. Las cosas en su punto.

No fué ni más ni menos, sino que le entró por el ojo—ya hemos dicho que el muchacho tenía muy buena figura—y eso de ostentar un título nobiliario y poder prenderse en la mantilla, o en el ángulo del escote una corona heráldica, a guisa de imperdible, es, hasta más no poder, halagador a las mujeres. Y Coral era mujer... ¡y muy mujer!

¿Una pasión volcánica desde el primer instante?... Eso, como usted comprendería, era más de novelas que de la vida real. Contentásemos con un leal cariño, hijo del trato y con una honrada gratitud, aunque no fuese más que por las preferencias que había tenido con ella desde el primer momento.

Ella misma había experimentado algo de lo que decía su madre. Si al decirle que sí y ponerse en relaciones con él, lo quería como dos, en el momento de la despedida, terminado el veraneo, lo quería ya como veinte. De seguir, pues, la cosa en «crescendo», cuando llegase la hora de casarse lo querría como mil, y, si después de casados, él era bueno, entonces el acabose... ¡la esposa más enamorada y más... «chaladita» por su marido, de que había rastro y memoria en los anales del matrimonio!... Pues ¿qué? ¿no quería ella hasta los perros de la calle? ¿Con cuánta más razón a su marido?

Pero... era menester que él fuera bueno ¿estábamos? ¡Que había de andar más derecho, que el dedo de San Juan!... ¿O era que toda la carne de la honradez y de la fidelidad iba a colgarse del garabato de la mujer, y luego, para los hombres, ancha era Castilla?

¡Pues en el mismo día, a la misma hora, y con una e idéntica bendición, habían de casarse tanto ella como él! Por consiguiente, ¡jojo al Cristol, pues, así como ella había de ser una señora... ¡una santa!, que fuera él

por su parte todo un caballero, un marido, como... ¡el Patriarca San José, aunque en mala comparación! incapaz de faltarle ni con el pensamiento, pues como decía el Santo Evangelio, el que desea la mujer ajena en su corazón, ya ha adulterado.

¡Con eso sí que no transigía ella, ni transigiría nunca!: con que, mientras ella hiciese del esposo un ídolo y de la fidelidad conyugal un verdadero culto, el marido se pudiese el mundo por montera e hiciese mangas y capirotos de una cosa tan santa... ¡tan sagrada!... ¡tan augusta!!

—¡Que no y que no!

¿Que los celos habían llegado a ser en el gran mundo una ordinariez de escalera abajo, y pasión como para empleados de seis mil reales de sueldo?... ¡Fueran todo lo ordinarios y todo lo de mal tono que usted quisiera! Pero quien no siente celos, cuando debe sentirlos, era como aquel que tenía vergüenza, sólo que no le daba, y sentirlos, por otra parte, y no sacarle los ojos al infiel, era complicidad con el culpable.

Así, pues, que no le tocasen a esa cuerda, porque era cosita que prevaricaba por ahí.,.

Prefería mil veces, y otras mil más, Doña Juana la Loca, a tantísimas... Doñas Juanas las Pavas, que se dejan poner en la picota del ridículo, sólo porque no es «bien» darse por entendida de que se le ha cruzado el rostro con un látigo.

¿Dónde, ni cuándo había ella leído aquellos versos—creía que de Campoamor— que se le habían quedado tan en la memoria? ¡Ah, ya, sí! ¡en la hoja de un almanaque! Verá usted como decían:

«De su honor en monoscabo,
faltó un esposo a su esposa.
Ella perdonó amorosa,
y el público dijo: ¡Bravo!
Mas faltó la esposa al cabo,
harta de tanto desdén.
¿Y el falso esposo también
perdonó a la esposa? ¡No!
El esposo la mató.
Y el público dijo: ¡Bien!»

¡Pues que abriera tanto ojo y anduviese en un pié como las grullas el tal Gonzalito, no se fueran a trocar los papeles: y fuese ella—

Coral—no la que le faltara antes ni después ¡ni con el pensamiento!; sino quien le retorciere el pescuezo como a una gallina, y le sacase los ojos con las uñas!

¿Quién le había visto a ella metida en semejantes berenguales?... ¡Mirara usted ella, que no había hecho otra cosa en el mundo, que reirse y hacer bien a los pobres, hasta estar siempre entrampada con sus padres!...

Pues para el día del casamiento, ya lo había dicho: a ella que no le anduvieran con miserias. Todo lo que no fuera mil duros para los pobres, primero no se casaba... ¡Pobrecitos: con frío, y ella cubierta de encajes y de joyas. Ellos con hambre, y ella enriqueciendo hosteleros en viajes de novios. Ellos, hasta desahuciados del tugurio de un corral, y ella con tanta plata repujada y tanto «vermille», tanta porcelana de Sevres y tanta tapicería de Abusón... tanto «hall» y tanta «serre», tanto cuarto de baño y tanto «boidoir»...

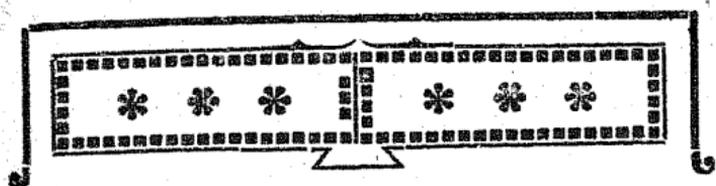
—¡Vamos, vamos!

¿Para que luego nos dijera Cristo: «porque tuve hambre y «no» me dísteis de comer...»

porque estuve desnudo y «no» me vestís-
teis... porque estuve desahuciado y «no» me
dísteis albergue?...»

.....
¡A la mañana siguiente tenía que sacarle
lo menos veinticinco duros a su padre, para
las Hermanitas de los pobres!





CAPITULO VI

Abonos minerales

La casa de Guaditoca no tenía ya más remedio, que tomar una determinación.

Dispendios de los señores, por un lado, hijos de la inhabilidad nativa del Conde para todo lo que no fuera bambolla señorial y aparato mayestático, y de la frivolidad elegante y costosísima de la Condesa, que siempre gustó de estar en primera línea en todas partes, y, por otro lado, laxitud de conciencia y anchura de tragaderos en administradores y prestamistas, fueron minando, mi-

nando los en tiempo robustos cimientos del patrimonio condal. Tras el minado de los cimientos, vino el cuarteado de los muros, y tras el cuarteado de los muros el hundimiento de la techumbre... o sea: la ruina sin disimulo; la bancarrota sin paliativo; el concurso de acreedores a plena luz... la almoneda en el palacio de Madrid, en que corrieron burro tapices y armaduras, muebles maravillosos y cuadros estupendos, vajillas principescas y joyas esplendísimas, pasto de matatías y chalanes.

Entonces vino el destierro a la ciudad de Avila, donde quedaba un destartalado caserón en que guarecerse, con sendos cerdos de granito a cada lado de la gótica portalada, y con enorme escusón, verdinegro por la humedad y corroído por las centurias, mas unas tierras de panllevar en la Moraña Alta, hacia tierras de Arévalo, heredades habidas en usufructo por el Conde, razón por las que se libraron del universal diluvio.

No fué esta retirada de la Corte tan a tiempo, que se adelantase al despertar de los chicos a la vida mundana y divertida, sobre todo, Gonzalo, que era ya talludito...

con todas las que hemos dado en llamar «necesidades» de los niños de casas grandes, sin que se nos ocurra la razón por qué han de llamarse necesidades las que no son, ni más ni menos, que prodigalidades absurdas, si no irritantes refinamientos.

La familia se instaló en la casona con todo el entre majestuoso y resignado empaque, con que una Real Casa se acomodaría a la estrechez y la penuria del destierro, después de la abdicación. Puestas las cartas boca arriba, allí no había quedado más que «este pan para este queso y este queso para este pan», si es que—y esto gracias al usufructo—no faltaba a lo mejor... o a lo peor, el pan o el queso, a que la merienda de negros de la Corte, habíalos dejado reducidos.

«Las torres, que desprecio al aire fueron,
A su gran pesadumbre se rindieron».

Urgía, por consiguiente, lo que se llama en el argot de la gente linajuda «el estercolado de las tierras». Esto es: el casamiento con gente adinerada, fuese quien fuese, que aprontara puntales con que poder sostener el ruinoso edificio, transigiéndose con la

plebeyez y villanía del acaudalado consorte salvador, como tiene que transigir la pulcra dama con la fetidez y suciedad del mantillo, en aras de la lozanía de sus macetas.

La vida aristocrática y cortesana consume mucho, y la tierra se esquilma a las pocas generaciones de desatentados lujos y locos dispendios. Se impone, por consiguiente, de cuando en cuando, estercolar la tierra que se extenúa, viniendo en auxilio de ella con el eficaz mantillo de un borrico... o borríca, cargado de dinero, que es el ideal abono para nuevas cosechas de relumbrones y de tronidos.

Afortunadamente para los Guaditoca, Guadalupe acababa de vestirse de largo, y era una figurita encantadora, que parecía haberse desprendido del país de un abanico de la época del Imperio; el Perico era simpatiquísimo el arrastrado, y con un garabato, cuando estaba de vena, que se llevaba de calle a todo el mundo, y el Gonzalo, aunque un tanto cuanto chinchoso y displicente—esto era muy inglés—tenía muy buena estampa y muy exquisitas maneras; era un consumado «sportman» y ostentaba, nada menos,

que la primogenitura de una casa, aunque arruinada, ilustre; de muchísimo abolengo y de retemuchísimas campanillas, cuyos antepasados figuraban ya en el bando de los leales de Isabel I, que, de simples señores de Valseco, hizolos de una plumada Condes de Guaditoca.

Tierra abonable la había, gracias a Dios. Ahora lo que faltaba era el estiércol: el richo que se quedase dormido contando onzas o firmando cheques, para la nena. Y para los varones, un par de buenas mozas, de esas «podridas de ricas» que hay por ahí; a ser posible, hijas únicas, y mejor que mejor, ya heredadas... siquiera no fuese más esto último, que para evitar a los pobres chicos el natural disgusto de la muerte de los suegros... ¡No es muy malo, que digamos, un padecimiento al corazón! ¡Y que por poco se empieza!

Tal pensaba la Condesa, a excepción de la última parrafada, que desde luego nos parece apócrifa. No sé por qué nos huele al estilo del autor de los apuntes.

El Conde, por su parte, sin dejar de convenir con la señora en la necesidad impres-

cindible del estercolado de las tierras, en lo referente a Gonzalo, el primogénito, no podía avenirse a lo de mero estercolado. No se debía perder de vista que había de ser en su día Conde de Guaditoca, o lo que era lo mismo: representante genuíno de una dinastía de señores y perpetuador de una raza de caballeros, y le crispaba los nervios al buen señor la idea de un futuro condesito de Guaditoca ¡de Guaditoca!, descendiente de tenderos o de labradores, de chacineros o de rentistas por la manta baja.

Pasara, pues, ya que no había más remedio, y a la fuerza ahorcaban, la fusión de Lupita y de Perico con la dorada burguesía... ¿Gonzalo?... ¡Gonzalo no, sin antes apurar el último cartucho!... ¿No había por ahí, como hongos, segundonas de casas nobiliarias — como lo era ella, Beatriz, la Condesa — ricas y adineradas, con dotes estrepitosas, pero siempre hijas de Títulos y nietas de Grandes, que se darían con un canto en los dientes por que se les llevase en arras un Condado, tan antiguo y de tantos requirios como el de Guaditoca, por el bienhadado mortal, a quien rindieran su albedrío?...

¿Había pensado Beatriz lo que era un conde de Guaditoca?

Así, pues, a ver si, echando la red por Extremadura, donde hay tanto linaje y tantas dehesas..., tantos pergaminos y tantos latifundios, se pescaba—a lo menos para Gonzalo—, la consorte ideal, o sea: la rica-hembra castellana, que, apaleando el oro como trigo, descendiera por línea recta de la pata del Cid... ¿Un conde de Guaditoca, que no pudiese recibirse de maestrante ni cruzarse caballero, por descender de mercachifles, o estripaterrones?

—¡Quita, quita!

—No: si yo no digo que se ponga la puntería, desde luego, en una de la plebe... Pero ya ves cómo todas las intentonas que se llevan hechas con muchachas ricas y de clase han dado en hueso. Nuestra ruina, Alvaro, fué muy ruidosa. Nuestra fama de hundidos, universal. Y cómo por otra parte, y aquí entre nosotros, el alma mía no goza del mejor predicamento, me parece, me parece que están verdes para él, bodas como las que fuera nuestro gusto.

Por otra parte no quiero que ignores las

hablillas que corren por ahí sobre ciertas intimidades con la chica del capataz de Valseco... Eso es menester cortarlo de raíz... ¡No vayamos a tener plebe con hambre, por tanto hacer la cruz a la plebe con oro!

¿Qué querré yo para la casa, cuya corona llevo—y la señora se echó a llorar—y para el hijo de mis entrañas?... Pero siempre se ha oído decir que a falta de pan buenas son tortas: y a falta de una gran dama, buena es una buena mujer... A falta de una ejecutoria con un talonario de cheques, bueno es el talonario, aunque sea sin ejecutoria ¡Una solución gallarda, o no gallarda, pero solución al fin, a este estado de bancarrota, de apabullamiento y de ruinal... Esto, como ves, va siendo insostenible, y mientras más pronto sea, menos tendremos que bajar la mano.

Si tú quisieras, pignorábamos la corona, que está ahí muerta de risa, y el hilo de perlas—Guaditoco—que ¿quién se pone esas cosas, con un traje de modista de provincias? Lo pignorábamos, digo; recogíamos unos cuantos miles de pesetas, y nos íbamos por ahí de veraneo a la gran feria de mujeres de cualquier puerto elegante, y muy mal habría

de venir la cosa, para que no enferiásemos, cuando menos una boda.

En Madrid, desengáñate, no cuele Gonzalito. Su emboque tiene que ser por Extremadura, como has dicho, o por Andalucía, donde hay también muchísimo dinero, y la gente no está tan al tanto de la vida íntima de la Corte, como los que allí hemos nacido y vivido... ¡y muerto! Porque, desengáñate, Alvaro: nosotros para Madrid hemos muerto, y los muertos apestan en todas partes.

Se trata, Alvaro mío, del último sacrificio por nuestros hijos. De dejarlos vegetar en este Avila, acabarán por empobrecerse más de lo que están y envilecerse más cada día, casándose con gente del arroyo, mientras con un supremo esfuerzo por nuestra parte, uno de esos empujes titánicos en que el gladiador se juega la vida, los podemos dejar acomodados para siempre, sin la perspectiva horrenda ¡pero horrenda!, de una vejez, como la que a nosotros nos aguarda.

¡Es muy triste resignarse para siempre a un caserón inhospitalario... a una caja de valores exhausta y a una despensa vacía, habiendo como hay por ahí, tantísimas.

alampando por un Condado, y tantísimos padres que darían el oro y el moro por una hija Condesa.

¡Por Dios y por su Madre, vamos a tener un arranque de valientes! Todo está en cómo nos presentemos en escena. Los grandes actores siempre encuentran público.

—Aunque no sea más que para que los silben: ¿no es verdad?

—¡O para que los aplaudan, que de todo hay! Pero para que, tanto en un caso como en otro, hayan desfilado por la taquilla, que es donde está el cimiento de la gloria escénica.

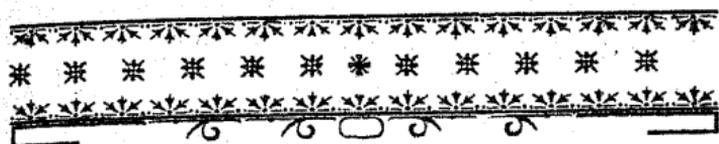
.....

¿Comprende el lector el gusto... ¿qué digo el gusto? el entusiasmo con que a su debido tiempo, se compraron en San Sebastián unos ajustadores, con unas cifras distintas y una misma fecha?

El conde no sabía nada ¿sabía usted?...

¡Y la condesa era tan débil!...





CAPÍTULO VII

Los puntos sobre las íes.

Señorita Coral de Ulloa y Castejón.

Nenita mía: ¡Por fin hemos ganado la batalla!

Papá, inflexible hasta ahora, como sabes, en acceder a lo que en sus infundados humos aristocráticos, le parecía... (no sé como decírtelo que no te lastime) una renuncia a los semidivinos prestigios de la raza, se aviene a abrirme de par en par las puertas del paraíso, yendo a pedir tu mano, con

mamá, en la primera decena del próximo Marzo.

¡Venciste, galilea!

No es, Coral mía, ni mucho menos, que aquí no se te estime en todo lo que vales. Es que papá, engréido exageradamente con los blasones heráldicos y las ejecutorias nobiliarias—¿quién no tiene en el mundo una debilidad?—ha estado aferrado a sus ya pasados de moda prejuicios, sin descender a la contundente realidad de los hechos, ni ver que por encima de todas las llamadas conveniencias sociales, está la realidad avasalladora del amor que cuando es de las gigantescas proporciones del mío, pasa por encima de todo lo imaginable, sin que nada lo detenga ni le arredre.

Aparte estos puntillos de aristócrata rancio, él es el primero, créelo, en reconocer tus virtudes y admirar tu belleza.

Esto, nenita mía, que sería suficiente y aun sobrado, para otro cualquiera—como lo es para mí—no lo ha sido hasta ahora para el buen señor: cuando ha visto, porque así se lo he hecho ver con una entereza de que me enorgullezco, que antes que prescindir

de tu cariño y renunciar a la posesión de tus encantos, renunciaría mil veces, y otras mil más, a todas las coronas del universo.

Mamá, que como sabes, ha estado siempre de nuestra parte, aunque sin dar la cara para con él. es la que, consternada ante lo horrendo que sería para mí arrancármeme de este corazón que es todo tuyo, con ese santo heroísmo de las madres buenas ha arremetido, lanza en ristre, contra los molinos de viento que tiene el buen señor en la cabeza; haciéndole ver todo lo desmedido de la pasión que me devora, y la falta de derecho con que la desatentada soberbia de los Grandes se opone en su insensatez a los designios del que es Todopoderoso.

Si Dios lo ha hecho ¡cómo luchar con Él!

Y papá, que no es malo, y que, aparte estos encastillamientos, hijos de la educación y del medio ambiente en que ha vivido me quiere por encima de todo lo criado, se ha entregado a discreción y está dispuesto a todo.

Espéralos, pues, ahí a fines de la próxima semana. He hecho cuestión de gabinete que

para el día de San José —día de tu predilección— nos tomemos los dichos.

Ponlo en conocimiento de tus padres, para que sepan la decisión de los míos.

Adiós, gitana mía. Sigue queriéndome siempre con esa «andaluzada» de amor con que medio correspondes al infinito con que te ama tu chiquetito,

GONZALO.

Coral leyó la carta en su cuarto tocador, Tebaida de sus retiros, oratorio de sus meditaciones y «sancta sanctorum» de sus secretos. Y, pareciéndole mejor que extractarla, pasarla por la cancillería de doña Amparo en toda la justeza de su texto íntegro, fué en busca de la señora, que se estaba anudando ante el espejo el moteado velillo de la toca de pluma, para acudir a la junta de la «Gota de leche».

—Lee. A ver qué te parece.

... ..

—¡Pues muy bien!—respondió la dama, cuando se hubo tirado a pechos el autógrafo, desde la cruz a la fecha.—Lo que se tenía pensado desde un principio: los dichos para

el día del Patriarca, y la boda, para pasados los festejos.

—No: si no es eso.

—¿Entonces?...

—La... ¡matraquita de la oposición del conde!...

—Bueno: que por fin se aviene, y que está dispuesto a todo... ¿Hay algo más?

—Pues respetando muchísimo lo que tú pienses sobre estos particulares, mi deseo es que se pongan las cartas boca arriba en la petición de mano...

—¿.....?

—y se les haga entender que ¿qué va aquí jugado?:

—¿.....?.

—si me van a aceptar a la trágala, vendiéndome la fineza del honor de levantarme hasta ellos, o' me van a recibir sin repugnancia y a mirarme y a tratarme de igual a igual. No soy tan vana, que en trueque de que los de fuera me miren de abajo arriba, aturrullados materialmente de la... «aviación» que he hecho, casándome con el heredero de un condado, me resigne a que me vayan a mirar de arriba abajo los de puerta

adentro.. Lo primero que yo necesito para entenderme con la gente es que me tengan en la estimación que creo que merezco. Por tanto: si no he de estar todo lo considerada que yo estimo y he menester para estar con decoro, a esperar en mi casita, hasta que llegue quien sea capaz de estimarme en sus cabales por lo que soy!

¿Humillaciones?... ¡por Cristo y nada más! Lo demás es bajumbre.

—Pero... ¡eres de remate! ¿Pues no van a venir a pedirte con todas las de la ley?... ¿O es que quieres que lo hagan por medio de una solicitud en papel de a peseta? ¡Creo que harto hacen con venir a pedirte y con que se publique en los periódicos! Nadie sale de su casa a pedir una novia para su hijo sin decir en el mero hecho de pedirla, que la juzga a su altura... ¡A no ser que tú quieras un acta notarial!...

—¡Yo sé lo que me digo! Y, sin llegar al acta notarial, quiero que se les arranque la confesión de que me juzgan en su mismo plano... ¡que somoñ barbas iguales!.. ¡el »Tanto monta» de los Reyes Católicos, vamos al decir!... ¡No vayan a creer ellos que

por tener sangre azul, me van a mí a estar siempre espantándome el borrico! Que si ellos tienen ejecutorias, yo tengo dinero; y, si vamos a lo demás, cada uno en este mundo es hijo de sus obras... ¿Pues no cree el muy necio que va a descender su hijo, por casarse con una muchacha como yo?

¡Mira, en cuanto le he enseñado los dientes a Gonzalo, cómo se ha parado en firme y se ha venido a las buenas!

—¿Que le has enseñado los dientes a Gonzalo?

—¡Yol! ¡yol! ¡En la última carta que le escribí... Me tenía ya hasta el pelo con el espantapájaros de los repulgos del conde, hasta que me lié la manta a la cabeza y le dije que porra adentro o porra afuera de una vez. Y que, o a ponerme en mi sitio, en mi lugar... ¡en el trono de reina que merezco! o a buscar por ahí quien se aviniera a ser mirada por encima del hombro.

—¿Eso has hecho, condenada??

—¡A ver! ¿por qué no? ¡Y mira qué buen resultado me ha dado mi desplante! Les he hecho ver por lo claro que lo que toca conmigo no se juega, y ahí tienes al señor de

horca y cuchillo viriéndose a las buenas y dando su brazo a torcer. Por eso es mi deseo de que se les apriete el torniquete en la petición de mano ¿sabes? para saber en definitiva los bueyes con que he de arar... ¡Eso! ¡la carne de oveja: que el que la quiere la toma y el que no la deja!... Hasta el padre de los ejercicios lo estuvo diciendo la otra tarde:— ¡nada más digno ni más señor, que ¡a verdadera humildad, ni nada más bajuno que la soberbia!

— ¡Espantárame yo de que no te descolgases con alguna cita! ¡No sé cómo no ha salido a relucir el Santo Evangelio!

— Pues mira: también dice algo muy a propósito:— «el que se humilla, será exaltado, y el que se exalta, será humillado».— No vaya yo, por llegar a la exaltación de una corona de condesa, a pasar por la humillación de que me miren, como pudieran mirar... a la hermana de la cuñada de la prima segunda de la hermana de leche de la aspirante a suplente de freganchina de sus Reales Alcázares!

¡La cosa no está en estar; sino en el modo como se está! ¡En el mismísimo coche en

que va el rey va el lacayo, y ya ves si hay diferencial.

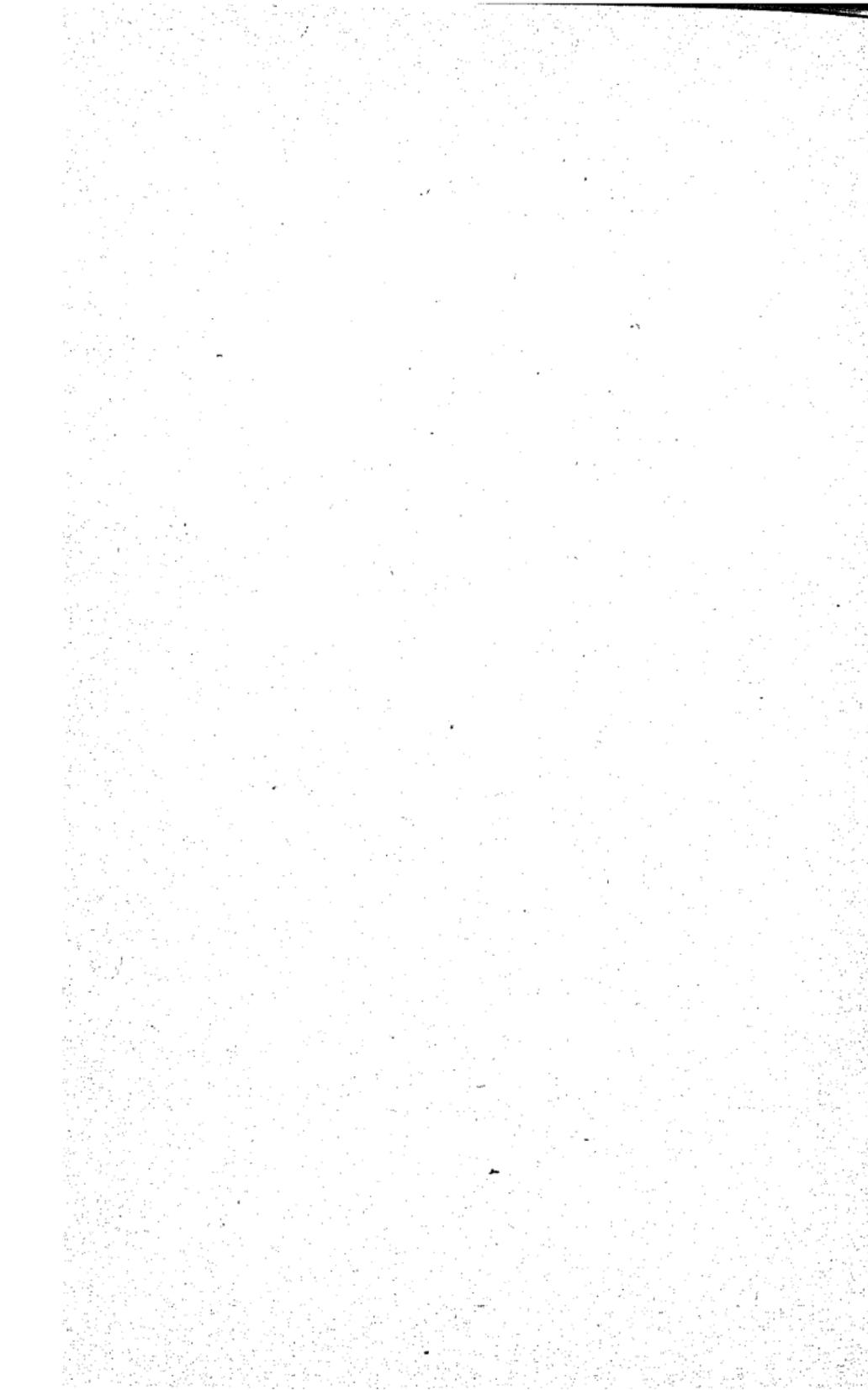
—¡Lo que tiene que ver son lo de chilindrinas que tienes para todo!

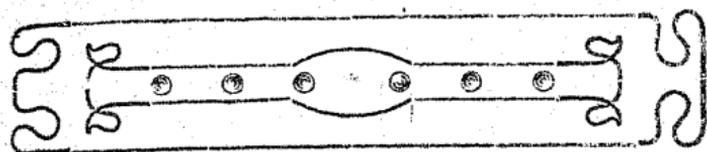
—¡No! que voy a ser como Blas,

«Y Blas era como un mulo».

El tener dignidad no es ser soberbia, y el poner los puntos sobre las íes no es andar con chilindrinas.







CAPÍTULO VIII

Petición de mano

El proceder de los condes en la petición de mano de Coralito no pudo ser más digno, ni más noble, ni más honrado. No era de esperar otra cosa en gente tan señora.

Si en lo tocante a la moralidad de su primogénito no dijeron ni pío, bien por que no tuvieran nada que deponer en contra, bien por que se agarraran al principio de moral: «*nemo tenetur seipsum prodere*» (1), en la

(1) Nadie está obligado a delatarse a sí mismo.

cuestión financiera, pusieron las cartas boca arriba, a fin de que nadie tuviera que llamarse a engaño. ¡Más valía ponerse una vez colorado, que ciento amarillo!

Arruinados; pero así: totalmente arruinados, no les quedaba en el mundo más que el usufructo de unas tierras en la provincia de Avila, con que poder hacer frente a las más imperiosas necesidades de la vida... ¡modestísima por cierto! a que los había reducido la desgracia.

Y, como nadie puede dar lo que no tiene, y ellos nada tenían, ellos no podían dar nada absolutamente a la nueva sociedad matrimonial...

Todo lo que podían hacer, y dispuestos estaban a ello, era cederles el título desde aquel punto y hora... ¡esto, si los consuegros estaban dispuestos a salir a los gastos de los derechos reales de transmisión, pues ni para eso había!... ..

¡Figuráranse los señores la humillación que suponía todo esto, y el sacrificio de amor propio que la cosa significaba!...

Pero, antes que la villanía de engañar a nadie, la honrada hombría de bien, doloro-

sísima!—de hacer confesión con ellos, como con un confesor... ¡Primero ser desdeñados por pobres, que tener que arrancarse del costado la venera de Calatravo, como se la arrancaría si se viese amancillado por la rufianería de una impostura!

Así pues, los señores tenían la palabra.

...
 --Mire usted, conde:—empezó a tartamudear don Tomás, con trasudores y carraspeos—.Yo... la verdad... no creí... que estaba la cosa, tan... ¡apuradilla!... aunque siempre supuse... y a ésta se lo dije... al ver que ustedes se contentaban con sólo una muchacha... de la clase media... que sería porque... no estaban ustedes en condiciones... de permitirse el lujo de... ser muy exigentes... ¿No te lo dije?

(La señora no recordaba que le hubiese dicho nada. Quizás se lo habría dicho; pero no lo recordaba: la verdad).

—Hay cosas—prosiguió el caballero—que se ven, por poco lince que se sea, y desde luego contaba yo con que no amarrarían ustedes los perros con longaniza..

—¡Por Dios, Tomás!

—Estado financiero tan... desastroso, la verdad: no lo esperaba.

La nobleza, sin embargo, del proceder de ustedes merece correspondencia por nuestra parte, pues, aunque sin pergaminos ni sangre azul como ustedes, también me he preciado siempre de caballero.

(Y doña Amparo, que agonizaba, y los condes, que se morían, empezaron a rehacerse, la primera, de la asfixia y los segundos, de la disnea.)

—Y, si una impostura, como ustedes dicen, no la hubiese perdonado nunca jamás, una hidalguía como la que han tenido, merece que se les corresponda con otra hidalguía... ¡Que ustedes no tienen un cuarto, dicen!

—¡Sí señor: así es desgraciadamente!

—Pues bueno: sin que yo me la dé de rico, no habrá que pedir al vecino de enfrente nada de lo que ellos necesiten para vivir...

—¡Claro que para vivir, conforme a su rango!—(El estilo delata a doña Amparo).

—Me haré cuenta de que, en vez de una hija, me encuentre con dos hijos de buenas a primeras... y ojalá no pare ahí la cosa: sino que me traigan cada año un hijo nuevo. Pan de trigo, por lo menos, habrá para todos... No voy yo, por unos miles de duros de renta al año, a dar la campanada de acabar a farolazos unas relaciones como estas... y mucho más merece la felicidad de mi hija que está de por medio.

Ahora: que lo que no va en lágrimas, es menester que vaya en suspiros. ¡Lo que él no trae en valores declarados, digámoslo así, es menester que lo traiga en propósitos de honradez. Que me la haga tan feliz y dichosa, como merece serlo la mujer que le da a su marido cuanto es y cuanto tiene... Lo del condado, que usted propone, y que es otra prueba más de lo honrado de su proceder en el asunto... eso, ni por soñación!... Cuando la muerte—y Dios quiera que tarde mucho—le quite a usted la corona, entonces que se la ponga a él, pues por algo es su hijo primogénito. Entretanto, que siga de don Juan particular, que otros son menos...

—¿Me permite usted que le dé un abrazo?

—preguntó la condesa con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Si el conde lo permite...

—¿Por qué no? Yo me cobraré de la incorrección, abrazando a Amparo. (Y se abrazaron) y finalmente a usted. (Y así se hizo).

—¡A tí!—propuso la de Ulloa, impaciente por empezar a tutearse con gente grande: —¡Que se acabe ya de una vez y para siempre el «usted» entre nosotros, que eso es muy ordinario entre parientes. ¿No es verdad, Alvaro?

—Por mí, ¡encantado!

Y ya, la llamada de Coral a escena, que viene hecha un primor, con un traje de casa, de esos que se confeccionan con gasas y pieles, si es que no entran en su estructura terciopelos y tisúes.

Los suegros la reciben con admiraciones y piropos, y le entregan una pulsera barbada, con un hermoso rubí «sangre de pichón» entre dos gruesos brillantes de «roca antigua» ... ¡astillas del naufragio!

—¡Precioso!... ¡Encantador! ¡Espléndido!

—¡Regia! ¡Magnífica!

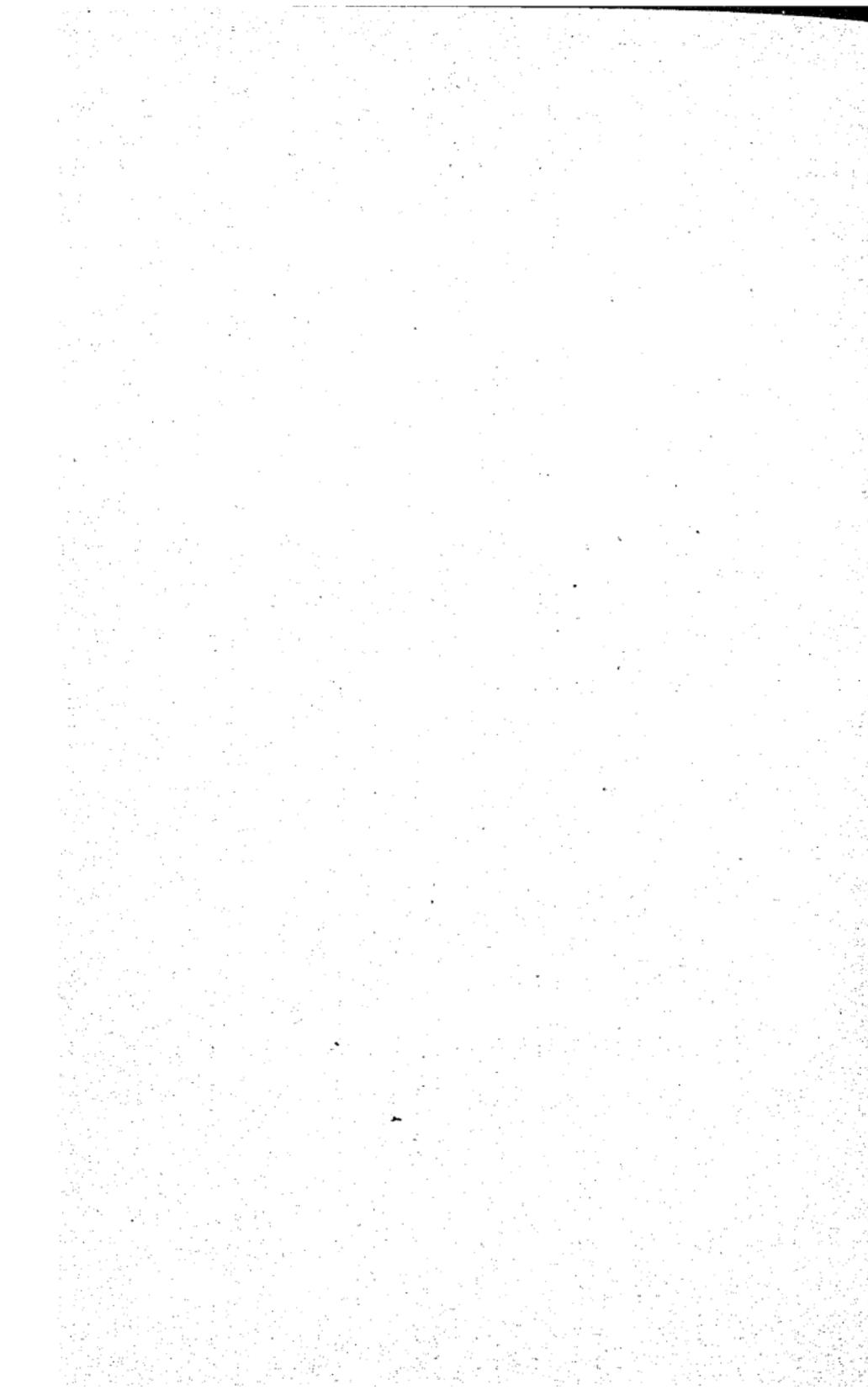
Y así sucesivamente. Hasta que, a una pulsación en el botón del timbre, de la cuidada mano de la señora, aparecen los criados con el té, y el sin fin de golosinas, que sirven de «ilustración» a tan desmayado texto.

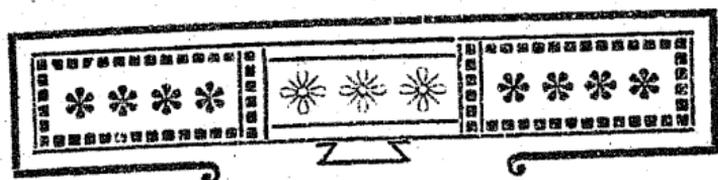
Los criados hacen mutis por el foro, con lo que entra en funciones la señorita de la casa.

Los comensales se levantan de su sitio, para tomarlo de pié y andando, como comían la pascua los hebreos, porque tomarlo sentados y en mesitas, por lo mismo que es lo natural y lo lógico, era por aquellos días ¡«horror de cursi»! y, con la aparición de Gonzalo en la puerta del salón, trayendo unos claveles, el cuadro de familia más completo, más «chic» y más «com' il faut», que han podido concebir y ejecutar pintores en el mundo...

Lástima de Goya, que hiciera otra «familia de Carlos IV»!







CAPÍTULO IX

66,??

Pero por más que preguntaba Víctor a todo el mundo por la vida y milagros del primogénito de Guaditoca, cuya estampa y reliquia era la de un buen mozo a toda vela y cuyo gesto y trato y «sanfaçon» eran distinguidísimos y señoriles, nadie acertaba a dejarlo satisfecho.

Que era una casa de lo más rancio de la nobleza... Que llevaba dos o tres generaciones de ir de mal en peor... Que últimamente había venido tan a menos, que se había lle-

gado hasta al concurso de acreedores con la horrenda agravante de la almoneda pública, y que no había habido más remedio que levantar el vuelo de Madrid, haría unos tres o cuatro años, para ir a establecerse en una ciudad de Castilla la Vieja, a vivir de un triste usufructo del conde, que era todo lo que había quedado, por remate de miserere.

Por lo demás, una gente muy aristócrata y muy distinguida, lo mismo el conde que la condesa; muy señores y muy bien emparentados; aunque inhábiles, lo mismo el uno que la otra, para conjurar la tormenta, cuando era conjurable, e incapaces de salir a flote después del naufragio, como no fuera asidos a la tabla salvadora del casamiento de los nenés.

¿Gonzalo? ¡Phss!... ¡un «sportman»!... ¡Un niño «bien»!

Todo esto, pero nada más que esto, fué lo que pudo Víctor poner en claro por más que oteó y husmeó, preguntó de soslayo unas veces y rotundamente y a las claras, otras. Y, aunque esto era algo, no era todo lo que él quería saber, pues, con importarle tanto «la casa y estados» de Guaditoca, todavía

le importaba mucho más la persona y condiciones del «príncipe heredero»...

Hasta transigía él con que no hubiese un cuarto... Pero, transigiendo con la pobreza del aspirante a la mano de la nena, con lo que no transigiría nunca ¡pero nunca! era con que hubiese venido en busca de ella «sólo» como negocio, y eso era lo que había que averiguar a todo trance, costara lo que costara; pues sería el dolor de los dolores entregar aquel ángel en manos de un rufián—siquiera titulado—como quien arroja a un puercito irisada margarita.

¿Aquella mujer en manos de quien no le levantase un altar y... le cantase saetas como a la Virgen de la Esperanza?

Lo de menos era el capital y las rentas que pudiese aprontar al matrimonio el marido de su prima .. Lo demás, lo... ¡todo! era el modo de ser, de vivir y de «amar» el que desde luego contraía el compromiso ¡la sagrada obligación! de amar, como se ama cuando se ama, o sea: con todas las potencias y sentidos, y por ende con exclusión de todo otro amor pretérito, de todo amor presente, y de todo amor futuro... ¡«como Cris-

to amó a su Iglesia», muriendo por ella en cruz, y habiendo dado por ella hasta la última gota de su sangre!

¿Sería capaz de amar así «su primito Gonzalo»?

No sabía por qué le daba el corazón que no: que Gonzalo, por cosas que él había columbrado—librenos Dios de un observador que nos enfoque el objetivo—no era más que uno de tantos perfectos egoístas como hay en este mundo; uno de tantos hábiles comerciantes en matrimonios, que, en lugar del adecuado complemento de su naturaleza, lo que buscan—¡y hallan a la postre!—es el gran complemento de su posición social... de su fortuna... ¡de su negocio!

—¡Aquí, que hay mucho dinero, que es lo que yo necesito, para redondearme!...

—¡Aquí, que hay muchos pergaminos, que es lo que yo he menester para dar esplendor a mis talegas!...

¡Pernicioso, funesto «do ut des» que se erige en demonio de la guarda de infinitos matrimonios.

¡Sabía él tanto de esto!

¡Y no! ¡de ningún modo! Quien se lleva-

se a Coral, tendría que amarla, por lo menos, como... la amaba él. —Porque, sí, señor: ¡la amaba!, ahora que nadie nos oía —siquiera este amor ¡este amorazo, único de su vida! ¡esta pasión avasalladora, formidable! hubiera de permanecer eternamente oculta en las profundidades de su alma, sin que supiese de ella, más que él mismo... y su Padre Jesús de Pasión. ¡Padre suyo de su alma y de su vida!

¡Ah! ¿Por qué?..... ¿Por qué había sido él tan cobarde, que no había sacado la cara por los fueros de su amor?... ¿Era digno?... ¿Era... masculino, siquiera, haber dado lugar a que otro le hubiese quitado, ¡así! quitado la mujer?... Y todo ¿por qué? ¿Por mal entendida gratitud a sus tíos, para quienes la cosa hubiese sido una puñalada en el corazón... por el pundonor quijotesco y absurdo de que se pudiese imaginar siquiera que él iba por los dinerales de la casa Ulloa, y no por aquel... coral, porque aquello era un coral en cuerpo y alma?

¡Necio!... ¡cobardel... ¡mal hombre! ¡dejarse sitiar la plaza de aquel modo, para que viniera un «quidam», a alzarse con el santo

y la limosna, y, más que con la limosna, con el santo: con su Coral!... ¡Coral! ¡Coral!... (Y aquí un gran calderón de llanto de hombre —Los hombres también lloran—).

Pues nada: ¡resignación!— ¿qué iba a hacer?—a que fuese de otro y para otro... ¡Más castigo merecía su pundonor estúpido y su indecisión punible!... Pero ¡ah! que ese... «otro» feliz y bienhadado; ese «otro», privilegiado de la fortuna, tenía que ser ¡o habría de hundirse el mundo!, algo más que un estúpido niño «bien», incapaz de sacramentos... ¿Su Coral de sus entretelas, en manos de un «sportman»?

Porque había que ver lo que en el diccionario de la lengua, que para su «uso interno» tenía Víctor, significaba la voz «sportman»... cuando se aplicaba—¡conste!—como «única y exclusiva profesión».

Cuando leía él en las crónicas de sociedad de los periódicos que Fulanita o Menganita se había tomado los dichos o se casaba con el distinguido «sportman», don Zutanito de Tál o Cuál, como si lo de «sportman» fuese un título académico o nobiliario, o la cre-

dencial de una profesión definida y concreta, Víctor era cosita que cegaba y no veía; no cabiéndole en la cabeza—y se la golpeaba, a fin de que le entrara—que una ejecutoria de vago de profesión «vistiera» como hoy se dice, hasta el punto de ostentarse con orgullo.

—¿Esos?—pensaba Víctor—¿esos? ¡a machacar piedra a las carreteras: que, sobre «cultura física», es de notoria practicidad, hasta para el mismo «sport»!...

Por supuesto—seguía Víctor (yo no, Dios me libre)—que si en mi mano estuviera dictar leyes sociales, prohibiría ¡pero así! prohibiría terminantemente el matrimonio a todo hombre sin profesión acreditada, que le redituase para vivir, según su clase y rango. Y «sólo» a los capaces de hacer frente a las necesidades de una casa de familia—¡pero no con lo de su mujer, sino con lo suyo!—ora fuera con su talento; ora, con sus músculos; ora, por los rendimientos de su hacienda; ora, por los emolumentos de su personal trabajo; a estos, y sólo a estos les permitiría fundar un hogar y crear una familia... Los otros, los que no ganan y consu-

men; los que no tienen y derrochan, a esos, ¡declararlos inhábiles con el tribunal de Poncio Pilato para que apelen!

¡Que aprendan a ganarlo, y que lo ganen! ¡Entonces, y «sólo» entonces, que salgan aunque sea a rota batida a buscar con quien compartirlo!

Pero, sin saber ganarlo ni haberlo ganado nunca, ¿buscar huchas con que mantener su ociosidad, y además costear sus deportes... salir a caza de un «pagano» para sus necesidades, y encima para sus gustos, por no decir sus vicios y sus desórdenes, sus quebraderos de cabeza y sus escándalos? ¡Sobre ser lo más deshonrable en quien lo hace, es lo más criminal en quien le ayuda, al par que lo... más sin comentarios en la sociedad que lo tolera..

¡Cuando se le calentaba la lengua a Víctor—era muy raras veces—había que alquilar balcones!

Y cuando desbarraba, ¡desbarraba, hasta llegar al tartamudeo que produce la ira!, era cuando veía la frescura con que los que no trabajan de ningún modo, ni piensan trabajar de ninguna manera—sin contar con la

base de una hacienda heredada de sus mayores—se lanzan por esos mundos de Dios a ejercer de «pescadores de perlas», o sea: de acaparadores de niñas acaudaladas, para vivir como ricos siendo pobres, o como príncipes consortes, no siendo más que «odaliscos»..., «jodaliscos!», que vinculan a su estampa o a su nombre, no ya sólo «el pan nuestro de cada día», sino hasta el sibaritismo «del lujo nuestro de cada hora»... ¿Sería así el de Coral?...

Tentado había estado muchas veces por tirarle de la lengua a su tío, ya que a doña Amparo no la veía sino «por aspersion», y a Coral ni con anteojos de larga vista. Pero el respeto a don Tomás, rayano con el miedo; el horror casi cerval a la señora, y la falta de confianza y de ocasión con la muchacha, le ponían candados en los labios, y todo lo componía con mal comer y peor dormir, con lo que se estaba quedando como una espátula, y con echar un humor de perros, que parecía que se habían llevado uno y traído otro.

¡El, no parlotear con doña Luz, que, a decir de Lucita, necesitaba una persona a jor-

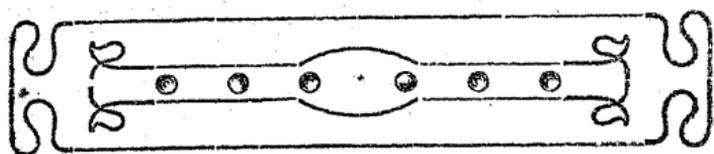
nal, nada más que para que la oyera?... ¡El, no bromear con Amparito, ni diablear con Luz... ¡él, que era la alegría de aquella casa, pues por lo mismo que tenía que tener tragado el palo del molinillo en el escritorio, en la casa era unas castañuelas y unas sonajas, con cascabeles!?

Pues sí: fuera lo que fuera el «enrudo» que tenía por dentro, a él no se le había vuelto a ver la gracia, desde el principio de otoño, ni aun con el exitazo de las mismas. Y si era desde la venida de los condes para la petición de mano de Coral y la quedada de Gonzalo en el hotel, hasta que se la llevase por delante en viaje de novio, más callado que un muerto, y más triste que un entierro a media noche!

—¿?... ..??

¡Adivinal





CAPÍTULO X

Diálogo conyugal.

Con tanta delicadeza quiso doña Amparo que se procediera en el asunto, que ni la misma Coral tenía por qué ni para qué enterarse del estado financiero de la casa Guaditoca. Lo que saben siquiera tres ya no es secreto, y lo que no es secreto se hace del dominio público en cuanto usted se descuida. Así, pues, tapón y alambre, y la boca para abajo, como a las botellas de Champagne.

Si le parecía a Tomás, se les abriría cuen-

ta corriente en la casa desde el mismo día en que amaneciesen casados. Se les diría tanto tenéis y hasta aquí llega la manta y hasta aquí podéis extender los piés... en la plena inteligencia de que aquel ángel suyo había de ser en su día la única y universal heredera, y lo mismo les daba a ellos... o debía darles, que lo tomaran entonces todo junto, que el que lo fueran tomando poco a poco... ¡Detestaba ella a esos padres avaros y mezquinos, que no aflojan la bolsa, mientras la muerte no les descoyunta la mano, y consienten ver a sus hijos en la estrechez y en la miseria, antes que perder el cariño a un puñado de duros indecentes.

Por otra parte, considerara Tomás que honra y provecho no cabían en un saco. Lo de llamarse condesa debía tener su precio en este mundo y ¿qué menos?, ¿qué menos que... una renta que les permitiera vivir, como un título de Castilla reclamaba a voces?...

Desde luego, nada de vivir en familia todos juntos, como parecía que él había insinuado... ¡Eso era una pobretería, y empezar desde el primer instante, dando un cuar-

to al pregonero!... Así, pues, ¡ni pensarlo!...

Por su gusto, y si le parecía a Tomás, se les pondría desde luego la casa de la calle de la Laguna, que tan señora era, y estaba en tan buen sitio... su automóvil por supuesto—eso venía a salir después de todo, date date con el coche—... su servidumbre, por de contado, todo lo uniformada y numerosa que el caso requería.. ¡lo que cuadraba, en fin, a... un Grande de España, como quien decía, y a la hija de un poderoso, ¡así: de un poderoso!, que tenía los millones por castigo.

¿Que era menester que ellos se achicasen un poco?... ¡De buenos padres era sacrificarse por sus hijos!... Casualmente estaba ella hasta el pelo (¡Mentira!) del mundo con sus pompas y vanidades, y un sueño: ¡un sueño! le parecía poder meterse en su casa con su hábito de Jesús y sus labores, (jamás había dado puntada) sin tener que hacer el sacrificio de estar siempre como mesilla de turroneo, de fiesta en fiesta, acompañando niñas mocitas.

En lo que se había pasado Tomás de generoso y hasta de majadero era en no haber

aceptado con ambas manos la cesión del título, que tan espontáneamente había salido de ellos el ofrecer... Una cosa era habérselo exigido, y otra cosa muy distinta, habérselo aceptado sin rechistar. ¡Hasta el refrán lo decía y los refranes eran evangelios en miniatura: «cuando te amaguen con la vaquilla, acude con la soguilla», y si podía ser mejor a ocho que a ochenta, eso íbamos ganando!

¡No hubiera sido mejor y de más postín haberle podido marcar el «troseau» con la cifra, cobijada por la corona de nueve perlas, que no con sólo la cifra, monda y lironda como el de la hija de un carnicero?...

Pues si él no echaba cuenta en ciertas cosas, la gente echaba, y mucha. Y había sido un dolor ¡pero un dolor! haber sido tan Quijote, cuando se lo habían estado metiendo por los ojos.

¡Bien que le pisó ella el pié, a fin de que cayera en la cuenta de la tontería de repique que estaba cometiendo! Pero él, o no se dió por entendido, o no se quiso dar, con lo que había venido a hacer un pan como unas hostias: ¡un guiso de conejo sin conejo!: una

condesa, sin condesa, o para que fuera a serlo, cuando estuviese haciendo el pompón... ¡Cuando le decía que era funesto!...

—Quien es funesta y lo será mientras viva, eres tú, y sólo tú: que por el relumbrón y el tronido, y el «acá ya mos jíe la olla» y las pamplinas de un condado... «in pártibus» te contentas con un boquera por vitalicio, cuando la podías casar con quien te diera la gana.

¡Pues a ver por dónde nos salen estas misas! Porque si encima de no traer un cuarto, nos sale un dilapidador y un manirroto, o un aficionado a tirarle de la oreja a Jorge, dí tú que nos hemos divertido. Toda la vida de Dios, trabajando como un negro en ese escritorio ¡y donde no es ese escritorio! (todavía me acuerdo de cuando barría la trastienda e iba por agua a la pila del pato de la plaza de San Francisco) para, cuando está uno redondeado, que se le entre un hambrón por las puertas, no solamente a no ayudarle en lo más mínimo; sino a cogerle los duros y que se le vayan de entre las manos como moscas... ¡Eso, que se les quite a ellos y a tí de la cabeza!

Si se acomodan a vivir como hijos de familia, que es a lo que yo me he comprometido, ya he dado mi palabra, y al buey por el asta y al hombre por la palabra. La serie de locuras que acabas de exponerme, eso, jamás, mientras yo tenga el ojo abierto. A tiempo estamos de, si no les conviene, que se vayan por donde han venido: y si no, que enseñen la carta en que los hemos mandado llamar.

¡Mira que se necesita frescura para hacer un viaje, ¡y desde Avila nada menos! para pedir para un hijo la mano de una mujer, y venirse de buenas a primeras con que todo lo que pueden ofrecer a la nueva sociedad matrimonial es el título... ¡qué tiene que ver la pringue que eso suelta en el puchero! y para eso, si nosotros salimos a los gastos!

¡Eso hubiera estado muy bonito, mujer: aceptarles la oferta y comprarles una corona para ponérsela a nuestra hija!... Para eso se le compra un título caducado, y la tenemos hasta duquesa por derecho propio, y no consorte... cuando lo sea.

Te digo que la hora de tonto que tenemos todos los hombres todos los días, la he

tenido yo esta tarde con mis consuegros... ¡Pero qué necio, hombre!: no haberles dicho que para ese viaje no se necesitaban alforjas, y que, cuando rehiciesen su fortuna, hasta no tener que mendigar el pan que había de comerse su hijo, entonces hablaríamos.

Pero me dió lástima de ellos por un lado, y por otro, y principalmente, ví a nuestra hija encaprichada con él: ¡y por ella y sólo por ella! me eché un nudo en la lengua y me pasé de generoso y... papanatas.

¡Y que no está muy metida por los trotes del noviazgo la muy santurrónal! ¿Dirá también el Santo Evangelio que la que no se casa con un conde... no puede seguir haciendo los siete domingos?... ¡Y es que sois todas iguales: en diciendo casaca, os ahogais en la bulla como en la misa de primal

—Pues mira: a tiempo estamos, como tú dices. A bien que no se van, hasta mañana en el «express». No creas tú que me dan tan fuertes. Como siempre te he oído decir que tú no te encerrabas en un rico para tu hija, sino que te contentabas con un hombre honrado y trabajador, que la quisiera, no

veo inconveniente en que, además de todo esto, ostente la primogenitura de un conde. ¿O es que por el mero hecho de ser conde...

—Cuando lo sea.

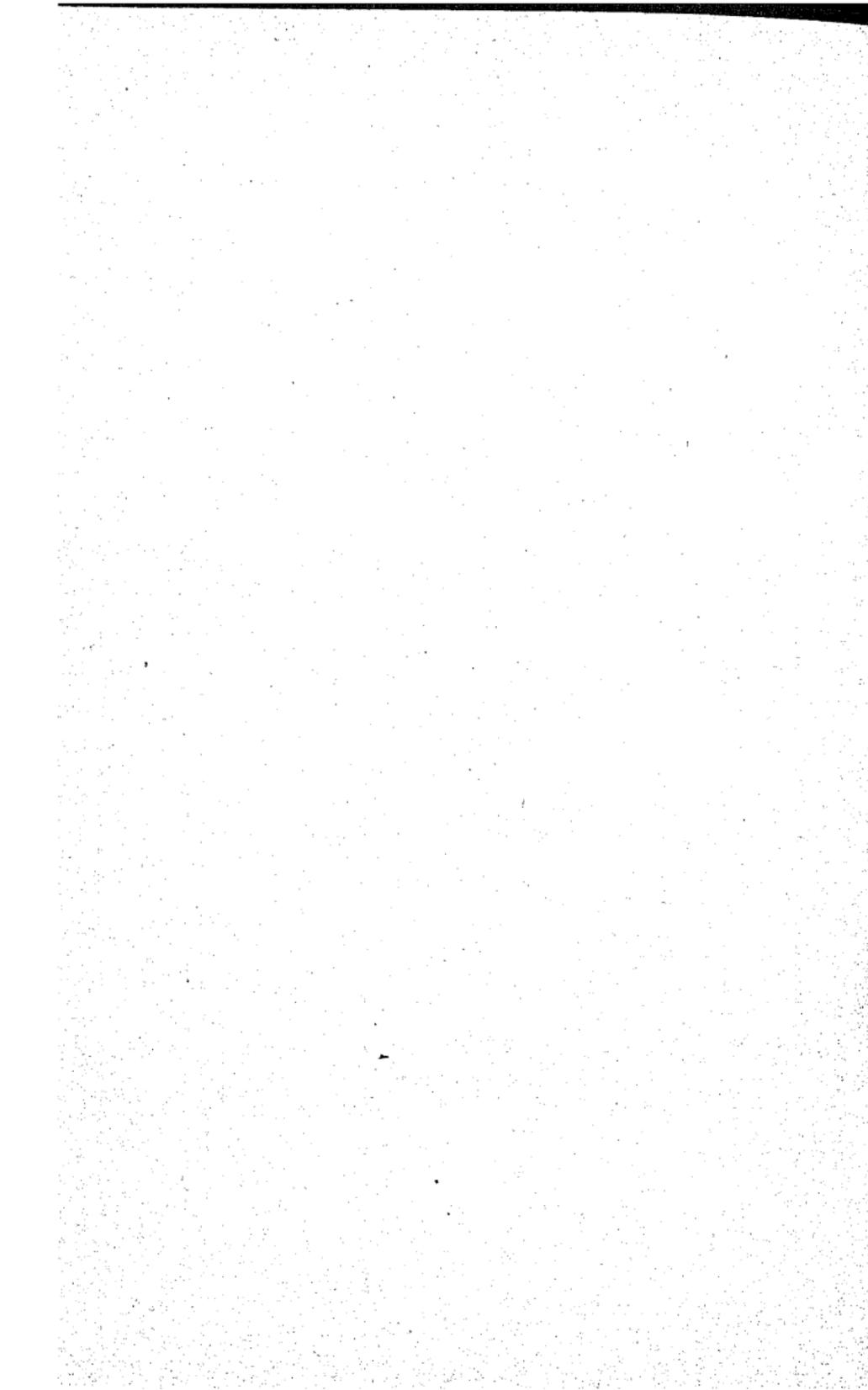
—Bueno: cuando lo sea: a bien que si no lo es desde mañana es porque tú no lo has querido: ¿no va a ser ya ni honrado ni trabajador, ni va a adorar a nuestra hija?

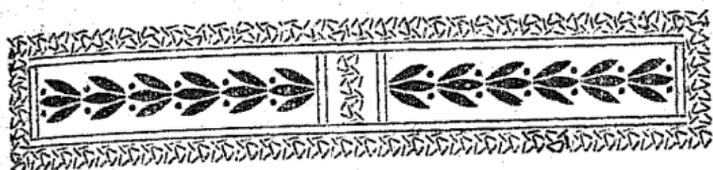
—¡Toma! ¡En esa creencia he hecho lo que he hecho! Porque así como nosotros, sin apenas base, hemos logrado a fuerza de trabajo y de honradez hacer un capital, figúrate tú ellos, con la base de una casa como la nuestra, lo que pueden hacer.

Ahora: que es menester que él se aplique y que no se degrade de trabajar: que del cielo abajo cada uno vive de su trabajo y hasta Dios lo dice: comerás el pan con el sudor de tu frente.

A tí era la primera que te debía abochornar casar a tu hija con un hombre en precario... ¡Táncosco a tu cuñado, porque era pobre, para que huyendo del perejil, te salga en la frente.

—¡Tomás, que me asesinas!





CAPÍTULO XI

Padrazo

Y, como si tu mujer se empeña en que te tires de un tejado abajo, es una tontería que no hagas siquiera un tríduo de rogativas, pidiéndole a Dios que sea bajo, porque por las buenas o por las malas no vas a tener más remedio que tirarte, Doña Amparo, a quien el programa de su marido había desconcertado por entero, volvió a lo de «tijeretas han de ser», apelando, como se apela en las grandes calamidades a los santos acreditados de mila-

grosos, a la más que experimentada taumaturgia del ídolo de la casa: de Coral.

—Hija, tu padre, desconocido. ¡Unos ochaviqueos y unas miserias, que hasta arrepentida estoy de que te hayan pedido! ¡Lo que es los mil duros que tienes recetados para los pobres, piérdeles el cariño, porque ese no los largal

—¿Que no?...

—Verás como no. ¡Ese se ha avecindado en la calle de Puñonrostro, y verás tú ridiculeces a última hora! ¡Figúrate que quiere que os quedeis a vivir en familia, como hijos!... ¡Así!: como si se tratara de un hijo recién empleado, que no puede pagar casa, y a quien se le habilita el entresuelo. De modo que a ese paso, una casa de vecinos en decente... ¡Lo que haría tu tía Luz, si se le casara una de las niñas con un... cartero!... ¡Lo que hacen los López con todos los hijos que se les casan: un tabique divisorio y aquí todos somos uno!...

—¿Pues y la casa de la calle de la Laguna, de que siempre me has hablado?

—¡Toma! ¡ese era mi plan, y hasta el suyo... por lo menos hasta ayer! Pero hoy me

lo encuentro con que se ha venido a Chicla-
na de buenas a primeras, y que donde dijo
«digo», hoy dice «Diego».

—Pero ¿por qué esa vuelta tan regrande?

—¿Me vas a guardar secreto?

—Cuenta con él.

—¿Pero secreto de confesión?

—¡De confesión... general!

—Pues que... los pobres condes, como to-
do lo que tienen, lo tienen en el Banco de
Londres, y con esto de la guerra no pueden
sacar nada, lo que es así, por de pronto,
no pueden mayormente señalaros renta...
así, desde el primer día... como quien dice.
¿sabes? Y en lugar de decir ese... buen hom-
bre, aquí estoy yo, para todo lo que sea me-
nester, pues para eso estoy podrido de rico,
y no tengo otros hijos que me pidan cuenta,
¡y mucho más se merece la hija de mis en-
trañas! se descuelga con que si pitos, que si
flautas, de que si está muy cara la vida, si lo
deja de estar .. Y, como hay que matarlo o
dejarlo, porque en toda su eterna vida no
ha hecho más que su capricho... (¡y mártires
las habrá, pero como yo, ni Santa Teresa de

Jesús!) aquí me tienes, hija del alma, teniendo que consentir con la sonrisa en los labios ¡que es lo más triste! el que ese ogro... ¡ese tirano! le haga a todo un Grande de España un cuarto en la azotea, y le dé setenta y seis reales para que vaya con su mujer de viaje de novios, en tercera, por supuesto, a Alcalá de Guadaíra... ¡Y yo lo que más siento, créelo, es los mil duros de los pobres!... Creo que a todo lo que podrás extenderte a este paso, es a una perra chica a los que estén aquella mañana a la puerta de la Iglesia. (Llora).

De modo que, si te avienes a vivir mientras no se acabe la guerra, ¡que sabe Dios lo que durará todavía!, como vive un cochero de punto, adelante y adelante, que Dios es Dios. Otra cosa, ¡como a tí te pertenece, y al rango de tu marido corresponde!, perdone usted por Dios, porque no llevo suelto.

Aunque yo, por bajo cuerda, os dé todo lo mío, ¡figúrate tú las casas con azulejos que vas a poder hacer con un avaro y ochaquero, como ese, por la banda, metiéndose hasta en sí el muchacho fuma de cuarenta céntimos, o fuma de lillos!...

De modo que eso tú allá con él. A mí me has tenido siempre de tu parte, y, porque estoy de tu parte y lo he estado siempre, es por lo que te aconsejo que le des un meneo, de los gordos.

¡Y cuidado como huele que nosotras hemos cambiado impresiones ¿estás? Tú no sabes absolutamente nada, sino que quieres hablar con él, para saber a qué atenerte. Si te dice que los condes no tienen nada, ¡no lo creas! Para él tenerlo en el Banco de Londres, es lo mismo que no tener nada, y quizás sea capaz hasta de decirte que no tienen nada más que el usufructo...

Y adiós, que voy a llegarme al convento de San Leandro, a encargarme unas yemas, para que se las lleven esta noche a Lupita y Perico. Tú lo llamas del escritorio en cuanto arranque el coche, y lo que tú no consigas, y en esta entrevista precisamente, no lo consigue nadie.

¡¡Una casa tan preciosa, como la de la calle de la Laguna, y en tan buen sitio!! ¡Lo bonita que yo quería ponértela... porque no había de haber en toda Sevilla otra mejor!... ¡Con decirte que yo en tu pellejo,

mejor no me casaba!... ¡A ver si siquiera sacas lo de los pobres!.....

.....
.....
—Te he llamado, papaíto, para, si te parecía, que le dijeras a los condes que la boda no va a poder ser a principios de Mayo.

—¿¿.....??

—He estado, dale que dale, toda la noche a la obra que hay que hacer en la casa, y ni a revienta caballo que se ande, es posible que esté terminada para entonces. Lo de menos son los tabiques que se tumben, ni los «parquets» que se pongan. Lo de más es el bajo, que es menester volverlo patas arriba enteramente, si ha de quedar a mi gusto.

—¿Pero en qué casa?..... ¿.....?

—¡Otra que tal! En su casa de usted de la calle de la Laguna, número... no me acuerdo. ¿En qué casa va a ser?... ¿En ésta, donde cuanto más y mucho, estará una estorbando?

—¡Es que he pensado que no os vayáis!

—¿Qué dices?

—¡Que he pensado que no os vayáis!

¡Tú estás peor, papaíto!... ¿Quién ha pensado nunca que nos vayamos? ¡En eso estoy yo pensando: en irme a Avila, con el frío que hace allí!... ¡¡y con lo que yo te quiero, mi corazón!! De modo que no pienses disparates. Nosotros no nos movemos de Sevilla. Y aunque, como es natural, vivamos en nuestra casa, porque el que se casa quiere casa, ¡senda hemos de hacer, de que haya siempre gente por el camino!

¡¡Eso es la que faltaba: un padre idolatrado (porque yo creo que a la fuerza tú me habrás echado algunos polvos, para que te quiera tantísimo) dejarlo al pobrecito de mi alma, cuando está más necesitado de cariño!! Y nosotros, ya lo sabes: en cuantito nos levantemos por las mañanas, ya nos tienes aquí a tomar el desayuno. Tú te vas a tu despacho y nosotros a nuestras correrías, y un día sí y otro también, y el de en medio, aquí a almorzar o a comer... cuando no nos pongáis la corona de bajar a «nuestra pobre morada» a hacer penitencia con esta desvalida criatura.

(Don Tomás intenta hablar y Coral no lo

deja, tapándole la boca con la pulida manecita).

¿Tú has pensado en lo que será para mí, verte llamar a la cancela de mi casa—que lo es de usted—y bajar por aquella escalera, como una loca, y colgarme a tu cuello así—y lo hizo—y subirte en volandas, y sentarte... en el sillón de la Virgen de los Reyes, que se lo voy a pedir prestado al Arzobispo?...

¿Por qué crees tú que quiero yo tener casa aparte, además de que eso es lo digno y lo decente?... ¡Pues nada más que para que tú vayas a leer tus periódicos, y a tomar tu café de por las tardes; y no, siempre metido en ese despacho que Dios confunda, como no sea más que para irte a la puerta del casinol!

Por eso precisamente y nada más que por eso, quiero arreglar el bajo, como he pensado esta noche, o sea: echar abajo todo el muro que da al patinillo, ¿sabes?; ponerle a éste una techumbre de cristales y hacer una gran sala de billar. ¡Así! ¡para que mi padre de mi corazón y de mi alma, que no tiene en el mundo nada más que a su hija, que vele por

él y que lo quiera, tenga todas sus comodidades y todos sus gustos, que bastante ha trabajado el pobrecito mío, para andarle a la vejez con regateos.

De modo que ahora mismo, ¡pero que ahora mismo!, me mandas a llamar al arquitecto, a ver qué tiempo calcula que puede durar la obra. Si puede estar terminada, lo más tarde para cuando volvamos del viaje de novios, entonces se echa mano desde mañana. Y si es cosa de más tiempo, se les dice a los condes que para Junio... o para cuando las ranas críen pelo... Hay que verlo que ensucian los albañiles, y cómo lo ponen todo, e iba a tener que ver cómo me iban a poner los «parquets» y las alfombras.

¡A que no te atreves a que vayamos ahora mismo a ver lo que te digo del patinillo? Anda; voy a tocarme el velo, y ya estamos aquí de vuelta.

—¿Pero...?

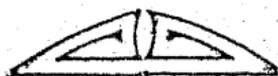
—¡No hay pero que valga! Las cosas se hacen pronto y bien, o no se hacen... Hasta el Santo Evangelio lo dice:—El que pone la mano en el arado y vuelve la cara atrás, no

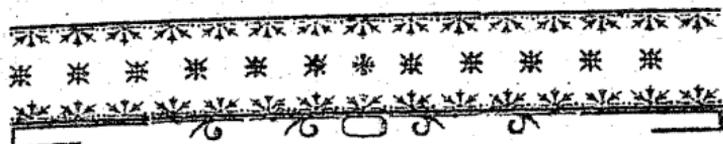
es apto para el reino de los cielos...—Trae: que te voy a peinar, para que vayas bonito... ¿Por qué se querrá tantísimo a estas criaturas?... ¡Míralo qué reprecioso: que se lava y se estrena!

¡Y lo echó por delante sin rechistar, y lo llevó a la calle de la Laguna!..... ¡y le sacó veinticinco duros para los pobres!

—La verdad, papaíto, que haberla pedido a una, y no dar una limosna, aunque no sea más que «por egoísmo», para que Dios la haga a una feliz en su nuevo estado!... ¡Anda: vamos a llevársela a las Hermanitas de la Cruz!

Y me lo encampó en la calle de los Alcázares, donde tiene su casa matriz esa institución sevillana, suficiente por sí sola a acreditar al Cristianismo de divino.





CAPÍTULO XII

Regalos de boda

Aquí precisamente, y no en otro lugar de este libro, debiera ir el capítulo «Ecos de sociedad» que figura en el vestíbulo de la obra.

Parece como que el Cide Hamete Benengeli de estos apuntes estaba reventandito por largarlo, con lo que, sobre desflorar el asunto, metió el palo en candela sin qué ni para qué... Después de la petición de mano de la novia, es cuando en toda tierra de cristianos se celebran los esponsales.

¡Estos artistas!

Tuvieron lugar aquellos—los esponsales—el día de San José, abogado y tutelar de todo lo que huela a matrimonio, sin la asistencia en ellos de los condes—. De los hoteles de Sevilla en esa época no se puede abusar mucho—; pero para no dejar de asistir en la boda, que había de celebrarse a principios de Mayo, y en que habían de actuar de padrinos de los novios el conde y la de Ulloa.

Entretanto tuvo lugar la adquisición del «trousseau», realmente principesco, y la llegada de los regalos, en que había de todo: desde la magnificencia, hasta la maritata, y desde la elegancia más exquisita, hasta la cursilería más frenética... desde los imprescindibles cuchillos de postre, al billete de Banco; desde el collar de perlas y la diadema de brillantes y esmeraldas, hasta el estuche de «manicure» de la servidumbre de la casa de los condes.

—Pues verás ahora el traje para la ceremonia, que le regalan los suegros—decía a su hermana Luz que había ido a llevar su presente.—Magnífico, estupendo, desumbrador. Cuanto se diga es poco. ¡Mira!

— Verdad que es estrepitoso.

— Mira qué crespón de la China más ideal... Pues si es el manto de tisú de plata, es que no cabe más arte, ni más riqueza... Y si es el velo de desposada, míralo: con incrustaciones de Alençon legítimo, que les habrá costado una milada. El manto va prendido de los hombros con estos broches de perlas finas...

— Pues va a estar la criatura para chillarla. Primero, su figurita de Virgen de Murillo, y luego, estas magnificencias de Princesa de Asturias.

— Pues verás la diadema que le regala él.....

¿Qué te parece?

— ¡Un sueño de las «mil y una noches!» ¡Con lo caras que están las esmeraldas, que dicen que cuestan más que los brillantes!..

— ¡Como que son poderosos!.. Este juego de tocador, de Perico y Guadalupe, y este estuche de los criados de la casa «condal»... A ver si vienen las niñas por ahí, y

empezamos entre todas a instalar la exposición. Pero ¿qué traes ahí?

—Pues, hija: mi regalo—y deshizo un envoltorio de papel de seda, que cubría un «perfumador» de raso blanco, con ramitos de azahar en las esquinas.

—Tu mantilla, ¿mujer?

—Sí: la mantilla blanca de mamá, que tanto te gustaba y que tanto te disgustate porque tocó en mi lote. Como sé que te gusta y que hay pocas en Sevilla como ella, ya ves: ¿para quién mejor?

—Pero... ¿y tus hijas, mujer?

—Ellas están en otro plan más modesto y ni se la han puesto nunca, (nada más una vez Amparo, para retratarse cuando se vistió de largo) ni se la piensan poner... ¡Esta es prenda para ir muy vestida, y ellas no salen de sus cuatro trapitos!

—¡La verdad, que es magnífica! ¡Y sobre todo: qué grandel!

—Como que es terno completo. Su velo de cabeza, su casco y su blonda, que a una que no sea muy alta, le llega hasta el mismo filo del vestido.

—¡Una mantilla de Corte! Para, si va al-

gún día a alguna Capilla pública de Palacio, que llame la atención. Y luego, Gallaruz, y tan bonita de color y tan sana... Pues nada: muchas gracias, aunque siento que te prives de una prenda así. Dales las gracias a las niñas de mi parte.

—Esto no es de las niñas: esto es mío. El regalo de las niñas viene en este estuchito:

—¿Tus perlas de soltera, criatura?

—¡Las mismas!

—¡Pero esto es tirar la casa por la ventana!

—Como ninguna de las dos las quiere para ella sola, porque no hay más que un par, han acordado para cortar litigios, regalárselas a Coral entre las dos

—¡Luz! ¡que esto es demasiado! ¡Con la mantilla bastaba, como regalo de entre todos!

—¡Eso te parecerá a tí! Pero a nosotros no. Y tan no nos parece, que todavía falta el de Víctor... Ese: ese es el que dice que quiere tirar la casa por la ventana.

—¡Pues, que no sea majadero, que no sea

majadero! La voluntad es lo que se agradece en estas cosas, y con cualquier friolera puede salir del paso. Con nosotros está siempre cumplido.

—Eso estaría muy bien si él lo hiciera por cumplir, lo que se llama cumplir. Él quiere en esta ocasión mostraros cuánto os quiere y cuán agradecido os está a todos, y nosotras muy contentas, de que haga cuanto pueda y algo más.

—Lo verdad, que el pobrecillo es más agradecido que la tierra y que se cae de honrado. El no haber consentido quedarse con las acciones de La Umbría, que Tomás quería regalarle, lo retrata de cuerpo entero. No me extrañaría nada, pero nada, que se viniera con otra esplendidez por el estilo. Pues nada: quítaselo tú de la cabeza. Y dile de mi parte, que, como se extienda a más de veinte duros, me disgusto con él para mientras el cuerpo me haga sombra.

—¡Anda, mujer! ¡que lo está ganando como tierra, y no gasta ni en fumar! Una vez que cae la ocasión de portarse como un príncipe, déjalo que se porte. ¡Para qué sirve el dinero, nada más que para gastarlo cuan-

do es preciso?... ¡Algunas gallardías es menester que nos permitamos los pobres!

—Supongo que las niñas vendrán al casamiento y que no brillarán por su ausencia como en la toma de dichos.

—Yo creo que no.

—Que no ¿qué?

—Que no vendrán.

—¡Tuviera que ver que no! ¡Me resentía de muerte!

—Mira, Amparo: pongámonos en la realidad de las cosas. ¡Figúrate el gentío que vendrá, y el papel que tendrán que hacer las pobrecitas mías con sus trajecitos de lana y sus velitos de imitación, entre tantísimo traje de ceremonia, tanto sombrero y... tantísimas locuras, porque hay que ver el lujazo con que se va a las bodas! Van a estar como dos pájaros atontados... Los pobres estorbamos en todas partes, y ellas son más pobres que la tierra. No te disgustes, por consiguiente, y déjalas en libertad. Una cosa es que vengamos Víctor y yo—una viuda con un traje modesto y elegantito no desentona en ninguna parte, por mucho lujo que haya,—y otra cosa es que vengan ellas, a

que les haga todo el mundo el vacío como a unas cursis... Ellas están muy persuadidas de su posición y tienen el buen sentido de no salirse de ella.

—¡Pero si son muy monas y muy elegantitas!... ¡Anda! Yo te las visto. ¡Encárgales un traje a cada una, y pásame la cuenta! No repares en duros más o menos.

—¡Pero si no es ese, Amparo, si no es eso! Si para hacerles un traje decoroso y comprarles un sombrero de vestir, tenemos, gracias a Dios. Es que no las voy a poner, ni ellas querrán ponerse, codo con codo con las mismas a quienes les trabajan.

—¿Pues Víctor no las había redimido de la aguja?

—¿Y tú no sabes que la república federal de los niños de ahora no hay quien la baraje?... Dicen que qué van a hacer y que por qué ha de pesar todo sobre las espaldas de su hermano. ¡Ha habido, no te creas, la de Dios es Cristo! Por fin se ha transigido en que Víctor salga a todo lo de la casa y en que ellas vayan poniendo en el monte lo que vayan ganando.

—¡Y tendrán reunido una miseria!

—Pues mira, once mil reales y un piquillo: en poco más de dos años, que hace que lo están imponiendo. Dos pesetas diarias cada una, no hay quien se las quite.

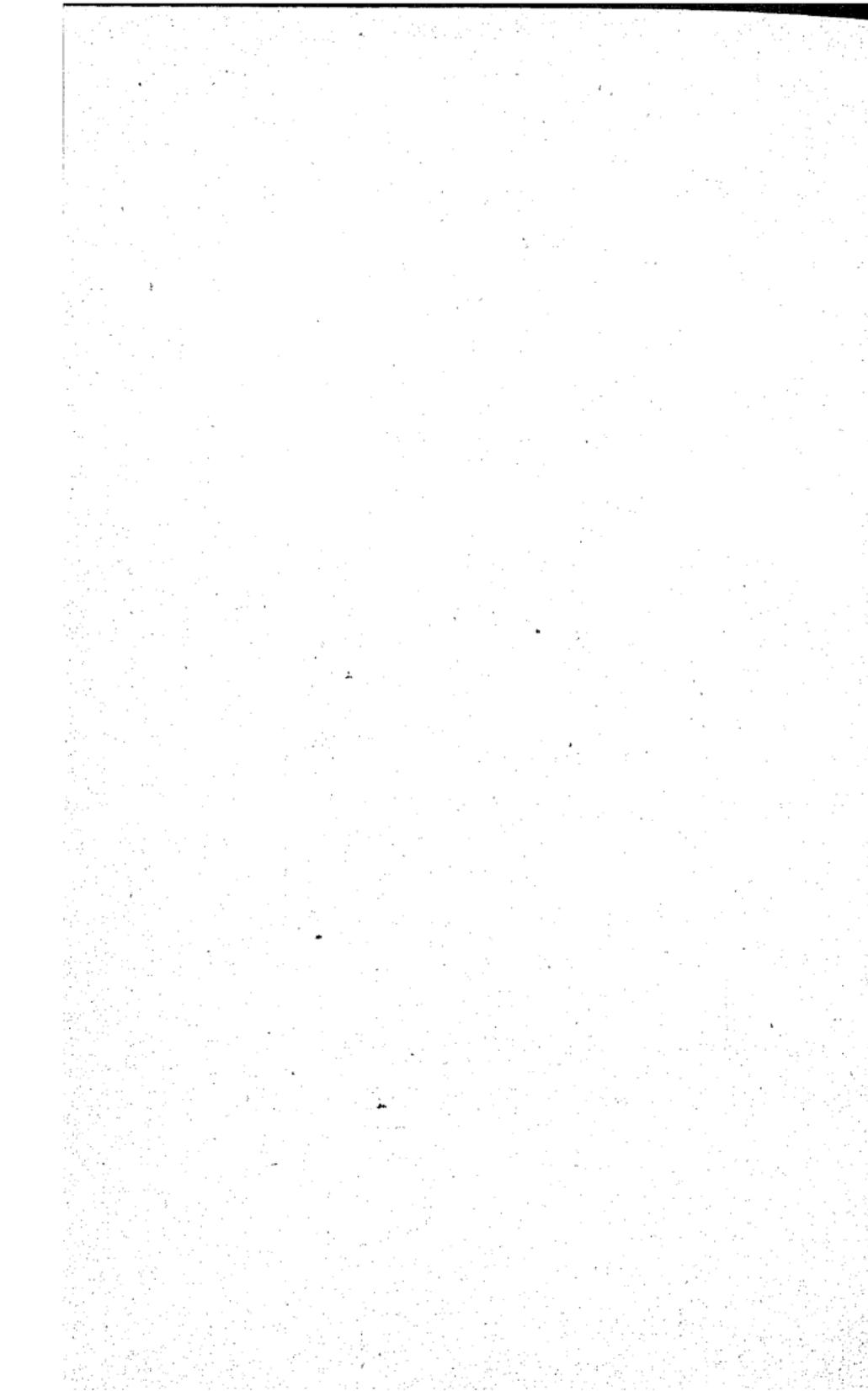
—¿Y a fuerza de puntadas?

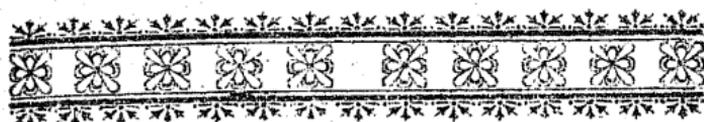
—¡A fuerza de puntadas! Ahora: que ya no se dan aquellos atracones, de cuando no había más que lo que ellas ganaban con la aguja y yo con las leccioncillas de piano. Hoy Víctor sale a todo, como te he dicho, y aun así tiene ahorrados unos cuartejos, gracias a Dios y a ustedes.

—En fin, hija: que sois una familia, que honráis a cualquiera.

—No diré yo tanto—concluyó doña Luz, haciendo justicia a lo de don de lágrimas:—pero estoy muy satisfecha de que el apellido de mi marido y el de mi padre, unidos en mis hijitos de mi alma, no sean para que nadie se avergüence de llevarlos.







CAPÍTULO XIII

Cruz y claveles

La entrada de doña Amparo aquella tarde en su palco de la plaza de San Francisco, del brazo de don Tomás, y precedida de «il promisi sponsi», para ver las Cofradías... y ser vistos, fué realmente agresiva, arrolladora, insultante.

¡Aprendieran todas las madres del universo mundo a escoger novios para sus hijas!... ¡Aquello era un novio, y lo demás, pamplinas «pa» canarios!

¡Un muchacho, Maestrante..., que se podía cruzar Caballero cuando quisiera...,

¡con doce apellidos, dobles los más de ellos, y..., ¡casi «ná»! ¡primogénito de la casa con-
dal de Guaditoca! ¡Chupárate esa!

¿Pues qué creían ustedes? ¿Que iba ella a contentarse, ni darse por satisfecha, con un simple hacendado..., con un triste comerciante, ni aún en su última expresión de banquero..., con un «bizarro» militar a secas, ni con un desmedrado catedrático, así fuera de la mismísima Sorbona?...

¡Eso estaba muy bueno y muy santo para tanta hambroñcísima y retantísima cursilona del enemigo, como había por ahí!... Ella aspiraba a más para su hija, y mirara usted por dónde se le había venido a la mano como un pajarito, con... sólo no precipitar los acontecimientos. Para hacer las cosas bien, había que dar tiempo al tiempo; sobre todo, cuando se era madre de un hechizo como aquel, ¡porque era que no había otra en todo el globo terráqueo!

Mirárala usted si no, desde lo alto de la descomunal peineta de carey, hasta la afilada punta de los menudos zapatitos de charol, y a ver: ¡a ver si era posible tipo más bonito, ni más andaluz, ni más sevillano, ni

más señorilmente goyesco, o más goyescamente señoril!

¡El manejo! ¡El manejo que le daba al abanico de nácar, Luis XVI, y los meneos de cabeza, con oscilaciones de blondas, cuando hablaba con el novio!... ¡El señorío y distinción de Princesa de Asturias, con que contestaba a los saludos de enhorabuena, y lo picaresco de las sonrisas, a las miradas interrogantes de las compañeras de colegio... ¡El estar, en fin, de non, no ya sólo en la plaza, sino en el orbe, admirada por todos y envidiada por todas!... ¡Hija suya de su alma!

¡Suerte más loca, que la que se le había entrado por las puertas!... ¡Condesa de Guaditoca aquel comino, que quitárale usted la peineta y los tacones Luis XV, y era un juguete como para una vitrina?...

Pues, -sí, señor; Condesa. ¡Condesa, ahí donde usted la veía! Pero no de un título pontificio, ni de ayer de mañana, ni de los de tres al cuarto. Sino del Reino... ¡de Castilla! y de los tiempos de «Isabel la Católica».

Y así estaba realmente Coral aquella tarde de Jueves Santo, en su palco de la plaza de San Francisco. Hecha el hechizo de los hechizos y el sol de los soles, con su vestido-sotana, de raso azul «Nattier», envuelta de arriba abajo en su opulenta mantilla, de finísimo auténtico Chantilly, enfrente de sus padres babi-caídos, y aturrullando al muchacho con su gentil belleza de Emperatriz Eugenia, sólo en moreno, y dejándolo boquiabierto y turulato, con su letra menuda y sus monadas.

Si fuésemos pintor, de esos que «cuidan» el fondo de sus tipos—pero así como nos enamora el escalpelo para hacer autopsias de almas, el pincel para pintar accesorios se nos cae de la mano — haríamos por «manchar», nada más que manchar, siquiera fuese ligeramente, el estupendo cuadro de color y de vida de la plaza de San Francisco, en cualquiera de las tardes de la Semana Santa de Sevilla... La borrachera de luz del sol tropical que por acá se usa, entre ráfagas de perfume de azahar y de acacias, con que nos acaricia a lo mejor el aire tibio—¡de terciopelo!—de nuestra paradisíaca primave-

ra... El retablo de gente, de lo más copetudo de todas partes del mapa—la Semana Santa de Sevilla es internacional—destacándose de sobre la fachada plateresca de las Casas Capitulares, haciendo ostentación y alarde y gala de todos los esplendores de la riqueza; de todas las excentricidades de la elegancia; de todas las exquisiteces del lujo; de todos los refinamientos de la moda... ¡de todas, en fin, las soberbias de la vida!, ante el compacto hormiguero humano, que sin cesar discurre por allí, en encontradas direcciones... ¡¡El vértigo de las muchedumbres, que se sube a la cabeza, en medio de la animación y de la alegría de vivir, que flota en el ambiente!!

Y el pregón... y el requiebro... y la saeta y el aplauso. Y la banda de cornetas y el redoblar de tambores, que se oye a lo lejos... Y la pasional marcha fúnebre, que se va ejecutando, con afinación de orquesta. Y el «paso» del Señor, que es todo un grupo escultórico o un curso de dogma, y el «paso» de Virgen, que lo mismo parece una montaña de oro, que una selva encendida, donde va ardiendo todo, menos las flores. Y el

simpecado, y el «sine labe»; y el «senatus», y las bocinas... Los faroles, los incensarios y las dalmáticas... Los ciriales, las cruces parroquiales y las varas de mando, entre las luces de cirios y capirotes de nazarenos...

Por la puerta del Ayuntamiento, donde en fastuoso estrado de terciopelo grana representa a Sevilla la Comisión Capitular, iba el paso de la Virgen del Valle, de la Hermandad de la Coronación, penúltima de las que hacían estación aquella tarde. Y pegada a la cola del manto de la Virgen, iba la «cruz de guía» de la Hermandad más antigua de las del Jueves: la de Pasión.

«El hermano de cruz», por cierto muy alto y con un capirote que le agrandaba en un tercio la estatura, iba con los pies desnudos, blancos y exangües, como los de un cadáver, ensangrentado uno de ellos, por habérselo herido con un vidrio.

«El diputado de gobierno» le hizo parar, a un toquecito en el hombro, y bajó la santa cruz, como es costumbre, hasta tocar el suelo con el asta...

Ya, desde que salió de la calle de las Sier-

pes, había ido buscando por los palcos de la izquierda de la puerta del Cabildo, algo que le interesaría sobremanera, a juzgar por lo ávidamente que miraba. Y mire usted por dónde vino a parar delante, precisamente; de lo que con tantas ansias había ido buscando.

—¿.....?

¡Nadal: una muchachita morena, con unos ojos muy grandes y muy negros...—con ojos de Viernes Santo y carita de feria de Abril — con un montón de claveles, «color coral», traídos por él la tarde antes, de una huerta de Alcalá de Guadaira, porque él había estado tan sin gusto todo el invierno, que hasta se le habían secado las macetas.

Y en efecto: allí estaba la muchacha, por cierto muy amartelada con el novio, hecha, ¡María Santísima, cómo estaba!... ostentando debajo de la mantilla, en el arranque de la peineta, en el pecho y en la cintura, hasta una docena de clavés... «¡color de rosa-trapo!»...

El nazareno sintió... como si toda su alma entera y plena se la hubiesen arrancado

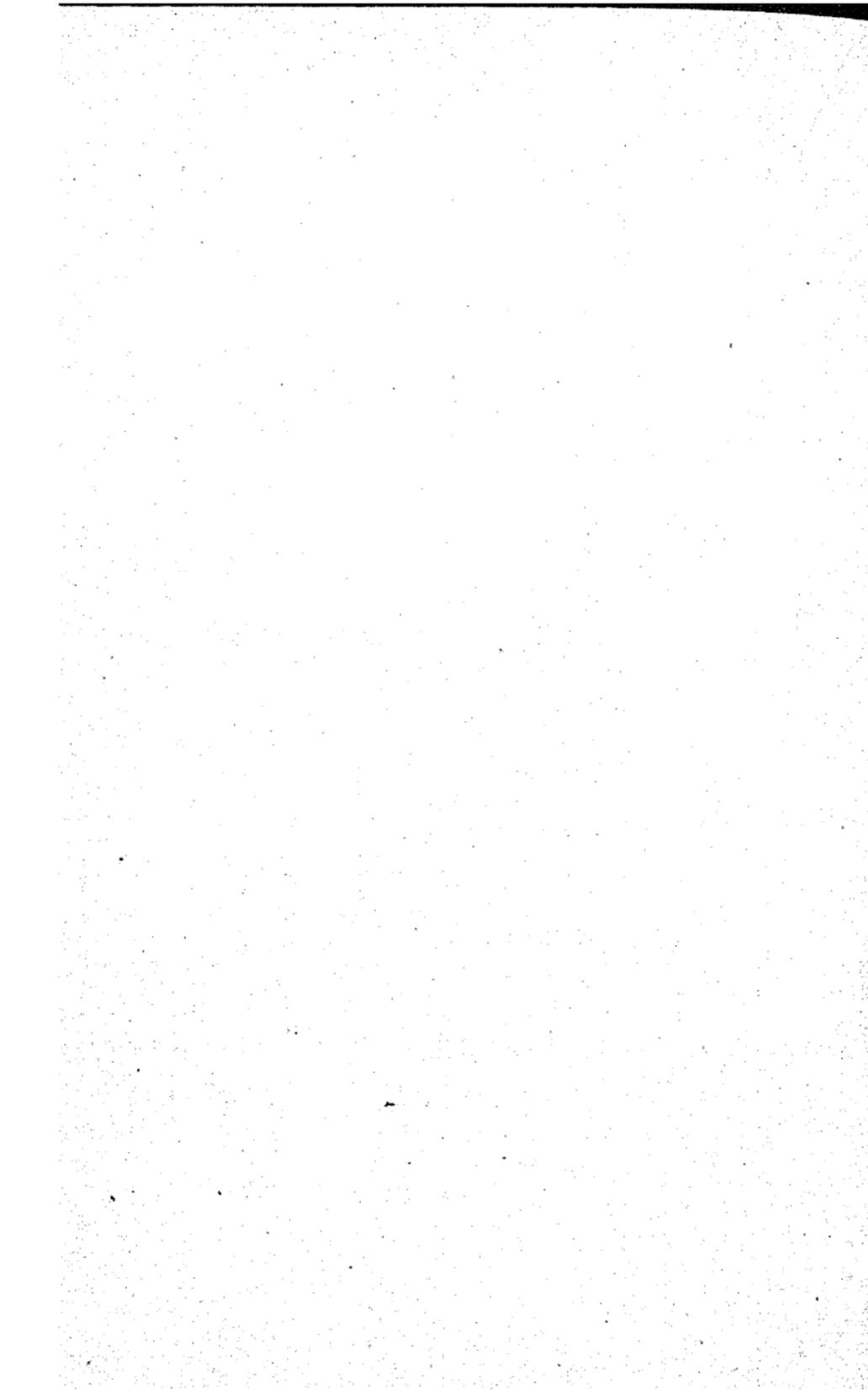
de cuajo, para arrojarla al cajón de la basura. Notó frío en el rostro, como si se le hubiese mojado de... «algo» el antifaz, y a una nueva palmadita del diputado de gobierno, alzó del suelo la santa cruz... la besó, sin ser costumbre hacerlo, como si hubiera de ser su único patrimonio en este mundo, y con los pies desnudos y ateridos, uno de ellos sangrante, echando a andar nuevamente, siguió andando... andando... andando, con el antifaz más mojado cada vez y abrazado a aquella cruz, como «su» Cristo a la suya...

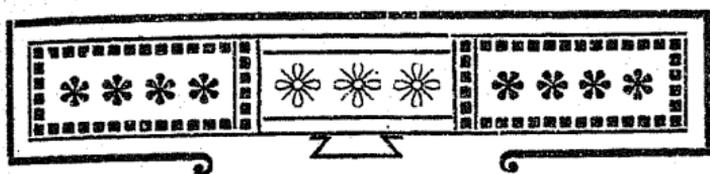
¡Si supiera la de los claveles rosa-trapo, que, por uno de esos... «capilleteos» de que no hay idea más que en Sevilla, aquel retrato suyo, en traje de primera comunión, que le habían robado a ella de la juguetera de su alcoba, ¡lo llevaba en el pecho el Señor de Pasión, cosido en la entretela de la túnica, ¡para que la preservase «de todo mal», como a las mismas niñas de sus ojos!!...

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

DE LA NOCHE A LA MAÑANA





CAPÍTULO PRIMERO

El retorno del ausente

Entregó el equipaje a un mozo de la estación. Tomó un coche de punto, y se apeó en la puerta de su casa, donde nadie lo esperaba.

Saludó muy cariñoso a su madre y a las niñas, que se quedaron heladas, al verlo tan delgado, ojeroso y cetrino--¡muchísimo peor de lo que se había marchado!—. Almorzó, como Dios le dió a entender, pues no podía pasar ni agua, y, encerrándose en su cuarto con la señora, le preguntó de buenas a primeras:

—Oye, mamá: ¿qué dinero hay en casa?

—Pues en el Monte, veinticuatro mil reales. Noventa duros que tengo ahí en billetes, que por eso no los he impuesto (a ver si reunía otros dos mil), y unos seis o siete duros, entre plata y cuartos, que tendré en la sportilla del manejo.

—¡Eso no es nada!!

—¡Pues eso es lo que hay, mi corazón! Las niñas, sabes que tienen cerca de tres mil pesetas... De modo que: tres de las niñas y seis mil y pico tuyas, son por lo menos, nueve mil quinientas.

—Tampoco basta.

—Pues eso es lo que hay... Y dices tú que eso es poco. ¿No es verdad, mis entrañas?

—¡Poquísimo! ¡Una miseria! (Pausa).

... ..
—¿Y empeñando?—insistió.

—Lo poquillo que había, que fuera medio qué, se le regaló a Coral, como sabes: la mantilla blanca mía y las perlas de las niñas. Haciendo un lote con los cubiertos... la escribanía que te regalaron los tíos cuando lo de las minas, y el mantón de

Manila de mamá Amparo, pon otras... trescientas pesetas a todo tirar; porque ya se sabe que en los empeños no dan nada...

—Total: ni diez mil pesetas, ni aun empeñando el colchón...

—¿Quieres que vea yo a tu tío?

—Primero a... ¡¡qué sé yo, porque iba a decir un disparate!!... ¡Los tíos son los primeros que no pueden saber nada! Saca del Monte lo nuestro; lo de la casa. Dí a las niñas si me prestan lo suyo...

—¡Por Dios, que las insultas! ¡Mira tú, cuando hasta los ojitos de la cara te los pondrían en la mano, sin chistar!

—Empeña todo lo empeñable, y tenme reunido lo que quiera que resulte, lo más pronto posible... Salgo a la calle, y vuelvo. A esa criatura hay que regalarle algo.

—Supongo que te llegarás volando a casa de los tíos... Tía Amparo no ha hecho más que preguntar cuándo vendrías, y hasta disgustada está, porque cree que se le ha olvidado tu paradero. ¡Mira tú, yo, que no quiero tapujos ni a la hora de mi muerte!... ¡Ya ves: mañana es el casamiento...

—¿Mañana??

—¡Mañana por la mañana, en el Señor de Pasión!

—¿Pues no iba a ser el domingo?

—Pues lo han adelantado, por no sé qué de los exámenes de Perico, que tiene que estar, creo, en la Academia, o qué sé yo. Lo cierto es que es mañana, y que te tiene una lista de «ruegos y encargos», que ni con el salto de la garrocha.

—¡Cuando te digo que hay ocasiones en que ganaría uno el jornal con morirse!...

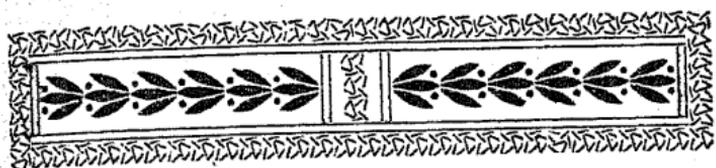
—¡¡Por Dios, no me lo digas, que me matas!!

—¡Como que lo menos será capaz de querer que le rice al prometido las guías del bigotel... En fin, adiós. Si no vengo a comer, no me esperéis, y si no vengo a dormir...

—Pero ¿no vas a venir por el dinero?

—¡Tienes razón! ¡Cuando te digo...





CAPITULO II

Ruegos y encargos

—¡Hijo! ¡bendito sea Dios, bendito sea Dios! ¡Ahí desde esta mañana, y sin haber parecido por aquí hasta las tres de la tarde!... ¡Parece mentira que te des tanto tono y que se te peguen tan repoquísimo las cosas de esta casa!... ¡Mira que en la misma víspera de un casamiento... ¡de un casamientazo, como este! descolgarse a estas horas!...

—Pero, tía: ¡si he tenido mucho que hacer!... ¡Si eran cosas urgentísimas!... ¡Si...

—¿Y acaso no es urgente lo que aquí

hay?. ¡A no ser que las cosas de los demás sean las que son urgentes para tí!...

—Bueno: ¡pues usted perdone!... ¿Qué le vamos a hacer ya?... No perdamos más tiempo: ¿Qué es lo que quiere usted?

—Lo primero, el altar. Por más que ya tus hermanas se han encargado de eso, y para el Salvador han salido, con la doncella y dos hombres. ¡Como no parecías por el mundo, y ellas se han ofrecido para todo, para allá las he mandado con un carro de flores! Ellas son las que me han dicho que habías venido y que te había dicho tu madre que yo te llamaba.

—Bueno: ¿qué más?

—El coche. He pensado que se vista todo de flores blancas, y eso quiero que corra de tu cuenta, porque no me fío de nadie, más que de tí. ¿Qué quieres, hijo?: esas contras tiene tener tan buen gusto.

—¡Muchas gracias!

—A la parroquia he mandado unos rollos de alfombras para que se tapice la escalinata, y allí estarán muertos de risa, hasta que tú llegues. Va uno azul y otro grana. A mí me gusta más la grana, porque me parece

más señora. Coral dice que la azul, que es más de pureza. Eso tú allá. En el patio de la parroquia tienes cinco carradas de macetas, que he mandado traer de la Cruz del Campo, para formar dos macizos a los lados de la alfombra, y luego todas las flores que se quieran. Hombres para que trabajen, además de los tapiceros, hay allí cuatro.

—Y sobran la mitad.

—También quisiera, si te parece, (pero eso es menester que parezca como cosa tuya) que, desde la tribuna de encima del Señor, y en el momento mismo de echarles la bendición, cayera sobre ellos una lluvia de flores... ¡azahar y rosas blancas!... ¡¡Hijos míos de mi alma!!...

Y la señora se enterneció... Víctor... se metió las manos en los bolsillos de los pantalones para conjurar el peligro de extrangularla.

—Pues sí: lo del «lunch» para, una vez terminada la ceremonia, eso corre de mi cuenta, y no caerá en falta ni lo más mínimo.... .. También es menester que te encargues de los billetes del «sleeping»: esta es la hora en que no es seguro que los haya

para mañana, con tantísima gente como se está yendo después de las fiestas, y figúrate el conflicto. Por eso, lo que estaba haciendo falta aquí era una persona que estuviera en todo. Así es que me parecía mentira que ibas a venir. Tu tío está con un humor de perros, y estas cosas no son nada más que para los íntimos. A ellos—los Guaditoca—como es natural, no se les puede ocupar en ciertas cosas, aunque no puedes imaginarte gente más buena ni más complaciente, y es menester que nosotros, y solamente nosotros, no nos dolamos de nuestros huesos. ¡Para las ocasiones son los amigos!

—¡Naturalmente!

—Ya verás con despacio, cuando pase esta racha, el... nido ¡el nido! que se les ha preparado, en la calle de la Laguna. ¡Cuanto te diga es poco! Tu tío, aunque a regañadientes, porque no lo he visto más gruñón de lo que se ha vuelto a última hora, ha aflojado la bolsa, cuanto ha sido menester, y se les ha preparado una casa, como para lo que son, después de todo: ¡como para unos Príncipes! Coral y yo, comprando cosas por ahí, y tu madre y las niñas, colo-

cándolas, que no sé cómo tienen cuerpo las criaturas. ¡Vaya un gusto que tienen! ¡Ni que se hubiesen criado en un palacio!... Y a todo esto, dispensa: no me he acordado ni de preguntarte cómo vienes. ¿.....?

—Algo más repuestillo de lo que me fuí.. Pero en fin: ya habrá tiempo de cuidarse. Conque concretemos. La escalinata... la lluvia de flores...

—¡Pero azahar y rosas blancas nada más!... Y a propósito de flores. Tú no puedes figurarte lo que me gustan las flores diseminadas por la alfombra, así en las escalinatas: de modo que no me descuides ese detalle, que es de un efecto prodigiosísimo.

—Bueno: la escalinata... las flores... el billete, o billetes del «sleeping»... el exorno del coche.. (El altar dice usted que queda a cargo de las niñas.)

—Pero que quiero que le des tú el visto bueno. ¡Ah, hombre! y perdona. Mira: esta noche cena Gonzalo con sus amigos en Eritaña, para la despedida de la vida de soltero. Y quiero que me hagas el favor de avisar por teléfono, o mejor: de llegarte tú mismo en persona, a encargarme que te pasen la

cuenta... Ya ves: quiero hacerle ese obsequio, y no es decoroso que figure a mi nombre... ¡como al fin sois primos!... Empeñadísimo está en que tú asistas y no puedes figurarte lo que se alegró cuando supo esta mañana que habías venido: pero le dije que yo te necesitaba imprescindiblemente, y por eso se ha avenido a que no vayas.

—Pues, como usted comprenderá, no queda mucho tiempo que perder, si ha de hacerse todo como a usted le gusta que se hagan las cosas... Aunque entre el día y la noche no hay pared, es menester no ponérsela. Me voy a lo del «sleeping», que es lo más inseguro, y poco he de poder, o no he de salir de las oficinas sin los resguardos en el bolsillo. Dos nada más: ¿no es eso?

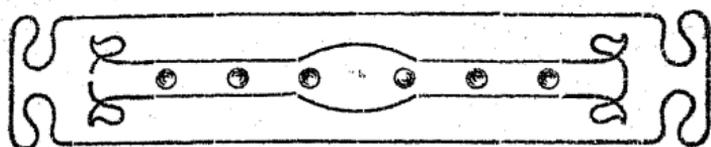
—Sí: dos: ¿qué más?...

—Pues a descansar en mí, que no caerá en falta nada.

—¡Lo sé, y por eso te estimo lo que te estimo!

—No hace usted más que pagarme.





CAPITULO III

Vía-crucis

Como saldrá camino del patíbulo el condenado a muerte, salió nuestro pobre Víctor de ante el regio acatamiento de su «augusta» tía: con sólo esta diferencia: que, mientras aquél no «va», sino que es conducido por fuerza armada, él tenía que ir, con la mayor indiferencia al parecer, a tirarse al colete aquella serie de... ¡tragos de hiel y vinagre y andar aquel vía-crucis dolorosísimo... como el Señor de Pasión había andado el suyo...

¡Dios! ¡y qué cruz tan grande, tan desamparada... ¡tan horrenda!!...

Sin la «erudición» de Coral en textos evangélicos, sabía, sin embargo, uno—¿qué cristiano no se sabe de memoria algo del Evangelio?—que solía recordar en todos los trances amargos de su vida, y que se le vino a las mientes, al poner el pie en la calle, para echar a andar en derechura de su calvario. El texto era este:— «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo: tome su cruz, y sígame».

—¡«Su cruz»... «su cruz»!... Es decir: no «una» cruz, como puede ser la «cruz de guía» de una cofradía de nazarenos, o sea: dos trozos de madera rica, con incrustaciones de marfil o de concha y cantoneras de plata: sino la contrariedad, grande, o pequeña; la humillación, llevadera, o insoportable; el dolor, tolerable, o insufrible.. ¡La desventura, la desgracia, o el infortunio, que se nos pone delante de nosotros en un momento dado de nuestra vida, mientras una voz nos dice: —Esa!... ¡esa es tu cruz!!

—¿Que es pesada?. . ¡La de Cristo no tuvo nada de leve!... ¿Que es amarga?... ¡La de

Cristo no tuvo nada de dulce!... ¿Que es... como para morir en sus horrendos brazos?... ¡La de Cristo no fué ningún tálamo de flores!... ¡Compárala con aquella, y verás cómo todavía sales ganandol...

—¿Entonces?...

—Lo que Cristo hizo con la suya, en la puerta Judiciaria... Cargar con ella... Echar a andar con ella... Caer bajo el peso de ella, pero para levantarse nuevamente, y tornar a echar a andar con ella... y con ella llegar hasta el calvario, para entregarse a ella todo entero hasta morir.—«Tome su cruz, y sígame».—

—¿Pero antes?.....

Ya lo había dicho el celestial Modelo: prenegar de sí mismo: renunciar a sí propio!... ¡Pisotearse «por dentro», como se pisotea el racimo en el lagar... Exprimirse y prensarse, y hacerse tamo, en todo cuanto se es... ¿No dice el Evangelio — «niéguese a sí mismo»?—

¿O es que el Evangelio es letra muerta y por ende intraducible a las costumbres y a la vida, y no realidad palpitante, con vitalidad eterna, para inspirar, hacer y ayudar a llevar

a cabo todos los heroismos de la historia?

Y, si el Evangelio era todo esto: ¿iba a ser el Evangelio patrimonio de sólo las mujeres, y de los hombres... degenerados, o pauta y nervio, ideal y acicate de los hombres «masculinos»?

¿Pues qué? ¿Iba a ser la masculinidad del hombre ni más ni menos que la de los brutos: la de luchar por la hembra, hasta despedazarse, como si el hombre no fuera más que carne con sexo, y no alma, con razón y con voluntad, y por ende, con albedrío, para sobreponerse y enseñorearse, siquiera sea sangrando, a todos los apetitos y a todas las concupiscencias, ¡a todos los instintos de la bestia humana?

Y el hombre: el hombre macho, cuyo misticismo no obstaba a su masculinidad—como que todo lo masculino de su titánico arranque, estribaba cabal y precisamente en su misticismo—se creció dentro del primo de Coral, a vista de su calle de la amargura. Y con la más dolorosa... amarga... y abnegada renunciación de su amor propio... —¡y de lo que era más grande aún que su amor propio!... ¡de su... pasión formidable

por Corall—pisoteando, así: pisoteando como a un bicho venenoso su corazón enamorado hasta el delirio, abrazándose con su «cruza» como «su» Señor de Pasión con la suya, echó a andar, y siguió andando... andando... andando, hasta dar cima y remate a todos los encargos de la señora...

¡Que esto es inverosímil?... ¡Que esto «no puede ser»?... ¡Lo sentiré por quien lo creal
 ¡No hablan los místicos del placer del dolor... de la locura de la cruz... de esas cosas estu-
 pendas, que han llegado a hacer en las his-
 torias los verdaderos discípulos de Cristo,
 que dijo de ellos que habrían de hacer «lo
 que El, y cosas aún mayores que las hechas
 por El»?...

¡Ah! ¡Todo está en el Evangelio! Lo que
 falta es leerlo... y practicarlo!...

—¡Cochero?... ¡A las oficinas de la Com-
 pañía de Madrid, Zaragoza y Alicante! Pero
 ligerito: ¿eh?

—¡Nadal: ¡que no me voy, sin dos res-
 guardos!

—¡Si no es posible, don Víctor! ¡Si no es posi...

—¡Pues se hace un imposible! ¡Cualquiera puede aplazar un viaje! ¡Unos novios, fígúrese!

—Pasado mañana, sí: ¡mañana, no!

—¡Pues tiene que ser mañana, así se hunda el mundo!... ¡Vengan esos dos resguardos, o perdemos las amistades para siempre!

—¿Pero...

—¡¡Vengan para acá le he dicho o... le rompo a usted la crisma con el tintero! ¡Se paga el doble!... ¡Se pone un vagón más!... ¡Se sirve cuando se quiere! ¡A ver!...

—Pues porque es usted en persona quien ha venido por ellos, se los lleva. ¡Pero bien puede usted hacer una raya en el agua!

—Bueno: ¡vengan ya para acá, que estoy de prisa!... La cuenta, a casa... Le mandaré a usted una caja de habanos, para que tire usted ese chicote indecente.

—¿Se va usted a meter en eso? Muchas gracias.

.

—¡A Eritaña, pero como si fuéramos por el Santoleo!

—Servidor.

—Servidor.

—¿Cenan aquí esta noche don Gonzalo Guaditoca y unos amigos: verdad?

—Sí señor: a las once.

—Bueno: pues la cuenta, a mí. Cuando la pida, le pasa usted en el plato esta tarjeta...

—¿Y si no la pidiera... porque tiene cuenta en la casa... y va a pagar por semestres?...

—Bueno: pues la de esta noche se la presenta usted con el «pagado» y la tarjeta... Es que no puedo venir, ¿sabe?, y es el regalo de novio que quiero hacerle.

—¡Ah, ya! ¡Entendidol

—¡A la calle de la Cuna, en la puerta de la cochera!

—Vosotros, a hacer guirnaldas de capullos; pero sin estropearlos ¿eh?. Con sólo dos guirnaldas, como de unos tres metros cada una, creo que habrá bastante...

¡Tú! Ponte a hacer como unos cincuenta ramos pequeños de azahar: ¡pero que no se deshojen!. Como para las cabezadas de los caballos y los demás arreos.....

¡Usted!, que eso es más para mujeres: a liar estos alambres en los tallos de las lilas, porque si no, se ponen lacios y se caen. Son para las frontaleras, y es menester que vayan tiesecitos.

—¡Qué gusto tiene usted, señorito Virto!... ¡Y a lospué, lo contento que estará usted! Ya usted vé: acá, que no tenemos ná en la torta mayormente, estamos locos como quien dice, conque usted, no quió decí. ¡Tirando piedras!

—¡Es natural!

—¿Sa le va a poné argo en las rueas?...

—Eso a última hora se verá: ¡vosotros, a hacer guirnaldas, mientras haya flores!... ¡Arrayán es el que hay poco!... Si acaso, que vaya Ramón, y se traiga otra carrada de la Cruz del Campo... Más bien que sobre ¿sabes?

—¡Al Salvador! frente al arquillo del Señor de los Desamparados.

—Esto, en la escalinata es donde está ya haciendo falta, dejando una entrecalle del ancho próximamente de dos tiras de alfombra. Las palmeras y los bambúes, hacia afuera, y luego las de flor junto a la alfombra... Lo que era menester son dos guirnalda de evónimos, para que sirvieran a la alfombra, de guardilla...

—¿Muchas varas, señorito?

—¡Eso, se mide!

—¿Y cuál se pone por fin? ¿La azul, o la colorá?

—¡La azul, hombre, la azul!... Pero eso, allá a la noche. Ahora, las macetas nada más... Usted, a coser los paños, que una tira sola es muy estrecha. ¡Lo que veo aquí son pocas flores!

—¡Edentro de la ilesia hay otras dos carrá!...

(Entrando en la parroquia y yéndose hacia el altar).

—¿Están ahí las señoritas?

—La señorita Amparo solamente... La

señorita Luz ha ido a la casa, a que manden los tibores del «fumoir».

.

—Oye, Víctor: ¿No te gustarían aquí a los lados de la verja, con estas ramas largas de celinda?..

—Lo malo es que se rompan con el gentío. ¡Ya ves! ¡esto es estrechísimo, y luego lo que tienen que ocupar los cuatro reclinatorios!...

—Tienes razón... ¡Oiga! A la señorita Luz que no se traiga los tibores.

.

—¡A la plaza de San Pedro!

.

—Hazme un café, pero que esté muy caliente, y llévamelo a mi cuarto... ¡Así venga en busca mía el Rey de España, que no estoy!... ¡Necesito siquiera una hora de sosiego, y que no se me moleste por nada en este mundo!

—¡Descuida, mi corazón!... ¿Te bato un huevecito?

—¡No puedo, madre!

—¡Anda, mi vida, que no almorzaste na-

da! ¡¡Por la pasión y muerte del Señor, no me dejes más fea de lo que soy!!

—Bueno: ¡pero que no sea de esos de «seis» yemas, que ponen las gallinas expofeso para tí.

.....
 (Allá a las diez de la noche, en casa de los tíos).

.....
 —¡Los resguardos del «sleeping»!

—¿Ves tú cómo no hay mejor mandado, que el que uno hace?

—¡Siempre se ha oído decir que al que le duele la muela es el que se la saca!

—¡Verdad que sí, hijo mío!

—¿Y Coral?... No la he visto después del viaje...

—Dámelos: los guardaré y le diré que venga a saludarte.

.....
 (Mutis de la señora, y Coral entrando en escena... ¡Dios, qué cosa más bonita!...)

.....
 —¡Mi regalo de bodas!

Y le da un sobre.

—¡¡No lo abras por Dios, hasta que estés

sola!... ¡Más no he podido, hija del alma!

—¡Pues muchísimas gracias, sea lo que sea!

— ¡Puede que las merezca!:

(A la señora, que vuelve).

—Hecho también lo de Eritaña, ¿sabe usted?... Lo demás, todo está en marcha.

—¿Quieres cenar con nosotros?

—No hay tiempo que perder. ¡Son muchas las puntadas que hay que dar todavía, y el tiempo vuela! Adiós hasta mañana.

—Adiós.

—Adiós....

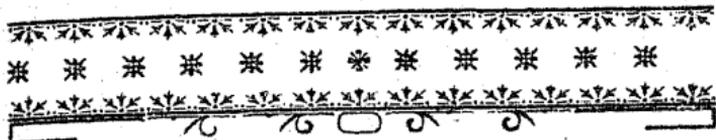
—¡Víctor!—(Coral en el corredor y muy quedito, y con una de sus zalamerías irresistibles:)—¿Le rezarás mañana un credo al Señor por mí?

—¡Ya ves!: ¡un credo!... ¡y al Señor!... ¡¡y por tí!

Y salió el pobre muchacho bebiéndose las lágrimas.

¡Por Dios, que ya era hora!





CAPITULO IV

«Dies magna»...

Doña Amparo se levantó muy temprano. Salió por aquella casa, dando órdenes a toda humana criatura, como chorros de agua la alcachofa de una regadera.

Por la escalera de la servidumbre, bajó a ver cómo estaba el coche, que se encontró convertido en una cesta de capullos de nieve y lilas blancas, entre estratégicos ramos de azahar.

—¡Encantada!

—¡Er señorito Virto, que no ha pegao los ojo en toa la noche!

Y lo mismo que el coche, los arreos, sobre todo, las *frontaleras de los caballos, que, como dijo el cochero:

—¡Mité, señoral: ¡a vé si no dan ganas 'e ponérselal... ¡Er señorito Virto, que no ha consentío ni que naide le ayuel... ¡Y malo y tól ¡Ha estao jasta provocando el infel, lo cuá que no ha querío ni tomá café, porque dice que tenía que comurgá! ¡Pa er Sarvadó ha salfo, a vé si espacha!

Y la señora, «encantada» de lo bello y artístico del exorno del landó y de los arreos, tornó a sus habitaciones, donde se hizo servir el desayuno...

Cuando vestida de un sencillísimo traje de mañana, aunque corto y estrecho como el de una tobillera, desembocó por aquella calle de la Cuna y dió vista a aquella plaza del Salvador... cuando vió la magnífica escalinata del templo, toda alfombrada de azul, entre aquellos dos macizos de latanias y de bambúes, laureles recortados y kentias elegantísimas; con las manchas ardientes de vívidos geráneos y amarillas centauras... y notó que la miraba todo el mundo como a... la contratista del gran festejo, sintió un ac-

ceso de vanidad satisfecha, que por poco la ahoga.

Entrándose por debajo del arquillo del Señor de los Desamparados, penetró dentro del templo y se dirigió al altar de la ceremonia:—ese hechizo de retablo churrigueresco, bello, y fino, y delicado, como el alfiler de pecho de una dama de la Corte del Rey Sol,—tan artística, como ricamente exornado de suntuosa candelería, y ramos de lilas blancas y rosas «vírgenes», en hermosos jarrones de plata antigua, con el majestuoso valladar de cuatro reclinatorios, cubiertos de ricos paños, de tisú de plata los de los desposados, y de terciopelo carmesí, el del conde y el de ella, que habían de actuar de padrinos en la solemne ceremonia.....

—¿Tía Amparo?

—¡Hola querido!

—¿.....?

—¡Magnífico! .. ¡suntuoso!... ¡Como para una Infanta de Castilla!

—Pues venga usted a la sacristía de la Hermandad

.....
—Esta bandeja, con las rosas blancas. Y

esta otra, con el azahar... Con sus paños mojados para que no se marchiten, pero sin agua, como usted ve, a fin de que no manchen.

—¡Encantada!

—He pensado en mis hermanas, para que sean ellas las que las echen.

—¡Encantada!

—Vendrán temprano y se subirán a la tribuna, para lo cual les tengo aquí la llave..

—¡Encantada!

—y usted sabe que lo harán, como un cronómetro.

—¡Encantada! ¡encantada!

—¡Más vale así!

—Vete luego por casa, y almorzarás con nosotros. Con eso, si hay algo más que disponer, no habrá que buscarte.

—Yo, tía, como usted quiera. Pero me tiene más cuenta descansar un rato. No me he podido acostar en toda la noche, ni anoche pegué ojo con el viaje: así es que estoy, que me caigo. ¡Repito, sin embargo, que como usted quiera!

—Pues entonces, vete y acuéstate; que no eres de palo... Lo principal, después de todo,

está ya todo hecho, y... ¡Ah! ¿Y las flores para sobre la alfombra?...

—No he querido que se pongan todavía, para que no se marchiten, con el solazo que hace.

—¡Encantada!

—Sino le he dicho a Nieves, que ha estado aquí ahora mismo, viendo el altar, que se traiga a las chiquillas, que tan monas son, para que vayan delante de los novios, arrojando las flores, después de la ceremonia...

—¡En... can... tadal ¡en... cantada, como con todo lo que tú dispones! ¡Eres todo un artista!... Pues adiós, hijo mío, y que descanses...

.....

Y figúrese el lector la impresión de doña Amparo, cuando, al entrar en las habitaciones de su hija, notó la cama intacta, y se encontró a Coral, vestida con el mismo traje de noche con que se había vestido la tarde antes para comer, sentada junto a la mesa peinadora... ¡con los ojos como puños, y la punta de la nariz, como una guindal!

—¿¿Qué es eso??... ¿¿por qué lloras??

—¡Llama a papá!

—¿¿¿Pero...

—Nada: que lo llames. ¡Haz el favor! Quiero que hablemos los tres a solas, antes que empiece a entrar gente.

Y la señora salió en busca de don Tomás, con carne de gallina.

—¿¿¿.....???

—Bueno: ¿qué es lo que hay?—preguntó don Tomás, de bata todavía, pues se acababa de levantar, entrando en el dormitorio de su hija, precedido de su «atribulada esposa».

—¡Ahora hablaremos!

Y Coral se levantó de la butaca calzadora. Cerró la puerta de cristales, y luego la de madera, que daba al corredor. Dejó caer el cortinaje de moaré rosa, que, pendiente de complicados lambrequines, exornaba el hueco, y volviendo a sentarse en su butaca, por primera providencia soltó el trapo.

—¡¡Por los clavos de Cristo, Corall!—empezó doña Amparo, con angustias de muerte.—¡Dí de una vez a qué viene todo esto!

—Pues a llorar con ustedes mi desgracia, y a preguntarles si, persuadidos de que eran

víctima ¡de una suplantación! y ¡de una estafa! por parte de su novio o de su novia, se casarían tan tranquilos.

—¿Pero...

—¿¿Pero...

—Sí, señores. El señor don Gonzalo, mi prometido, ha empezado ya a hacer mangas y capirotos de su dinero de usted, señor don Tomás Ulloa, y le tiene buscado sustituto a su hija de usted, señora doña Amparo Castejón.

—¡Qué atrocidad, tan atroz!

—¿Pero quién ha dicho esa infamia??

—¡Cállate, y déjala hablar!

—Hay en Avila—prosiguió Coral—una... mujer, a quien Gonzalo es deudor de lo que no se paga entre cristianos, más que con el casamiento... y una criatura de unos dos meses, con derecho ante Dios, al apellido Guaditoca.

—¡Imposi...

¡¡¡Que te calles!! ¡Déjala hablar!

—Pues bueno: díganme ustedes si esto es para casarse tan tranquila, o... ¡para echarse en la cara una cazuela de aceite hirviendo como doña María Coronel para librarse del

Rey Don Pedro... por más que donde la habría que echar es en los billetes de Banco de mi padre, y no en mi cara, que por lo visto le tiene perfectamente sin cuidado!... ¡¡Otra mujer!!... ¡¡Una niña!!... ¡Si yo no me he vuelto loca esta noche, porque Dios es muy bueno y le habrá dado lástima de verme en un manicomio!...

Pues bueno:— prosiguió, remangándose el flequillo, que se le entraba en los ojos, y recogíendoselo con un peinecillo de carey:— para que esa... señora no haya venido a Sevilla con su nena en brazos, a reclamar sus derechos ni a estorbar planes, ¡se le ha comprado su silencio temporal, al precio de tres mil duros; sin perjuicio de recibir más tarde no sé cuánto, y una renta anual no inferior e seis mil pesetas!

—¡No: si la cosa no puede estar mejor urdida!... ¡Si...

—¡Que te calles, te he dicho!

—Los tres mil duros esos ¡han salido de Sevilla unos cuantos días después de mi toma de dichos: pagaderos el quince de Noviembre, o sea: a los seis meses de mi casamiento que debiera ser hoy!..... Para no

atestiguar con muertos, aquí está este pagaré, firmado por Gonzalo, por valor de veinticinco mil pesetas, y este otro recibo aparte, de no sé cuántas, correspondientes a los réditos. Tú, papá, lee. ¡Y a ver si esto es una urdimbre de novela, o... ¡una desconsoladora realidad!!...

.....
Aquí unos cuantos minutos de silencio, mientras los interlocutores de Coral leen los documentos, o mejor: los devoran, y la desoladísima muchacha torna a sus refregones en ojos o narices...

—¡Luego es cierto que se ha tomado dinero, pagadero a los seis meses de mi boda y por un insolvente ¿no es verdad?... Pues bueno: como yo no consiento, ni puedo consentir que nadie se burle de mi corazón, ni que el honrado dinero de mi padre sirva para comprar silencios vergonzosos, lo que he resuelto, salvo el parecer de ustedes, pues por algo los he llamado a capítulo, es no dejarme estafar a ojos vistas, ni meterme en la boca del lobo atada de piés y manos con la bendición del cura.

—¡Eso jamás, mientras tu padre te viva!

—Y mi programa es el siguiente:

Primero: Una mesa ahora mismo ¡pero ahora mismo! ¡Una mesa a la entrada de la cancela, con recado de escribir y una lista que diga:

«La señorita ha amanecido enferma.»

(¡Porque yo me estoy muriendo, para que os enteréis! ¡Yo tengo unos latidos en las sienes, que me astillan, y un dolor en la garganta, dellorar, como si me la atenazaran, y una dispepsia, que me está asesinando!) Pues sí: «La señorita ha amanecido enferma, y queda suspendida la ceremonia»... ¡Es acaso el primer casamiento que se queda colgado en el aire, ¡aun con la iglesia llena de gente!, ni la primera boda que se deshace, aun con la novia aderezada? Aderezada y sin novio, dice el refrán.

Por más que quien aquí va a quedarse aderezado y sin novia es ese zascandil...

—¡Sí! ¡Hasta que se averigüe todo eso! ¡todo eso, que lo mismo puede ser verdad, aunque lo dudo, que... una calumnia de un desalmado!

—Segundõ: ¡Un criado ahora mismo ¡pero ahora mismo!, al hotel, con esta caja,

donde he metido el aderezo de corales y la pulsera de pedida!... El vestido de novia, como no es de ellos, no hay para qué, ni los demás regalos que figuran a su nombre y que han salido de las costillas de mi padre.

—¡Eso, cuando se haya averiguado la verdad!

—Tercero: este sobre que tengo aquí escrito:

«A los Excelentísimos señores condes de Guaditoca, Coral», con los recibos dentro. ¡Y ni una palabra más! Al buen entendedor, pocas palabras bastan!

—Cuarto: ahora mismo ¡pero ahora mismo! a traerme tú las veinticinco mil y pico de pesetas, que esto ha costado, para entregárselas yó a la persona de que me he valido. Si me las quieres dar de regalo, de regalo... ¡aunque sea de limosna!... Si, ni aun así quieres dármelas, préstamelas nada más, y me meteré a servir de doncella, hasta que las gane... ¡¡Todo: primero que deber yo una suma tan enorme, y a una persona que vive de su trabajo!!..

—¿Y se puede saber—preguntó doña Am-

paro, frenética de ira, ante el desmoronamiento de sus castillos en el aire—quién es ese... «buena persona» de que se ha valido una hija de familia, para así disponer de los bienes de sus padres?

—¡Pues mira!: ¡Víctor!

—¡Ya me lo estaba dando el corazón!... ¡¡Cría cuervos, y te sacarán los ojos!!

—¡Sí: Víctor!. Víctor, que, lejos de ser, como gratuitamente has supuesto, mi cómplice para desvalijar a mis padres, ¡me ha regalado! así ¡¡me ha regalado, como regalo de bodas, esos valores, que ni yo en mi delicadeza, ni papá en su conciencia, ¡ni tú en la tuya! podemos aceptar de ningún modo! ¡Digo: si es que entiendo yo algo de lo que es decoro en el mundo!

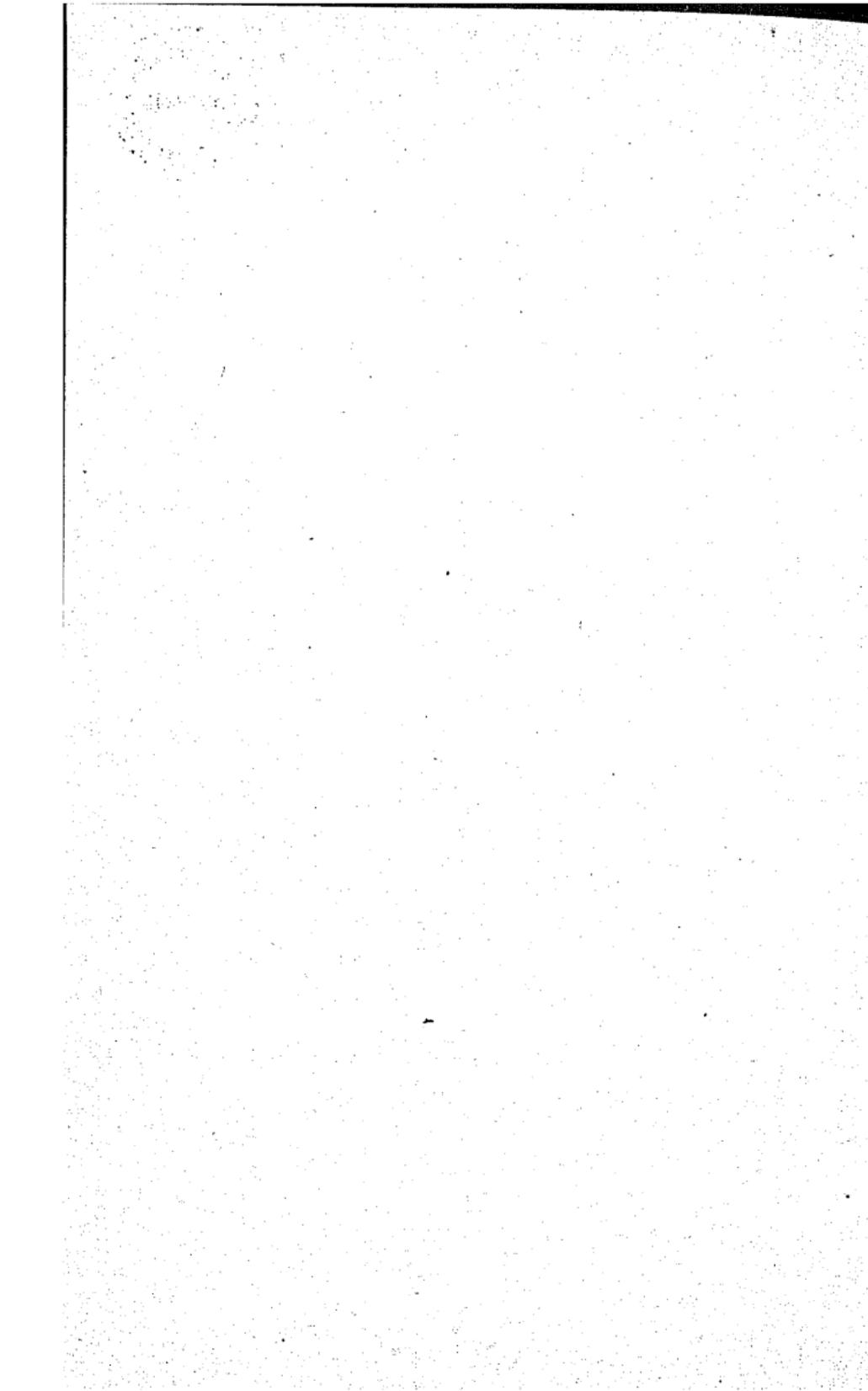
—¿Y... el «alma mía» será también el... «Noticiero Sevillano», que te ha venido con... la novela sensacional del destino de ese dinero?

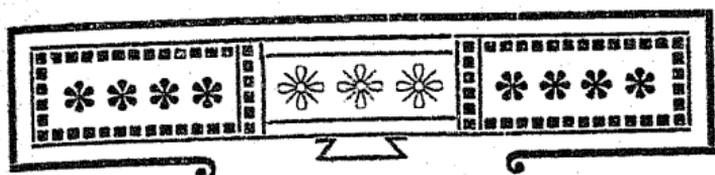
—¡El mismo que viste y calza! Y, para que os enteréis, del pe a pa, de todo lo ocurrido, hacedme el favor de escuchar esta carta, que me entregó anoche, mientras tú fuiste a guardar los resguardos del «sleeping».

—¡Pero esto es inaudito!... ¡Esto es
cruell... ¡Esto es una conspiración de sacris-
ta, como las de la Inquisición!

—¡Por Cristo, Amparo, cállatel... ¡Lo pri-
mero es lo primero!!... Lee, hija mía.







CAPITULO V

Que, más que capítulo aparte, es continuación del anterior.

(La misma escena. Coral leyendo.)

«Coral de mi corazón y de mi vida:»

(Doña Amparo, en un tiple que lastima el oído).

—¡Doña Inés del alma mía!

«Aun sin el inmenso amor con que te amo, de antes de tratarte...»

(Doña Amparo en el mismo falsete).

—¡Antes de conocerte,

Ya te quería! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

«con sólo la infinita gratitud que hacia tí

siente mi alma bien nacida, hubiera hecho por tí lo propio y mismo que he hecho: ausentarme de Sevilla por una temporada»...

— ¡El viajito de incógnito!

«no a buscar aires serranos, ni a descansar de la vida de escritorio, como recetó Ledesma; sino a asfixiarme ¡a asfixiarme de angustias infinitas lejos de tí! y a trabajar día y noche, por saber y averiguar, y aquilatar y quintiesenciar acerca de las cualidades del hombre, que aspira al divino galardón de tu mano.

¡Me ha costado mucho tiempo y mucho arte! Pero, por fin, he averiguado todo lo que necesitaba saber, y lo que he averiguado es lo siguiente:

Hay una mujer en Avila, donde he permanecido todo el tiempo que ha durado mi ausencia, a quien es deudor Gonzalo de lo que no se paga entre cristianos, más que con el matrimonio»...

— ¡Qué rebién te has aprendido el párrafo!

— ¡Como que me he llevado repasándolo toda la noche!

«y una criaturita de unos meses, con derecho ante Dios al apellido Guaditoca.

Para que esa mujer no haya venido a Sevilla, como pensaba, con su niña en brazos a reclamar sus derechos y estorbar planes, ha habido que comprarle su silencio temporal y su pasividad por el momento al precio de tres mil duros: sin perjuicio de entregarle más tarde otros diez mil duros más (para lo que se ha librado pagaré), mas una renta anual de seis mil pesetas.

Esto, que era un mero rum rum, a mi llegada a Avila, es hoy del dominio público.

Cualquier otra persona de tu confianza, que esté allí dos horas, lo oirá hasta pregonar por las calles.

Ahora bien: como esos tres mil duros «ciertamente» habían ido de Sevilla, era preciso de todo punto averiguar qué prestamista de esta plaza los había facilitado. Mas, como, por otra parte, una cuestión tan delicada como esa no se puede ventilar con ningún usufero, sin ir con el dinero por delante y en són de pago, me eché esta mañana en el bolsillo seis mil y pico de duros, y me plantifiqué en el despacho del único prestamista capaz de facilitar los miles de pesetas, como agua, a un insolvente.

El resultado de mi gestión ahí lo llevas. O sea: ese pagaré, de veinticinco mil pesetas, vencerá a los seis meses de tu boda, y ese recibo de los intereses, correspondientes a medio año... con cominitós.

Acéptalos, Coral de mi alma, como regalo de boda que te hago, a fin de que no tengan que empezar a abofetearte el corazón a los seis meses de tu matrimonio, ni sea tan rápido el horrendo despertar del sueño de tu dicha.»

—¡¡Cosa más cursi!!

«¿Qué es todo eso, si te ahorro una lágrima?

Conociendo, como conozco, tu buen sentido, no te aconsejo nada. Tal puede ser tu pasión, que te haga pasar por todo: hasta por consentir con la sonrisa en los labios que el amor a que tienes derecho ¡la adoración a que eres acreedora! la compartas contigo otra mujer, y con hijos nacidos de otro seno, el amor paternal que tú querías para sólo los hijitos de tu alma.

Ojalá yo me equivoque y quede desacreditado como profeta. ¿Qué querré yo para tí, sino que seas dichosa?

Es todo lo que pido y pediré siempre a nuestro padre y «amigo» Jesús de Pasión: que, de no arrancarte esta noche misma la venda con que es posible que el amor te tape los ojos, convierta en otro hombre enteramente nuevo al elegido de tu corazón, sin lo cual es imposible de todo punto que no seas, alma mía, la mujer más desgraciada de la tierra.

Si tienes que llorar alguna vez—¡no lo permita Dios!—entonces y sólo entonces acuérdate de mí; para morirme de pena junto a tu cruz, con un dolor de compasión tan sin límites a tu infortunio, como sin límites es y habrá de ser siempre el amor de tu agradecido Víctor».

—¡No creí que fuera tan literato el... sacristán mayor!... ¡Es que parece enteramente un párrafo de sermón de septenario de Dolores!... ¡No lo creía tan «orador sagrado»!

—¡¡Ni yo tan hombre!

—¡¡¡Ni yo tan... rebueno!!!

—Pues bien, señoras. Como alguna vez en el mundo me había yo de poner los pantalones en esta casa, porque los hombres son

para las ocasiones y ninguna como ésta, vengan para acá esas alhajas y esos comprobantes, que yo sabré qué hacer.

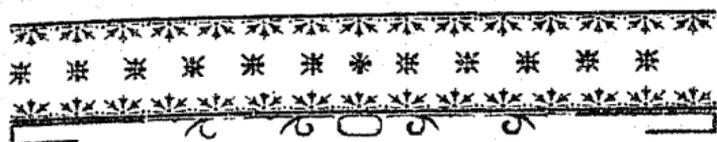
Tú, hija de mi corazón, a no apurarte por nada, mientras tu padre te viva. Y usted, señora, a disponer que se ponga esa mesa en la cancela, ¡pero ya mismo!

—¡¡A tirarme de cabeza por el balcón es a lo que voy!!

—¿A que no?... ¿Qué te apuestas a que no?...

— ¡Infame! ¡Mal caballero! ¡¡¡Parricidaaaaa!!!!





CAPÍTULO VI

Más estaciones de un Vía-cruis.

Resolución indomable de Víctor, durante la procesión de penitencia del Jueves Santo, en que vió tan amartelados a los novios en su palco de la Plaza de San Francisco, fué salvar a Coral, costara lo que costara, de lo que su fino instinto de enamorado hacía presentir que había de ser la ruina.

Por eso marchó a Avila, tan pronto como pudo, sin que lo columbrara ni la tierra, con el pretexto de mudar de aires y descansar de los ajetreos del escritorio...

Por eso permaneció allí días y días, sin

que de allí lo arrancasen ni con garrocha hasta haber averiguado y comprobado—claro que como ciertas cosas pueden comprobarse—cuanto se trajo en el buche que no fué poco.

Entonces enderezó la proa hacia Sevilla, a donde llegó, estropeado de cuerpo y angustiado de espíritu, cuando quiso que llegase la divina Providencia. Sostuvo con su madre, consternadísima al verlo tan desolado y caviloso, el breve diálogo, en que manifestó su fiebre de dinero, y salió como sonámbulo de su casa, a... ¿dónde, Jesús suyo de Pasión?... ¿A dónde? . . . ¿.....?!

Lo que más le había horrorizado siempre en este mundo!: sentar plaza de sablista: presentarse ante un hombre, que nos conoce, y a quien por el delito de conocernos, ponemos entre la espada y la pared, para que, o afloje la bolsa, quiera o no, o pase por el bochorno de confesarnos que está tan apurado de recursos como nosotros mismos, o es tan duro de entrañas, que es capaz de dejarnos con el agua al cuello, sin tendernos una mano salvadora.

¿El, que nunca había pedido nada a na-

die?... ¡El, educado por una madre, toda renunciación y toda sacrificio, que en los trances apurados de la vida había vendido un mueble o desprendídose de una joya, antes que fatigar a este ni al otro, llorando plagas?... ¡El.....

¡Ah! ¿Qué pensaría de él la persona con quien llegara a franquearse... ¡éll...! jefe de escritorio de una casa de tanto crédito como lo era la de Ulloa!?

—¿Será—pensaría cualquiera— que habrá hecho algún desfalco,—(¡Horror de horrores!)—desfalco que es preciso tapar antes de las veinticuatro horas precisamente, porque, pasado ese tiempo, tendrá que venir el descrédito... quizá el presidio?—¡Horror!.....

¿¿Quién estaba obligado a saber todo lo horrado de sus propósitos... todo lo desinteresado de su gestión... ¡todo lo heroico de aquel paso, en que iba hasta a jugarse su buen nombre!,... y no con una persona, ni con dos.. sino con cuantas fuese necesario, hasta llegar a tropezar... ¡si tropezaba! con quien, «sin fiador, ni hipoteca» ¡sino por su inda cara! le plantase en la mano tres o cuatro mil duros... si no eran más, hasta que él,

a fuerza de años, y a costa de privaciones, pudiese reunir para ir pagando??.....

¿A dónde?... ¿A quién?... ¡Y la boda, mañana, Dios eterno!.....

Y un desaliento mortal, una cerrazón de horizontes, que le hizo andar dos o tres calles sin rumbo fijo, se apoderó de él durante una media hora.....

—¿A quién?... ¿A dónde?...

¡Si don Simón, que tan amigo se le mostraba siempre, fuese capaz de prescindir para con él de la ritualidad de la garantía de la fianza, y se contentara sólo con el rédito: el diez... el veinte... el veinticinco... ¡el ciento por ciento, si era menester! con tal que aquello quedase sólo entre los dos, y no columbrase nadie que él andaba con apuros pecuniarios, ¡y apuros pecuniarios de aquella monta!...

¡Imposible que un prestamista de profesión, como don Simón lo era, dejase de ser prestamista, con todas las de la ley, para cristalizar en amigo simplemente!... Siempre se ha dicho que el negocio no tiene entrañas, y harto estaba de oírle decir que ni a su padre que viniéra del otro mundo, le prestaría ni un céntimo sin garantía...

—Somos mortales—era su muletilla—y dígame usted qué se hace un hombre, sin más resguardo que la firma de un hombre, ¡muy de bien, y muy caballero, y todo lo que usted quiera! pero insolvente.....

Ni don Simón, por tanto, ni ningún prestamista de profesión eran la solución del problema...

¿.....?

¡¡Y la boda mañana!! ¡Y decían que se morían las personas de repente!

¿Qué hacer, Dios suyo?... ¿Apocarse y amilanarse ante tamaña cerrazón de horizontes, y que se lo llevara todo la trampa—¡y el «todo» que tenía que llevarse la trampa era la felicidad de Corall!—o crecerse ante la dificultad como se crece la fiera con el castigo, y... zancajear toda Sevilla en las veinte horas que restaban... y revolver el mundo... y hacer los imposibles... todo: menos tocar a la caja ¡horror!—hasta ver la manera de reunir la malhadada suma, ¡aunque fuera menester ir pidiéndola de limosna, como se pide una misa... de puerta en puerta! o morir de desesperación... y de pena, ¡de dolor y de rabia! de no lograr reuniría?.....

¿La suerte de Coral en manos... de un chulo de «smoking»,... de un golfo con corona, que aun antes de hacerla suya, dispondría de su dinero, para tapan la boca a barraganas y subvenir a las necesidades de sus hijos bastardos?.....

—¡De aquí que yo necesite ese dinero a todo trance, así tuviera que venderme de esclavo para hacerlo mío! ¡Así!: para rescatar los documentos fehacientes de la infamia sin nombre de que ya está siendo víctima; méterselos por los ojos, y que ella en su buen sentido obre como le dicte su decoro... su conciencia...

Pero ¿a quién que no sea prestamista se le pide dinero . . ni quién, sea prestamista, o no lo sea, lo da sin garantía?...

¡¡Y la boda mañana!!.....

¡Ah!... ¿No había un Dios en el cielo, que sabía sacar la cara por los suyos?.....

¿Y acaso él no era de Dios y lo había sido siempre? Y Coral ¿no era de Dios... y de sus pobres?.....

¿Buscaba él, acaso, en todo aquello, ningún medro propio, sino el triunfo de la inocencia y de la justicia... ¡la salvación de «un

prójimo» honrado y bueno, víctima predeterminada de la más deshonrable de todas las imposturas?....

—¡Jesús mío de Pasión! ¡Que por algo te la he puesto entre el forro y la entretela de tu túnica!... ¡¡Sálvala, Padre mío, aunque sea a costa de mi misma vida, cuanto más de mi humillación... ¡de mi vergüenza!... ¡de mi deshonra!

Y el nombre de un caballero muy cristiano, hermano de mesa, como él, de la Hermandad de Pasión, discurrió por su mente, como un meteoro. Le dió un volquetazo el corazón, y se fué, como una flecha, en derecha de la casa del caballero ..

Lo que sentiría un condenado, al llegar a la puerta del infierno, y tener que tirar ¡él mismo! del llamador de una campanilla que allí hubiese, sintió nuestro pobre amigo, al llegar al zaguán de la casa de don Daniel Orbaneja, que este era el nombre del caballero...

¡Deseó que no estuviera!... Es decir: ¡no!; ¡que estuviera!... ¡que no lo hiciése esperar!...

¡que se penetrase bien de todo lo horroroso de su calvario y de todo lo desamparado de su cruz y, aunque fuese al ciento por ciento, con tal que fuese sin otra garantía que su firma, le pusiese en la mano la varita de virtud con que salvar a Coral de la horrible catástrofe!... ¡Corall!... ¡Corall!...

¡Y dió un campanillazo, que atolondró la casa!

—¿El señor don Daniel?

—¿A quién anuncio?

—¡A don Víctor Ayala!

—Que pase usted.

—¡Hola, amiguito!... ¡Adelante!... ¡Siéntese usted!... ¡Asuntos de la Hermandad, ¿no es eso?... ¡Lo menos un candelabro del «paso» del Señor!... Pues nada: ¡cuente usted con lo que quiera que a mí me corresponda! Si nosotros, los hermanos de raíz, empezamos a huir el hombro y a escurrir el bulto, ¿quién va a tener que pagar los vidrios rotos?... Y lo que era menester es que fuéramos pensando en otra túnica de calle para el Señor. Esa tan acampanada y tan tiesa, no me gusta, y

mi limosna quiero que sea el coste del terciopelo... ¡Voy a decirle a Angeles que baje unas muestras, que me han mandado ayer mismo de Lyon, y verá usted qué moradollirio más hermoso!

¡¡Angeles!!..

—¡Si usted quisiera, señor don Daniel, que dejáramos eso para otro día!... El asunto que me trae hoy por aquí (y que no es nada de la Hermandad) es para no perder ni medio minuto, y desearía que entrásemos en él sin más preámbulos.

—Usted dirá.

—¿Pudiera usted... prestarme...—empezó con trasudores de agonía y bascas de muerte:—para antes de veinticuatro horas (después no me resuelven problema)... prestarme...—y Víctor agonizaba, como el Señor en el Huerto—prestarme... ¡horror me da decirlo, pero en fin: allá va!... prestarme quince o dieciseis mil pesetas... al interés que usted quiera ponerle... pero sin más garantía, que mi firma?

Don Daniel lo miró de arriba abajo, con una cara, entre compasiva y chusca, que lo mismo podía ser una caricia, que un insulto.

to... ¡Victor no sudó sangre, porque eso no lo ha sudado más que Jesucristo por amor al hombre!, y el bueno del caballero preguntó:

—¿Nada más?

—¿Y le parece a usted poco?—exclamó Víctor, con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Hombre: según y conforme! Para comprar... altramuces o cotufas, un disparate... Para que se ponga colorado un hombre como usted y se le saiten las lágrimas, ¡una indecencia! ¡Cuenta usted con los tres mil duros que dice, y hasta con setenta y cinco mil, que es hoy mi cuenta corriente en el Banco! ¡Desde luego, cuando un hombre como usted, se echa a la calle, en busca de esa suma, es porque la necesita urgentemente, para algo íntimo y para algo honrado!

Víctor, que se echó a llorar sin disimulo, hizo por besar las manos a su interlocutor.

—¡Quite usted, criatura!... Así pues, escriba usted ahora mismo en ese cheque la cantidad que quiera, hasta trescientas setenta y cinco mil.....

—¡Con dieciseis mil creo que tendré bastante!

—¡Ponga usted más!... ¡Ponga veinte... ¡veinticinco!... ¡Lugar hay de que reingrese lo que le sobre!...

—Pues pondré veinte mil, ya que es usted tan bueno... Si acaso no tuviese bastante, volvería por el resto que fuese menester...

—Como usted quiera.

Y Víctor rellenó un cheque, por valor de veinte mil pesetas, que firmó el caballero.

—Bueno: ahora, el interés. ¿... ?

—Cómo?

—¡Que a qué interés!

—¿Le parece a usted... que le pongamos... ¡Eso es!... que le pongamos... a razón... de... un credo por día al Señor de Pasión, mientras obre el dinero en su poder?...

—¡Déjese usted de bromas, don Daniel, que el caso no es para bromas! ¡Diga usted en serio qué interés se le pone!

—Entonces... ¿me toma usted a mí por un prestamista?

—¡Por lo que se llama «un prestamista», no, por eso he venido a usted! Por un amigo, «que hace el favor de prestar», pero que no debe perder la justa reituación de lo que es suyo

—Pues mire usted, amigo. Si le conviene a usted sin interés ninguno la cantidad que le apronto, ¡al Banco, a espetaperros, antes que cierren! Si su delicadeza no le permite recibirla sin interés, por ahí hay matatías a porrillo... Yo, ¡o presto de esa manera, o de maneras ningunas!

—¡Bueno! ¡como usted quiera!... ¡El que se está ahogando como yo, se agarra, aunque sea a un clavo ardiendo! Esto me obliga más a echarme un hierro en la cara, y a no comer, si es preciso, hasta pagarle religiosamente.

—¡No corre prisa! ¿eh?!.. ¡Cuando usted puedal

—Pues alárgueme un papel, para hacerle el recibo.

--¿El recibo?... ¿El recibo?... ¡A los hombres como usted, o no se les presta un cuarto, o no se les toma recibo!... A un hijo de don Víctor Ayala y de doña Luz Castejón hay que hacerle la justicia de creerlo honrado: y a los hombres honrados no se les toma otro documento, que su palabra. Conque lo dicho dicho, y la jaca a la puerta... ¡O así, o de ningún modo! ¡Eso, usted allá!

—¡Bueno!—contestó Víctor, orgulloso de su padre y de su madre, como un descendiente de príncipes, de los suyos, y agradecido a aquel hombre, hasta la infinitud—¿me permitirá usted siquiera que... le bese los pies?

—¡Hombre! si tiene usted tantas ganas de besar pies, pásese usted de camino por la parroquia y béselos de mi parte al Señor.

Pues sí: ¡la túnica para la calle es menester que la estrene para el año que viene!... ¡Una túnica, de buen terciopelo, sin aderezo, con un bordado flexible y descargadito... ¡que pliegue bien y dibuje la línea del Señor!... ¡Porque hay que ver lo que es la línea, ¡la línea del Señor!! ¡Ya ve usted lo que se dice de Martínez Montañés!: que salía a verlo por las esquinas y decía que ¡era imposible que él lo hubiera hecho!... Por cierto que si pensáramos también en un juego de faroles de plata, para el «paso»...

—¡Don Daniel! ¡por Dios!! ¡Ya vendré más...

—¡Ay, verdad! ¡Usted perdone! ¡Pero en poniéndome a hablar de ese hechizo de Señor, se me va el santo al cielo! ¡Porque hay

que ver la cara de ese Señor... y la línea de ese Señor! ¡Ya ve usted lo que decía Montañés:

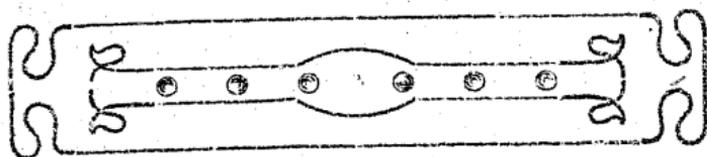
—¡¡Don Daniel!!

—¡Ah: verdad!...

NOTA.—Por si pareciese inverosímil a algunos temperamentos la conducta de nuestro don Daniel, diré bajo mi palabra que tanto el tipo como la escena y hasta la suma, son rigurosamente históricos. Y reservándome el nombre del dador, pues no estoy autorizado para sacarlo a la plaza pública, diré el del *prestamista*. Se llamaba don José García Sarmiento. Nació y murió en la ciudad de Antequera, donde era conocidísimo, y donde sin menoscabo de la legítima de sus hijos que dejó ricos, hizo muchas caridades, no pocas de las cuales pasaron por mi mano.

¡Recibe, amigo del alma, este beso a tu memoria!





CAPITULO VII

En que prosigue el Vía-Crucis

—¿Encontraste?—le preguntó doña Luz al verlo entrar, radiante de alegría.

—Sí: ¡veinte mil pesetas, que se dicen de una vez!... ¡Don Daniel Orbaneja, Dios se lo pague! ¡Y sin interés ninguno! Y es más: ¡sin recibo!!

—¿¿.....??

—Dice que basta de media vez que sea hijo de don Víctor Ayala y de doña Luz Castejón —y se abrazó a su madre frenético de entusiasmo—y que a los hijos de gen-

te así no se les acepta otro resguardo, que su palabra.

—¡Todo tiene su compensación en este mundo!—aseguró doña Luz, hecha una Magdalena—¡y justo es que también la tenga la honradez de los pobres! Con que te haya dejado eso solamente, ¡ya ves si te ha dejado el pobrecito de tu padre!... ¡Una fama de honradez, tomada al traspaso!... ¡Lástima que no lo supieran los que tantísimo lo despreciaron, porque era pobre!

—Pues bueno: ya lo sabes: que debo cuatro mil duros. Y que lo sepan las niñas también... Todos somos mortales, y a falta de otro documento, sírvale de resguardo la honradez y la conciencia de todos los de la casa.... ¡Hiciste lo del monte?

—¡Tuviera que ver que no! Aquí tienes los veinticuatro mil reales de tu cartilla...

—Seis mil pesetas.

—Once mil ochocientos veinte, de la cartilla de tus hermanas...

—O sea: dos mil novecientas cincuenta y cinco... ¡Pobrecitas de mi alma!

—Noventa y seis duros y dos pesetas, que había de manejo...

—O sea: cuatrocientas ochenta y dos.

—Y otros sesenta y tres duros, de la escribanía, los cubiertos, el mantón de mamá Amparo, el abanico bueno de nácar, el reloj de Amparito y la medalla de primera Comunión de Luz...

—O sea: trescientas quince... Conque tenemos seis mil; más dos mil novecientas cincuenta y cinco; más cuatrocientas ochenta y dos; más trescientas quince... Cinco y dos, siete; y cinco, doce... Una y cinco, seis; y ocho, catorce; y una, quince... Una y nueve diez; y cuatro, catorce; y tres, diecisiete... Una y dos, tres; y seis, nueve..... Total: nueve mil, setecientas cincuenta y dos. Pues bueno: quédate con las cincuenta y dos de pico, para la casa, y dame acá las nueve mil setecientas. Nueve mil setecientas, y veinte mil de don Daniel, y trescientas y un piquillo, que me ha sobrado del viaje, son treinta mil. ¡Yo creo que hay bastantel.... ¡Pues adios, y hasta otra!... Que si no vengo, no me espereis.... ¡Son días anormales, y figúrate tú cuando me coja tía por su cuenta!...

—Allí están las niñas. Impaciente porque

tú no ibas, las ha mandado a llamar y para allá han salido a espetaperros.

—¡Y ahora?... ¿A dónde?....

Porque lo más peregrino de la odisea de Víctor era la incertidumbre del argumento... la inseguridad del desenlace y el desconocimiento absoluto de los personajes con que había de relacionarse y entenderse para el desenvolvimiento de la trama.

El dinero que él había menester, era para pagar a toca-tejas el débito, fuese de la cuantía que fuese, contraído por el novio de Coral, a fin de, con la irrefragable prueba de un pagaré firmado por Gonzalo, hacer ver a la muchacha todo lo hondo y tenebroso de la sima, en cuyo resbaladizo borde habíase situado...

¿Que por medio de un heroico sacrificio de su parte la podía salvar? ¿Más se merecía ella?... ¿Que aun arrastrando de mala gana todo lo de la casa y entrampándose hasta los ojos, llegaba tarde? ¿Con el corazón desrozado para siempre, le quedaría el recurso de la tranquilidad de su conciencia!...

¡Adelante, así pues, y adelante; que de ningún cobarde se había escrito nada!

Pues bueno: ¿Y a dónde?... ¿¿¿. ...???

¿Quién sería el matatías de Gonzalo?

Y con la clarividencia de la intuición angélica, con que se le había ocurrido el nombre de don Daniel, para prestamista suyo, se le vino a las mientes el de don Sangui, como el más a propósito para el heredero de Guaditoca.

Era el tal don Santiago, don Santi, como por apócope lo llamaban sus íntimos, conocido en la plaza comercial por el mote o remoquete de Sanguijuela: de ahí el dictado de don Sangui, con que acabó por llamársele por todo bicho viviente, aunque, ¡claro! a espaldas suyas.

Causa determinante del, sin malicia alguna, remoquete fué la tenacidad del usurero para adherirse a sus clientes y la insaciabilidad en sus succiones... Prestamista de cuerpo entero en todas las manifestaciones del préstamo y de la usura, había especializado —¿en qué no se tropieza hoy con un espe-

cialista?—en facilitar dinero a hijos de padres ricos, para cuando llegaran a heredar, y a novios de muchachas poderosas, para cuando hubiesen encendido la antorcha de Himeneo. Para entenderse comercialmente con los últimos debía preceder la toma de dichos, como requisito imprescindible.

¿Rédito?... ¡Una miseria! El seis por ciento anual... ¡A ver si eso era motivo, para que le hubiesen puesto don Sanguijuela! Ahí estaban si no, los documentos. . . ¡Un hombre comidito de escrúpulos como él?....

—Pues nada: ¡ciertamente! se dijo Víctor.
—Tiene que ser don Sanguí. No puede ser otro.

Y, por si era, o no era, se dirigió al cubil de la raposa.

No estaba, y esperó. Se llevó tres cuartos de hora, sentado en un antedespachete, que tumbaba de espaldas del olor a humedad y a tabaco fiambre, hasta que sintió llamar a la cancela y vió entrar al seráfico varón, liado hasta los ojos en la mugrienta bufanda. Hasta la Virgen del Carmen no la soltaba.

—¡El señor don Santiago... (no recordaba le apellido).

—Servidor de usted ¿.....?

—Víctor Ayala..

—¡Muy señor mío!

—Jefe de escritorio de la casa Ulloa,

—¡¡Tánton gusto!!... Pase usted... ¡Siéntese!

Y con ese desparpajo de los hombres listos; que conocen lo pernicioso del titubeo, dando la cosa por hecha —todo lo más que podía ocurrir era haber dado en hueso —dijo sin más ni más, al bueno de don Sanguí:

—Vengo a hacer efectiva, (claro que sin menoscabo de los intereses de usted) la cuenta esa, del señor don Gonzalo Guaditoca. Y sacó del bolsillo interior de la americana un fajc de billetes, del tomo de un diccionario de la Lengua.

—¿Pero tan pronto?—preguntó don Sanguíjuela, cayendo en la red, como un pajarito.

—Los mandatarios—replicó Víctor, encojiéndose de hombros con la más clímpica de las indiferencias—no tenemos que meternos en si es pronto, o es tarde... Se nos dice: cobre usted, o pague usted, y obedecemos ¡y en paz!

—Lo digo, porque quedamos en que hasta a los seis meses del casamiento, no se le molestaría en lo más mínimo... De modo que me extraña.

—Yo, señor, lo que me mandan hago... Y con decir que usted no quiere...

—¡No! ¡Si querer, sí quiero!... Lo que deseo es que vea usted la clase de hombre, con quien está usted tratando, y que vea usted, con sus propios ojos, que yo no atosigo a nadie, ni le tiro de los pies a ningún ahorcado. ¿Que de él sale pagarme antes de tiempo? ¡Bendita sea su alma! Obligarle, no le obligo.

—Pues entonces, la cuenta, cuando usted quiera.

—Pues verá usted: la cuenta del capital... son veinticinco mil pesetas. Más mil quinientas del rédito al seis por ciento por un año. Ahora: que, como me paga con seis meses de adelanto al vencimiento, en mi conciencia está no cobrarle el interés que corresponde a esos seis meses... aunque, si se alambica y se aquilata, yo no tengo la culpa de que él se me eche fuera del negocio...

¡Ya ve usted!: ¡primero que yo coloque esa cantidad!...

—¡Mire, que yo no vengo en plan de regateo!... Con darle a usted lo que usted me pida, y llevarme comprobante de lo que entrego, despachado... Aquí usted es el cuchillo y yo la carne.

—Pues vaya usted contando veinticinco mil del capital, y siquiera, siquiera... novecientas, para yo indemnizarme del tiempo en que esa suma no me reditúe nada... Del cielo abajo, cada uno vive de su trabajo... Voy a la caja por el pagaré...

—Me hará usted un recibo de las novecientas del rédito... ¿...?

—Hombre, sí: ¡ya lo creo!

—¿Don Daniel?

—¡Adelante, amiguito! ¿.....?

—A devolver a usted cinco mil, que me han sobrado.

—¿De verdad?

—He tenido bastante con quince mil, y ¿para qué acostarme debiendo veinte?

—¿Ve usted cómo sabía yo con quién me gastaba el dinero?

—¡Retemuchísimas gracias, don Daniel!

—¿¡Pero se marcha?!

—Sí señor. Es un día...

—¿Entonces no vamos a echar un rato de capilleteo?... Porque yo, amigo Ayala, en cuanto salgamos de la túnica del Señor, ya le tengo puesta la puntería al «paso de Virgen»... Y, puesto que la nuestra lleva la advocación de la Merced, un manto de tisú de plata o de terciopelo blanco, crea usted que daría el golpe. A Angeles se lo he dicho: ¡mira que estaría hermosísimo un manto de tisú o de terciopelo blanco hueso, bordado, sólo en hojuela, con dibujo menudo, y no esas plastas!...

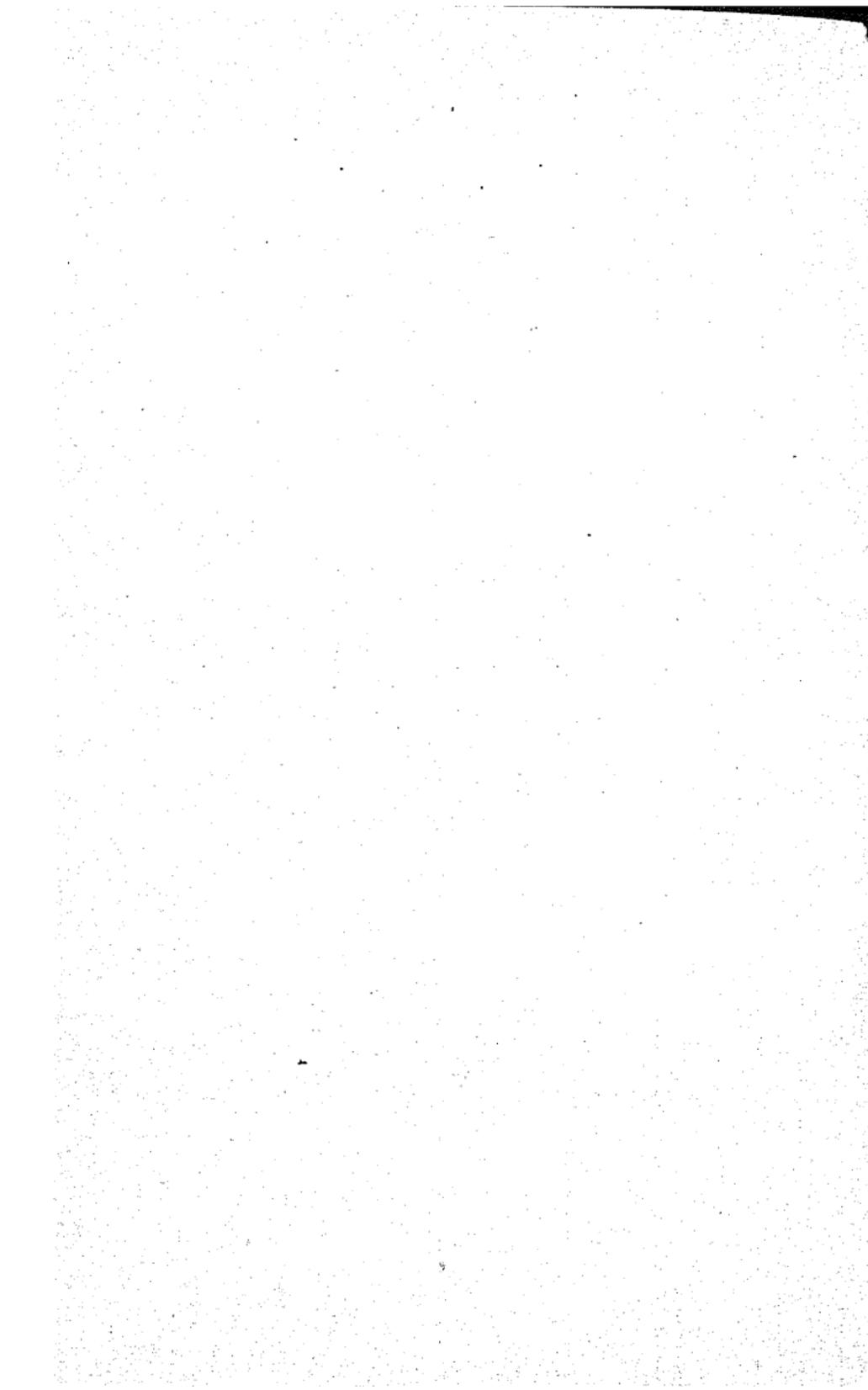
—¡¡Don Daniel, por Dios!!... ¡Que es el día más crítico de mi vida!... ¡Ya vendré por ahí con despacio!

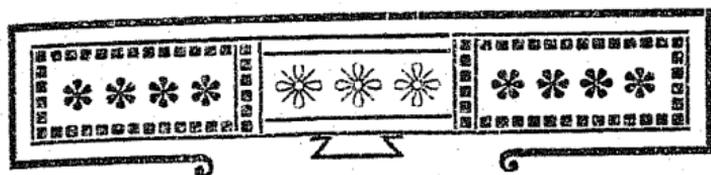
—¡Pero no ve usted las muestras del terciopelo para la túnica?... ¡¡Angeles!!... ¡Tráete las muestras de terciopelo, que están en la consola de la sala!... ¡Pues sí! ¡Una túnica, descargadita y flexible, que marcara perfectamente la línea del Señor... ¡porque

hay que ver la línea del Señor!... ¡Ya ve usted lo que le pasaba a Montañés, cuando salía a verlo por las esquinas: ¡que ni a él mismo le cabía en la cabeza que una obra tan perfecta ¡tan divina! hubiera salido de sus manos!...

Y no hubo más remedio que ver las muestras, y dar su parecer una por una, so pena de suicidarse... ¡Una «silueta»!







CAPÍTULO VIII

Paráfrasis de una carta

Una bomba que hubiese estallado a sus pies... pero con rosas y claveles por metralla; el firmamento que se le hubiese venido encima, pero dejando caer una lluvia de ángeles y serafines, no le hubiese producido mayor sorpresa, ni más hondo deleite al mismo tiempo, que las primeras letras de la carta de su primo.

Como quiera que éste le había dicho al entregársela que era su «regalo de boda» y que «más no había podido», creyó, al ver

los documentos adjuntos a la carta, que serían los resguardos de los valores, pocos o muchos, que en su generosidad había podido regalarle el pobre, y ni los miró siquiera. El contenido de aquella carta tan larga le interesaba mucho más que los dineros, y se dispuso a leerla, sentándose para ello en una butaquita calzadora, junto a la coquetona mesa tocador, a la luz de una lámpara portátil, de porcelana inglesa, con elegante pantalla de seda, de los mismos colores y dibujos del jarrón, que servía de soporte a la bombilla. ¡A ver!....

«Coral de mi corazón y de mi vida:»

—¡Aaaaay!... ¡Qué vocativo más... raro, y en Víctor, tan comedido, por no decir hurraño!.. ¡A buena hora, mangas verdes! ¡A buena hora destapa el pomo de perfumes de su alma de... enamorado, si lo está!... ¡Cuando está una comprometida solemnemente, y hasta confesada y comulgada y todo, para casarse!... No esperaba semejante incorrección en muchacho tan correcto, ni atrevimiento tamaño en hombre tan para poco en

cosas de amoríos!... ¡En verdad que el vocativito se las trae! A ver: ¿.....?

«Aun sin el inmenso amor con que te amo desde antes de tratarte»...

—¡Ah tunante!: ¡que me ama!... ¡Pues diga usted que para buzo se pinta solo!... ¡Bien pudo el alma mía clarearse antes, y no, cuando está una comprometida hasta los topes!

«con sólo la infinita gratitud que por tí siente mi alma bien nacida»...

—¡La verdad que es más agradecido que la tierra! ¡En eso es que no hay otro!

«hubiera hecho por tí lo propio mismo que he hecho:»

—¡Regalarme el infeliz quizás todos sus ahorros!

«ausentarme de Sevilla por una temporada, no a buscar aires serranos, ni a descansar de la vida de escritorio, como recetó Ledesma...»

—¿A qué santo entonces? ¿....?
«sino a asfixiarme: ¡a asfixiarme de angustias infinitas lejos de tí! y a trabajar día y noche»...

— ¡Otro embrollo, quizás, como el pasado de las minas!

«por saber, y averiguar y aquilatar y quintesenciar acerca de las cualidades morales del hombre, que aspira al divino galardón de tu mano.»

— ¡Lo que yo he querido siempre que se hiciera! ¡Lo que le he pedido a mamá, hasta por Dios y por todos los santos, que se haga, y no ha querido! ¡Lo que hace el que le duele! ¡¡Si es muy bueno, y tiene mucho talento y mucho corazón esta criatura!!...

«Me ha costado mucho tiempo y mucho arte. Pero por fin he averiguado todo lo que necesitaba saber, y lo que he averiguado es lo siguiente:»

— ¡A ver, Jesús de Pasión, lo que ha averiguado este demonio! ¿¿¿.....???

«Hay una mujer en Avila, donde he permanecido todo el tiempo que ha durado mi ausencia, a quien es deudor Gonzalo de lo que no se paga entre cristianos más que con el matrimonio»...

— ¡¡Bandido, y más que bandido!! ¡¡¡Perjuero, y más que perjuero!!! ... ¡Tánto como me ha jurado que todo no era más ni menos

que habladurías de la gente... que él no había mirado nunca a ninguna mujer, más que a mí.. que él no había sabido lo que era amor hasta que había tropezado conmigo... que ojalá y reteojalá hubiese habido en su vida algo de que acusarse, para darme la prueba de lealtad de confesármelo, y tener la ventura ¡el placer casi místico de que yo lo perdonara!; pero si era inocente ¿qué iba a hacer? ¿Iba a calumniarse, para acreditarse de sincero?... ¡¡Ah bandido, trapisondista, embustero, y lioso, y trapalón!!... ¡Comprometido con otra mujer, hasta ese punto, y venir como quien se enjuga el agua del bautismo!

Y Coral dejó la carta sobre la mesa tocador. Sacó un diminuto pañuelo de batista, de dentro de la manga, y lloró y se aperreó, poniéndose las narices como su nombre de pila.....

.....

Cuando se hartó de gimotear y de plañir, tendió nuevamente la mano al documento y tropezó con la frase: «y una criaturita de unos meses, con derecho ante Dios al apellido Guaditoca».....

—¡¡Pobrecita de mi alma!!... ¡Tan rechica, y sin padre!!.....

Y el corazón cristiano, el corazón generoso, el corazón de oro, ¡el corazón de santa! de Coral se conmovió ante aquel infortunio, con la misma medida «sin medida», con que habíase dolido de su infortunio propio. Y a cuenta de la criaturita, «tan rechica y sin padre», echó otro gran revez de llantos y suspiros, con nuevas esponjaduras del pañuelo en ojos y narices.

—¡Infamel ¡Sin corazón y sin conciencia! ¡Engendrar hijos y no darles nombre!...

Muy malo es lo primero, cuando se hace como él lo ha hecho: ¡¡pecado mortal!!...

¿Lo segundo? ¡Ah! lo segundo es tener entrañitas de... cocodrilo!... ¡Cerdas en el corazón! ¡¡Con lo que se querrá a los hijos, Dios eterno!!...

Y el corazón «de madre» de Coral—donde haya una mujer hay una madre, por lo menos «in fieri»—olvidándose por entero de su propio desengaño, tornó a llorar, cual si fuera de un hijo propio suyo, la cruel orfandad de la sin ventura, «tan rechica y sin padre».....

¡Las naricillas parecían un madroñol....

«Para que esa mujer no haya venido a Sevilla, como pensaba, con su niñita en brazos, a reclamar sus derechos y estorbar planes».....

—¡Ojalá y reteojalá hubiese venido!....
¡Así! ¡para que la hubiese paseado por toda Sevilla, como la Bula de la Santa Cruzada, y habérsela metido por los ojos a mamá, a ver si escarmentaba de una vez! ¡a ver si esto se hace con una hija: casarla a ojos cerrados con un desconocido de donde Cristo dió las tres voces, para, cuando se encuentre la infeliz atada de piés y manos, que no tenga más remedio que apechugar con la cruz, o tirarse del muñeco de la Giralda!..

Aquí reclamaba la partitura otra aria de llantos y sollozos, y se ejecutó y hasta se bisó a toda orquesta, con su obligado acompañamiento de nuevas esponjaduras y res-tregones. La punta de la nariz estaba... al rojo «blanco»...

«ha habido que comprarle su silencio temporal al precio de tres mil duros»...

—¡Demasiado poco me parece!
«sin perjuicio de entregarle más tarde otros diez mil duros más, (para lo que se le ha librado pagaré) más una renta anual de seis mil pesetas.»

—¿Y de dónde?... ¿De dónde, si ellos no tienen nada?... ¿De dónde, sino de las costillas de mi padre?... ¿El dinero de mi padre de mi alma... ¡«mi» dinero! sirviendo para esto? ¡Y, aun dando de barato que no fuera con el dinero de mi padre! ¿pasar yo por esa humillación de mi amor propio... por ese vilipendio de mi amor de esposa ¡por ese insulto a Dios y a sus santos mandamientos, y a sabiendas!?. . ¡Eso sí que no! ¡y eso sí que retenó!... ¡Así estuviera pidiendo limosna a la puerta del jubileo, y se tratará del Príncipe de Asturias!

Mi pasividad y mi silencio serían complicidad con el pecado, y no me da la real gana de condenarme, por pecados ajenos.....

¡Todavía no sabe ese los puntos que yo calzo.....

.....
«Esto, que era un mero rum rum a mi llegada a Avila, es hoy del dominio público.

Cualquier otra persona de tu confianza que esté allí dos horas lo oirá hasta pregonar por las calles.»

—¡Qué bonito!

«Ahora bien: como esos tres mil duros «ciertamente» habían ido de Sevilla, era preciso de todo punto averiguar qué prestamista de esta plaza los había facilitado. Mas, como, por otra parte, una cuestión tan delicada como esa no se puede ventilar con ningún usurero, sin ir con el dinero por delante y en són de pago, me eché esta mañana en el bolsillo seis mil y pico de duros, y me plantifiqué en el despacho del único prestamista, capaz de facilitar los miles de pesetas como agua, a un insolvente.

El resultado de mi gestión ahí lo llevas: o sea: ese pagaré de veinticinco mil pesetas, vencederó a los seis meses de tu boda, y ese recibo de los intereses correspondientes a medio año... con cominitos.

Acéptalos, Coral de mi alma, como regalo de boda que te hago, a fin de que no tengan que empezar a abofetearte el corazón a los seis meses de tu matrimonio, ni sea tan

rápido el horrendo despertar del sueño de tu dicha.

¿Qué es todo eso, si te ahorro una lágrima?»

—¿Cinco mil duros, y cerca de mil pesetas más, regalados por un infeliz, que vive de su trabajo?... ¡Sí! ¡Lo que el otro me arrebató antes de tiempo, aun a trueque de hacerme llorar, otro tanto se quita él del comer, como quien dice, por ahorrarme una lágrima!... ¡Necial... ¡Estúpida, y más que estúpida, que teniéndolo delante de los ojos de día y de noche, no he visto nunca en él— ¡tan guapo y todo!—nada más que un muchacho muy fino y muy complaciente, siendo así que hasta allí los corazones delicados para el querer y los arranques generosos, para librar de las fauces de la fiera a la mujer querida!... ¡Esto es un hombre!... ¡es decir: un caballero!... ¡Si era así su padre, con razón tía Luz se volvió loca por él, e idolatra todavía su memoria!...

«Conociendo como conozco tu buen sentido, no te aconsejo nada. Tal puede ser tu pasión, que te haga pasar por todo, hasta por consentir con la sonrisa en los labios

que el amor a que tienes derecho ¡la adoración a que eres acreedora los compartas contigo otra mujer, y con hijos nacidos de otro seno, el amor paternal que tú querrías para sólo los hijitos de tu alma.»

—¡¡En eso estoy pensandol!

«Ojalá yo me equivoque, y quede desacreditado como profeta! ¿Qué querré yo para tí, sino que seas dichosa?»

Es todo lo que pido y pediré siempre a nuestro padre y «amigo» Jesús de Pasión: que de no arrancarte esta noche misma la venda con que es posible que el amor te tape los ojos, convierta en otro hombre enteramente nuevo al elegido de tu corazón»...

—¡Sí: lo de Saulo en Pablo!

«sin lo cual es imposible que no seas, alma mía, la mujer más desgraciada de la tierra.»

—¡Y a ver quién no se harta de llorar con estas cosas!

«Si tienes que llorar alguna vez—no lo permita Dios—entonces y sólo entonces acuérdate de mí: para morirme de pena junto a tu cruz, con un dolor de compasión tan

sin límites a tu infortunio, como sin límites es y habrá de ser siempre el amor de tu agradecido

VICTOR.

.....
.....
.....

Y, como la pasión de amor entre hombre y mujer y viceversa—y en esto cabalmente se funda la monogamia del cristianismo—no puede ser simultánea en dos objetos diversos; sino que no es posible amar a uno, sin menoscabo del otro, el amor hacia Víctor, que levantó de pronto la cabeza en el corazón de Coral, apagó como por ensalmo dentro de él el que quiera que hubiera abrigado por Guaditoca, bien así como el sol, al asomar su refulgente disco por el oriente, empalidece, diluye, extingue y apaga, al fin, el luminar de la noche.

Ni ella misma se dió cuenta de cómo lo que se imaginaba que era sol, no era más que luna: luna que, si ilumina, no calienta, y, si embellece la noche, no da ni remota idea del incendio de topacios y de rubies,



zafiros y amatistas, diamantes y esmeraldas de la espléndida corona del astro-rey.

¡Aquello sí que era amor, y no «lo otro»... tan efímeramente adherido a la epidermis de su alma, que el soplo de un desengaño había sido suficiente y aun sobrado, a ahuyentarlo para siempre!...

Y entonces se replegó sobre sí misma. Y cruzando las cuidadas manos sobre el pecho, como una Dolorosa, y mirando con fijez de hipnotizador las labores del tapiz de Esmirna de delante de la cama, recordó su célebre entrevista con su tía Luz, acerca de todo aquello del amor mútuo, base sobre la que debe descansar el matrimonio «sacramento», y no mero tratado comercial; y comprendió cómo con un hombre como Víctor se puede ser feliz aun sin corona... sin lujo... sin alhajas... ¡hasta sin pan!... «¡Mira que he pasado yo apuros en el mundo, desde que me quedé viuda... ¡hasta hambre alguna vez, hija mía! pero yo sola; mis niños, no!... pues si milenta veces me hubiese vuelto a encontrar en presencia de un hombre como el que Dios me dió, milenta veces, y otras mil más, hubiese hecho lo que entonces hice...

La mujer no se debe casar en la vida, más que una vez: y, si esa vez no lo hace con quien le llena, di tú que se ha divertido la infeliz.

Así pues, a enamorarte de él con toda tu alma, si ya no lo estás, como supongo. Y, cuando estés del todo enamorada—pero antes no—adelante con los faroles, persuadida de que no es posible en el mundo mayor ventura. Así como si ves que no es tu tipo: el tipo de tus sentidos y de tu alma, a acabar, aunque sea a farolazos, como el rosario de Espera»...

—Y ¡vaya si va a acabarse de una vez—prosiguió—así fuese necesario arrancarse las entrañas!... Enredado en lo más profundo de mi sér habría de estar este amor, y lo habría de arrancar, como árbol nacido entre peñascos ¡Conque figúrese usted, cuando no hay que arrancarlo, porque él se cae como se cae la rama mal clavada en la arena... ..

¡Que se arma el escándalo padre y el chiscarral número uno? ¡Con seguridad que no dejará de aplaudirme ninguna persona honrada!... ¡Y aunque no me aplaudan... ni los

perros! ¡¡Me basta y me retesobra con el aplauso de mi conciencia!! ¡A ver!

Por lo demás, ya quedan enterados los lectores, de todo el espiritual parentesco...

Lo único que se nos ha quedado por decir es que después de leída en familia la... «epístola—explosivo», la señora salió llorando para sus habitaciones, y don Tomás, echando chispas, camino del escritorio.

—Tú, Ramón. Una mesa—ahora mismo, del lado allá de la cancela, con recado de escribir y este papel. Léelo...

¿Te enteras? Pues así venga quien venga, los señores no reciben.

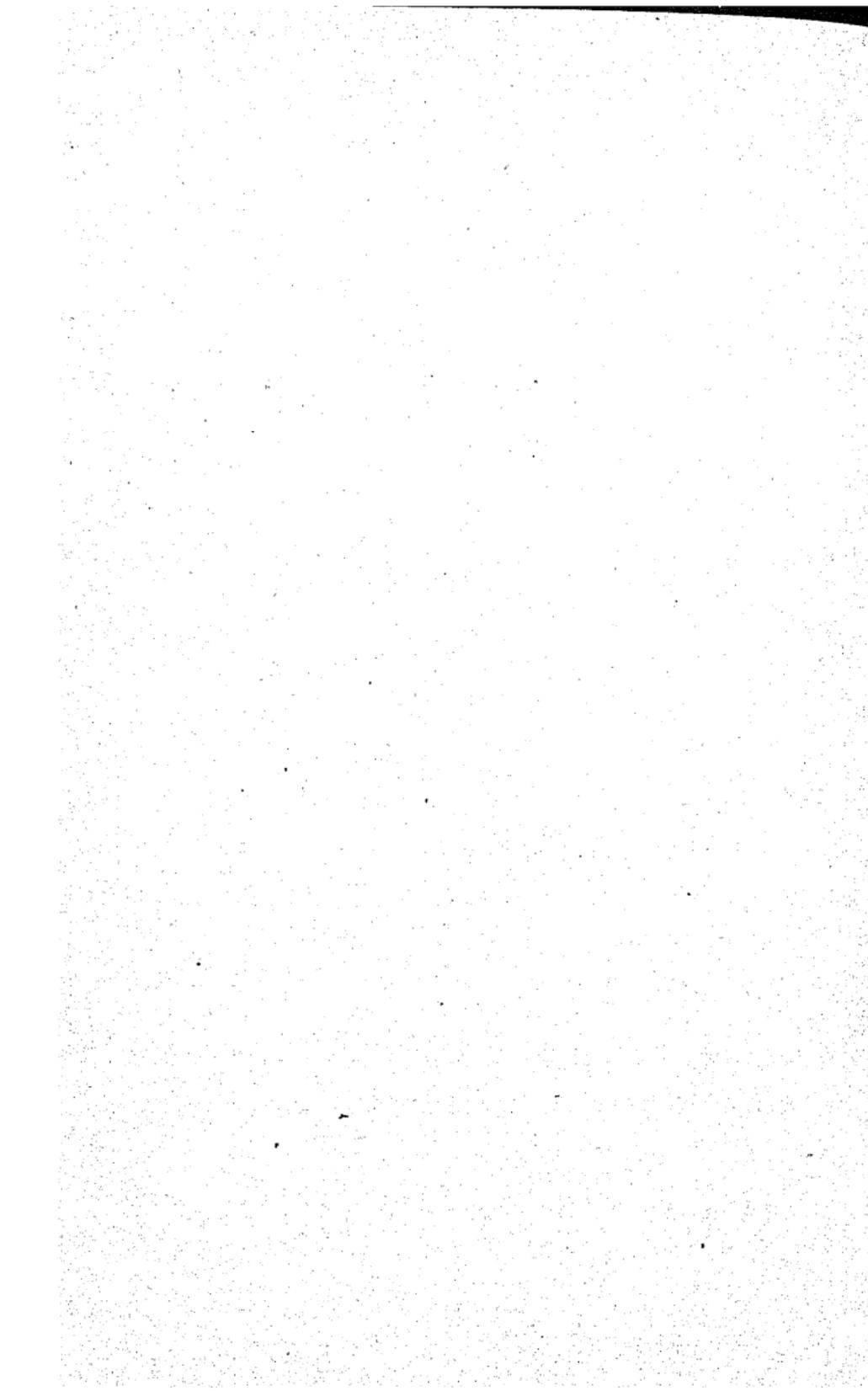
—¿Ni los señores condes?

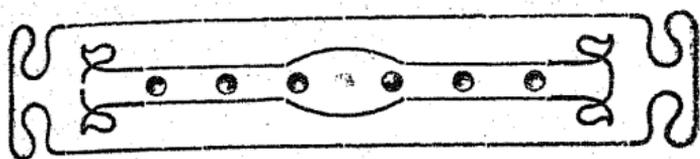
—¡¡Los señores no recibeeeeeen!!... ¡Tú! ¡Rafaell! ¡Ahora mismo con un coche, y a escape ¡pero a escape! por el señorito Víctor! ¡Esté donde esté, que venga, de mi parte!—

Y don Tomás embestía...

La cosa no era para menos.







CAPITULO IX

Otra carta sin paráfrasis.

Víctor se quedó helado con el llamamiento de su tío.

¿Habría estallado ya la bomba?...

¿Habría causado mucho destrozo?...

¿¿Habría llorado Coral?¿?

Y con esa expectación de los grandes acontecimientos y esa ansiedad febril, que nos seca las fauces y nos amarga el paladar en los trances supremos de la vida, montó en el coche de punto, en que habían ido a buscarlo primero a su casa y luego al Salva-

dor, donde se hallaba dando las últimas disposiciones para el casorio, apeándose a la puerta de la casa de sus tíos.

Con su llave particular abrió la puerta de su escritorio, y... ¡la cara de don Tomás no era cara!... ¿??...???

—Siéntate.. ¡Conque en Avila! ¿eh?

—Sí señor: en Avila—¡Y la tierra, sin abrirse!

—Y... pone uno toda su confianza en un hombre... ¡y no tiene ni un secreto para él!... ¡¡y lo quiere como un hijo, para que le dé este pago!!

—¡¡Tío Tomás: que yo he estado loco!!... ¡¡Que yo no sé ni lo que he hecho!!... ¡Póngase en mi lugar, a ver si hubiera dado pié con bola!... ¿He lastimado a Coral, no es verdad?... Pues bueno: ¡que me perdone, si quiera por la buena intención que me ha guiado y la mejor voluntad con que he procedido en todo!

—No: ¡si quien aquí tiene que perdonar soy yo!... ¡tu jefe!... ¡¡tu bienhechor!!... ¡¡¡tu padre!!!

—¡¡¡Tío Tomás de mi alma y de mi vida!!! ¡Que el móvil de todo ello no ha sido otro, que hacer por ahorrar a Coral muchas lágri-

mas y librarlos a todos de una ruina!...
 ¡¡Abofetéeme usted la cara si usted quiere:
 ¡a más tiene derecho!: ¡pero no me abofetee
 usted le corazón!!... ¡Yo no soy desagrade-
 cido!... ¡¡Yo no soy un malvado!!

—¡Pero no te enteras, hombre!... ¡Tienes
 fama de listo, y eres más torpe que un ce-
 rrojo mohoso! Mi resentimiento contigo: ¡re-
 sentimiento que me llevaré a la tierra! no es
 porque hayas estado en Avila. ¡Mi resentimien-
 to: ¡la puñalada, que me has dado en
 mitad del corazón es... ¡que hayas sido ca-
 paz de entenderte con tu prima!

—¡Tío Tomás: ¡que yo no me he entendi-
 do nunca con mi prima!!

—¡Ah! ¿entonces me lo niegas?... ¡Des-
 plante es menester!

—Que le he escrito anoche, no. Que me
 haya entendido nunca con ella, eso, ni en
 sueños. ¡Mire usted!: ¡cuando la he concep-
 tuado siempre más alta y más inasequible
 que una estrella!...

—¡¡Si es ahí, pedazo de... angelito, a don-
 de voy a parar!!... A que, en lugar de en-
 tenderte con ella, con quien has debido en-
 tenderte para todo, pagándole así confianza

con confianza y amor con amor, ha sido con tu tío... con tu amigo... ¡con tu padre! ¡No a Coral, que no es nadie en el mundo, ni a tu tía, que es menos! ¡sino a mí! ¡a mí, que lo soy todo en esta casa... o que debiera serlo, a lo menos para tí!, es a quien has debido de poner en antecedentes de todo, desde que te bajaste del tren!... Y los dos, los dos solos; con serenidad y con calma, hubiéramos estudiado la cosa y solucionado el conflicto, menos trágicamente de como va a tener que solucionarse.

—¿¿¿Pero va a solucionarse salvando a Coral???...

—¡Tuviera que ver que no! ¡¡Así se hundiera el mundo!!

Y Víctor prorrumpió en un llanto histérico, que hizo creer a don Tomás que se había vuelto loco.

.....

—Conque vamos por partes: ¿esa mujer existe?...

—Se llama Alfonsa Acevedo y Quijano. Es hija del capataz de Valseco, que es el predio de tierras de pansembrar de que es usufructuario el conde.

—Y una niña...

—Como un sol. Me he valido de mis trazas para verla, y hasta la he besado... ¿Qué culpa tiene el angelito? La han bautizado como hija de padre desconocido y con el nombre de Beatriz... ¡Más mona es!...

—¡Y sus tres mil durejos, y a vivir!

—A vivir y... ¡a esperarl... Ese es el primer tapaboca. Así reza en un pagaré que se le ha hecho, de cincuenta mil pesetas. De esto no tengo otro comprobante que la palabra de caballero de la persona que me ha asegurado haberlo visto.

—¿Y los condes...?

—Gonzalo es el que firma, lo mismo el pagaré a que me refiero, que el que se ha rescatado de las garras de don Sanguí. ¡Más no sé!

—¿Y de aquí?—y don Tomás hizo ademán con las manos de ver venir las cartas.

—¡De todo hay en la viña del Señor!...

Y don Tomás se llevó moviendo la cabeza de arriba a bajo el espacio de un credo.

—Bueno: ¿y tú, de dónde te has hecho

del dinero, para la redención de esos papeles?

—Pues... haciendo copo con todo lo que había en casa, incluso los ahorrillos de las niñas...

—¡Pobrecitas!

—y pidiendo prestado lo demás.

—Y ¡vamos a ver!: ¡en fresco!: ¿eso se hace?... ¿Pedir dinero prestado a nadie el jefe de escritorio de mi casa?

—Para otra cualquier cosa, desde luego no: para esto, era de elemental decoro robarlo si era preciso, antes que contar con usted. Pedirle a usted prestado para salvar a su hija hubiera sido lo mismo que decirle a usted—sálvela usted—y yo quería salvarla, si se salvaba, con sólo mi propio esfuerzo... ¡Pagarle de algún modo, tío Tomás, lo que ha hecho por nosotros esa criatura!

—Bueno: ¿y quién te ha facilitado las puestas que hayan sido?

—Don Daniel Orbaneja, ¡Dios se lo pague!

—¿Y por qué tiempo?

—Por el que sea necesario, hasta que yo le pueda pagar.

—¿Interés?

—Interés....., pues ninguno.

—¡Pero, hombre!

—Es decir, y aunque se ría todo el que lo sepa: ¡a razón de un credo diario al Señor de Pasión, por el tiempo que el dinero obre en mi poder!

—¡Estos «capilleteos» de esta gente de Sevilla!... Pues nada: tiene gracia el interés...¿ Y garantía?

—No lo tome usted a soberbia, ni a vanagloria. Pero si no lo dijera, faltaría al mandamiento de la ley de Dios «honrar padre y madre». ¡Le ha bastado con que sea hijo de Víctor Ayala y de Luz Castejón!

—¡Lástima que tu tía no lo hubiera oído!
¡Pero ya lo oirá! ¡¡Vaya si lo oirá!...

—Y por finiquito y remate, no ha querido más recibo que mi palabra.

—¡Conoce el paño!—y los ojos de acero de don Tomás se vidriaron de lágrimas.

.....
—Pues bueno: abre ahora mismo la caja, y saca las veinticinco mil novecientas pesetas, o lo que sea menester.

—¡Pero tío!...

—¡A ver qué gracia! ¡Eso estuviera bonito, hombre: que tuvieras tú que pagar los vidrios rotos!

—¡Si era mi regalo a Coral!...

—Y como lo que hay que hacer ahora es devolver los regalos... ¡Mira lo que tengo aquí!

—¿.....?

— Los de los condes: el aderezo ese del «Jueves» que dicen perteneció a la Reina Papalatrina, para darle algún mérito y la pulsera de pedida, que es todo lo que han aprontado a la nueva sociedad... Anda: ponte a la máquina y escribe:

• • • • •
«Excelentísimo señor Conde de Guaditoca.

Muy señor mío: Mi hija... ha amanecido enferma... razón por la cual... la boda con su primogénito de usted... no puede celebrarse. (Punto.)

Aplazada... hasta nuevo aviso... para todo el mundo..., para nosotros queda disuelta... hasta el valle de Josafat. (Punto).

Si usted... con una lealtad... que le honra..., me ha confesado... que no tiene más

rentas... que las sucintas... para hacer frente... a las más imperiosas... necesidades de la vida... ¿de dónde piensa pagar... su primogénito de usted... las deudas... cuyos comprobantes... le acompañar (Aparte)

Como el rompimiento... de estas relaciones... es cosa resuelta... devuelvo austed los regalos... con que han obsequiado ustedes... a mi hija... y que ya no han lugar. (Punto y aparte).

—Queda de usted respetuoso servidor,
q. l. b. l. m.....

—¡Trae!—y firmó:

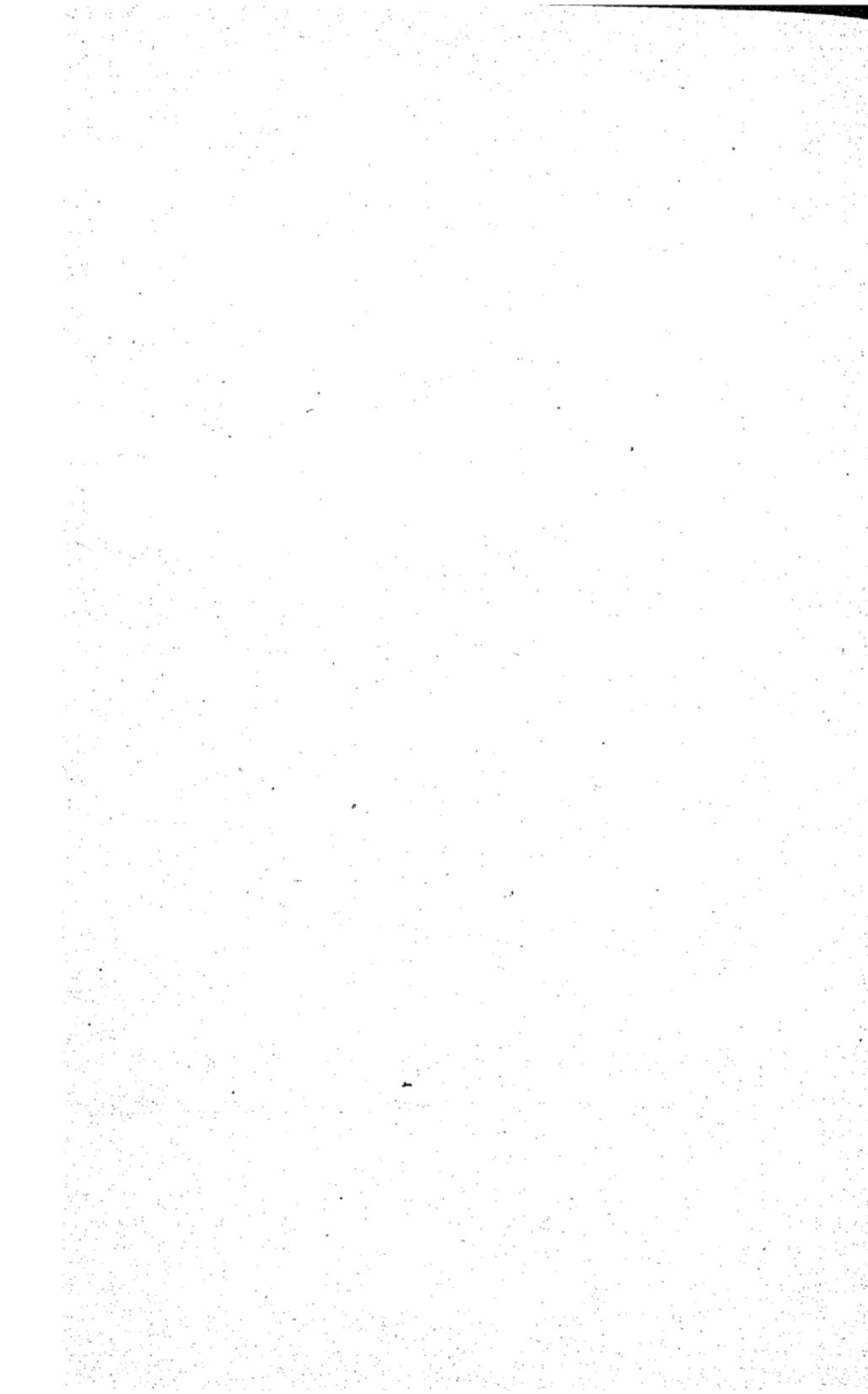
Tomás de Ulloa y Larramendi.

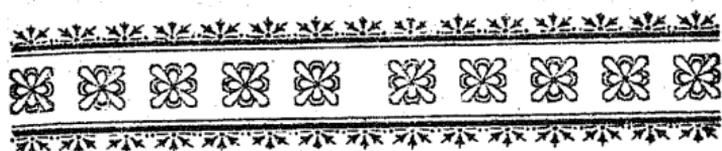
—El sobre.

.....
—¡¡Ramón!!

—Esto, volando al hotel, para los señores
Condes.







CAPÍTULO X

Tableteos de la tormenta

Como corre la llama por los trigales en sazón; como la chispa de lumbré por el reguero de pólvora, corrió por toda Sevilla, cuan grande es, la noticia de la catástrofe del aplazamiento de la boda de Coral.

¡Había habido tanta matraca en los periódicos, primeramente con la noticia en cifra y eroglífico: «Se habla en los círculos aristocráticos, de la posible boda del heredero de un condado que lleva el título de un río, con una encantadora señorita de nuestra buena sociedad, de nombre muy sevillano y

muy significativo, pues realmente es lo que se llama...»

¡Se había dado tanto cuarto al pregonero con la petición de mano: «Por los excelentísimos señores Condes de Guaditoca y para su hijo primogénito don Gonzalo ha sido pedida la mano de la gentil damita doña Corral de Ulloa y Castejón, habiéndose cruzado entre los novios regalos suntuosísimos..»

¡Se zarandeó de tal suerte la toma de dichos —y he aquí el gran lugar para meter el capítulo que encabeza esta obra—y se llenaron tántas columnas de periódicos locales con las listas de los regalos, desde luego bajo el epígrafe de «Boda aristocrática», en caracteres como puños! Y por finiquito y remate: se habían hecho el día anterior tántos preparativos, así en la casa como en el templo ... que amanecer enferma la interesada, y en el día supremo, prótasis de su vida y de la vanidad incurable de su madre, fué una ducha de agua helada que cayó en la misma nuca de toda la ciudad: por donde apunte usted, señor escribano, lo de cábalas y suposiciones; vislumbres y conjeturas; atisbos y barruntos; indicios y sospechas; pro-

fecías e historias; chismes y enredos, habi-
llas, murmuraciones y dimes y diretes, que
empezaron a correr de boca en boca, no
bien empezó a leerse por los que pretendían
entrar en la casa de los señores de Ulloa el
papel manucristo por don Tomás, con se-
quedad espartana: «La señorita ha amaneci-
do enferma. La ceremonia se aplaza hasta
nuevo aviso. Los señores no reciben.»

—¿¿.....??

Unas de las primeras en enterarse fueron
las niñas de doña Luz, que habían quedado
la tarde antes con Coral en ir a ayudarle a
vestirse y a ponerle el velo... ¡La señorita
había amanecido enferma! ¡La ceremonia
quedaba aplazada hasta nuevo aviso, y los
señores no recibían!

—Pero ¿nosotras?...

—¡Esa es la orden que tengo!

Y se fueron camino de su casa, más co-
rridas que... las tres o cuatro monas de la
fábula.

—¿Qué es eso?... ¿Por qué lloráis?

—¡Porque Coral ha amanecido «muy»
mala, y no nos han dejado entrar!

—¿Mala?... Pero ¿qué tiene?

—¡Que está mala, y que no será nada leve, cuando queda aplazada la ceremonia hasta nuevo aviso, y los señores no reciben ¡ni a nosotras!

—¡¡Ay hijas de mi alma, y qué ruina tan regrandísima la ruina que se nos entra por las puertas!!—exclamó doña Luz, cogiendo el cielo con las manos.

—¡Mamá, por Dios!

—¡Ay por Dios, mamáta!—corearon las infelices, aterradas, a duo.

—¡Sí! ¡seguro! ¡segurísimo! ¡como si lo estuviera viendo!... ¡Eso es cosa de Víctor!

—¿¿Víctor??

—¿¿Mi hermano??

—¡Sí: cierto! ¡tan cierto, como que tengo que darle cuenta a Dios!. ¡Ese ha traído algo del viaje, por donde lo ha echado todo a rodar de una plumada!... ¿A qué, si no, mandarme reunir todo el dinero que había en la casa—¡hasta lo vuestro!—que a eso, antes que tocarle él, se hubiera muerto veinticinco veces?... Y—¡esto es poco!—Y—¡esto es una miseria!—Y—¡yo necesito más!—Y salir a la calle, y volver con los cuatro mil

duros prestados de que os dí noticia por encargo suyo... Recoger lo del Monte y volver a salir como loco... Y tornar a volver a las tantas de la tarde, y encerrarse en su cuarto... y volver a salir, y no parecer por casa en toda la noche.....

Ese, y así tuviera tan segura la salvación, ¡ese ha descubierto alguna lebrada del novio de Coral! Tal y como la ha descubierta, la ha puesto patas arriba, ¡se ha armado la de Dios es Cristo, y tendrá que oír Coral... ¡y tendrá que oír su padre... ¡¡y tendrá que oír mi hermana!! ¡¡mi hermana, Santo Cristo de Torrijo!! ¡¡¡mi hermana, si por causa de nosotros, se le han caído los palos del sombrero de todas sus ilusiones!!!!

¡Tan reteorgullosísima como estaba!... ¡Quién se presenta allí, para que la repagilen a una, como a vosotras., ni quién deja de ir, para que digan—el que huye delito tiene—que lo menos que creerán es que es complot nuestro, por envidia y resentimientos y miserias, ¡mira tú, cuando hasta besar la tierra que pisan me parece a mí poco, para lo bien que lo han hecho con mi hijo de mi alma?...

(La doncella, desde el cierro de cristales del corredor)—Los señores no reciben.

—¡Al señor, que está aquí su cuñada!

(Ramón a los pocos minutos)—Que pase la señora... ¡En el despacho!

—Sólo a tí, porque eres tú, te hubiera recibido.

—¡Dispensa mi importunidad y mi pesadez!; pero debía hacer por veros, aun a trueque de molestaros. Yo no sé nada ¿sabes?... ¡Nada más que Coral ha amanecido mala y que queda aplazada la ceremonia. Yo me creo en el deber de conciencia de hacer por estar a vuestro lado, en el lugar que queráis adjudicarme. ¡Por eso he venido, así hubiesen estado cayendo peregrinos de acero!

Una vez aquí, tú me dirás si os puedo servir de algo, y me quedo, o si estorbo, y me voy, que en la calle no hace humo... ¡Lo que hay que hacer se hazel

—Pues sí: afortunadamente, y gracias a

tu hijo, hemos llegado a la persuasión de que el tal Gonzalito es un hueso. Y hemos acordado en consejo de familia que no se nos atragante... Coral está furiosa con el timo y tu hermana, como puedes hacerte cargo... Lo mejor es que te vayas; no porque yo te eche ni mucho menos... Como comprenderás no está el alcacer para pitos, y lo que había que hacer está ya todo hecho.

—¿Entonces Víctor ha estado en... su... lugar?

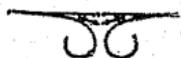
—¿Víctor? ¡Como quien es! ¡Como en lo de las minas de la Umbría! Sólo que lo que allí salvó fueron mis intereses, y lo que ha salvado ahora ha sido la felicidad de mi hija de mi alma.

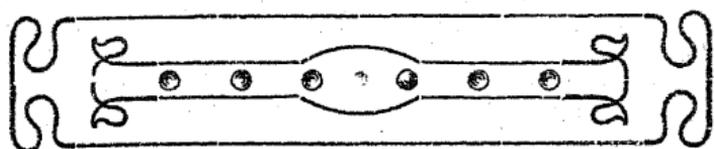
Y don Tomás, que necesitaba llorar, rompió a ello, ¡y figúrese el lector lo que haría por su parte doña Dón de Lágrimas!

.....

—¿Entonces me voy?

—Sí: vete. Ya habrá ocasión de que veas a tu hermana y a Coral.





CAPITULO XI

De cuarto en cuarto.

Cruel sería por nuestra parte (y nada menos en armonía con nuestro temperamento ni de hombre ni de artista) dejar a la sin ventura doña Amparo a solas con su berrinche y no hacer, ya que no por consolarla—estaba realmente inconsolable—por «acompañarla en su sentimiento», figurando, aunque sea entre esas mil personas, que sienten los periodistas no recordar, en el duelo del entierro de sus ilusiones. Lo de consolar al triste es muy de cristianos, y ya que no

se le logre consolar, hacerle ver a lo menos que sus ayes no se los lleva el viento, sino que, repercuten en corazones compasivos.

Así pues, entrémonos en su cuarto tocador, amueblado y emperejilado como el de una reina, donde está sobre una «cheisse-longue», tapizada de verde brocatel, de dibujo modernista, la soberbia «toilette» de «charmeusse» gris perla, cubierta de arriba abajo de legítimo «Chantilly», que había de ostentar en la repiqueteada ceremonia, y que se tiende a lo lago del mueble, toda desmadejada, como si tuviera un síncope.

La soberbia mantilla de parches, negra; la «riviere» de brillantes; el abanico, de país «Waltteau» y pié de concha, lo mismo que el suntuoso «pendentif» de esmeraldas «cabuchon» con la pinjante perla de forma acabazada, allí estaban en sus respectivas cajas o estuches, muertos de risa. Lo único que estaba en su lugar, y eso porque se las había puesto por la mañana, al levantarse, eran las gruesas perlas de las aretas, aunque un tanto amarillas, de oriente briosísimo, con magníficos cercos de roca antigua.

¡Infame!... ¡Sin concienal (Víctor, se en-

tiende. Gonzalo, no) ¡venir con el ardid de una novela y el golpe teatral de un drama... policiaco, a robarle a su hija una corona!

No es que ella fuera tan mala madre, que no se hubiese horrorizado del peligro en que su impremeditación y su buen deseo habían puesto a su hija, de caer en manos de un explotador: ¡eso, jamás! Pero también el muchacho pudiera sentar la cabeza con el casamiento, y aquel dinero tomado al prestamista no ser más que eso, precisamente: el modo de redimirse para siempre de uno de tantos tropezones como se dan en la juventud, a fin de poder empezar a ser desde el primer día de la boda un esposo modelo.

¿Cuantísimos con más líos y más trapiondas no se habían regenerado de raíz... y hasta aquí llegó esto y de aquí no se pasar... ¡Todavía estaba por ver las intenciones del muchacho, y si aquello lo había hecho con el fin plausible de romper ligaduras para siempre!... ¿No había en muchos noviazgos el período, denominado de «regeneración» período que consiste muchas veces en un mero «paripé» para la vindicta pública?... ¡O era que, por haberse «divertido» un poco un

muchacho «de clase», iba a tener que cargar eternamente con el sambenito del des-crédito y de la deshonra?

¡Pues a bien que la buena sociedad no era tan exigente! Sino que con que el aspirante a marido se recogiese un poco... ¡un poco nada más!, durante un poco de tiempo—no es de rigor que sea mucho—y con que se propalase por ahí que se había sacudido las moscas al formalizar las relaciones... ¡aquí no ha pasado nada, y «tutti contenti!»

¡Más valía que la que andaba siempre a troche y moche con que si el Santo Evangelio, se acordase de la parábola del Hijo pródigo!... ¿Vicioso y corrompido? ¡Eso jamás! ¡Quería ella demasiado a su hija, para eso! Pero si con todos los pecadores fuera Dios a hacer otro tanto, dijera usted que estábamos lucidos... ¡Ni tanto ni tan de ello, señor don Tello!

Quizás, y sin quizás, con una prudente requisitoria y un cambio de impresiones con los condes acerca del maldito documento y sus causas determinantes, se hubiesen puesto los puntos sobre las ies y hubiese queda-

do todo claveteado. ¡Y no, dar una campanada, como la que estaría a aquella hora resonando por toda Sevilla, ni su hija de su alma sin un casamiento de fuste y sin el rango social y el heráldico postín de toda una corona de condesa!... ¡De condesa!

Pues ¡esperara usted ahora otra ocasión igual, o bajara usted la mano y contentárase usted con un simple banquero, o un labrador... si es que no se le ponía entre ceja y ceja a la República Federal hacerle frente al infame, y ladrón, y... corruptor de menores... sacristán indecente... hipócrita y desuellacaras de su primito!... Esto, si no estaban de acuerdo, a juzgar por la carta de don Juan Tenorio, que había hilvanado, para carpeta del documento!...

—Si es sólo desinterés lo que le ha guiado en todo este diabólico tejemaneje de novela... pornográfica: ¿por qué no se entendió con su tío, a quien tanto cacarea que quiere, o conmigo, que tanto dice que me respeta, y nosotros hubiéramos hecho lo que nos hubiera parecido producente—¡incluso ocul-társelo a Corall,—y no, echarlo todo a rodar como lo ha echado, por ponerse cha-

reteras con ella y hacerle ver que por ahorrarle una lágrima—¡menos!—tira a la calle los miles de duros... que sabe Dios si después de todo serán una restitución de lo que nos habrá robado, metido en ese escritorio, día y noche?....

¡Pues que sepa él y la lagartona de su madre y las mosquitas muertas de sus hermanas, que mientras tenga abierto el ojo Amparo Castejón, no se han de mirar en ese espejo! Cuando yo me muera, entonces que entren aquí como bandada de aves de rapiña y se lo repartan todo, y se lo lleven todo y se lo chupen todo. ¡Mientras yo pueda cerrarles la puerta y atrancársela, como se la atrancaré desde ahora mismo, que descuiden: que no habrán de asomar las narices por aquí, mientras el cuerpo me haga sombra! .. ¡¡Desagradecidos!!... ¡¡Malos!!.. ¡Cria cuervos, y te sacarán los ojos!

Pues ¡mira que el pobre «Alvaro», tan señor, y la pobre «Beatriz», tan distinguida, y el pobre muchacho, tan «sportman», tener que liar el petate, e irse volviendo la cara atrás, como gato que se deja el rabo entre dos puertas!.....

Pues ¿y los dimes y diretes, que habrá por ahí a estas horas... y la chungu... y el pitorreo... y la rechifla... y el admirarse unos, pasmarse otros... no sentirlo ninguno y alegrarse los más, porque el corazón humano es muy perverso, y la envidia, una plaga, y el temor de Dios, ninguno, ¡y quizás las primeras, mi hermana y mis sobrinas, que cuanto más y mucho quizás hasta habrán bailado de contento!?......

Pues que sepan que si han llegado a soñar en su locura que mi hija y sus millones van a ser para el... orador sagrado, chupacirios, y beato, y capillita, y enterrador, ¡primero me tiro yo de la Giralda; pero dejando escrito un papel que diga que ellos me han asesinado... porque esto ha sido asesinarme por la espalda, y por delante... ¡Darme en los mismos ojos... ¡Darme en los mismos ojos?! ¡¡sal-tármelo, con un punzón... envenenado!!! ¡In-fames! ¡Mal nacidos!... ¡¡Robarle una corona de condesa a la hija de mi alma!

¿Para cuándo son los rayos y las centellas?

.....
Entretanto, había tocado Coral el timbre

y había aparecido la doncella, que, con esa impasibilidad de los criados de las casas grandes, no sabía una palabra de lo ocurrido. ¡La cara era un poema de ingenuidad!

—¿.....?

—Al señor, que haga el favor de subir, cuando pueda.

—¿Desea algo más la señorita?

—No: nada: gracias.

• • • • •
—Dispensa, papáito, que te haya hecho venir.

—Tú estás dispensada siempre, y mucho más, hoy. ¿Qué quieres?

—Siéntate.

Y la muy hipócritona del enemigo hizo como que se echaba a llorar, parapetada tras el salvoconducto del pañuelo.

—¡Me da una lástima tan regrande, papáito, de verme tan desgraciada!...

—¡El trago es para cualquiera!—Puchero de don Tomás, «tamaño extra».

—¡Como que si no es por Víctor, no lo quiero ni pensar!... Pues bueno, papáito. Supongo, y por eso te he llamado, que no me negarás las veinticinco mil, novecientas

pesetas, que ha costado salvar a tu pobre hija de la catástrofe... ¡Del desastre de Cavite, que se le venía encima! ¡Ya ves!: no sólo es de conciencia, sino hasta de asomos de dignidad.

—El dinero ese, a que aludes, obra a estas horas en poder de su dueño.

—¡De Víctor! ¿No?

—¡O... de la persona, a quien éste se lo había pedido prestado, que es lo más grave!

—¡Aaaaaaay! ¿.....?

—El no tenía más que una miseria, y se echó por ahí, en busca del completo, como quien busca un hijo prieto en Salamanca.

La noticia produjo en Coral ese raro escalofrío por la nuca, que nos causa el espectáculo de lo sublime y ese hondo desmadrado de entrañas, que produce el placer psicológico, allá en su último grado: o sea, la felicidad. Y, poniéndose de pié y llevándose las manos a la cabeza, exclamó con las inflexiones del asombro:

—¡Vamos!... ¡Vamos!

Dió dos o tres vueltas por el cuarto, con las mismas ponderaciones y aspavientos, y sentándose en las rodillas de don Tomás,

«posse» de los trances supremos de su existencia empezó a decir, sin pizca de malicia:

—¿Ves qué contraste tan grande, papaito, el uno ¡hasta pidiendo dinero por esas calles, como para los entierros de la Hermandad de la Caridad, nada más que para ahorrarme una lágrima... ¡para ahorrarme una lágrima!, y el otro, haciendo lo mismo, pero... ¡para echarse salivas en el mismísimo corazón!!? ¡Si esto pasa de lo natural y de lo concebible!... ¡¡Si esto parece cosa de... aquellos santos, que se quedaban ellos cautivos en el moro, para redimir a los demás!! ¡Mira que dar el pobre cuanto tenía... y entraparse de esa manera ¡de esa manera! por salvar a «la hija de su protector»!... ¡Cuidado con el contraste! ¡¡Cuidado con el contrastel!... ¡Es que me he puesto hasta mala!—(Mentira)

—¡Sí, que es contraste! Y eso quien tiene que verlo eres tú... ¡y doña María la Brava!

—¡No lo tengo yo muy visto, y eso que no sabía lo de pedirlo prestado, que es ya el colmo de la generosidad y de la delicadeza... del heroísmo... ¡y hasta de la santidad, porque ese muchacho es santo!! ¡Mira tú, cuan-

do para eso te llamaba precisamente: para si te parecía bien que yo le escribiera, dándole las gracias, (por más que eso es de cajón) diciéndole que viniera a recoger su dinero, y dejándole entrever... ¡nada más que entrever, ¿sabes!? que un amorazo, tan re-grandísimo como el suyo, y un desinterés tan noble y tan heroico, (porque lo que ha hecho el infeliz es de héroes... ¿tú no has oído hablar de los Héroes del Cristianismo? ¡pues este es uno!) Pues sí: diciéndole, y, si no diciéndoselo por lo claro, dándoselo a entender, que... ¡vaya! no había caído en saco roto. Yo, como siempre me habeis tenido en un puño con que si el Himno de Riego para arriba, y con que si la República Federal para abajo, créete que estoy azurradita de miedo y no me atrevo ni a respirar.

¡Y a don Tomás se le caía la baba!

—Según eso,—preguntó:—¿te encuentras con valor para meterte en otros berengenaes?...

—¡Por este puñao de cruces que con él sí! —y cruzó las manecitas, redondas y pulidas, que besó un montón de veces.—¿Con otro?... ¡Así viniera montado en el cisne blanco de

Loengrín! ¡Estoy muy escarmentada, papáito! Con este ya es otra cosa, porque es de lo que no hay. ¡Ya ves lo de las minas de la Umbría: que si no es por él, estábamos pidiendo limosna a la hora esta!... Y luego... ¡esta salvación de este naufragio... ¡de este fuego, sin seguro!... ¡de este cataclismazo tan regrandísimo, porque esto se pone en papeles y no se cree!!... Yo en tu pellejo, me decía que sí. ¿No es verdad, papáito de mi alma... ¡luz de mis ojos!... ¡estrella de la mañana, lucero de la tardeeeee!?

Y a cada invocación de la letanía, un abrazo, y con cada abrazo, una sarta de besos, y don Tomás, hecho un ovillo... pero un ovillo deshecho y empapado en lágrimas.

—Pues mira: —concluyó, en un arranque de esos en que los hombres se lían la manta a la cabeza y se lo juegan todo a una carta: —sin perjuicio de que doña María la Brava rabie y patee, conmigo podéis contar. ¡Ese es el hombre que a tí te cuadra! Honrado, trabajador, inteligente... ¡Bueno para su madre y sus hermanas!... ¡Humilde y agradecido...

—¡Y que lo digas!

—y sin más vicio en el mundo, que vestirse de nazareno el Jueves Santo!... ¿Quién sabe si todo esto, será cosa de Dios?

—¡La oración de los pobres, papaíto! ¡El «Dios se lo pague a usted» que le dicen a una cuando da una limosna, y que luego Dios traduce en cosas como estas!... ¡Desengáñate, papaíto de mi alma!: ¡Por algo dice el santo Evangelio que ni la hoja del árbol se mueve sin la divina permisión!... Miro para atrás y me da miedo... ¿Quién me había de decir que aquella corazonada de aquel día, de ir a visitarlos a los infelices, cuando no los tratábamos, y la otra, de proporcionarles un pedazo de pan en nuestra casa, se me iban a resolver en esta... ¡en esta lluvia de rosas y claveles, de este hombre tan rebueno, y sobre todo: ¡tan del gusto de mi padre de mi alma?! (Gran pausa).

—¡Pues veremos a ver ahora—siguió Corral—quién es el guapo que se atreve con la señora de Ulloa!... Más valía, papaíto, que me dices quince o veinte durillos para los pobres, a ver si sus oraciones rematan el milagro. Porque esto es milagro, papaíto,

¡pero como para colgarle un novio de plata a San Antonio el Chico de la Catedral! Y una cosa que te digo ¿sabes?: que no tengo prisa. Lo único que quería que se hiciera a rajatabla, era quitarme de encima el «lárgalo» de los Guaditoca, que me parecía mentira que iba a amanecer—¡no he visto en toda mi vida noche más larga!—y, una vez descartados para siempre, gracias a las mismas armas que ellos mismos nos han dado, lo mismo me da ya un año que veinticinco: con tal que ese pobrecito mío de mi alma, tan rebueno y tan noble, tan caballero y tan fino, sepa que no es ningún negro, para hacerle la cruz como al diablo; sino que ha tropezado con una mujer que lo comprende... que lo estima en todo su valor, (y su valor no hay en el mundo millones que lo paguen) dispuesta por él a todo, ¡pero a todo lo que tú veas en el mundo!: menos a ofender a Dios, ni dejar de honrar a padre y madre.

¿Vaya que tú no esperabas esta salida tan recristiana?... ¡Para que veas si a una critura así, tan rebuenísima y además hija única, se le puede negar en conciencia que se pon-

ga en relaciones a su debido tiempo, sí señor: a su debido tiempo, con el hombre más cabal y más íntegro, que el padre más exigente ha podido ni soñar para la hija de su alma.

De modo, papaíto, que le escribo. Le doy las gracias por todo, como cumple a una niña de educación, y le dejo entrever que es de justicia corresponder a un amor tan grande y tan desinteresado como el suyo.

¡Hasta el Santo Evangelio lo dice, papaíto!

—¿.....?

—Bueno: si no lo dice por lo claro, lo da a entender. Pues, si nos manda amar a nuestros enemigos y orar por los que nos persiguen y calumnian, ¡figúrate tú lo dentrísimo del Evangelio que estará orar por nuestros amigos y amar a nuestros novios!

¡Y tú has comido algo, mi corazón?... ¡Vaya que estás en ayunas a las tantas de la tarde?... ¡Espera!—Y tocó el timbre.

A la doncella, que entra con la misma cara de ingenua de hace un rato:

—¡Una copa de Jerez y un caldo con dos yemas, para el señor!

— ¡Rüün!

— ¿.....?

— Lo mismo, a la señora. (Aparte) ¡Pobrecita!

— ¿Y tú, hija mía?

— ¡¡Yo tengo suficiente con mi desgracia!!

Y con esa agilidad de cuerpo glorioso, que tienen los novelistas, entrémonos en el cuarto del hotel, donde se hospedan los Guaditoca.

«Señor D. Tomás de Ulloa y Larramendi.

Señor mío: Pobre, pero caballero, siento en mitad de la cara el latigazo que me da usted con la tralla de los documentos que le han puesto en las manos las desaprensiones de mi hijo, cuya conducta soy el primero en condenar, lejos de suscribir con mi aquiescencia, como acaso sea posible que usted haya supuesto.

Yo, que siempre he hecho del honor un verdadero culto; yo, que, si he dilapidado lo mío, he sabido, antes que retener lo ajeno, llegar hasta la almoneda pública, para irme

a vivir casi en la miseria, me avergüenzo de haber engendrado de mi sustancia propia a quien de esa manera tan sin disculpa ha arrastrado por el fango el señorío de sus mayores. ¡Hace usted muy bien en cerrarle la puerta a piedra y lodo, si lo que pretendía usted para su hija era un perfecto caballero!

Por bastardo lo tendría, si no temiese inferir a mi mujer el negro ultraje de poner en tela de juicio su honradez inmaculada. Por hijo mío lo tengo, siquiera lo considere desde este instante como un degenerado de de mi raza y estirpe... ¡No es eso, ni lo fué nunca la Nobleza Española!... ¡Quede ella a su incontaminada altura de Institución semi-divina, aunque se haya resuelto «por esta vez» en monstruosidad semejante!

Ya veré el modo de poner a disposición de usted los valores que le adeudo. ¡Me estimo demasiado para recibir limosnas!

Debe a usted veinticinco mil novecientas pesetas su reverente servidor,

q. l. b. l. m.,

EL CONDE DE GUADITOCA.»

—Lee esa carta—Y se la da a leer:

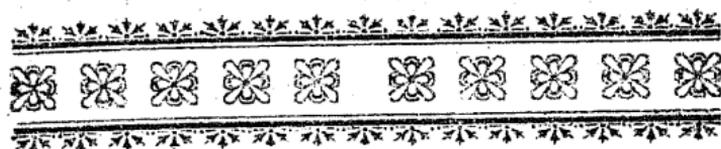
—¿Pero... ¿¿Qué es esto??... ¿¿¿.....???

—¡Una hazaña de tu hijo!... ¡Lee esta otra!...—Y le da la de don Tomás.

—¿¿¿Pero.....

—¡Nada, Beatriz! Que cuando se siembran vientos, no hay más sino resignarse con recoger tempestades... ¡Hemos criado un «spormant», y nos ha salido... un chulo! No te recrimine ¿sabes?... ¡Ambos somos culpables por igual!... En todo hemos pensado, menos en educarlos, sin que siquiera nos haya pasado por las mientes que también la sangre azul puede acabar nutriendo carne de presidio.





CAPÍTULO XII

Últimas horas del «dies magna»

«Mi idolatrado Víctor: ¡Dios te pague, hijo mío, el inmensísimo bien que me has hecho!

Me doy exacta cuenta de todo lo honrado de tu proceder para conmigo y de todo lo delicado de tu amor a mí. ¡Así se ama en el mundo, cuando se ama de verdad, que es como tú lo haces todo! ¿Cómo no agradecerte lo uno y lo otro en toda la extensión que ambas cosas merecen?

Pero debo hacer algo más que agradecer:

debo «corresponderte», y con todas mis potencia y sentidos te correspondo.

Cuenta, pues, pobrecito mío de mi alma, con el amor más agradecido, y más leal, y más grande, con que es capaz de amar a un hombre en este mundo tu amantísima,

CORAL».

P. D. Ya sé que mi padre te ha devuelto el dinero. Lo demás que hay que pagarte corre de mi cuenta, y descuida, mi corazón, que no saldrás mal despachado.

.
.
Víctor sintió morir de alegría. Y de rodillas, como es fama que escribía San Francisco Javier a San Ignacio de Loyola, escribió lo que sigue, con el pulso temblón y los ojos vidriados:

«Mi queridísimo tío: Cuando he vuelto a casa esta noche, de desbaratar todo el tinglado de la farsa que iba a representarse y de devolver al Sr. Orbaneja su dinero, me encuentro con la adjunta carta de Coral, a la que no puedo dar contestación, sin estar por usted autorizado.

En mi carta, explicativa de todo el proceso de mi gestión durante estas veinticuatro horas memorables, dejé correr la pluma más de lo que debí, y le hice entrever algo del amor... ¡infinito, tío Tomás!: infinito, con que la vengo amando e idolatrando, desde antes de tratarla. Mi carta, sin embargo, no era, ni mucho menos, lo que se entiende por una declaración de amor ni lo que se llama una petición de relaciones... ¿Irse con eso, a una mujer de bien, y en la misma víspera de su boda?...

Pero, como cuando se está rebosando de una cosa, es muy difícil que no se derrame algo, he dejado derramar lo suficiente, para que ella se percate de todo lo sin medida de mi honrado amor.

Lo ha visto, y desde luego lo acepta, como de la adjunta carta se desprende.

Demás sé yo que no soy el partido que ella merece y que sus padres tienen derecho a apetecer y hasta a exigir para ella. Por eso, antes de contestarle formalizando nuestras relaciones, es mi deber por un lado, y por otro, mi firme y decidida voluntad, dirigirme a usted, como lo hago por medio de

esta carta, para, si usted lo vé con buenos ojos, decirle que aquí me tiene a todo su talento, o, si usted tiene otros planes sobre ella, entonces... seguir amándola con alma y vida como hasta aquí, pero sin que, como hasta aquí, me lo conozca ni mi misma madre.

Por otra parte quiero que sepa usted, y que sepa ella, y no ignore mi tía que, de llegar a casarme—y en esto sería yo inexorable—*mi mujer*, viviría de lo que yo ganara y conforme a la humilde, pero decorosa posición que hoy puedo ofrecerle. ¡Vale ella demasiado, para mantener maridos, y yo debo también valer para ella' el sacrificio del lujo y esplendor a que está acostumbrada y que no puedo en modo alguno sostenerle, como no sea que me eche a robar, con un trabuco.

Si ella se aviene, pues, y ustedes se resignan a la casa decente, que puedo pagar hoy, y a cuanto, trabajando día y noche, aun quitándomelo del sueño y de la salud, pueda poner en manos de mi señora, aquí tiene el más encendido amante y el más rendido adorador, que han podido tener de

rodillas a sus plantas mujeres en el mundo. Otra cosa, ni mi decoro lo permite ni el suyo ni el de sus padres.

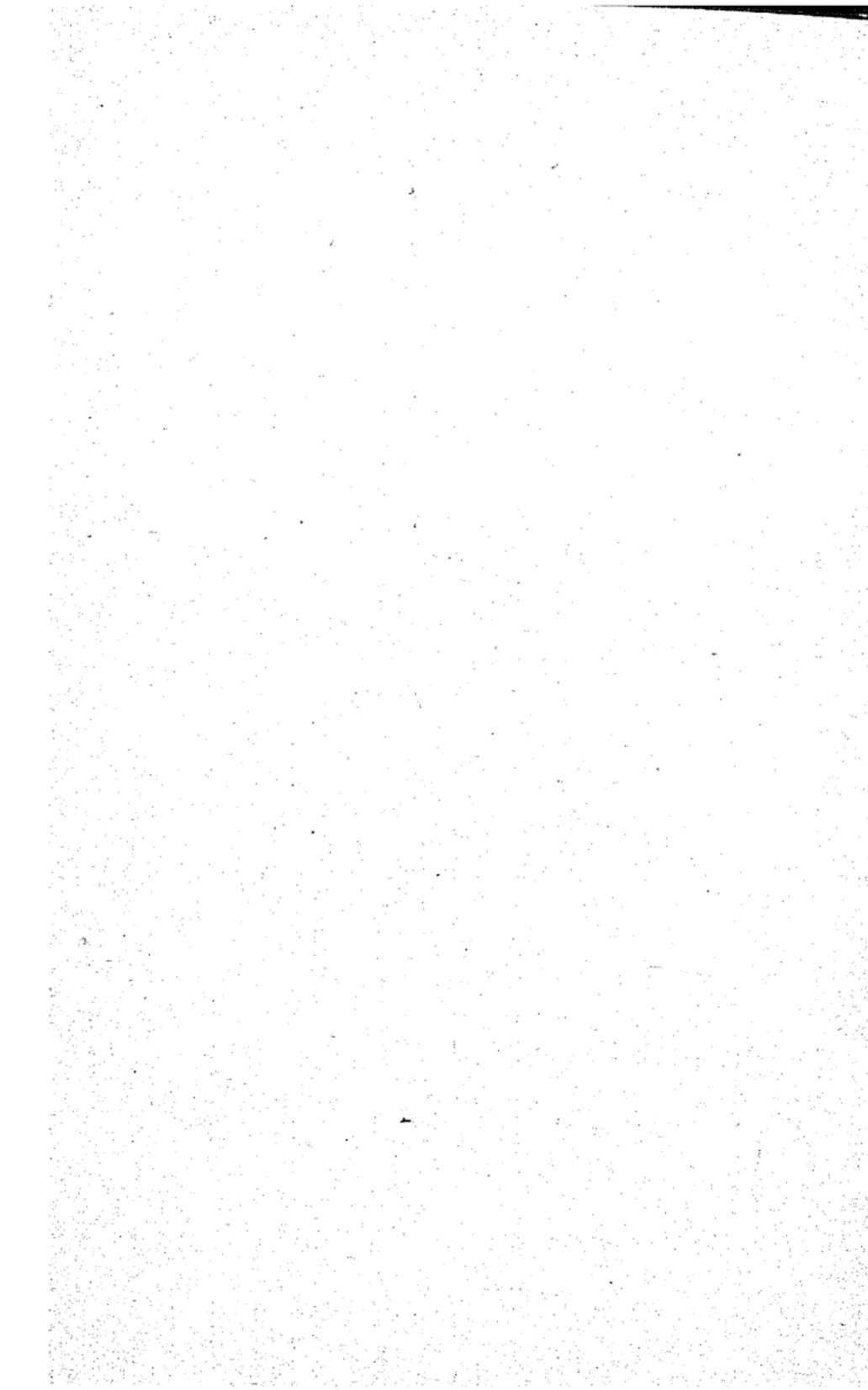
En manos, pues, de ustedes está mi dicha o mi desventura. Resueltamente yo no haré, más ni menos, que lo que ustedes dispongan, aunque me muera.

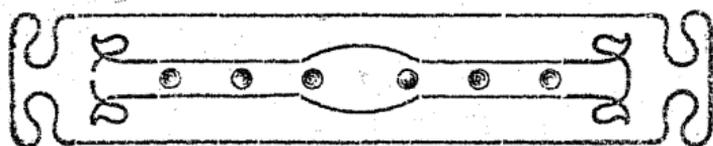
Suyo, sobrino, e hijo, que, al poner la vida en sus manos, se las besa con filial cariño y eterna gratitud,

VICTOR.

P. D. He sabido por Ramírez que la «casa» Guaditoca se ha marchado esta noche en el express.







CAPÍTULO XIII

Al día siguiente.

—Lee esa carta.

—No tengo que leer carta ninguna.

—También he estado torpe. He debido dejármela sobre la mesilla de noche o en el bolsillo del gabán, y ya me la hubieras leído. Impremeditaciones que uno tiene. Pues bueno: puesto que no quieres leerla, te la extractaré.

—Me tiene perfectamente sin cuidado todo lo que diga.

—¿A que nó?

—¿A que sí? ...Después de lo pasado en esta casa desde ayer de mañana ¿crees tú que me va a importar a mí nada nada de este mundo?

—Pues, para que veas tú: esto te importa.

—Pues bueno: si me importa, como si no me importara... Con que le importe y lo resuelva el que, según su frase, se ha puesto los pantalones de esta casa... ¡Eso está muy bonito, hombre: hacerlo, y además, decirlo!... Pues sábetelo para tu gobierno que desde hoy levanto mis manos en todo lo que sea régimen de esta casa y alta dirección de esta familia. Tu hija, que ya tiene edad, que se ponga al frente de la servidumbre: que yo, para lo que valgo y significo, en la iglesia es donde estoy haciendo falta, para encomendarme a Dios y pedirle perdón por mis muchos yerros.

—¡Patética ha amanecido la señora!

—No: que voy a estar como tú, hasta con ganas de chanza. (Pausa).

—Bueno: ¿lees la carta, o no la lees?

—Me estorbaba lo negro.

—Pues entonces la tramitaré.—(Desde la puerta)—¡Niña!... ¡Niñaaa!

—¿Para qué la llamas?

—Para darle la carta, que tú no quieres leer, y que ella la despache como le venga en gusto.

—Pero ¿de quién demonios es esa carta?

—De Víctor, remachando el clavo con nosotros de las relaciones con ella.

—¡Trae para acá ese... libelo de repudio!

—Pues, para que veas lo que son las cosas:

Cuando quise, no quisiste,

Y ahora que quieres, no quiero:

ahora sí que no te la doy, aunque te pongas en cruz. Es todo un monumento, y sería una lástima que la rompieras.

—Pero ¿dices eso, Tomás, en tu juicio? ..

¿Tú, patrocinador de ese... contubernio?

—El hombre que es capaz de sentir esta carta vale más que tú y más que yo, y más que nuestra hija, aun con todos los millones del universo.

—Pero ¿qué dice esa carta?

—Si me juras por la salud de nuestra hija que no has de romperla, tómala. Pero antes de entregártela, júralo.

—Te lo juro.

—Pues tómalala... Pero deja: que la lea la interesada, y con eso os enteráis las dos a un tiempo—(A Coral)—Lee primero la tuya, para hacer boca.

Y Coral con un desparpajo inaudito, y toda la inmunidad que le daban, por un lado la presencia, y por otro, el mandato de su padre, leyó primero su carta, que supo a la señora a... rejalgar—¡Qué crueles son los hijos!—y luego, a renglón seguido, la del amante, mientras la pobre señora se retorció en la butaca, como si le estuvieran aplicando botones de fuego, sin anestesia.

Tan no dijo ni pío, durante la lectura, que hasta dejó que Coral repitiera a instancias de su padre el párrafo que decía:

«Por otra parte quiero que sepa usted y sepa ella y no ignore mi tía que, de llegar a casarnos—y en esto sería yo inexorable—*mi mujer* viviría de lo que yo ganara, y conforme a la humilde, pero decorosa posición que hoy puedo ofrecerle. Vale ella demasiado para mantener maridos, y yo debe valer también para ella el sacrificio del lujo y esplendor a que está acostumbrada y que no puedo en modo alguno sostenerle, como

no sea que me eche a robar con un trabuco.»

—Sigue—imperó Don Tomás, haciendo «pucheros».

Y Coral prosiguió, haciendo... hasta cazuelas.

«Si ella se aviene, pues, y ustedes se resignan a la casa decente que puedo pagar hoy...

—¡Y al chozajo de un guarda de consumos me avengo yo con él!

«y a cuanto, trabajando día y noche, aun quitándomelo del sueño y de la salud pueda poner en manos de mi señora, aquí tiene el más encendido amante y el más rendido adorador, que han podido tener de rodillas a sus plantas mujeres en el mundo. Otra cosa, ni mi decoro lo permite ni el suyo ni el de sus padres.»

—¡Oro de ley, Amparo! ¡Oro de ley!

—¡Oro de ley, mamaíta!

—¡Esto es querer a tu hija, por tu hija!

—¡Como los santos aman a Dios, sólo por ser quien es!

—¡Que te calles tú, beatona!

—Y como los padres, al casar a nuestros hijos, lo primero que debemos procurar es

que los quieran como nosotros mismos los queremos, dime tú si es para dejarse ir un hombre como este.

—Sí: ¡un casamientazo loco! ¡Un partido envidiable!

—Pero vamos a ver, Amparo. Si yo no te hubiese querido a tí siempre,—e hizo por tomarle la cara, que la señora rehuyó, como si fuesen a refregarle un manojito de ortigas— ¿me hubiera casado contigo como me casé... te hubiese tenido y considerado, como te he tenido y considerado... ni haría lo que estoy haciendo ahora: someter a tu decisión y a tu arbitraje lo que entiendo, y veo, y palpo que es la garantía del crédito de nuestra casa y ¡lo que vale más que todo eso, a lo menos para mí: el porvenir y la felicidad...

—¡El cielo en la tierra, papá! ¡El cielo en la tierra!

—de nuestra hija?... ¿Ves todo lo empeñada que está ella y hasta lo decidido que estoy yo? Pues por cariño, y respeto, y consideración a tí, lo mismo ella que yo nos echaríamos un nudo en el corazón, como quien dice. Y, sólo por no darte ese hueso que roer, le diríamos al muchacho que donde

habíamos dicho «digo», decíamos «Diego». Esto, ¡no le des vueltas!: esto no lo hace más que el amor: ¡el amor de un hombre bueno...

—¡De un santo, mamáita!

—a una mujer... que sí, señor: se lo merece: pero que lo obtiene, no porque se lo merezca: sino porque el hombre que le ha tocado en suerte, sabe darle su lugar.

¡Tú debieras ser la primera, aunque no fuese más que por experiencia de la vida, que no debía querer para ese ángel...

—¡Para esta santa, que no hace milagros porque no quiere!

—más que un hombre que la quisiera, como yo a tí... ¿No te ha ido a tí bién?... ¿No has sido siempre dichosa? ...Aparte esta contrariedad, que tú misma te has buscado, ¿no has sido la mujer más feliz, no digo ya de Sevilla, sino del universo? Pues, si quieres, como debes querer, para tu hija la segunda edición, corregida y aumentada, saca ya de una vez a esas dos almas, del purgatorio...

—¡Un tenedor de libros!... ¡sin más que un triste sueldo, pelado y mondado!... ¡una

niña, que podía aspirar hasta a un Grande de España!

—¡Y dale a las Grandezas y a... las estupideces!... ¿Te cambias tú, «la de Ulloa,» por la Marquesa de Germanía ...por la de Pimpollares... por la Condesa de Trebejil... por la Valflores?... ¿Qué falta te ha hecho nunca, para estar en primera línea en todas partes y levantar figura en todos lados un... cuerno retorcido de corona, que no sirve para más, que para adornar la portezuela de un coche, o decorar el membrete de una carta?... ¿Qué son todas las coronas del mundo, al lado de un hombre digno, honrado, trabajador, inteligente, bueno... capaz hasta de jugarse su reputación y de entramparse hasta los ojos, por hacer por librar de la ruína y de la desgracia a la mujer que quiere?

—¡Todo eso es verdad, mamaíta de mi aima: que lo ha pedido el infeliz con un rédito atroz! Sinó, ¿de dónde?

—No: si yo no he dicho nunca que sea malo. Si yo no soy ciega, para dejar de ver las cosas como son... Yo sé que lo que los padres debemos procurar es que se casen

los hijos con quien ofrezca garantías de hacerlos felices...

—Pues hija: blanca y migada...

—No la veo yo tan blanca, ni tan migada. Ese, con la capa de santo es más soberbio que Lucifer, y traería a la chiquilla por la calle de la Amargura, con sus pundonorosidades de Quijote. Ya lo dice en la carta, para que ninguno de los tres nos llamemos a engaño: que su mujer tendrá que vivir—*y en eso sería inexorable*—de lo que él ganara y en la casa decente que él pudiera pagar... ¡Qué bonito, qué decente, y qué... inexorable! ¡Una hija de un Tomás Ulloa, en un pisito de veinte duros!

—¿Y por qué no en la casa de la calle de la Laguna? ¿No se la tenemos puesta, para que se hubiese casado con el otro?

—Pues mira:—saltó Coral muy diligente:—con regalársela a él, porque a un jefe de escritorio de una casa como esta hay que hacerle un regalo de lucimiento el día en que se case, si no ha de quedar la casa a la altura de Peluquín, ya no tiene que pagar poco ni mucho. De modo que si no es más que ese el inconvenientazo que le pones...

—¡Ese, y cincuenta mil más!... ¡¡No lo quiero, y no lo quiero!!

—¡Eres... como no hay otra! ¡Cerdas en el corazón debes tener!

—¡Lo que tengo es talento, y dignidad, y la cabeza encima de los hombros! A mí no me impone leyes ningún dependiente mío, ni me levanta el gallo ningún... paria... ¡Una hija mía, que ha podido ser Condesa, viviendo de un triste sueldo, y con el mismo, mismísimo, que, por meterse a desfacedor de entuertos, la condena a un triste piso y a un vestido arreglado?... ¡Primero con el verdugo!

—¡¡Mamaíta, por Dios!! ¡que todo tiene arreglo en este mundo, cuando se quiere!... ¡Vamos a dar un voto de confianza a una persona neutral!... Vamos a poner en sus manos el asunto, y que ella lo arregle en ley de Dios, empezando por quitarle a él de la cabeza todas esas fantasmagorías de Don Quijote. Cata ahí una cosa en que te doy la razón: ¡es él muy poco en el mundo, para venir imponiendo leyes! ¡Que se encastilla en sus planes? Pues nosotros nos encastillamos en los nuestros, y tal día hizo un año.

Ahora: si se humaniza, que se humanizará, y se aviene a lo que tú determines y a lo que papá disponga—yo ya sabéis que nunca he tenido voluntad—no veo razón para cerrarle la puerta, siendo así, mamaíta de mi alma, que como dice papá, es oro, pero de ley. El hombre más delicado—ya lo ves:—el hombre más generoso—ya lo has visto;—el hombre más inteligente—lo dice todo Sevilla:—y el hombre más de mi gusto—¡lo digo yo!—que ha podido traerme el ángel de mi guarda.

¿No es un dolor sacrificar, si a mano viene, la felicidad de una hija al negocio de un desconocido, porque va a ser Conde, y arrebatarle a esta hija la posesión de... el paraíso terrenal, porque el único, *único*, que la puede hacer feliz es jefe de escritorio en una casa de banca? ¡¡Mamá, por Dios: que a mí no me dan tan fuertes como a tí en lo de las grandezas ni las pamplinas... que lo que yo quiero es un hombre, y no un título: un corazón, y no una corona... un alma de... Patriarca San José (Dios Padre me perdone) en un cuerpo de hombre tan rede mi gusto!

No es que tú—fijate—*le regales* tu hija.

¡Es muchísimo una hija; y una hija como yo, para regalársela a nadie!... Es dejar a tu hija que ella tome el estado a que tiene vocación, y con el hombre precisamente que le llena... el hombre que... la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, ha hecho para ella... Así, pues, los señores tienen la palabra.

—Por mi parte, ya lo he dicho: a ojos cerrados ¡Mañana mismo!

—Entonces tú, mamaíta... ¿Quieres que me hingue de rodillas y hasta me suelte el pelo para pedírtelo?

—He dicho que no, y que no ... ¡Primero con el verdugo!

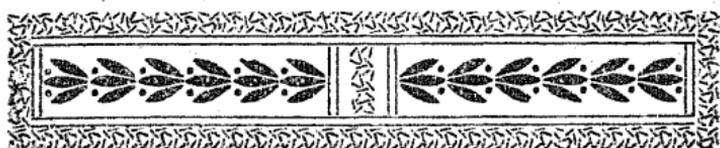
Y salió Don Tomás como un cohete, creo que por no extrangularla.

—¿Entonces, madre mía... ¿¿¿.....???

—¡Que te calles y te vayas!... ¡Primero con el verdugo.

Y se fué la infeliz «a sus posesiones», llorando como se llora, cuando se cree tener la felicidad al alcance de la mano y vemos que nos la arrebatan para siempre.





CAPÍTULO XIV

En las mismas

Tan desanimado, o más, que los mismos interlocutores de doña Amparo, quedó con el inapeable fallo de la dama el autor de estos apuntes.

No se pierda de vista que salió de su pueblo a los pocos días después del de San José, y que era ya muy entrado Mayo, cuando, o tenía que volverse a sus patrios lares sin una solución satisfactoria, o «armarse caballero» —léase sablista— para poder continuar más tiempo en la reina del Betis, donde los pu-

pilajes de la temporada de primavera le habían comido un riñón y parte del otro.

Y cuidado que le daba veinte vueltas a un duro, antes de cambiarlo .. Pero, como quiera que para pagar la fonda no los tenía que cambiar, sino entregarlos a tocatejas, íntegros y en montones, su horror al cambio no le solucionaba problema, y los duros se le iban como agua en cestillo.

—Si fuese cosa de poco tiempo—decía—me quedaría aquí hasta más ver, pues no ha de ser el cuervo más negro que son las alas: pero, primero que a esta buena señora se le olvide su descabro; cese la hemorragia de su herida; venga la cicatrización, y éntre en período de franca convalecencia, tienen que pasar muchos días, cada uno de los cuales ha de traer su malicia, o sea: su pupilaje del enemigo, pagado religiosamente cada semana... ¡Mira que para que después de todo ésto no haya cristiano que le compre a uno el libro...!

Pues sí: primero que Doña Amparo diese su brazo a torcer, si lo daba, tenía que llover mucho. Y, como siempre se ha dicho que hay más días que ollas—aquí las ollas

eran los confiscados pupilajes—mi hombre resolvió, tras un detenido arqueo, poner la proa hacia su Pimpollares de su alma, y esperar los acontecimientos bajo techado.

Cierto que era muy grande el encaprichamiento de Coral y de muchísimo peso la simpatía de su padre por la causa de Víctor, cuya conducta en el proceso Guaditoca había entusiasmado al caballero... Pero no podía perderse de vista el peso de la autoridad de la señora, tanto para el caballero, a pesar de haberse puesto los pantalones, como para la muchacha, que nunca quiso nada por la tremenda.

Si los había tenido siempre metidos en el bolsillo, como quien dice, y los traía y los llevaba como pandereta de brujas, era en cosas de poca monta y por sus zalamerías irresistibles y por sus monerías desconcertantes. Ante una negativa tan rotunda como la de—primero con el verdugo—Coral creía insuficiente su repertorio, y era demasiado buena y obediente, por otra parte, para no sacrificar su corazón en aras del respeto a la autoridad paterna.

Si a aquella chilindrinería del enemigo, tan

picotera y tan tunanta, se le ocurriesen modos y maneras de coger aquel gato montuno y ponerle el cascabel, acaso fuese posible el que él se marchase a Pimpollares, si no dejándolos casados como Dios manda, por que eso era muy pronto, en vías, por lo menos, de llegar a casarse más tarde o más temprano... Eso ya era solución, aquietadora del ánimo de los lectores, siquiera las lectoras no quedasen satisfechas, sin el relato, punto por punto, de todos y cada uno de los trámites de la ceremonia... Como que más de cuatro leen las novelas, para enterarse de cómo y de qué tela es el traje de desposada que luce la protagonista en el casorio.

Y cuando ya nuestro hombre tenía hecha la maleta y hasta avisado el coche que había de llevarlo a la estación, se enteró de que Coral, enjugándose las lágrimas como puños, con que la vimos salir del tocador de su madre, se entró en el suyo, yéndose a la butaquita calzadora, potro de sus tormentos.

Tornó a leer, frase a frase, la epístola de Víctor a don Tomás, con lo que se le fué clavando más la espina, poniendo a cada pá-

rafo el obligado comentario de un aperreo. Y, acabada de leer la carta y harta ella de llorar, se fué hacia la mesita de escritorio que tenía delante del balcón y resuelta y decidida, con uno de esos arranques de su alma, toda cristianidad, y gallardía, y rejo, tendió la mano a la pluma y escribió lo siguiente:

« Víctor de mis entrañas:

Papá, conforme de toda conformidad en que nos entendamos. Pero mamá, rabiosa con el fracaso y furiosísima por consiguiente con los dos. Cuanto te diga es poco.

Y como no es cosa de traerla a la pobre por la calle de la Amargura, haciéndole traer el paquete, sobre todo, tan pronto como fuera de desear, vamos a dejar al tiempo que haga lo suyo, y a nuestro comportamiento con ella, que acabe de rendirla.

Mamá es muy buena y me quiere muchísimo. Y cuando vea que no como postres; que me peino con el pelo tirante; que no salgo, más que a oír misa y a comulgar, y que me ponga hábito de Jesús, hasta que ella se blandee... cuando vea que te quiero más que a mi vida, pero que, por respeto a ella,

no te hablo; que estoy chaladita por tí, pero que por deferencia a ella, no miro..; cuando vea que de... estos puros tormentos me pongo mala (porque no va a ser posible que no me ponga... como que ya lo estoy)..... cuando vea que ni muriéndome, ni muriéndome, me rebelo contra su autoridad de Dios en la tierra, ella que tan buena es, y tan cristiana, y tan madre, caerá de su burro y nos abrirá de una vez las puertas del paraíso.

También confío mucho, y más que en nada, en las oraciones de los pobres. Papá me ha dicho que me va a dar todo lo que le pida con este fin, y pienso no tener duelo recetando. ¡Así!: a ver si muchos amenes llegan al cielo.

Tú, que eres tan rebuenísimo y que tienes tantísima mano con el Señor de Pasión, pídele que, si nos conviene (yo creo que sí) se ponga de nuestra parte. Y, si no nos conviene para la vida eterna; si esta oposición de mamá es obra suya, entonces, que nos dé fuerzas a los dos, para llevar esta cruz, tan superior a las mías. Yo es que no puedo, hijo.

Tuya y retuya, aunque la capa no parezca.

CORAL.

P. D.—No quiero que me escribas, poco ni mucho. Las cosas se hacen bien. Ya ves: el Señor tuvo sed en la cruz, y dice el Santo Evangelio que no quiso beber.»

Y Coral soltó la pluma, teniendo que echar hacia atrás la cabeza, para no borrar lo escrito con los gruesos lagrimones que, así y todo, cayeron en la carta.

Cuando se hartó de llorar otra vez, le puso el sobre. Entonces colocó la misiva entre la rama de espino y la fotografía del Señor de Pasión que sujeta a la pared con cuatro lises de plata presidía el testero del confidente, diciendo con la fe y la piedad con que se cuelga un exvoto:—Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

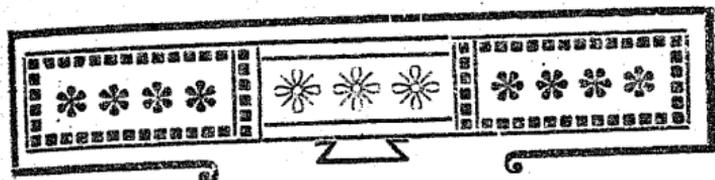
Serena y confiada, se lavó los ojos, que tenía atormentados y enrojecidos, y tras los ojos, la cara. Se refrescó la boca, amargada y reseca, con unos buches de agua en que vertió unas gotas de dentífrico... Se soltó la opulenta mata de cabello que tenía en de-

sorden y enmarañado, y se peinó ante el espejo, con sencillez de convaleciente.

Y como fuese la hora de almorzar, se presentó en el cuarto de la señora, que seguía enfurruñada y hocicuda, diciendo al besarla, sin protesta por parte de la «agredida»:

—¿No almorzamos, mamáíta?





CAPITULO XV

Entre comidas.

El almuerzo, primera refección que se celebraba en familia después de los acontecimientos que todos saben, transcurrió en medio de un silencio por parte de los cónyuges, como si hubiese tenido por escenario un refectorio de cartujos. No así, en verdad, por parte de la muchacha que, haciendo de tripas corazón la pobrecita, sacó veinte conversaciones indiferentes, ninguna de las cuales llegó a interesar a su auditorio, e hizo unas

cuantas preguntas que no obtuvieron más que monosílabos.

Y llegó al fin la hora de los postres: compotas y mermeladas; plátanos y bizcocho de Chantilly, y... el disloque de Coral: fresas, sin más aderezo que polvo de azúcar ..

Primeramente se sirvió la señora cuantas fresas hubo por conveniente, pues era tan aficionada como su hija. Después, el señor, que tampoco lo hizo mal, pues acá para *inter nos*, tenía hambre atrasada (lo mismo que la señora)—miserias de la realidad de la vida—y cuando llegó el turno a Coralito, con un simple movimiento negativo de la mano y un—gracias—al mozo de comedor, despidió la incitante golosina ¡Y tenía más sed!, ¡más ansias de cosas frescas!...

—Pero ¿qué es eso?... ¿Por qué no las tomas?—preguntó doña Amparo, prestándose a parlamento.

—Porque tengo promesa, mamaita.

—Promesa, ¿por qué?

—Apuros y secretillos, que una tiene.

—¡Pues que sean las últimas fresas que



se sirven aquí!: ¿estás?—ordenó de muy mal talante el caballero:—No vamos nosotros a regalarnos el pico, con una cosa que tanto le gusta al alma mía, y ella mirando.

—Pues toma mermelada... Chantilly... plátanos...

—¡Si abarca todos los postres, mamáita! Ya ves. Eso no es necesario, y alguna mortificacioncilla debe una ofrecer... Si tú fueras otra, me dabas el dinero de los postres para mis gastos particulares..

—Como en las casas de huéspedes baratas, ¿no es verdad?—(Mutis del criado.)

—Es decir por decir, mamáita, y a ver si te tiro un poco de la lengua... Estais los dos tan callados, que hasta se me hace cargo de conciencia haber sido yo la causa. ¡Por Dios y por su madre, vamos a empezar a hacer nuestra vida de siempre! Yo no puedo hacer más que hacer lo que tú quieras, o mejor y más concreto: *lo que tú quieres*.—Y sin poderlo remediar, se le saltaron las lágrimas.

—¡Y hay corazón en el mundo—exclamó don Tomás, soltando la cuchara de la fresa y dando dos manotadas sobre el mantel—

para oír esto?... ¡Y se habla de los horrores de la inquisición....

—¡Por Dios, papáito mío!

—y de las barbaridades que se hacían con los mártires!!

—¡Cállate, papáito, que te van a oír de la cocinal

—¡Pues a ver quién puede más: si tú, con tu altanería y tu soberbia, o ese ángel de Dios, con la justicia!

—¡Qué bonito está el señor, desde que se ha puesto los pantalones de la casa!—replicó doña Amparo muy relamida...—¡Y estos son los hombres buenos!... Pues bien: cuando el señor haya aprendido a tratar con señoras, entonces hablaremos...

Y se levantó de la silla, con aires de Majestad, que protesta del desacatamiento de un lacayo, entrándose en las habitaciones de su hija... para dar una rabotada al darse cuenta, y dirigirse a las suyas.

No fué tan breve, empero, el espacio de tiempo que permaneció en el departamento de Coral, que no viese la carta entre la rama de espino y la fotografía del Señor.....

—¡La que no iba a hacer más que lo que yo quisiera!...

Y con deseos de coger la carta y de romperla, para echarla, hecha añicos, por el vertedero del baño, la dejó donde estaba a fin de no armar más camorra, pero jurando, jurando, por aquellas que eran cruces, interceptarla...

Y se puso en acecho desde su cuarto, a ver por qué conducto la enviaba Coral a su destino... ¿Sería capaz aquel hombre «funes-to» de servir de correo de gabinete en aquella... indecencia?

Y a esto Coral, camino de su cuarto, seguida de Ramón... Y al minuto Ramón, atravesando el pasillo, camino de la escalera.

—¿Para qué te quería la señorita?

—Para que lleve estos diez duros a las Hermanitas de la Cruz.

—¡Mira, Ramón, que la señora de esta casa soy yo, y no consiento confabulaciones ni falsías!... ¿Qué más llevas?

—Lo que ve la señora: este billete de diez duros.

—¡Nada más?

—¡Nada más!

—Pues bueno: ¡ay de tí, como te coja en un renuncio! ...Yo no puedo tolerar conspiraciones en mi casa. Cuanta correspondencia venga para la señorita, lo mismo que cuanta ella envíe, tiene primeramente que pasar por mi aduana... ¡Soy la señora, y en mi casa mando yo!

—Por mi parte, descuide la señora.

—Pues puedes retirarte.

—¿Quiere algo más la señora?

—No: nada: gracias.

.....
Y estar que estar en acecho, y discurrir una hora, y otra hora, sin que ánima viviente entrase por las habitaciones de Coral, ni asomase las narices por las suyas: sino a solas con su desilusión y su berrinche, discurre que te discurre.

.....
.....
—¡Lo que ví desde el principio, con este entendimiento que Dios me ha dado: el niño de hoz y de coz en la casa, y lo que es más que en la casa: en el corazón de ella!

...Pues, así como la pasión por Guaditoca no fué tal pasión, sino un amor de circunstancias y prendido con alfileres como quien dice, ésta es de las que se apoderan de todo el sér... de las que hacen enfermar... de las que matan... ¡Horror!...

Y se agitó en la butaca, toda convulsa.

—Por eso: porque lo ví desde el principio, hice todo lo humanamente posible para que no se vieran ni se entendieran. Lo que ella misma se figuraba que no era más que mera simpatía yo tenía tragado que era amor... amor, que no aguardaba para declararse incendio, más que..... cualquier cosa... Una carta como esa, que arrancase la chispa del pedernal...

¡Y ese «hombre funesto» sin sospecharlo siquiera, y haciendo por metérnoslo más dentro cada día; sin notar que los ojitos de la cara se le iban tras ella—¡a pesar de todos sus disimulos!—y que a ella le pasaba otro tanto, a pesar de su íntimo regocijo por cristalizar en Condesa de Guaditoca!

De ahí mi campaña contra la posibilidad de estos amores; mis esfuerzos inauditos por que no se vieran ni se entendieran, y mi

afán por echar la cerradura al asunto, casándola a espetaperros...

¿Para ahora, cuando lo tenía todo solucionado; cuando de allí a unas horas iba a verla en la... apoteosis: la apoteosis, que con tan febriles ansias había yo apetecido para ella, que venga este... angelito con una simple carta, a disipar todos mis planes como puñado de moscas?...

¡Y que está poco plantada!—«Y al chozajo de un guarda de consumos soy yo capaz de irme con él»—¡Otra tía Luz, tan anarquista y tan romántica, tan demócrata y tan indomable, poniéndose por montera el mundo entero, con tal de conseguir el hombre que le había entrado por el ojo!

¿Una hija mía, nuera de mi hermana Luz?... ¿Una niña, que podía llevar veinticuatro horas de ser Condesa, cuñada de unas cursis que hacen labores para la calle?... ¿«La de Ayala» por vitalicio, sólo porque se le ha puesto entre ceja y ceja que es «fino y bueno»?... ¡La misma muletilla de su tía de su alma!...

¿Quién ha negado nunca que sea bueno?

Casualmente soy yo la primera en reconocer que ni mejor hijo, ni mejor hermano, ni mejor dependiente, ni mejor hombre es posible encontrarlo ni con un candil... Como digo una cosa digo otra.

Su conducta en la casa desde que entró... (Y lo vió siempre dócil y servicial, sin entrometimientos)... Su proceder en el asunto de las minas... (Y lo vió decidido y resuelto, acometedor e inteligente, sereno en aquellas horas de tormenta, e incansable en aquellos días de trabajo... multiplicándose en el escritorio y en los viajes... creciéndose en los parlamentos con los demás accionistas... y haciendo, en fin, la hombrada de comprar todas las acciones a tocateja al cincuenta por ciento las más altas, para que a las pocas semanas se vinieran a las nubes, con el descubrimiento del filón de la Troncosa, y el capital de la casa, triplicado, y el crédito, en los cuernos de la luna...)

—Nada de bonificaciones a mí, ¿eh? ¡Al que cumple con su obligación, no hay por qué darle propinas!—

Y nos dejó plantadas las diez acciones,

y con la escribanía de plata, como fineza de Coral, se remató el asunto...

.....

¡Si yo conozco las cosas!... ¡Si cuando todos van, ya yo vuelvo!... ¡Si para hacérmela feliz veo que no hay otro!... ¡Pedir prestados cinco mil duros!... ¡Proporcionar él mismo los billetes del *slee-ping*...—se dice y no se cree—y hasta preparar las flores, para arrojárselas en el acto de la bendición!...

.....

¡Ah!... ¡Por qué ha nacido este hombre en la plebeyez y en la patulea, y no trae una baronía siquiera... ¡algo por donde mi hija suene y brille, y sea algo más que una rica del montón... algo más que una banquera... algo más que *la de Ayala*!?

¡Mira que haber huído del perejil toda la vida, para que me nazca ahora en la mismísima frente!... ¡La de Ayala!... ¡Un tenedor de libros nada más!... ¡Un jefe de escritorio, pelado y mondado! ¡Y tan repelado, Madre mía de los Reyes! ¡Tan repelado, que se le ven los sesos!... ¡tan remondado!!

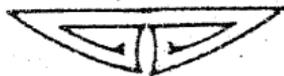
.....

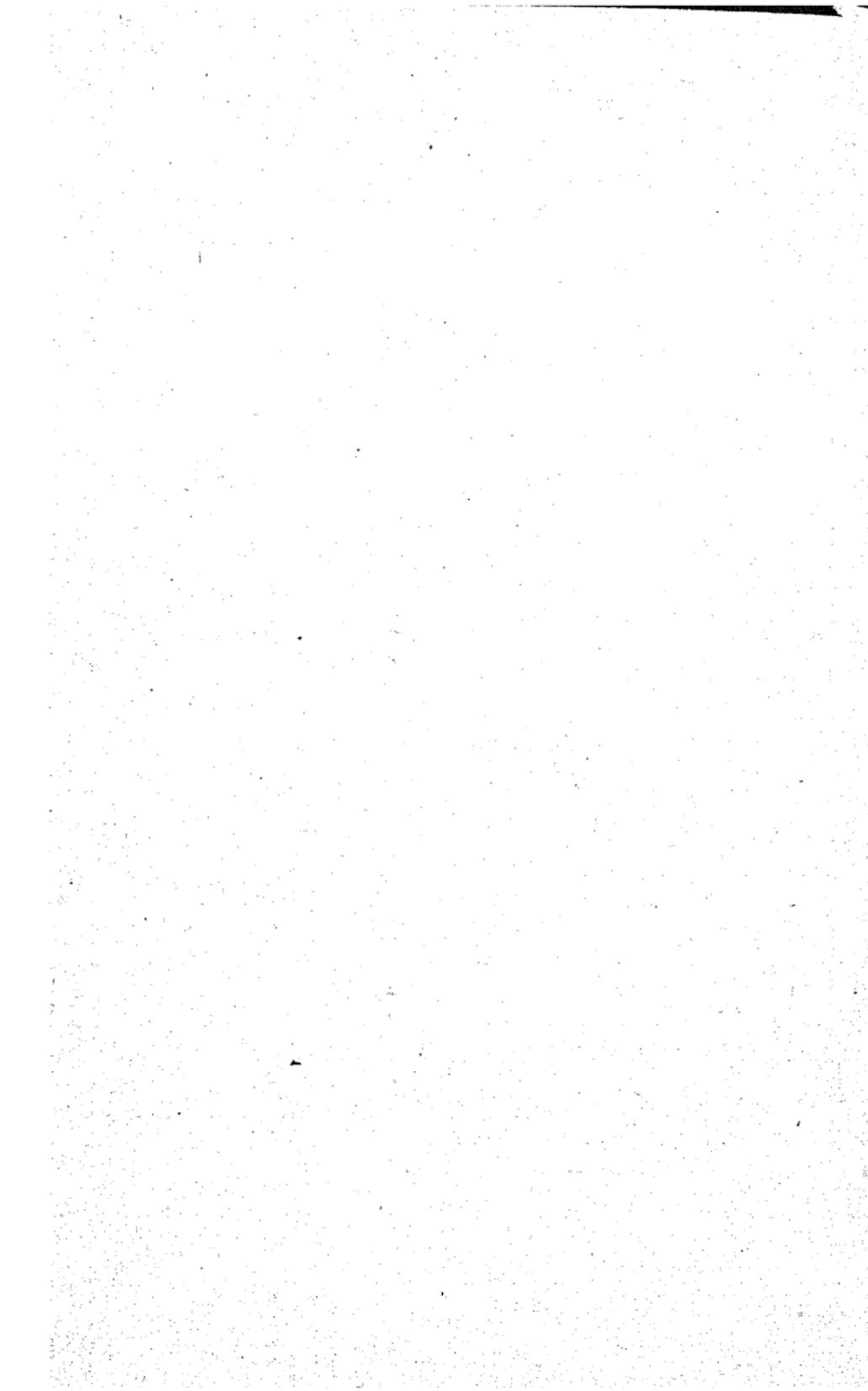
Bueno: pues aquí lo que se impone es co-

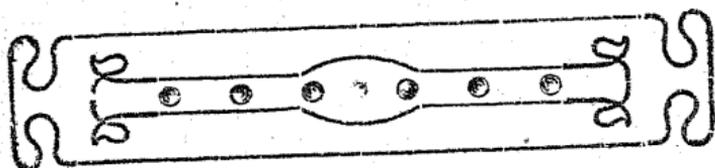
nocer el contenido de esa carta de ella a él, para tomar posiciones. Lo de «haré lo que tú quieras, o mejor y más concreto: *lo que tú quieras* que se haga» es para no perder todas las esperanzas del todo...

¡Una cosa buena que tiene el alma mía: que será todo lo zalamera y vividora que se quiera, pero hipócrita no lo es!... ¡Es de necesidad que yo conozca ésa carta!

Y ¡cómo, sin pedírsela ¡eso jamás!, ni cómo arrebatársela, para que su padre me moñee?... ¡Tate ¡La doncella acudiendo al riiin, riiin del timbrel... ¡Esperemos los acontecimientos!







CAPÍTULO XVI

La hebra de doña Luz

—Hijo: ¡qué buen resuello tienes para buzo!... ¡Nunca creí que una madre, y una madre como yo, valiera para un hijo como tú lo que un trapo para aporrear moscas!

—¡Mamá, por Dios!

—No es porque no se me dé el lado que merece una madre, y una madre que no ha tenido nunca más Dios ni más Santa María que sus hijos. Sino porque no hayas tenido confianza para abrimé tu corazón, y haberte estado muriendo ¡así: muriendo de pena,

mis entrañas!, sin confiarte con una madre como la tuya, que tantísimo te hubiera consolado, llorando al par que tú tus penas y tus dolores, mi corazón. (Llora)

—¡Mamá, por Dios!

—El querer a una mujer de bien no es pecado, y a una mujer de la valía de tu prima, hasta un mérito para la vida eterna, si a mano viene. De modo que no sé a qué santo han venido esos misterios ni esos tapujos, como si se tratara de un contrabando. Yo he debido saberlo desde el primer instante, para hacer por quitártelo de la cabeza; o para, si no lo lograba, y ellos, como es natural, te daban con la puerta en las narices, consolarte, aunque no fuera más que queriéndote por encima de todas las madres del universo, primero como a hijo, y luego, como a desgraciado, mi corazón!

—¡Mamá, por Dios!

—Y, porque donde cae el borrico es donde se le dan los palos, ahora es cuando voy yo a decirle a Doña María la Brava las trecientas mil verdades del barquero. Que si su hija tiene millones (Dios le de más), mi hijo de mis entrañas tiene honradez... y in-

teligencia... ¡y corazón! Honradez, para haber estado ahogandítose el alma mía, y haberse echado un hierro en la cara, antes que tocar a la caja de valores de la casa ¡y con la llave en el bolsillo... (Llora)... que te deben poner en la mano como a San Pedro, cuando te amortajen!... Inteligencia, para haberlos librado del cataclismo cuando lo de las minas, como lo sabe Dios y todo el mundo; y corazón para haber hecho todo lo que tú has hecho, ¡que eso se pone en papeles y no se cree! ¿Cómo, si yo me barrunto que estabas enamorado de tu prima, consiento que le prepararas el altar, ni que le vistieras el coche... ni que fueras tú mismo ¡tú mismo, mi corazón y mis entrañas, a sacarles el billete del reservado?... ¡Nada más esta acción de.. San Alejo debajo de la escalera, es para levantarte un monumento en mitad de la plaza de San Francisco! (Llora)

—¿Pero quién te ha metido a tí en la cabeza semejante disparate?

—¿Entonces me lo niegas?—Y le tiró un pellizco retorcido.

—¡A ver! ¡Como que has visto visiones!

—Conque visiones: ¿eh?... Pues mira: si

hasta ahora estaba resentida como dos, ahora me resiento como dos mil... ¡Una cosa es que no me lo confesaras *motu proprio*, y otra cosa que me lo niegues, cuando lo anda diciendo toda Sevilla.

—¿Toda Sevilla, qué?

—¡Que estás loco por tu prima desde que Dios nació!

—¿?... ..??

—¿Crees tú que en las treinta y seis horas, o las que sean, que van pasadas no he hablado yo con toda Sevilla y tus hermanas lo mismo? ¡No está muy enterada Concha Martínez de todo el espiritual parentesco!

—¿Pero enterada de qué??

—¡De todo lo que tú veas en este mundo y en el otro!... Siempre se ha dicho que las paredes tienen oído, y el que quiera que no se sepa una cosa, que no la haga. ¡Hasta los Hércules de la Alameda los tienes enterados del pe a pa!

Desengáñate, hijo mío: que ni lo que tú has hecho es solamente honrada gratitud, como tú crees, ni lo que ella ha hecho, dándole la boleta al Guaditoca, ha sido solamente despecho y dignidad:—¡mucho más

perdonamos las mujeres cuando está interesado el corazón!—es que ha estado enamorada de tí, desde antes de nacer, y...

—¡Mamá, por Dios, que me matas! (Rompe a llorar)

—¿Lo ves?... ¿lo ves?... Pues lo mismito que estás tú, lo mismito está ella. Y esto ¡no le des vueltas, hijo del alma! ¡Esto es Dios! ¡Dios, Señor de los ejércitos! trazando el sino de las criaturas!

Y esto es una de esas cosas que tienen que ser, ¡así se junte el cielo con la tierra!... Tardará un mes, tardará un año. Pero será, ¡como Dios está en el cielo!... Esa niña es una santa, y Dios se lo tiene que pagar con un hombre como tú ¡santo tres veces!... Y tú eres el mejor hijo que han amamantado madres... y el mejor hermano y el mejor hombre, que, después de tu padre, se ha puesto pantalones en el mundo, y el Señor de Pasión te lo tiene que pagar, con ese... esportón de corales color de rosa, de ese corazón de Santa Teresa de Jesús,

—¡¡Mamá, por Dios!!

—de esa... no sé si ángel, si mujer: que no quisiera más en el mundo, sino que an-

duviera pidiendo limosna por las calles, para ir a traértela bajo palio, como a Su Majestad en público! (Llora)...

—Así pues, hijo del alma, calla y espera... ¡En sillita de la reina te la tienen que traer! ¡Dios es muy grande!...

Y una cosa que te advierto. Que no pese en tu balanza ni un comino, la falta que nos haces a tus hermanas y a mí... Ellas lo saben ganar las pobrecitas y yo también...

—¡Mamá, por Dios!

—y lo que vale más que saberlo ganar: sabemos administrar lo que tenemos, y rancho de los cuarteles, que comiéramos, la gloria habría de sabernos, si te veíamos feliz!...

Así pues, no mires nada: que es ley de Dios... «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá con su mujer y serán dos en una carne.»

—¡Madre... de mi corazón!—prorrumpió Victor, abrazándose a ella y comiéndole a besos la arrugada cara.—¡Madre... como para el Calvario!... ¡Sí, madre mía: es verdad!... La quiero, desde que empezó a ir al

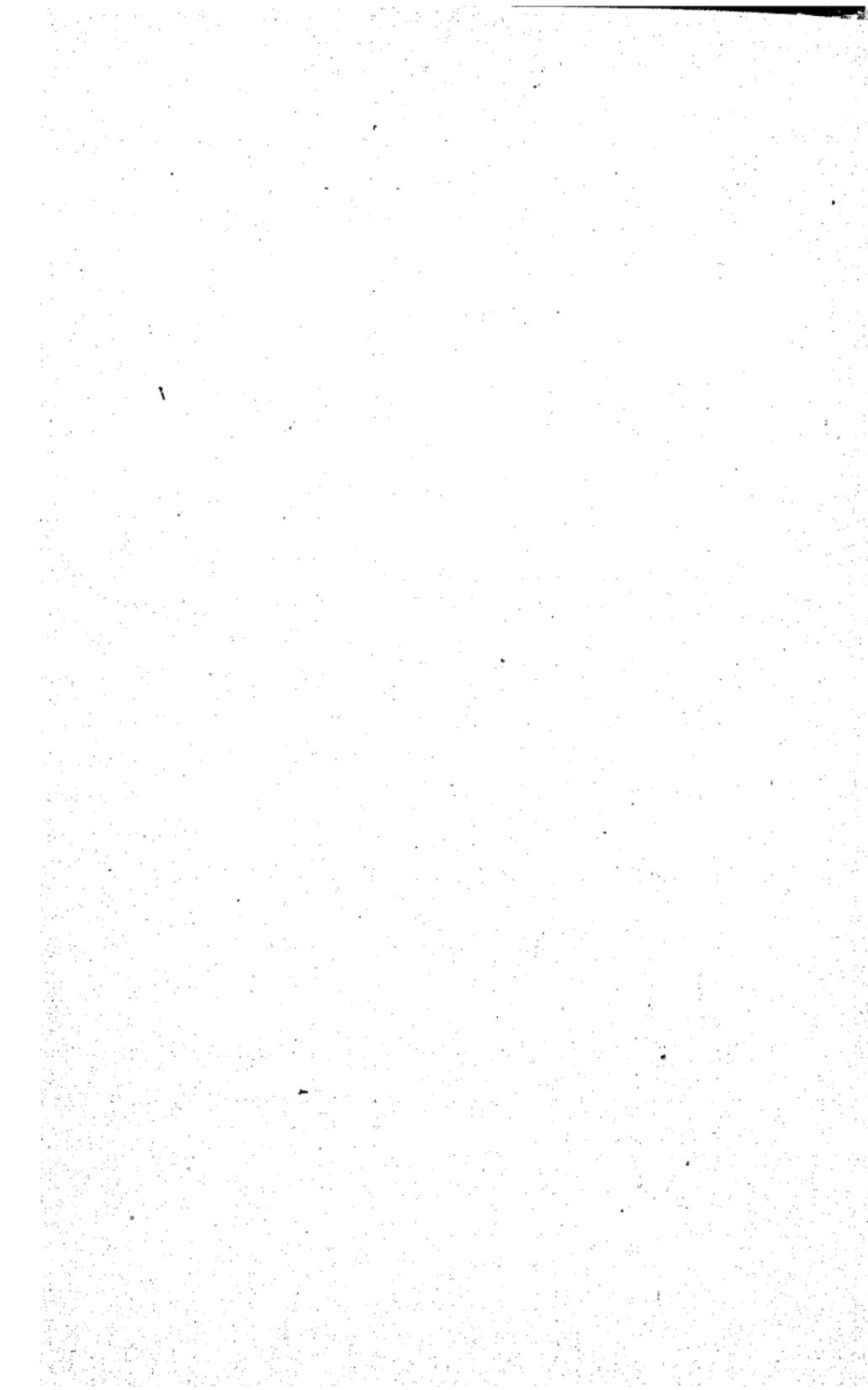
Salvador, como mi padre te quiso a tí. Y sé que ella me quiere, como tú quisiste a mi padre.. ¡Perdóname, madre mía, que no te lo haya dicho! ¡Para qué? Sabía que te hubiera matado mi tormento, y he querido pisar yo solo en mi lagar... ¿No eran bastantes mis penas, para tener encima que sufrir las tuyas por las mías?... Créete que mi silencio para contigo no ha sido más que amor... ¡Amor de un hijo crucificado, mamaita de mi alma; que no ha querido tener en su agonía ni Virgen de los Dolores!...

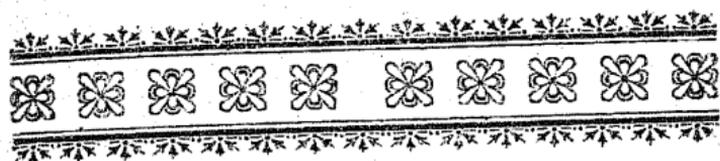
Y cuando entraron las niñas, de la calle, se encontraron a Doña Luz, sentada en el sofá, con el zangolotino en el regazo, llorando cada uno por su cuenta.

Y, como se sentaran, cada una en una butaca y se pusiesen a llorar por cuenta propia,—¡Ea!—dijo Víctor, poniéndose de pie: —¿Pues no parece esto el «paso» de Santa Marina?... (1)

(1) El Señor, descendido de la Cruz, en brazos de la Sma. Virgen y rodeado de las Santas Mujeres.







CAPÍTULO XVII

Finuras de alma

—¿A dónde vas con esa carta?

—A mandarla al correo, de parte de la señorita.

—Tráela... Yo la enviaré con otras cuantas que tengo que escribir.

—¿Quiere algo más la señora?

—No: nada: gracias.

Y la señora despegó el sobre, con mucho tiento. ¿?...??

Indignada con el vocativo y con el párrafo primero y el segundo, el tercero, sin embargo, empezó a desarmarla.

«Cuando vea que no como postres» — ¡La promesa de las fresas! — «que me peino con el pelo tirante» — ¡El peinado de hospiciana que se ha hecho para almorzar! — «que no salgo más que a oír misa y a comulgar y que me pongo hábito de Jesús, hasta que ella se blandee», — ¡Me mataba con cuchillo de palo si lo hiciera! — «cuando vea que te quiero más que a mi vida, pero que por respeto a ella no te hablo; que estoy chala-dita por tí, pero que por deferencia a ella no te miro» — ¡Y capaz es de hacerlo como se le ponga en el moño! — «cuando vea que de... ¡estos puros tormentos! me pongo mala (porque no es posible que no me ponga... como que ya lo estoy)» — ¡Por Dios, que esto es horrible! — «cuando vea que, ni muriéndome ¡ni muriéndome! me rebelo contra su autoridad de Dios en la tierra, ella que tan buena es y tan cristiana, ¡y tan madre!» — ¡Para qué? ¡Para qué abriría yo esta carta?» — «caerá de su burro, y nos abrirá de una vez las puertas del paraíso.»

Y soltó la carta sobre la mesa tocador y se puso a dar vueltas por el cuarto, como loca.

.

¡Ah! ¿Para qué la habría abierto, sabiendo, como sabía por experiencia propia que no había más remedio que matarla, o dejarla? ¿Si era mucho corazón el de aquella criatura! ¿Si había que darle la razón a Luz, cuando decía que Dios había roto el molde!... ¡Dios suyo!, ¡que oponerse a la felicidad de criatura con tanto derecho a ser feliz era más de tiranos, que de madres!... ¡Malhubiera la hora en que interceptó la carta!... ¿Vaya que no leía más?

«También confío mucho» —siguió leyendo (la tentación era irresistible)— «también confío mucho y más que en nada, en las oraciones de los pobres. Papá me ha dicho que me va a dar todo lo que le pida con este fin, y pienso no tener duelo recetando. ¡Así! a ver si muchos amenes llegan al cielo» —¡Por Dios, que esto es ponerla a una entre la espada y la pared! ¡Que no hay más, que, o despedazarse el corazón, o tragar el paquete del nifito!... ¡Si cada párrafo es un nuevo lance-tazo!

«Tú, que eres tan rebuenísimo y que tienes

tantísima mano con el Señor de Pasión, pídele que si no nos conviene (yo creo que sí)» — ¡Ya lo creo! — «se ponga de nuestra parte. Y, si no nos conviene para la vida eterna;» — ¡¡Lo que tendrán que ver estas cosas con la vida eternal! — «si esta oposición de mamá es obra suya, entonces que nos dé fuerzas a los dos, para llevar esta cruz, tan superior a las mías. ¡Yo es que no puedo, hijo!

Tuya y retuya, aunque la capa no parezca» — ¡Tunantal! —

«CORAL.»

— ¡Pero qué de chilindrinas, Madre mía! ¡Pero qué de picoterías y qué de letra menudal... Y lo más peregrino de la cosa es que no dice ni más ni menos que lo que siente: que, enamorada y ciega como lo está, es capaz de morirse en un rincón, antes que rebelarse contra mi autoridad de Dios sobre la tierra...

Eso es lo que yo quisiera, después de todo: rebeldía, tenacidad... ¡Algo que sincerase la lucha! no esta docilidad que me amarra las manos y estas... finuras de alma, que la hacen realmente irresistible.

¡Así lo tiene, hecho un ovillo! ¡Por supuesto: como a su padre... y como a mí... y como a todo a quien le pone la puntería!... ¡A ver ya la postdata! ¿.....?

«P. D. No quiero que me escribas, poco ni mucho» — ¡Aaaaay! — «¡Las cosas se hacen bien!» — ¡Si es mucha niña! — «Ya ves: el Señor tuvo sed en la cruz, y dice el santo Evangelio» — ¡Espantárame yo de que no saliera a relucir el santo Evangelio! — «que no quiso beber.»

— ¡Ay Dios mío! ¡¡Ay Dios mío, que no puedo más!! ¡¡Que esta chiquilla me mata!... ¿Pero por qué dirá estas cosas tan... ¡diabólicas, porque esto es hipnotizar a una!?...

¿Cómo rendirme... ¡sobre todo tan pronto, ni tener crucificada tan sin derecho a mi ¡¡hi...ja... de... mi alma!!?.....

Y madre, y madre buena al fin, aunque un tanto adulterada por la vanidad y la bamba, sintió que se le despedazaban las entrañas ante aquella resignada sumisión: ¡ante aquella evangélica mansedumbre, de víctima tendida sobre el altar del holocausto!.....

.....

—¿Da la señora su permiso?—preguntó la doncella desde la puerta:

—Adelante. ¿.....?

—La señora doña Luz, que por el amor de Dios haga el favor la señora de recibirla.

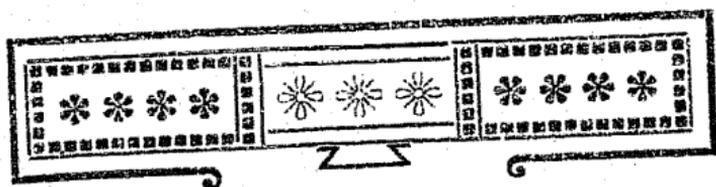
.....
—Dile que pase.

—¿Desea algo más la señora?

—No: nada: gracias.

¿¿.....??





CAPÍTULO XVIII

De madre a madre.

—Ya te diría Tomás que estuve ayer a visitaros... Pero le pareció prudente que no subiera, y con las mismas me fuí por donde había venido.

—Pues no me ha dicho nada.

—Pues ya lo sabes. (Pausa)

.....
—Me dijeron las niñas que Coral había amanecido enferma. Supuse que vosotros estaríais con el disgusto consiguiente, y vine a hacer lo que debe hacer una hermana, y

una hermana que os debe tantísimo como yo: estar a vuestro lado para servirlos, y, si no para servirlos materialmente porque, gracias a Dios, os sobra servidumbre, a acompañaros.

—¡Ay, Luz!—exclamó la de Ulloa, saludablemente impresionada con la digna actitud de su hermana.—¡Qué horas! ¡Qué horas tan amargas tiene la vida!—Y se echó a llorar con el mayor desconsuelo.

—Y eso—añadió la de Ayala, haciéndole el dúo—que tú no has acabado todavía de romper el vestido de seda con que naciste... ¡Conque la que no se ha puesto otro que el de esparto, como, yo!

—Pues hija:—respondió la otra, respirando por la herida:—¡el que tú misma escogiste! Nadie te lo puso a la fuerza... Bastante oposición que hubo por parte de todos...

—Mira, Amparo—replicó la de Ayala con dignidad—que no es ahí a donde yo apuntaba. Casualmente la única seda que me he puesto en en este mundo fué el gustazo de casarme con el hombre que llenaba mi corazón. El vestido de esparto a que aludo ha sido todo lo demás de mi vida: la ca-

lle de la Amargura de mi noviazgo... las peripecias de mi casamiento... la catástrofe de mi viudez y la serie de trabajos y privaciones para sacar adelante mi pollada... Si la vida, como dices muy bien, tiene sus tragos amargos, hasta para los poderosos como tú, figúrate cómo los tendrá para los desvalidos... Ahora: que como la vida al fin y al cabo es dón de un Dios muy repadre, tiene también sus dulzuras y sus alegrías, y no las hay comparables a las que proporcionan los hijos buenos. ¡Y mis niños son muy buenos!

La nerviosidad de doña Amparo, que andaba disparada, se excitó con lo que le pareció regodeo de la otra en lo de su casamiento, y se exaltó hasta lo último, con lo de la bondad de sus sobrinos, que le hubo de parecer en labios de su interlocutora algo así como un sarcasmo. Y recogiendo la última frase y poniendo en la suya un chorro de hiel, añadió con una sonrisa que era un puñal:

—Sí, mujer: ¡ya sabemos que están en opinión de santos! No es menester que les hagas el artículo.

—Mira, Amparo,—replicó doña Luz, picada en su amor propio, que no he venido a proponerte ninguna... mercancía, para hacerle el artículo... Pobre, más que la tierra, todavía está por ver la primera indignidad que haya hecho en su vida Luz Castejón... Si has creído que he venido a otra cosa que a acompañarte, estás equivocada.

—Lo decía, mujer, porque como *estais* llevando los acontecimientos tan por la posta, creí que preparabas el terreno para la petición oficial de la mano de mi hija para el tuyo.

Las palabras de la de Ulloa fueron un lanzetazo para su hermana, dado en lo más vivo y hondo de su corazón de madre. Y con deseos de agarrar a su interlocutora por el moño y arrastrarla por la alfombra, se limitó a decir con altivez suprema:

—No, mujer: yo sé muy bien los bueyes con que aro, y lo he sabido siempre. ¿Sabes tú cuándo yo te pediría la mano de tu hija, de rodillas y hasta en cruz?... Cuando tu hija estuviera... de freganchina en una casa de huéspedes o pidiendo limosna por las calles. Cuando no tuviera otra dote, que ese

corazón de... Santa Isabel de Hungría y esa cara de... diosa del paganismo. ¡Entonces sí que te la pedía y hasta te la robaba, para ¡la bienaventuranza eterna! de mi hijo de mi corazón!

Habiendo, como hay de por medio, tantísimos millones, tiene tu hermana Luz ¡mu-cha soberbia! para exponerse a un «no» de una bestia cargada de dinero, como tú.

—¿Me insultas?

—¡Sí: te insulto! ¡Antes me has insultado tú con tu sospecha! ¡Antes has insultado tú con tu desprecio al hijo de mi alma! ¿Sabes tú, saco de viento, lo que vale un hombre, y un hombre como mi hijo: de honradez... de laboriosidad y de talento... ¡virgen de cuerpo y alma!? Pues un hombre así, para que te enteres, puede aspirar a una ¡heredera de un tronol: cuanto más a una niña del montón, aunque sea tan bonita y tan resanta, y tenga los millones por castigo, como la tuya!

¡Sí, señora doña Amparo de... los molinos de viento!... ¡Archiduquesa de... los castillos en el aire... loca, reloca, que desde que eras tamañita así, ya se te conocía el engrei-

miento de Lucifer y la ambición insaciable de relumbrones aunque fuesen de similor y el afán de salirte de tu esfera y de codearte con príncipes y con reyes!... ¡Hay más que tener dinero: y es saber ganarlo y administrarlo! ¡Como hay algo más que descender de caballeros: y es serlo desde los pies a la cabeza, porque riete tú de los de la Tabla Redonda, al lado de esa criatura, aunque sea mi hijo!

Vosotros sois testigos de mayor excepción. ¡A quién se le quiere gratificar en el mundo con veinte mil durazos, por un trabajo como el de él en el asunto de las minas, y los rechaza, diciendo que él no quiere más acciones que sus obras y que al que no hace más que cumplir con su obligación no hay por qué retribuirle sino su sueldo?... ¡Desengáñate, Amparo, que esto es más noble, que el que el tatarabuelo de un zascandil le rompiera la cabeza a un pelotón de moros!

¿Tú sabes lo que ha hecho para salvar a tu hija?... ¡Pues arramblar con todo lo de la casa, lo mismo lo suyo, que lo de las niñas!... Hacerme que empeñara... ¡en fin: hasta los cubiertos!... el mantón de Manila de mamá...

la escribanía que le regalásteis... ¡hasta la medallita de la primera Comunión de Luz, que por cierto no me la querían tomar, porque era de oro bajo, pero por fin se quedaron con ella en seis reales!... y echarse el alma mía por esas calles de Dios, como quien pide para un entierro de la Hermandad de la Caridad, y ¡con la firma de la casa registrada, ¡y la llave de la caja en el bolsillo!...

Dime tú si un hombre de este calibre: ¡de este corazonazo de... San Francisco Javier... ¡porque yo no sé como no se le achicharra la camiseta! no merece a tu hija, aun con ese corazonazo, como yo digo, que el Señor hizo exprofeso para ella y que cuando acabó de hacerlo rompió el molde para quitarse de compromisos y no tener que hacer otro!

¿Sabes tú lo que yo quisiera? Que ella le fuera a él tan indiferente, como lo era para mí Casa-Rangel. ¡Pero amigo! el pobrecito mío de mi alma está pasadito por ella, desde que ella empezó a ir recién vestida de largo al Salvador, y estas cosas las hace su Divina Majestad, y no hay más sino llevarlas adelante, o morirse como los impeniten-

tes: escupiéndole al rostro, y diciéndole que no.

—¡Por Dios, Luz: que me matas!

—¡Quien nos va a matar a todos eres tú, que, por jugar a las muñecas con tu hija, eres capaz de robarle su felicidad temporal y eterna!

—¿Me insultas otra vez?

—¡Sí: te insulto! ¡Y te arañó! ¡Y capaz soy hasta de matarte! ¡Me has tocado a mi hijo de mis entrañas ¡y hasta a la hija de tus entrañas, si las tuvieras! ¡Fiera!... ¡Judía! ¡Hereje! porque eso no lo hace una madre cristiana.

—¡Luz! ¡Que estás dando lugar a que te plante en lo ancho de la calle!

—¡Lo sé: y por eso quiero aprovechar el billete! ¡Eres una criminal! Te ha dado Dios una hija ¡y como la que te ha dado!, para que la hagas feliz, y no has hecho otra cosa, que jugar a las muñecas con la criatura!... ¡La canastilla: que sea muy rica! ¡El vestidito de coñto: que sea muy elegante! ¡El traje de primera Comunión: que sea muy vaporoso!... ¡Y el vestirla de largo, y el presentarla al mundo!... ¡Y el noviazgo, y el *trou-*

sean, y los regalos de boda, y la toma de dichos, y el traje de desposada!... ¡Y que todo sea auténtico y legítimo, y nada de imitación ni de pacotilla... ¡aunque el novio sea de avería y esté lleno de lacras en el cuerpo y se traiga toda el alma del caballo con que juega al polo!... ¿Qué importa que sea un bandido, si es elegante?... ¿Qué importa que martirice día y noche a su mujer, si hace luego un palacete de cartón en las afueras, para ponerle en el frotispicio «Villa Coral»? ¡Toda esa es la galantería de muchos desalmados con sus mujeres!.. ¡Una galantería de azulejos! ¡Una galantería de reflejo metálico!

—¡Por la salud de tus hijos: cállate, Luz!

—¡No: no me callo! ¿Sabes cuándo me callaría? Cuando no se ventilasen más intereses, que los intereses de mi hijo. Pero, estando de por medio los intereses de la tuya, a quien tantísimo debo, ¡así me arrañques la lengua como a San Román! ¡Hija mía de mi alma, digna de haber caído en manos de otra madre! (Llora)

—¡Ea! ¿Qué va aquí jugado? Si por estar en mi casa, crees que puedes abusar de mi

paciencia, tanto va el cántaro a la fuente, hasta que se rompe... ¡A donde cantan los empedradores, ahora mismo! En la calle no hace humo!

—¡Espera: a ver si se me ocurre algo más que decirte, por si es la última vez que nos hablamos!.. ¡Ah! sí...—y el timbre de la voz de doña Luz dejó de ser de mujer, para ser rugido de leona... aullido de pantera.—Que como mi hijo se me muera por causa tuya, (porque ese se me va con la hoja de la parra) ¡vengo y te matol... Y, como se muera tu hija, (porque esa se te muere detrás de él... (porque esa no llega a la Purísima ¡y si no acuérdate!) entonces... ¡te desentierro, y te rocío de petróleo, y te meto un cerillo, y aviento las cenizas, por mala madre!... ¡Así! ¡para acabar de una vez con la semilla de los monstruos sin corazón y sin entrañas; porque es preciso ser tan... parricida como tú, para no compadecerse de una hija ¡agonizando!!

—¡Por los clavos de Cristo, compadécete tú de mí, y no me atormentes más!... Todo lo que tú quieras, pero no mala madre!.. ¡Yo... no... soy... mala! (Llora)

—¡Verdad, mi corazón, que no lo eres, ni lo has sido nunca! Es esa... «mala hora», que tienen a lo mejor las criaturas en el mundo... ¡Porqué no te hartas de llorar, aquí en mis brazos—y se los abre—pero de llorar hondo, de llorar manso, de llorar como lloramos las mujeres y las madres, y no como lloran las furias... con ese llanto, bendición de Dios que aplaca los nervios y disipa las tormentas del espíritu?... ¡Ven acá, mi corazón, y hártate de llorar en el seno de una hermana, que para eso la tienes!... ¡Bienaventurados los que lloran!... (Se abrazan)

Doña Luz *pianissimo*:

—¿Llamo a Coral?

—¿Para qué? ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

—¡Para que no lllore sola el alma mía! ¡Para que lllore en los brazos de su madre, que para eso la tiene!... ¿Es quizá una cuñera?... ¿La llamo?—y la besó.

—¡Haz lo que quieras!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

—¿Coral??... ¿Coral??

—¿Qué es eso?? ¿Te has puesto maia,

mamaíta?... ¡Y todo por mi culpa, ¿no es verdad!?... ¡Por Dios, por Dios, mamaíta! ¡Que yo no quiero hacer más, sino lo que tú quieras!... ¿Puedo hacer más, mamaíta de mi alma?...

—¡Déjala! ¡No la fatigues, ni le digas nada!... ¡Callar, besar, y llorar!...

(Cuadro)

Hasta que doña Amparo se desprendió de una y otra. Se fué hacia el vargueño, cuyo caído portalón le servía de mesa de escritorio y se sentó ante él en una elegante silla de tijera.

Y requiriendo la pluma, como la requiriría el condenado a muerte, para firmar la notificación de la sentencia, escribió a continuación de la carta de su hija:

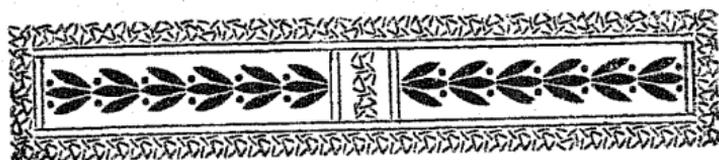
«Yo también estoy conforme.

Tu tía,

AMPARO.»

—Lee, y dásela a tu tía, para que la haga llegar a su destino.

(TELÓN RÁPIDO)



EPILOGO

Fué cosa de las tías, que hasta se juramentaron, para que no se enterase ni la tierra.

De su propio peculio, a fin de no tener que darle cuenta a nadie, y sin que se les ocurriese regatear, compraron todo lo necesario para la obra... ¡costara lo que costara!

Lo que hubo que coser y que bordar, lo mismo que lo de pasamanería, se cosió, se bordó y se pasamanó a altas horas de la noche, y lo que necesitaba cartón y engrudo, allá en el cuarto del lavadero se llevó a cabo, con una de las dos, de espía en la escalera.

Mamá era la primera que no lo debía saber, hasta el momento oportuno... ¡Cualquiera la callaba!

Cuando llegó la hora... ¡¡¡tomaron un coche!!! y se fueron por él, a la calle de la Laguna.

Ella no quería dárselo, porque cuando iba sin él a casa de sus padres le armaban una camorra. Mucho más aquel día, en que, por ser el de la Virgen del Amparo, estaban convidados a comer y tenían que irse, pero a escape...

—¡Ya veis, las ocho!

—¡Anda, mujer!... ¡Cuestión de media hora nada más!... A la hora de los postres, que tenemos que ir todas, te lo llevamos.. Ya ves: ¡hasta coche y todo que hemos traído!

—¡Palabra, que media hora nada más?

—Lo que se tarde en ir a la plaza de San Pedro y de allí a la calle de la Cuna.

.....
.....
.....
—¿Se puede?—preguntó Doña Luz, desde la puerta del comedor, seguida de sus hijas.

—¡Adelante!—dijeron los comensales, los cuatro a una.

Y... vestido de nazareno de Pasión, con el negro antifaz liado al capirote, entre aclamaciones y chillidos, besos y lágrimas, entró, andando por sus piés... ¡el muñeco de carne, más hermoso, que han podido pintar pinceles de Murillo!

(FIN DE LA OBRA.)

Sevilla—Enero, Febrero, Marzo, de 1919.

Sevilla, 1 de Octubre de 1919.

IMPRIMATUR:

† Enrique, Card. Arzobispo de Sevilla.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
A LOS AMIGOS DE MARICRUZ.	V
LIBRO PRIMERO.—«CORAL» EN RAMA	
CAPÍTULO I, que puede servir de introducción—Ecos de sociedad	
» II.—Coral en rama	25
» III.—El «Himno de Riego»	37
» IV.—Antecedentes de familia	47
» V.—Tormenta de verano	55
» VI.—Mirada retrospectiva	63
» VII.—Urbanidad y cortesía	73
» VIII.—El torniquete	81
» IX.—La bronca padre	87
» X.—Revelación de un carácter.	95
» XI.—Ramas en el portillo	101
» XII.—Propósitos de la enmienda	109
» XIII.—En carrera	117

LIBRO SEGUNDO.—EL ENGARCE DE UN CORAL.

	Págs.
CAPÍTULO I.—El taponazo	129
» II.—Cambio de ajustadores	137
» III.—Pensares y sentires «vic- erianos»	149
» IV.—En que doña Luz pega la hebra	161
» V.—Doña Juanilla la Loca	177
» VI.—Abonos minercies	187
» VII.—Los puntos sobre las íes.	197
» VIII.—Petición de mano	207
» IX.—¿¿...??	215
» X.—Diálogo conyugal	225
» XI.—Padrazo	235
» XII.—Regalos de boda	245
» XIII.—Cruz y claveles.	255

LIBRO TERCERO.—DE LA NOCHE A LA MAÑANA

CAPÍTULO I.—El retorno del ausente	265
» II.—Ruegos y encargos	269
» III.—Via-Crucis	275
» IV.—«Dies magna»...	287
» V.—Que, mas que capítulo apar- te, es continuación del ante- rior	301
» VI.—Más estaciones de un Vía- Crucis	307

CAPÍTULO VII.—En que prosigue el Via-	
Crucis	321
» VIII.—Paráfrasis de una carta.	333
» IX.—Otra carta sin paráfrasis .	349
» X. Tableteos de tormenta . . .	359
» XI.—De cuarto en cuarto. . .	367
» XII.—Últimas horas del «dies	
magna»	385
» XIII.—Al día siguiente. . . .	391
» XIV.—En las mismas	403
» XV.—Entre comidas	411
» XVI.—La hebra de doña Luz .	423
» XVII.—Finuras de alma . . .	431
» XVIII.—De madre a madre. .	437
EPILOGO	449

